¡ Padrenuestro !

Mons. Tihamer Toth

¡PADRE NUESTRO!

Monseñor Tihamér Tóth
Obispo de Veszprém (Hungría)

Versión adaptada y resumida por
Alberto Zúñiga Croxatto

Este libro fue traducido directamente
del original húngaro
“MIATYÁNK”
por el
Dr. D. Antonio Sancho, Magistral de Mallorca.

ÍNDICE

CÁPITULOS:

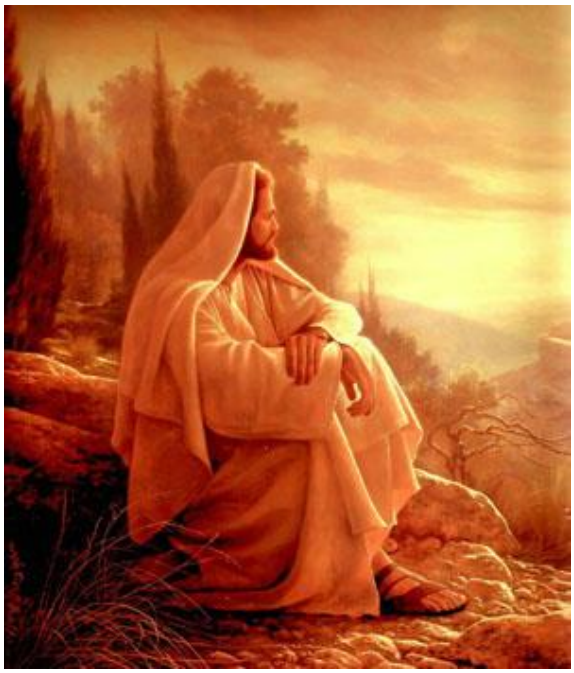
1. EL ETERNO VALOR DEL PADRENUESTRO 6
2. LA ACTUALIDAD DEL PADRENUESTRO 15
3. ¿POR QUÉ CREEMOS EN DIOS?.....23
4. ¿POR QUÉ NO CREEN LOS HOMBRES? 33
5. “SOLAMENTE CREO LO QUE VEO” 42
6. LOS QUE “NO PUEDEN” CREER 51
7. ¿NO HAY PADRE CELESTIAL? SIN ÉL NO PUEDE HABER VERDADESRO DESARROLLO ECONÓMICO.....61
8. ¿NO HAY PADRE CELESTIAL? ENTONCES NO HAY VIDA ESPIRITUAL 70
9. ¿NO HAY PADRE CELESTIAL? ENTONCES NO HAY VIDA DIGNA DEL HOMBRE 77
10. EL DIOS INFINITO 86
11. DIOS ES NUESTRO PADRE (I).....95
12. DIOS ES NUESTRO PADRE (II).....103
13. NUESTRO PADRE BONDADOSO 112
14. NUESTRO PADRE PROVIDENTE (1).....121
15. NUESTRO PADRE PROVIDENTE (II).....129
16. SOMOS HIJOS DE DIOS.....137
17. SOMOS HERMANOS EN DIOS.....145
18. SOMOS HERMANOS EN CRISTO.....152
19. EL MANDAMIENTO DEL AMOR AL PROJIMO.....159
20. ¿CIELO O TIERRA?.....167
21. CREO EN EL CIELO (I).....176
22. CREO EN EL CIELO (II).....184
23. ¡HONRA A DIOS! 193

24. ¡SANTIFICA EL NOMBRE DE DIOS CON TUS PALABRAS!200
25. SANTIFICA EL NOMBRE DE DIOS CON TU VIDA.....209
26. ¡SANTIFICA EL NOMBRE DE DIOS CON TU ORACION!....217
27. EL ARTE DE ORAR 225
28. LOS QUE NO SUELEN ORAR... 233

Capítulo primero

EL ETERNO VALOR DEL PADRENUESTRO

San Mateo 6, 7-15



Suavemente se levanta el astro rey por encima de las regiones silenciosas de Tierra Santa... y aquel hombre solitario sigue arrodillado, abismado en la oración, y eso que la comenzó la noche anterior con el despuntar de las primeras estrellas.

Toda la noche la pasó el Señor sumido en el silencio de una oración ferviente. Solo, apartado de sus discípulos; absorta su alma alabando al Padre celestial. Hasta que al fin, ya entrada la mañana, se atreven los apóstoles a acercársele. Y uno de ellos, que siente el atractivo de la infinita dulzura de aquella mirada de Cristo completamente transfigurada, suplica fervorosamente: *Señor, enséñanos a orar* (Lucas 9,1).

Acaba de llegar uno de los momentos más trascendentales de la vida de Jesucristo, en que va a regalar a la pobre humanidad un don cuyas consecuencias no se atenuarán hasta el final de los tiempos. Va a dar al mundo un modelo de oración que sirva de guía por los siglos de los siglos. Va a enseñar a los hombres una oración que nunca dejará de resonar en los labios humanos mientras haya un corazón cristiano sobre la tierra, una oración que reavivará con fuerza a las almas que buscan a Dios... *Va a oírse por vez primera vez en la tierra*

“LA ORACIÓN DEL SEÑOR”. *Por vez primera el mundo va a escuchar el* “PADRENUESTRO”.

Para que te des cuenta de la importancia de esta oración y la medites, he escrito este libro.

Me parece ver la sorpresa pintada en el rostro de mis lectores.

—¿Cómo? ¿Para meditar la oración del “PADRENUESTRO”? ¡Si la conocemos tan bien! ¡Hace ya muchos años, desde la infancia, que la estamos rezando, día tras día! ¡Podríamos recitarla hasta en sueños! ¿Qué se podrá decir de esta oración en tantas páginas?

—Tenéis razón, mis queridos lectores: la rezamos a diario.... pero ¿la rezamos bien? La rezamos a diario.... pero ¿sabemos realmente lo que decimos al pronunciarla? Si yo quiero dedicar este libro a la explicación del Padrenuestro, lo hago precisamente para que, meditando cada una de sus palabras, lleguemos a conocer el inagotable tesoro sobrenatural que tenemos en *la oración del Señor;* lo hago para que sintamos los deberes que el mismo nos impone, y aprendamos a andar por el camino que nos señala.

¿Cuál será, pues, el objeto de mis explicaciones? Examinar antes de nada cómo se manifiesta en el Padrenuestro la voluntad del Señor y la obligación del hombre, y mostrar también cómo hemos de volcar, aun sobre las manifestaciones más ordinarias de la vida diaria, el espíritu del Padrenuestro.

Pero antes de empezar la explicación y emprender, en compañía de mis lectores, un camino tan largo, tengo que decir unas palabras de aliento. Es natural. Al fin y al cabo, antes de acometer tamaña empresa hemos de saber si vale o no la pena el esfuerzo. Porque el hombre sólo cava una mina donde espera encontrar oro o metal noble. Y antes de hacerlo taladra el suelo a manera de ensayo, y si esta operación da un resultado satisfactorio, entonces emprende el trabajo.

El presente y el siguiente capítulo vendrán a ser como esa operación de ensayo, y se dirigirán a infundir ánimo y entusiasmo: sí, vale la pena de taladrar, de bajar hasta el fondo, y allí explorar todas las venas, porque en esta mina hay tesoros que, si tienen valor eterno y están por encima del tiempo, tienen, por otra parte, una suma actualidad y utilidad, precisamente en nuestra época. *¿Cuáles son los valores perennes del Padrenuestro?* es lo que deseo indagar en el presente capítulo; *¿por qué hoy son tan necesarios?,* éste será el tema del capítulo que siga.

I

SIGNIFICADO RELIGIOSO DEL PADRENUESTRO

Si querernos dedicar tan detenida atención al Padrenuestro, es natural en primer lugar procuremos tener un concepto claro de su significado religioso.

Repaso el capítulo VI del Evangelio según San Mateo, y me imagino el rostro emocionado y la expresión solemne de nuestro Señor Jesucristo al pronunciar por vez primera las sublimes palabras del Padrenuestro. Como si la luz de otro mundo se reflejara en el rostro del Maestro *al enseñar a sus discípulos a rezar*.

De la misma naturaleza humana, de sus profundidades más recónditas, brota el afán, salta el anhelo de conversar con Dios..., el deseo de *orar.* Por esto vemos que también —a su manera— rezan los paganos, y que reza también el hombre salvaje; sin embargo, ¡qué grotesco balbuceo viene a ser esta oración —mezclada con una ignorancia supersticiosa— si la comparamos con los pensamientos, inagotables de puro sublimes, que encierra la oración del Señor! Esta oración hace casi dos mil años que se pronunció; pero el hombre la reza, y la seguirá rezando, como la pronunció Jesucristo por primera vez. Porque ésta es la más perfecta, la más hermosa oración; es el vuelo más alto que puede alcanzar el alma humana por las regiones de la oración.

¿No es un hecho ya de suyo interesante el que nuestro Señor Jesucristo haya juzgado necesario *enseñarnos Él mismo la manera correcta de orar?* Muchos sabios, muchos fundadores de religiones trataron de enseñar a los hombres a vivir de una manera recta, prudente y sabia; pero ¿a quién se le ocurrió enseñarnos a orar de una forma tan directa y tan sencilla? A nadie más que a Jesucristo.

Y esta circunstancia demuestra también la inmensa superioridad de la religión de Jesucristo sobre los demás sistemas religiosos y escuelas filosóficas. Puede ser que a Aristóteles, a Platón, a Sócrates les hayan dirigido sus discípulos esta súplica: Enséñanos a apreciar con sabiduría los acontecimientos del mundo. Los discípulos de Mahoma habrán podido, cuando mucho, rogar a su profeta: Enséñanos a adorar a Alá y a conquistar el mundo con la espada. Los discípulos de Nietzsche podrían haberle podido decir: Enséñanos a profanar todos los ideales. Los discípulos de Cristo dijeron: Maestro, enséñanos a orar.

Y Él les enseñó una oración... *¡Y qué oración!*

Sólo después de analizar reposada y detenidamente la plenitud de los pensamientos religiosos contenidos en el Padrenuestro, podremos valorar de veras el tesoro que hemos recibido del Señor.

El Padrenuestro es la cima, la corona de todas nuestras oraciones y el fundamento de toda oración cristiana.

Desde que esta oración resonó por vez primera en labios del Señor, ¡cuántos millones y millones de almas se han dirigido a Dios con las mismas palabras! Fue la oración que rezaron los apóstoles, la que más amaron los primeros cristianos, la que dio fuerzas a los mártires, la que llevaron y llevan los misioneros a todas las latitudes y traducen a todos los idiomas.

La Iglesia de Cristo conservó siempre esta oración como la predilecta, y la trató siempre como una herencia sagrada; desde el principio fue la oración representativa del Cristianismo. No hay cristiano que no la rece todos los días. Y en la santa Misa, precisamente en la parte más sublime del Sacrificio, entre la Consagración y la Comunión, cuando el Cuerpo sacratísimo de Jesucristo está realmente presente sobre el altar, se oye *la oración del Señor*.

En ella vibra nuestra fe, en ella se apoya muestre confianza, de ella brota nuestra fuerza. Quien reza el Padrenuestro lleva su corazón al ritmo del corazón de Dios, se apoya en el brazo poderoso y paternal de su Padre celestial; y sabrá transitar sin extraviarse por todas las encrucijadas que tiene la vida. Porque el Padrenuestro es el extracto, el emblema y compendio de todo el Evangelio; mina inagotable de las verdades religiosas y de las obligaciones morales.

Las siete peticiones del Padrenuestro forman el arco iris de siete colores, como un puente de salvación entre el cielo y la tierra; son como las armonías que alegran nuestro camino de la vida hasta llegar al cielo. Y así es efectivamente desde la cuna hasta el sepulcro, porque en el bautismo se reza el Padrenuestro, y también al ser depositados en la tumba será esta oración sublime la última que rezarán por nosotros el sacerdote y nuestros familiares.

Nos vamos acercando a la respuesta que debemos dar a la cuestión planteada... ¿Por qué tratar del Padrenuestro tan largamente? ¿Para que todos aprendan el texto de esta oración? De ninguna manera. Vamos a reflexionar sobre el sentido de sus palabras para saber cómo tenemos que vivir según el espíritu del Padrenuestro. *Porque el que vive según el espíritu del Padrenuestro, es un cristiano perfecto.*

El individuo que sabe ordenar su vida conforme al Padrenuestro ciertamente alcanzará aquella sublime elevación espiritual de la cual dijo en cierta ocasión Jesucristo*: Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mateo 5, 48).

También *la sociedad* que en todas sus manifestaciones demuestre estar saturada de este espíritu del Padrenuestro, será una sociedad plenamente feliz y dichosa.

No lo dudemos: el Paraíso se perdió por el primer pecado, y ya nunca jamás esta vida terrena se ha de parecer a la vida feliz del paraíso.... mas ¿por qué este empeño suicida en hacer de ella un infierno como lo es actualmente? Esta vida

terrenal podría ser harto llevadera y honrada, no solamente soportable, sino hasta feliz y satisfactoria, si los hombres viviésemos saturados del espíritu de la oración del Señor.

Ved ahí, mis queridos lectores, por qué vamos a comenzar a estudiar detenidamente el Padrenuestro. Para mejor comprender el valor religioso que encierra.

Y no solamente por el valor religioso, sino también por el valor cultural que encierra.

II

SIGNIFICADO CULTURAL DEL PADRENUESTRO

El Padrenuestro da una respuesta satisfactoria a las grandes cuestiones de la vida.

Quien durante la noche observe con la ayuda de un potente telescopio las brillantes estrellas de la bóveda celeste, sentirá en su espíritu una emoción muy honda. ¿Para qué todo este Universo tan magnífico y tan grandioso? Los cráteres apagados de la Luna, el reino inconmensurable de la Vía Láctea, las legiones de soles que van corriendo hace millones y millones de años... ¿Para qué todo esto?

El mismo sentimiento de sorpresa y asombro se apodera de nosotros al contemplar, en pleno día, no el cielo, sino el espectáculo de la vida humana, que va corriendo sin descanso. ¡Qué loca persecución de dinero y de goces! ¡Cuánta corrupción y desenfreno! ¡Cuántos intereses encontrados! Sangre, lágrimas, ayes, miserias, dolores, asesinatos... Esa es la historia universal a través de los milenios. ¿Cuál *será el sentido de todo esto? ¿Para qué todo esto?*

Esta tierra, que rezuma tantas lágrimas, sudores y sangre como se han vertido en ella.... ¿puede ser realmente mi patria definitiva? ¿Se acaba aquí todo? ¿No hay realmente nada más allá de todo esto?

¡Cuán enérgicamente protestan dentro de nosotros la razón y la experiencia contra la simple sospecha de negar que haya un más allá! Y es que en nuestros días, precisamente hoy, sabemos de sobra, sentimos —y hasta diría palpamos— la imposibilidad de que esto lo sea todo. Hoy vemos cómo se desgarra, sin piedad, a sí mismo, el hombre que se alejó de Dios. Vemos cómo se desmorona indefectiblemente la torre de Babel de la cultura moderna cuando se quita de entre los sillares la argamasa del Cristianismo. Sólo Aquel que todo lo ve, que preside los movimientos de la Vía Láctea y del cosmos desde el principio del mundo, el que mantiene el orden entre los sistemas solares y esos millones de estrellas que corren por el espacio, solamente ése, Dios soberano, nuestro Padre celestial, puede también dirigir providencialmente la historia humana.

Hubo un célebre químico italiano, Estanislao Canizzaro, premio Nóbel, fallecido en 1910, que se dio a conocer no sólo por su ciencia, sino también por su profunda vida religiosa y su tesón en confesar su fe. En cierta ocasión se jactaba delante de él un diputado incrédulo del Parlamento de Italia de haber escogido por esposa a una mujer que públicamente pregonaba y defendía el ateísmo y las doctrinas más disparatadas. El célebre químico escuchó silenciosamente durante un rato, pero al fin interrumpió a su interlocutor:

—¿Me permite una pregunta, querido diputado? Si su esposa llega a ser madre, ¿qué es lo que enseñará a sus hijos?

Fue tan inesperada esta pregunta, que el diputado no supo qué responder.

Canizzaro prosiguió:

—Si no hubiera de tomarlo a mal, yo le daría un buen consejo. Diga usted a su distinguida esposa que estudie el Padrenuestro, a fin de que pueda enseñárselo a sus hijos el día de mañana..., porque es el mejor regalo que una madre puede hacer a su hijo para que tenga éste algo de que asirse en los momentos de crisis que tiene la vida.

Esta valerosa confesión de fe del científico distinguido con el premio Nóbel puede ampliarse: el Padrenuestro es lo mejor que una madre puede dar a su hijo, y lo mejor que *una generación puede legar a la siguiente generación.*

No se puede negar que en nuestros días, muchos hombres se han vuelto pesimistas; pero pensemos un momento, ¿de dónde proceden en su mayoría estos amargados? Vienen de aquellos que no hace mucho se jactaban de las posibilidades ilimitadas que creían que tenía el progreso. “Progresamos, cada vez avanzamos más, y no hay parada en la marcha...”, tal era el optimismo sin fundamento de una humanidad embriagada por el desarrollo técnico y científico. Al ingenuo optimismo sucedió este pesimismo de los desengañados: “¡El mundo se pierde irremisiblemente! El Cristianismo existe en medio de nosotros hace ya dos mil años, y con todo no ha sido capaz de mejorarnos ni en una tilde. El poderoso se impone siempre, como en los tiempos de los paganos. El más fuerte suprime siempre al más débil. El más astuto sigue engañando, como entonces, y triunfando del que no tiene doblez y es un cándido. ¿Dónde está el amor según Cristo, dónde está la compasión, dónde la justicia?” Es el pesimismo de los desengañados.

¿Tienen razón estos pesimistas? En parte la tienen. Pero que no haya nada bueno en el mundo, que los hombres no se hayan vuelto mejores después de dos mil años de Cristianismo, sólo podrá afirmarlo el que piense superficialmente. Lo que pasa es que los malos vociferan más, y en cambio, la virtud y la honradez

despiden su fragancia silenciosamente ante el trono del Señor. Siempre será cierto que no es oro todo lo que reluce.

Más todavía. Los pesimistas precisamente en lo que tienen de razón se condenan a sí mismos. El Cristianismo —aunque no sea éste su primer objetivo— tiene valores sobrados para hacer soportable la vida humana; pero los hombres no le abren su corazón. Por tanto, nadie puede afirmar que haya fracasado el Cristianismo; lo que se puede asegurar es que se muchos no quisieron moldear su vida según él, y se cumple así una de las amenazas terribles del Señor. Porque nuestro Señor Jesucristo, al ordenar a sus discípulos que predicasen, les dio este mandato: *En caso que no quieran recibiros, ni escuchar vuestras palabras, saliendo fuera de la tal casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies* (Mateo 10, 14).

En este gran diluvio de incertidumbres, que lo invade todo, están a punto de perecer los valores más queridos del hombre moderno...

Tocamos ya la clave de un hecho ciertamente extraño y propio de nuestros días. *Una gran parte* de los hombres actuales nunca satisfechos, se entregan al hedonismo de un paganismo nuevo; el progreso de la técnica los sujeta y esclaviza a la tierra con una atracción casi irresistible; empujados por un absurdo materialismo se mueven grandes masas de la humanidad, cada vez más lejos del sentir cristiano. Y, a pesar de todo, estamos presenciando que *otra parte* de la humanidad siente un profundo despertar religioso, muy superior al que hace solamente unos decenios no se atrevieran siquiera a sospechar los optimistas más exaltados. Se llenan los templos; muchos acuden a los confesonarios, se acercan a la Comunión...

¿Cuál es la explicación?

Muy sencilla: la humanidad, que estaba en trance de ahogarse, ha experimentado en sí misma que si no hay un fundamento de sólidos principios que pueda resistir el tiempo y la tempestad; si no existe un fundamento moral indestructible sobre que apoyarse en los momentos críticos de la vida, fácilmente se verá empujada y anegada del todo por la corriente.

Quien no tiene una sólida base religiosa no puede resistirse a la crítica de este subjetivismo hedonista que todo lo corroe. El individuo falto de una firme base religiosa es arrastrado por la anarquía moral, y la sociedad en que se tambalea el fundamento religioso es arrastrada irremisiblemente hacia los abismos de la descomposición cultural, por la maldición de los intereses y los egoísmos opuestos.

Sí, todo esto lo ha experimentado la humanidad. Y por ello instintivamente, por su anhelo de vivir, vuelve nuevamente su mirada hacia el Cristianismo, hacia la Iglesia católica.

Es posible que una parte de la humanidad quiera desterrarse voluntariamente del Cristianismo.

Es también posible que el hombre necio, embobado por los avances de la técnica, deserte locamente de ese Reino de Dios y se proclame Dios a sí mismo.

Es también posible que la voz de la serpiente tentadora del Paraíso se haga oír en épocas determinadas con una fuerza extraordinariamente seductora a nuestros oídos: *Seréis como dioses* (Génesis 3, 5).

Lo que no es posible es que nunca sintamos el sollozo del alma huérfana de Dios. Un día u otro lo sentiremos. Y entonces, como por encanto, los templos vacíos se llenarán de nuevo; las cuestiones religiosas, tratadas antes con desprecio, volverán a ocupar el centro de la atención, y lo que no lograron los más fuertes argumentos positivos, lo conseguirán esos argumentos negativos fundados en la insuficiencia de una cultura meramente material. Ciertamente, la vida del hombre no tiene sentido sin Dios.

***

¿He de explicar aún por qué vamos a estudiar detenidamente los pensamientos de vida que contiene el Padrenuestro; por qué vamos a explotar todas las venas, hasta las más pequeñas, del oro contenido en la oración del Señor?

La corriente de los tiempos nos ha arrastrado a una guerra de vida o muerte. En torno de nosotros, y en medio de nosotros, todo se ha vuelto incierto, se tambalea y amenaza ruina.

¿Quién nos ayudará? ¿Dónde está el suelo firme? ¿Dónde está la solución? — preguntamos con desasosiego. Una página del Antiguo Testamento responde, entre otras muchas, a esa pregunta tan abrumadora.

Leemos en el Libro del Éxodo que un día, al sacar Moisés a su pueblo de la esclavitud del Faraón, tuvo que entablar combate con la tribu de los amalecitas, acampada en el desierto. Josué dirigía el combate, que se prometía desesperado; entretanto, Moisés oraba a Dios en la cima de un monte. Y, ¡cosa admirable!, mientras Moisés tenía las dos manos levantadas, vencía el pueblo; en cuanto los brazos de Moisés caían desfallecidos, la suerte se volvía esquiva contra el ejército de Israel (cf. Éxodo 17, 2).

Este es nuestro mal: luchamos en la vida, pero no sabemos levantar nuestros brazos cansados para orar. Y, sin embargo, también nosotros podríamos vencer y podríamos salvarnos si dirigiésemos a Cristo las mismas palabras que un día le

dirigieron sus apóstoles: *Maestro, enséñanos a orar*. Enséñanos nuevamente el Padrenuestro.... no ya sus palabras, que las conocemos, sino su espíritu.

Señor Jesucristo, ayúdanos para que en las páginas de este libro podamos penetrar cada vez más hondamente en las bellezas ocultas del Padrenuestro, a fin de que podamos comprender y amar esta oración incomparablemente hermosa, y ella nos sirva de luz en nuestro camino, de fuerza en nuestras luchas, de aliento en nuestros decaimientos, y después de una vida santificada por esta oración que Tú nos has enseñado, podamos llegar a Aquel de quien tantas veces nos hablaste: *Nuestro Padre bendito que está en el cielo.*

"Padre nuestro, Señor Dios, que estás en el cielo y abarcas el Universo; que con una mirada pones orden en millones de mundos, que brillan en el espacio y están en continuo movimiento; es tu palabra lo que pone en efervescencia a la inmensa naturaleza, y es ella la que agita esas fuerzas que hacen surgir la vida. Déjame oír y comprender esas palabras tuyas."

"No te alcanzan las olas del tiempo, que al llegar al infinito se estrellan siempre. Con una mirada recorres los tiempos. Tú eres. Ante Ti no hay futuro ni pasado. Pasan los milenios, y tu ser es eterno, igual, inmutable, cuando para mí resultan infinitos esos momentos interminables de una noche de insomnio..."

"Todo el orbe terráqueo es delante de Ti como un grano de arena que un soplo tuyo lo podría deshacer, y, no obstante, lo que el hombre diminuto sueña en él no es indiferente para Ti. Porque llevas la cuenta de todos mis sentimientos; tu atención me acompaña con solicitud, y si alguna vez quieres mostrar el brillo de tu divinidad te manifiestas suavemente, con una dulce sonrisa paternal."

"E irradia de tu ser una inmensa luz; contigo está siempre el cielo, ¡el soñado, el dichoso, el maravillosamente hermoso! Por eso te invoco al brillar sobre mí la noche estrellada, y mi alma sueña feliz: *Padre nuestro que estás en el cielo*..." (Szohurek)

Capítulo 2

LA ACTUALIDAD DEL PADRENUESTRO

Génesis 11, 1-9

Al escoger por tema el *Padrenuestro* me he propuesto destacar los valores espirituales que están más en consonancia con nuestra época, los que más necesita el hombre moderno.

Desde este punto de vista, trataré desentrañar en esa oración la suma actualidad de los valores que encierra. Ella nos señala las fuentes escondidas, de donde brota el agua que nos permite llevar una vida digna conforme a Jesucristo.

Los pensamientos del Padrenuestro tienen valor eterno; están por encima del tiempo; son permanentes... pero a la vez tienen una gran actualidad; porque responden a los problemas más candentes de nuestros días; por eso mucho necesitamos de las enseñanzas sublimes del Padrenuestro.

Bajo esta perspectiva, hagamos tres breves afirmaciones, sobre las cuales vamos a asentar todo el presente capítulo.

I. *Hemos progresado mucho en todo.*

II. *No obstante, no hemos llegado a ser más felices.*

III. *Por tanto, en algún punto debió de fallar nuestro cálculo.*

I

HEMOS PROGRESADO MUCHO EN TODO

Sobra probar la primera tesis —la humanidad ha progresado enormemente en la época moderna—; lo cual está patente a la vista de todos. Ya no es progreso lo que ven nuestros ojos, sino un correr sin descanso y un avanzar imparable. Una carrera tal que a los hombres profundos hace preguntarse: ¿Adónde camina el mundo? ¿Hacia dónde se dirigen las rutas del hombre contemporáneo?

Que corremos como una locomotora que ha perdido el freno; que galopamos como un caballo furioso..., no hay que dudar.

Corremos, galopamos en los deportes. Los records de velocidad apenas se sostienen durante unas semanas. Llega el nuevo fenómeno de natación, el nuevo as de salto de distancia, el nuevo corredor... y bate los *records* de ayer. Corremos desbocados..., pero ¿adónde?

Corremos, galopamos a rienda suelta en la técnica. Una empresa rivaliza con la otra. ¡Qué complicadas máquinas!; qué sofisticadas tecnologías!

Corremos, galopamos sin *freno en la vida.* Ponte, amigo lector, ante una gran avenida, a las doce del día. ¡Qué hormigueo inaudito, qué correr, qué ruido en las calles! Peatones y pasajeros, autos y autobuses. Todos corren, se apresuran; pero ¿adónde van? Hombres, ¿adónde corréis?

Si mientras corremos por esta vida terrena nos preguntamos..., ¿qué habrá después? Sí: ¿qué habrá después? ¡Ah!, no tenemos tiempo de pensar en ello. *Hay que aprovechar el tiempo*. Esta es la divisa. Y lo aprovecharnos: aprovechamos este breve lapso de tiempo terreno hasta el punto de perder por amor de él la eternidad.

Aunque hayas viajado en el avión más veloz, llegará el día en que te coloquen entre cuatro tablas debajo de la tierra, y allí descansarás quietecito, en silencio, sin moverte...; pero ¡ay de ti! si no te planteas antes esta importante cuestión: ¿Para qué me sirve todo?, ¿cuál es el fin de esta vida? Corro..., pero ¿hacia dónde?

Ahí va nuestra primera afirmación: el hombre moderno se dio a correr por la senda de un progreso nunca sospechado; ha visto delante de sí un desarrollo de la técnica ciertamente deslumbrador, y el empuje con que se lanzó a la conquista del mundo es realmente ciego y apasionado; mas..., ahora viene el *pero* doloroso: pero no ha logrado con todo eso ser más feliz.

II

NO HEMOS LOGRADO SER MÁS FELICES

¿No? De ninguna manera.

La ciencia y la técnica siguen sorprendiéndonos día tras día con nuevos resultados; *sin embargo, cuando hoy se pronuncia con cierta vanidad la palabra "progreso", en nuestros labios se dibuja rápidamente una mueca amarga.*

Una triste experiencia nos dice que si bien progresamos y descubrimos muchas cosas.... no hay descubrimiento que *el hombre no pueda aprovechar para el mal lo mismo que para el bien;* no hay invento que, junto a sus luces, no tenga también sombras.

La técnica de la aviación ha progresado de una manera pasmosa... es verdad. Pero no solamente acortó la distancia entre países remotos, juntándolos en unas pocas horas de viaje, sino que hizo posible el bombardeo de las ciudades lejanas.

Corren los autos por doquier y llevan a los viajeros de una parte a otra; pero también suelen llevar a la tumba las innumerables víctimas de los accidentes.

Sí; progresamos, progresamos; pero no hacia la felicidad. Nuestro saber es maravilloso; nuestra técnica admirablemente desarrollada; pero vemos que el saber y la técnica son como una espada de dos filos; con ellos puede venir la bendición, es cierto; mas también la maldición y la desgracia.

Cada mañana abrimos el diario con temor: ¡cuántos escándalos y cuántos pecados aparecen en él; cuántos engaños y asesinatos; cuánta maldad y odio; cuánta miseria y hambre!

Esta preocupación y excitación continuas han dibujado en el rostro de nuestra época un rasgo espantoso: *la gran incertidumbre.* Vemos con dolor que todo es incierto alrededor de nosotros; que todo cambia de día en día. Esta vacilación, este titubeo, casi viene a ser sinónimo de anarquía espiritual y moral. Apenas queda en pie un valor recibido del pasado y respetado por el presente.

En un momento se derriban ideales, y se construyen otros en el momento siguiente, y en el tercer momento son estos ideales nuevos los que se vienen abajo. Miremos el arte, la ética, la estética, la filosofía; veremos en todas partes un choque continuo de ideas y de tesis, de teorías y de esfuerzos de los más opuestos.

Cuando el hombre, confiado en el progreso ilimitado, hubo de notar todas estas cosas, *sintió su alma presa de una dolorosa desilusión y de un gran abatimiento.*

Cuando vio con sus ojos que en todas las relaciones de la vida humana, así en el campo moral como en el social y el económico, *una estrella se apaga tras otra*

—*se* apaga y no porque se acerque la aurora—, entonces se apoderó de él un dolor y un desaliento indecibles.

Así se formó la terrible tragedia de esta generación actual; hoy día la humanidad está más dispuesta que nunca para el trabajo y la acción. Sólo frente a su principal deber es descuidada e indolente: no sabe fijarse un objetivo recto y dar un contenido digno a su propia vida.

Cuando estaba en su apogeo la concepción materialista del mundo fue pronunciada esta sentencia orgullosa: "Nosotros no necesitamos más que la tierra; cedemos el cielo a los gorriones"...; pero pronto advertimos que la misma tierra se hacía inhabitable para nosotros: revoluciones en todas partes; preparación para la lucha, odio, incertidumbre. ¿No es realmente increíble? ¡La humanidad, arrastrada al borde del abismo en medio de la ciencia y de la técnica más prodigiosamente desarrolladas!

Hoy día, casi podríamos afirmar que hemos llevado las posibilidades de la técnica hasta el extremo, y que se realizaron cuentos de hadas, palacios de ensueño, todo está a nuestro alcance..., pero —¡cosa extraña, incomprensible!— con estos avances de la técnica, *corren parejas la injusticia y el descontento sociales.*

El ritmo del desarrollo se aceleró tan locamente que al final llegamos a olvidar a aquel ser *por el cual* tendría que ser propiamente toda la cultura y todo el desarrollo: llegamos a olvidarnos del *hombre.* La técnica se enseñoreó del hombre, se escapó de nuestras manos; hoy día casi es la técnica la que manda; y no somos nosotros los que le mandamos a ella.

Ante esta experiencia, tan henchida de amargos desengaños, hemos de ver, por fin, que más allá de la materia, de la tierra y de la técnica, *hay otras fuerzas* que también han de obrar en la modelación del destino humano; fuerzas invisibles, que el hombre, deslumbrado por el progreso de la era moderna, había negado una y muchas veces. Hemos necesitado descubrir que el mundo no es únicamente tierra y materia, sino algo más, y que la vida humana precisa de algo más que ciencia y técnica.

Y hemos de alegrarnos. Porque mientras no apreciemos de nuevo la metafísica —lo que con lenguaje más sencillo podríamos llamar también el resurgir religioso— nuestro pulso seguirá desordenado, enfermiza nuestra respiración, raquítico nuestro esqueleto.

Quede, pues, aquí nuestro segundo aserto: Hemos progresado mucho, y con todo no somos más felices; se impone la consecuencia: *en algún punto nos hemos equivocado.*

III

EN ALGÚN PUNTO HA FALLADO NUESTRO CÁLCULO

Hoy día ya nadie puede poner en tela de juicio el que en un punto u otro la humanidad ha perdido el equilibrio; ni que en algo erramos nuestros cálculos. Pero ¿en que consiste semejante equivocación? Porque no se puede curar la enfermedad sin conocer su causa.

La fuente más profunda de todos nuestros males es *nuestro empeño en edificar una torre de Babel*.

La humanidad, deslumbrada por el progreso técnico, quiso suplantar la cultura cristiana por *otra cultura materialista,* divorciada por completo de Dios, y creyó ver la felicidad de las futuras generaciones en el mayor acúmulo de bienes terrenos y en las facilidades crecientes de esta vida terrenal. Y llegamos incluso a ridiculizar a nuestros antepasados.

Pero si bien los nuevos medios de comunicación son obras sublimes del ingenio humano.... no han realizado, con todo, su principal función: acercar fraternalmente a los pueblos y a las naciones.

Las máquinas y otros inventos técnicos representan un gran valor en el campo de la producción, pero también han destruido el optimismo esperanzado de que el aumento de la producción traería el bienestar y la felicidad del mundo.

Desde el punto de vista material, tenemos hoy más comodidades que los antiguos; *y con todo, somos muchas veces menos felices que nuestros antepasados.*

¿No es así, amigo lector? El trabajo es hoy mucho más fácil de lo que era antiguamente; lo facilita el sinnúmero de máquinas que tenemos en la actualidad. El tiempo de descanso también hoy es mayor. Son mucho más variadas las diversiones. Es mayor la comodidad.

Nuestros antepasados no tenían aviones, teléfono, electrodomésticos; no tenían calefacción central, alumbrado eléctrico; no tenían periódicos, cines, tabaco, supermercados...; les faltaban muchas cosas que tenemos nosotros; pero tenían algo que a nosotros nos escasea: tenían una vida más tranquila y en bastantes ocasiones se sentían más felices.

Indudablemente la comodidad de la vida ha aumentado mucho; pero ¿ha crecido también la felicidad del hombre?

Cualquiera puede hoy escuchar en su misma casa, acostado en su cama, a los cantantes y músicos más famosos de su país y del extranjero; para ello no tiene más que tocar un botón, pero ¿es más feliz el hombre?

Muchísima gente sale a divertirse los fines de semana..., van a la montaña, al mar...; hoy día pueden los hombres hacer a millares lo que antes era privilegio de unos cien...; pero, ¿es más feliz ahora el hombre?

Todos salen a divertirse; viven en pisos con agua corriente y muchas comodidades; visten a la moda y bastantes son asiduos de los institutos cosméticos; centenares de miles van a países extranjeros para descansar durante el verano o hacer deportes de invierno, cosa que antes podían permitirse nada más que unos pocos...; pero ¿es más feliz ahora el hombre? ¿Han cesado acaso la envidia y el odio de las distintas clases sociales? ¿Son rostros satisfechos los que nos rodean? Nuestras viviendas son más hermosas; la vida es más cómoda e higiénica; pero ¿nos sentimos más dichosos? No, y mil veces no.

Entonces debemos reconocer que nos hemos equivocado en nuestros cálculos. Reconozcamos que *el progreso material no significa necesariamente la felicidad del individuo, de la familia, de la sociedad.*

No significa la extirpación de los malos instintos que dormitan en el hombre; no significa la paz de las naciones, tan anhelada por todos; no lo puede significar, porque *la técnica* no *es más que uno de los factores de la felicidad humana —ni* siquiera el principal—; no es mas que uno de tantos móviles que puede influenciar la felicidad.

Mientras sean verdad las palabras de Jesucristo, que *no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mateo 4, 4), también será verdad que la cultura meramente material no puede hacer dichoso al hombre, que, además de cuerpo, tiene también alma.

Mientras quede en pie el principio de que *el espíritu vivifica la materia*, hemos de oír a manera de una advertencia continua, en medio de nuestro correr en busca de la felicidad, el clamor de las exigencias del alma. Hemos de escucharlo y hemos de seguirlo.

Se cuenta de *Tales,* sabio famoso de la antigua Grecia, que yendo cierta noche de camino mirando las estrellas, tropezó lastimosamente, y una viejecita se rió de él. Algo parecido, pero al revés, nos sucedió a nosotros: nos caímos, nos extraviamos, nos metimos en un callejón sin salida; mas no por mirar las estrellas, sino por haber desviado de ellas nuestra vista; de ellas, de los ideales y del espíritu, para seguir los falaces fuegos fatuos de los objetivos terrenales.

El prodigioso avance de la técnica, que se adueñó de nosotros, clavó nuestra mirada, nuestros deseos, nuestros planes, a la tierra. Y nos hizo olvidar que el hombre, además de lo que tiene de arcilla, el cuerpo, tiene también un alma, creada a semejanza del Dios eterno, cuyas exigencias no se pueden satisfacer ni

con el más hermoso Limousine, ni con la piel bronceada de una playa turística, ni con los más apasionantes deportes... No puede satisfacerlas más que el Dios sublime, nuestro Padre, que está en el cielo.

¿No vemos en torno nuestro millares y millares de hombres inquietos, desasosegados, que se consumen en una intranquilidad continua, y, sin embargo, no tienen otra enfermedad que la de *haber perdido a Dios?*

¿No vemos en las múltiples enfermedades de nuestra sociedad, que en realidad, no la consume más que esta sola enfermedad mortal: *el haber perdido a Dios?*

No podemos avanzar ni salir de la fosa en que caímos, no podemos porque hemos desechado la luz y la oscuridad nos envolvió. Buscamos por caminos equivocados esta luz, y en este desvarío nos pisoteamos unos a otros. Hace ya años que dura la oscuridad. La luz verdadera no la busquemos fuera, sino en nuestro propio corazón. Clamemos a Dios de esta manera: '¡Padre mío!, y Él nos iluminará.

Al mirar detenidamente la tremenda crisis de nuestra época, y al tratar de buscar sus causas, se nos viene a la memoria una escena de los tiempos que siguieron a la Revolución francesa. En un hospital yacía en su lecho un soldado cubierto de horrorosas llagas. Todos estaban asombrados de que pudiera vivir.

—Amigo —le dijo el capellán del hospital—, ya me han dicho lo terrible de sus heridas.

—Reverendo Padre, levante usted un poco la sábana que cubre mi pecho —contestó el enfermo.

Quedó espantado el sacerdote; al soldado le faltaban los dos brazos.

—Ahora levántelo usted más abajo, sobre el lugar de mis piernas...

Ambas estaban amputadas.

—¡Cuánto le compadezco, querido amigo! —dijo el sacerdote conmovido; mas el herido le contestó:

—No, Padre; yo no merezco compasión. Tengo merecido el sufrimiento. Una vez, yendo de camino con mis compañeros, encontramos un crucifijo. Y nos pusimos a destrozarlo. Yo fui el que lo hizo con más vehemencia. Me encaramé en la cruz; con mi espada —corté los brazos y las piernas de Cristo, de suerte que el cuerpo se cayó en la tierra. Al regresar al campamento, pasado muy poco tiempo, se dio la señal para el ataque; yo fui una de las primeras víctimas. Salí tal como me ve usted. También a mí se me cortaron los brazos y las piernas, como yo se los corté a Cristo. Pero doy gracias a Dios por haberme abierto los ojos y por poder ver ahora la atrocidad que cometí. Dios ya me ha castigado; creo que tendrá misericordia de mí en el otro mundo...

¿No vemos en este suceso nuestra propia figura? Hace siglos que nos ocupamos en destrozar dentro de la propia alma la imagen de Jesucristo; ahora le cortamos los brazos, luego las piernas..., y ¿nos asombra el tener los brazos y las piernas paralizados? ¿No sería mejor que dijésemos con el herido: Tenemos merecido el sufrimientos; gracias te damos, Padre celestial, por habernos abierto los ojos?...

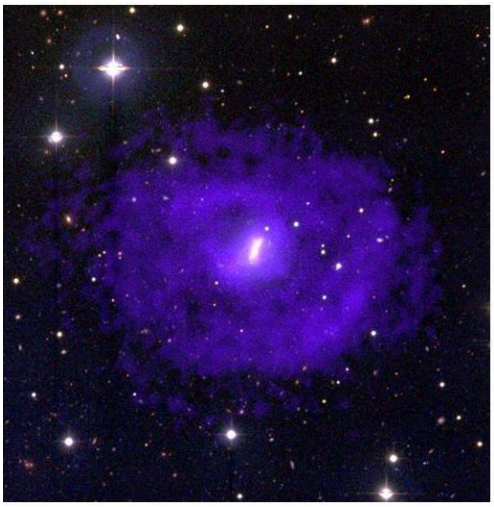
¡Ojalá abriésemos los ojos! ¡Ojalá reconociésemos todos que para ser feliz necesitamos algo más que ciencia y técnica...; necesitamos acudir a Dios, ofrecernos al Padre celestial, ajustarnos al Padrenuestro. Cuando la tempestad se cierne sobre nosotros y nuestra orgullosa torre de Babel cruje terriblemente... ¿Hay todavía salvación, hay esperanza? Sí la hay..., ¡volvamos al Padre! Cuando sepamos rezar nuevamente y realizar en nuestra vida las palabras: *Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad*... Cuando Su voluntad sea también la nuestra, entonces su mano nos levantará y hallaremos remedio.

PADRE NUESTRO...

Capítulo 3

¿POR QUÉ CREEMOS EN DIOS?

Sabiduría 13,1-5



Sin Dios la aparición de este mundo y la vida serían un absurdo.

Los dos capítulos precedentes no han sido más que introducción a los que siguen, los cuales van a tratar del *Padrenuestro*. Con el presente capítulo comenzamos comentarlo detenidamente.

Al empezar con la primera palabra del Padrenuestro nos parece hallarnos frente a una columna granítica de inmensas proporciones, de modo que no es posible pasar adelante sin dedicarle algo más que una mirada frívola y superficial. Hemos de pararnos largamente en esta sola palabra para esculpir en ella, con el corazón sediento y el alma creyente y humilde, lo que hay oculto en la misma: la idea de Dios, la imagen bendita de nuestro Padre celestial.

Padre nuestro —es lo primero que se dice en la oración del Señor—, y esto sólo, nos ofrece tal multitud de verdades y reflexiones fundamentales y asombrosas, que necesitaremos muchas páginas para explotar el rico tesoro de esta palabra.

Padre nuestro: es la primera palabra de la oración, y es también la primera cuestión que suscita en nuestro espíritu el problema de la existencia de Dios.

Es muy natural. Nadie puede decir *Padre nuestro* si no cree en Dios. De modo que si quiero rezar bien, y decir con plena convicción: *Padre nuestro*, antes que

otra cosa tengo que ponderar los fundamentos que existen para decirlo, y qué títulos hay para creer en Dios.

En esta labor quiero ayudar a todos con el presente capítulo. ¡Ah!, yo digo con emoción sincera: *Padre nuestro*; sí, yo creo en Dios...; pero ¿por qué creo? ¿Podría dar yo contestación cabal si alguien me preguntase de repente: Dime, ¿por qué crees tú en Dios?

¿Podría yo contestarle?

Sí, podría. Podría darle una respuesta clara satisfactoria.

¿Por qué creo en Dios?

I. —*Porque es lógico y razonable.*

Y II. —*Porque tengo corazón.*

¡Qué respuesta más sincera y apropiada! ¿No es verdad? En ella se contiene todo lo que podemos decir para satisfacer a la cuestión propuesta.

Atiende bien, amigo lector.

I

CREO EN DIOS PORQUE ES LÓGICO Y RAZONABLE

Creo en Dios porque me ha dotado de razón, y mi razón me dice que sin Dios no es posible explicar:

Ni la existencia de este mundo.

Ni la vida que hay en él.

El hombre, naturalmente, nunca logrará comprender del todo a Dios y penetrarle por completo con la mirada. El hombre tan limitado, que ni siquiera se conoce a sí mismo por completo; ¿cómo va a comprender y agotar la idea del Dios infinito?

Si bien damos a Dios nombres a cual más hermosos, y epítetos nuevos y nuevos calificativos para acercarnos por otros tantos escalones a su conocimiento, no obstante, aun después de todo nuestro esfuerzo, quedan en pie las palabras de la Sagrada Escritura: *Pues si apenas adivinamos lo que en la tierra sucede, y a duras penas entendemos lo que tenemos ante nuestros ojos. ¿Quién indagará lo que sucede en el cielo?* (Sabiduría 9, 16).

No podemos, pues, comprender del todo cómo es Dios. Pero *la existencia de Dios en general la proclama a voces mi razón.*

Sin Dios no se puede explicar la existencia de este mundo.

Que no hay nadie superior a nosotros; que no existe nuestro Padre celestial; que no hay Dios.... fácil es decirlo, pero ¿quién puede creerlo? En el momento en que lo creyéramos, renegaríamos de nuestra manera de ser humana,

traicionaríamos nuestra capacidad de razonar. Nuestra razón nos obliga a creer en Dios. *Porque, de lo contrario, no habría nadie capaz de contestar a las siguientes cuestiones:* En torno de nosotros existe este mundo inmenso...; pero ¿de dónde viene? El mundo se mueve...; pero ¿por qué? Hay orden en el mundo... pero ¿de dónde procede?

Estas cuestiones ahí están, pidiendo una respuesta, y no puedo responder si no creo en Dios.

Si veo un rayo de sol sobre la tierra es completamente cierto —¿verdad?— que existe el sol; si hay una corriente eléctrica, que mueve o ilumina, debe también haber una central eléctrica; donde hay orden tiene que existir, por fuerza, un principio ordenador; si hay niños, tiene que haber padres...

¿Quieres saber quién es Dios? Es el sol, que ilumina al universo; es su central eléctrica, su ordenador, su padre, su creador: ¡nuestro Padre celestial!

No hace mucho tempo quisieron algunos hacer tambalear la fe en Dios en nombre de la ciencia. Hoy estamos ya más adelantados. Sir Ambroise Fleming, el presidente del *Victoria-Institute*, de Inglaterra, científico de fama mundial, dio no hace mucho una conferencia titulada: *Meditaciones filosóficas sobre la física moderna y sus relaciones con el pensamiento religioso*. Empezó por hablar de los descubrimientos físicos más modernos, como la composición de la materia, etc.; después dijo textualmente:

"La gran multitud de los modernos descubrimientos que se han hecho en el mundo físico, en el campo del número, del peso y de la medida, han destruido completamente, según la convicción de muchos sabios, el antiguo materialismo. A nuestros ojos y en nuestro concepto el universo no es sólo objeto, sino también pensamiento. Pero el pensamiento supone la existencia de un sujeto capaz de pensar."

"Los argumentos suministrados por la física corroboran la tesis, según la cual el universo físico tiene su origen en un acto creador y no es algo que se haya hecho por sí mismo. Es insostenible el parecer que asegura ser el universo nada más que resultado de unos cuantos acontecimientos casuales o de una mezcla arbitraria de los elementos, todo lo cual excluye la fe en la creación, y, por tanto, en el Creador."

"Para analizar y comprender gran número de fenómenos de la Naturaleza necesitamos el trabajo de nuestro entendimiento; pero este trabajo supone la existencia de otra inteligencia que dio origen a estos fenómenos y está por encima de la razón que analiza. El principio fundamental de la doctrina evolucionista del materialismo es que la materia con pasos infinitamente pequeños va atravesando cambios lentos y continuos. Los descubrimientos más modernos de la física

contradicen esa teoría de la Naturaleza. La doctrina que afirma haber tenido origen la materia viviente en otra materia, pero inorgánica, que comenzó a vivir sin más en algún punto del tiempo y del espacio, es una absurda suposición que está destruida por la ciencia experimental."

"Debemos concluir que si los sucesos no se desarrollaron de esta manera, no pueden explicarse por la doctrina evolucionista y materialista las relaciones que existen entre la materia orgánica e inorgánica. La explicación no puede ser otra sino la intervención del Poder creador."

Hasta aquí el manifiesto del científico inglés. Ha sido una cita un tanto larga, pero era necesaria. Estamos en el trabajo difícil, e importantísimo, de poner los cimientos. Ahondar y poner los fundamentos siempre es el trabajo más enojoso. Más atractivo será, y hasta más interesante, lo que siga después: cuando, ya terminada la construcción, no hayamos de preguntar por qué creo en Dios, sino ponderar ¡cuán hermoso es Dios, qué bueno es con nosotros, siendo como es nuestro Padre celestial!

No es cosa inútil leer semejantes manifiestos científicos. Al fin, vemos siempre que estos sabios, con un lenguaje algo complicado, vienen a decir lo mismo que la Sagrada Escritura enseña. Al decir, por ejemplo: *Vanidad son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios; y que por los bienes visibles no llegaron a entender al Ser Supremo, ni considerando las obras, reconocieron al artífice de ellas* (Sabiduría 13, 1).

O cuando el salmista afirma que son los insensatos los que dicen que no hay Dios (Salmo 13, 1). Y también al escribir de esta manera: *Los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la grandeza de las obras de sus manos* (Salmo 18, 2).

O cuando exclama Job: *Pregunta si no a las bestias, y te lo enseñarán; y a las aves del cielo, y te lo declararán. Habla con la tierra, y te responderá; y te lo referirán los peces del mar. ¿Quién no sabe que la mano del Señor hizo todas estas cosas?* (Job 12, 7-9).

Esta es mi primera respuesta a la cuestión del por qué creo en Dios. Si veo la sombra, ha de haber rayo de sol; creo, si percibo el eco, ha de existir la voz; si no puedo negar que existen las criaturas, tengo que afirmar la existencia del Creador. Sin Dios no es posible explicar cómo existe el mundo.

Ni es posible explicar la vida que hay en el mundo.

¿Qué es propiamente la vida? En torno nuestro proliferan millones y millones de seres vivos.... no obstante, no sabemos qué cosa es la vida. Menos sabemos aún crear la vida en nuestros laboratorios y fábricas. El dueño soberano de la vida es Dios.

Gárdonyi propone un ejemplo que no deja de ser interesante. "¿Qué es una carretilla de tierra? Si llueve encima, un montón de barro; si le da el sol, un montón de polvo. Una cosa insignificante que no tiene valor. Pero si siembro un grano en esa tierra, el jacinto extraerá de ella dulce perfume, la menta un bálsamo exquisito, el tulipán color bermejo, el iris color azul, el narciso color blanco. Si en vez de flor siembro semilla de alcachofa, la pequeña simiente tendrá un sabor característico. Si siembro una vid, será azúcar lo que su raíz extraerá de la tierra. *¿Es que están en la tierra todas estas cosas? S*ecreto indescifrable."

"El Instituto Nacional de Análisis Químico no podrá extraerme de esta carretilla de tierra ni un átomo de perfume, ni un mililitro de azúcar, ni un miligramo de color bermejo. Ni podrá extraerlos de la simiente diminuta. En toda una cesta de simiente de tulipán no hay color suficiente para que una mariposa pudiera pintar sus alitas."

¡Realmente, son cuestiones que hacen pensar! Dan materia abundante para largas meditaciones.

En la minúscula gota de agua remolinean seres vivos muy diminutos; en torno mío viven la pradera en flor, el enorme bosque, la mariposa que revolotea; viven millones y millones de hombres.... vivo yo mismo, la corriente de la vida hace latir mi pecho, y con todo, no sé de dónde viene la vida.

De dónde procede *inmediatamente* sí lo sé. *Inmediatamente,* un ser vivo procede de otro ser vivo. Una espiga viva de trigo procede de una simiente viva de trigo. Pone el huevo la gallina viva y del huevo sale un polluelo vivo. Y el hombre tampoco puede nacer sino de otro ser humano vivo. Así es *ahora.* Este es su origen *inmediato.*

Pero ¿cómo fue al principio? ¿De dónde procedió el primer grano de trigo, el primer huevo, el primer hombre?

—¿De dónde? ¡De ninguna parte! Siempre los hubo! —podría contestar alguno; pero se equivocaría. Porque es cierto, completamente cierto, que un día muy lejano estuvo la tierra en estado tan caliente, tan incandescente y cubierta de llamas, que ningún ser vivo habría podido resistirlo. La paleontología y la geología enseñan de común acuerdo que hubo en la tierra una *era azoica,* en que ni siquiera hubo rastros de vida.

—Entonces, la primera vida se debe a la casualidad (podrá objetar algún otro).

¿Ah, sí? ¿De modo que es lícito ofrecer la casualidad como solución a un problema científico? ¿Es lícito recurrir a esta ridícula escapatoria con tal de no aceptar la única explicación posible, la única que satisface, y, según la cual, sólo puede explicarse la vida por el acto creador del Dios todopoderoso, dueño absoluto de la vida?

Permítanme mostrarles una cita de un médico oftalmólogo, el Dr. José Imre. En una conferencia que dio sobre *el papel que desempeña el milagro en la ciencia médica,* dijo, entre otras cosas:

"En los últimos decenios, la ciencia médica ha progresado con ritmo acelerado; ni durante milenios había avanzado tanto. Pero a medida que con la ayuda de los instrumentos y procedimientos precisos iba removiendo el velo que ocultaba las partes misteriosas de la vida, fue también mirando con humildad, más piadosa cada vez, al organismo humano, que es la obra maestra y admirable de la creación."

"Cuanto más se adentraba, tantos más secretos descubría la ciencia por investigar, y tanto veía más que hay cosas que rebasan la capacidad de la limitada inteligencia humana. Los fulgores de la corriente materialista se eclipsan definitivamente."

"Quizá se comprenda que el hombre, en la riqueza siempre creciente de sus conocimientos, se haya vuelto orgulloso y haya sacado consecuencias precipitadas. Sin embargo, en la historia de la humanidad es infinitamente breve la época en que no pudieron compaginarse la fe y las ciencias naturales, y hemos de mirar tales épocas como estaciones transitorias del desarrollo, las cuales se encuentran frecuentemente también en el desarrollo personal de algún que otro pensador. En este orden podemos ya notar una gran transformación en los últimos decenios."

"En estudios rigurosamente científicos, lo mismo que en artículos escritos para el gran público culto, biólogos que gozan de respeto general sienten la necesidad de asomarse a las cuestiones metafísicas. Por más que estudien los especialistas los fundamentos de las diversas ciencias, ven que sólo con ellas no pueden brindar nada a sus prójimos que proporcione un poco más de dicha a la humanidad. El alma humana no puede encontrar su equilibrio en una concepción del mundo fundada en las meras ciencias naturales, si le falta la moral y la fe."

¡Confesión digna de una persona seria! Al leer semejantes manifestaciones, podemos decir con tranquilidad: sí, yo creo en Dios. Creo, porque estoy dotado de razón.

II

CREO EN DIOS PORQUE TENGO CORAZÓN

También creo en Dios porque tengo corazón; un corazón que anhela la tranquilidad, la armonía, la felicidad; un corazón que no puede colmarse con nada de este mundo, sino solamente con la dicha sin fin del Dios eterno.

He de creer en Dios, porque... *el no creer acarrearía consecuencias horrendas.*

No hay Dios: entonces el mundo está falto de centro. No hay Dios: entonces la nave de nuestra vida, zarandeada por la tempestad, está sin ancla. No hay Dios: entonces nuestra alma no tiene patria. No hay Dios: entonces la vida humana está falta de raíces. *No hay Dios: entonces carece de sentido la existencia.*

Realmente carece de sentido. Todo lo que vemos en torno nuestro es efímero... Y ¿qué sentido puede tener sí no existe alguien que sea Eterno? En torno nuestro todo es finito..., y ¿qué sentido puede tener si no existe el infinito? En torno nuestro todo es relativo... Y ¿qué sentido puede tener sin el Absoluto, que puede afirmar de sí: *Yo soy el que soy* (Éxodo 3, 14), y tiene en su misma esencia la plenitud del ser?

Pero hemos de dar un paso más: Si no hubiera Dios, tampoco habría espíritu humano. ¿Cómo hubiera podido encenderse la brillante antorcha del espíritu humano sin el contacto con un Sol que es centro de todo espíritu, y al que llamamos *Padre nuestro*?

Si no hubiera Dios, *tampoco habría personalidad humana,* porque solamente el Dios personal puede comunicar origen y sentido, explicación y apoyo a nuestra personalidad.

Si no hubiera Dios, Poder infinito, que ordena el mundo, *tampoco existiría el hombre.* Porque todavía hoy sigue teniendo razón Heráclito, que escribió: *Toda ley humana se alimenta de la única ley divina*. Dios es el autor de todo orden, así del que existe en la gran naturaleza como del que hay en la vida humana. En el momento en que pretendemos negarle su trono celestial quitamos a la ley terrena su fuerza sancionadora, porque el hombre que pierda el respeto del juez eterno guardará les leyes humanas, cuando más, por cálculo o por miedo, y solo en apariencia, pero las infringirá en cuanto sepa que no le vigilan, si tiene poder para hacerlo.

Con estas consideraciones empiezan a comprenderse muchas desgracias que aquejan a la humanidad moderna.

Y es que a muchos modernos les acontece lo mismo que aconteció a un protagonista de la novela de Tolstoi, titulada *Ana Karenina:* a Ljewin, que titubeó en su fe. Su esposa enfermó gravemente, y el descreído Ljewin se refugió en la oración. Pero ¡cuán aleccionador fue su raciocinio!

"La materia es indestructible, la energía permanece, todo es resultado del desarrollo: estos pensamientos ocupan el puesto de la fe antigua. Estas palabras y estos conceptos fueron buenos y útiles para el raciocinio, pero ningún valor tenían para la vida práctica."

“A Ljewin le parecía algo así como si alguien trocase su caliente abrigo de pieles por un vestido de delgada tela. Aterido de frío se convence por vez primera de un modo que no deja margen a la duda —no con deducciones lógicas, sino con el sentimiento de todo el cuerpo—, que se halla casi sin vestido y tendrá que perecer irremisiblemente con muerte miserable.”

¡Qué extraño raciocinio! Pero, a la par, ¡qué elocuente reproche! Si no queremos helarnos miserablemente en los fríos campos de hielo en que tenemos que luchar por la existencia, *debemos no trocar el caliente abrigo de la fe por la delgada tela de la incredulidad.*

¡Creer, amados lectores, creer! ¡Da lástima sentir que el uso diario haya ido gastando la fuerza de esta palabra sublime! Los hombres piensan que en el primer puesto está la palabra *sé*. Y únicamente lo que *no sé* con seguridad lo *¡creo!*.

¡Qué fatal error! Mi fe religiosa está muy lejos de ir tan a la zaga de mi saber. Aún más, para mí la fe significa una forma, la más alta y más digna, de confianza en el saber. Porque ¿qué es la fe? Convicción inconmovible de que hay Dios y convicción firmísima de todas aquellas cosas que de este hecho se derivan. Si creo, tengo siempre que contar con Dios. Si creo, no debo ni puedo evitar las consecuencias de mi fe en ninguna circunstancia de la vida.

Pero me dices que no ves esto en ninguna parte. ¡Son tan raros los hombres que se dejen conquistar y subyugar del todo por este pensamiento; que —por decirlo así— estén poseídos de Dios! Estos son los santos. Mas ¿por qué son tan raros?

¿Sabes por qué? Porque nuestra inteligencia es harto pequeña, y Dios es infinitamente grande. Nuestra pequeña inteligencia abarca muy poco de Dios. El mar es inmenso, y en nuestra mano no hay más que un jarro muy pequeño.

Uno lo tiene más pequeño; otro lo tiene algo mayor... Pero cada jarro resulta insuficiente, y así que, en fin de cuentas, para cada uno sigue siendo misterio y arcano impenetrable la naturaleza de Dios. Nunca podré comprender del todo cómo es Dios. Pero creo y sé que hay Dios.

Lo creo porque estoy dotado de razón, y lo creo porque tengo corazón. Mi razón y mi corazón gritan de común acuerdo: Hay Dios, tenemos un Padre celestial.

***

No muy lejos de Jerusalén, cerca de la ciudad de Socho, vivía en tiempos ya lejanos, en una gruta, un anciano ermitaño, que peregrinaba con preferencia por los diversos lugares de Tierra Santa. Un día iba como peregrino a Jerusalén, otro día escalaba el monte Sinaí y aun llegaba a la tumba de San Juan, en Éfeso. Pero todas las veces que se ponía en camino solía encender un cirio antes de partir, y

colocándolo a los pies de una imagen de María que tenía en su gruta, le suplicaba con palabras sencillas, humildes y confiadas que Ella se cuidara de aquella luz con amor maternal hasta que él regresara de la peregrinación. Y dice la leyenda que, aunque hubieran transcurrido algunos meses, siempre encontraba el piadoso ermitaño a su llegada a la gruta aquella luz pura del cirio, que flameaba gozosamente, cuidada por la Virgen.

¡Qué hermoso pensamiento despierta en nosotros esta ingenua leyenda! Todos somos ermitaños que, en medio de mil pesares, vamos peregrinando de esta vida terrenal hacia la Tierra Santa de la vida eterna. No podemos librarnos de este peregrinar, ni podemos huir de los pesares de esta vida efímera y material; pero nunca hemos de consentir que se apague durante el camino el cirio encendido de la fe.

Ah, si: nosotros creemos en Ti, nuestro bendito Padre celestial.

Cuando se ataca a la religión y arden con llamas rojizas tus templos, y se hace saltar con dinamita tus santuarios para borrar tu nombre de la tierra, nosotros repetimos con humilde corazón: ¡Creemos en Ti, Padre nuestro!

Y cuando se asesina a sacerdotes, a monjas y seglares que creen en Ti, nosotros tus sacerdotes, tus monjas y tus creyentes, repetimos con el alma emocionada: ¡Creemos en Ti, Padre nuestro!

Y cuando hombres de infernal catadura tratan de extirpar de las almas hasta las raíces de la fe puesta en Ti, nosotros repetimos con espíritu afligido, pero valiente, con espíritu de mártires: ¡Creemos en Ti, Padre nuestro!

Y aunque hayamos de sufrir..., creemos.

Y aunque nos persigan..., creemos.

Y aunque tengamos que pagarlo con sangre.... creemos.

Y aunque hayamos de perder nuestra vida.... creemos. *¡Creemos en Ti, oh bendito Padre celestial, creemos en Ti!*

Tú eres la roca. Todo se desmorona, todo tiembla, todo se tambalea. La tierra se sacude y se abren tumbas oscuras que sepultan deseos, esperanzas, tristezas y alegrías. La gran masa humana atemorizada, brama y llora, tiembla y blasfema. Tú estás de pie, firme, como el secreto de la vida eterna. Tú eres la Roca.

¡Qué bien el poder verte y saber que Tú permaneces, y que no puede ser tragado por las olas quien logra coger tu mano, y que no verá jamás su casa derruida por ningún huracán ni terremoto quien la edifica sobre Ti!

¡Qué bien saber que Tú sostienes nuestra mano con tu mano vigorosa! Bordeamos precipicios, vamos contra la corriente de aguas que se despeñan bramando, y nadie puede separamos de Ti, ni la muerte, ni el infierno, ni el demonio. Cuando el mar se encrespa, y gime la tierra, y caen las montañas, y

salen de madre los ríos, y caen las estrellas, y los hombres se pasman de terror..., asidos a tu mano vigorosa podemos cantar tranquilamente. Aunque todo muera, resucitaremos de la tumba para una vida nueva.

"Tú eres la Roca. ¡Qué gozo da ver la vida en la muerte y esperar, recibir y darte las gracias, únicamente a Ti, y vivir felizmente por toda la eternidad, vivir en Ti, vivir de Ti y no separarnos nunca de Ti, Dios santo, Roca firme, no separarnos nunca de Ti!" (M. Mentes.)

Capítulo 4

¿POR QUÉ NO CREEN LOS HOMBRES?

San Mateo 13, 18-23

En el capítulo anterior vimos por qué creen los hombres; en el presente vamos a ver por qué no creen. Antes hemos examinado brevemente los argumentos que nos conducen a la fe en Dios; ahora vamos a estudiar las razones que se alegan para negar la fe. Antes hablamos de los que tienen fe, de los que tienen Dios; ahora nos ocuparemos de los que no tienen fe, de aquellos para quienes *Dios no existe*.

¡Causa espanto sólo el escribirlo!

Ya causa pena el ver que para algunos hombres no hay música, no hay dulce trino de pájaros, no hay suave melodía de voz materna... ¡Pobres sordos!

También es triste que para algunos no exista la luz, ni el rayo de sol, ni la magnífica pradera llena de flores...

¡Pobres ciegos!

Pero ¿qué significan todas esas desgracias en comparación de la inmensa desgracia de aquellos hombres para quienes *Dios no existe*...? ¡Pobres incrédulos!

En cambio, ¡qué alegría la nuestra, qué incomparable tranquilidad! ¡Tenemos un Dios, tenemos un Padre! Este Padre ha creado el cielo y la tierra, todo el universo; de Él arranca el pequeño arroyuelo de mi existencia, que, después de pasar fugaz por los años de peregrinación, ha de terminar desembocando en el océano de su infinidad.

Y ¡qué dulce es pensar que este Dios no es solamente el Creador infinitamente poderoso, que dio ser al mundo con un acto de su voluntad, sino que además es nuestro Padre, infinitamente bueno, que nos ama con un amor sin límites! Padre ante el cual pueda arrodillarme y expresar en la oración todos mis deseos y todos mis dolores, y a cuyo corazón paterno nunca recurro en vano; que no vive alejado de nosotros, a una distancia estratosférica, sino que se halla más cerca de nosotros que nosotros mismos, ya que *dentro de él vivimos, nos movemos, y existimos* (Hechos de los Apóstoles 17, 28). ¡Ah, qué dulce es creer, saber y vivir tanta bondad y grandeza!

Pero hay hombres que nada saben de todo esto, y están faltos de esa inmensa satisfacción porque

I.—*Se olvidaron de Dios.*

Y II.—*Se opusieron a Dios.*

Y si ahora voy a tratar de estos hombres incrédulos, de alma de hielo; si muestro el doloroso camino de su vida a mis amados lectores, lo hago con el único fin de celebrar y agradecer después con mayor entusiasmo el tesoro que nosotros tenemos en la fe cristiana.

I

LOS QUE SE OLVIDARON DE DIOS

Hay hombres que no creen en Dios. ¿Por qué? Porque se olvidaron de Él.

Pero ¿es posible que el hombre se olvide de Dios? ¿Que se olvide de que este mundo no se hizo por sí mismo y que no podría sostenerse ni un solo momento por sus propias fuerzas? ¿Es posible que no nos acordemos de Aquel en el cual *vivimos, nos movemos y existimos*? ¿Cómo es posible? ¿Cuál será la causa?

En primer término, puede ser la siguiente: el hombre se llena por completo de este mundo; se llena hasta el punto de *no dejar ya lugar en sí para el otro mundo.*

Causa asombro ver hasta qué punto se extingue en algunos todo rasgo noble y deseo elevado. Hay personas que al hablarles del alma, de la vida ultraterrena, de la moral, de la responsabilidad, se sonríen con aire de superioridad, como hacen los animales en los cuentos, al ver que existen hombres que caminan sobre dos piernas y no andan a cuatro patas como ellos.

Naturalmente, si el hombre se llena hasta el borde de este mundo terreno material, no quedará en él lugar para Dios. Para dar entrada a Dios en nuestro aposento hemos de quitar muchos estorbos.

Examinémonos a nosotros mismos. Leí un caso de cierto trabajador que por intereses materiales renegó de su fe. Su mejor amigo procuró probarle lo necio de su conducta. Por desgracia, todos sus argumentos quedaron fallidos, pues el renegado repetía obstinadamente:

—No me convence. No puedo convencerme.

En esto, su amigo escribió sobre una hoja de papel, con letras muy pequeñas, esta palabra: *Dios*, y presentó este papel a los ojos atónitos del empleado:

—¿Lo ves?

—Lo veo.

Tapó entonces la palabra con una moneda de oro:

—Y ahora, ¿lo ves?

—Ahora no. Ahora no veo más que el oro.

—Por desgracia, has dicho la verdad —contestó su amigo—. No ves más que el oro. Y a causa del oro no ves a Dios.

¡Cuántos hay así, hombres embriagados por el brillo de los valores terrenos, que a causa del fulgor deslumbrante del oro no ven a Dios y le olvidan! En ellos pensaba Jesucristo al decir en la parábola del sembrador, que *los cuidados de este siglo y la seducción de las riquezas la sofocan* (la palabra divina) *y queda infructuosa"* (Mateo 13, 22). Para los tales reza lo que dijo Gárdonyi: "Algunos pasan toda su vida sin tener un momento de lucidez. Hay hombres entrados en años, y hasta instruidos, que califican de falso el certificado de ciudadanía celestial, mientras que, por el contrario, hay hombres sencillos, ignorantes, que no necesitan de semejante certificado, porque saben muy bien de dónde son y cuál es su verdadero origen."

"El águila ve el sol, no necesita pruebas astronómicas. El gusano que vive en el fondo de las minas no cree en esa luz, sea quien fuere el que la afirme y se empeñe en probarla. El que tiene el oído fino oye la música. Para el sordo, en vano tocaría su violín el mismo Kubelik."

Por desgracia, hay hombres que se hacen ciegos y sordos para con Dios; que se llenan de *este* mundo hasta tal punto, que no queda lugar en ellos para el *otro* mundo.

Lo que voy a decir en relación con esto lo digo con cierto temor; temo que se me entienda mal: *estos hombres olvidados de Dios abundan más entre los avanzados ya en edad que entre los jóvenes*.

Sé muy bien que no todo se puede alabar en los jóvenes, como tampoco se pueden levantar objeciones contra todos los sesentones. Pero al tratar de la fe y de la incredulidad, al examinar la práctica de la vida religiosa, salta a la vista la diferencia que hay entre los viejos y los jóvenes en este punto.... y la diferencia es a favor de los jóvenes.

No hemos de escandalizarnos, no hemos de admirarnos..., tenemos que alegrarnos de ello. Debemos alegrarnos de que la juventud actual no sea apartada artificiosamente de la religión, como podía hacerse dos o tres generaciones antes.

En aquel ambiente que negaba la existencia del alma y solamente reconocía la materia; en aquel aire malsano que a la sazón respiraba la juventud, no podían florecer ni el pensamiento religioso ni una vida religiosa algo profunda. Pero a la juventud actual —confesémoslo— le resulta más fácil encontrar el camino que conduce a Dios y perseverar en él.

Porque hoy día el que es sabio de verdad no se atreve ya a pregonar con tan cínica superioridad ni con tan retadora osadía el materialismo que destrona a Dios, como hicieron muchos antes. A la sazón clamaba con aire de superioridad cierto médico: “He disecado un cadáver, y no he encontrado el alma por ninguna parte.” También escribió Renan: “La ciencia es la religión del porvenir.” Y se atrevió a decir un ministro francés: “Hemos apagado definitivamente las estrellas del cielo...”

¡Qué transformación desde entonces! ¡Qué desengaño! ¡Qué retorno a la cruz infielmente abandonada! Los jóvenes lo comprenden. Lo comprenden y rezan por los viejos, que no son malos ni tampoco son incrédulos ni ateos, sólo que.... ¡se olvidaron de Dios! Y se olvidaron por haber crecido en una época que le tenía olvidado, en una época tan llena de este mundo, que no le quedaba ya lugar para los pensamientos del otro.

Naturalmente que el olvido de Dios puede tener también otra causa. Y es: *el aprecio excesivo de los quehaceres terrenos, aprecio unilateral, de estrechos horizontes.*

Por desgracia, muchos de los hombres modernos se verían obligados a responder como aquel viejo biólogo cuando le preguntaron su opinión respecto del Cristianismo.

—¿Qué opino del Cristianismo? Yo estudio hace cincuenta años las lombrices y otros gusanos... No he tenido tiempo todavía para estudiar el Cristianismo.

¿Verdad que es asombroso? Como si se le preguntase a un médico qué opina de los bacilos de la tuberculosis y él contestara: Yo estoy oyendo continuamente la radio; no he tenido tiempo de dedicarme a ellos.

Cómo si a un chofer se le preguntase qué opina del motor de su auto y él contestase: Yo voy continuamente a los partidos de fútbol; no tengo tiempo de dedicarme a estas cosas. Porque así como un chofer ha de preocuparse del motor de su auto, y el médico de los bacilos, así tiene todo hombre que preocuparse del Cristianismo, de su propia alma, de Dios.

Pero a muchos les falta tiempo precisamente para esto. "Nací cristiano, mas no tengo tiempo para serlo." Tienen tiempo para todo menos para esto: para pensar que tienen también alma y que esta alma tiene sus exigencias. No. Ya no lo sienten. Ya no tienen necesidad de ello, porque *ya han aprendido mucho*, *¡ya saben una barbaridad!*

Con una débil lámpara de bolsillo han logrado arrojar un hilo de luz mortecina a un rincón secreto de la inmensa naturaleza, y se creen que para ellos no existen ya misterios, ni hay problemas. Juzgan y piensan como el niño a quien le preguntaron:

—Dime, muchacho; vamos a ver si lo sabes. ¿Qué cuerpo sideral es el más importante: la luna o el sol?

Y él contestó sin titubear:

—Naturalmente que la luna.

—¿Por qué?

—Porque la luna da luz durante la noche, cuando hay oscuridad, mientras que el sol solamente ilumina durante el día, cuando ya hay luz.

Mis lectores sonríen de la ingenuidad de este niño. Pero ¿no es igualmente ingenuo quien cree que en el intrincado laberinto de las cuestiones de la vida y en la noche oscura de los problemas universales le basta con el resplandor lunar de la razón humana y no necesita los rayos del sol de la fe divina? ¡Cuántos niños ingenuos viven en torno de nosotros! Son los que llegaron a la incredulidad por el aprecio unilateral, estrecho, de los quehaceres terrenos.

¿Y la ciencia? ¿Las grandes investigaciones? ¿El estudio constante de las fuerzas de la naturaleza? Todo esto, ¿no conduce a la incredulidad? Se dice con frecuencia que algunos se volvieron incrédulos a causa de su gran saber. Y al oír el creyente semejantes cosas, se alarma; entonces, ¿dónde estoy yo? ¿En qué compañía? ¿Es que me encuentro entre hombres obscurantistas, anticuados, tontos?

Puedo tranquilizar a todos. Lector, los que creéis en Dios os encontráis en muy buena compañía. En la compartía más distinguida. En la compañía de los hombres de mejor corazón. Entre ellos figuran sabios, artistas, descubridores de primer rango.

Ved cómo uno de ellos, Pascal, célebre matemático, hace una confesión de fe valerosa y cálida: “Extiendo mi mano —escribe— para tocar a mi Redentor, que fue anunciado cuatro mil años antes de nacer, y que ha venido para padecer por mí en la tierra y para morir en el tiempo y en las circunstancias anunciadas; y por su gracia espero con paz la muerte, confiando unirme eternamente a El.”

“Pero, además, vivo también con alegría, tanto en los bienes que su bondad me concede, como en el sufrimiento que me envía para mi provecho, y que Él, con su propio ejemplo, me enseñó a soportar.”

Si pudo hacer tan cálida confesión de fe uno de los matemáticos más grandes de la humanidad, yo me tranquilizo pensando que con mi fe no me encuentro en una compañía tan obscurantista.

Quizá convenga preguntar también a un gran físico, Ampére. Es incalculable el mérito que se granjeó con sus pesquisas y descubrimientos en el campo de la electricidad. Ozanam, que vivió una temporada con la familia de Ampére, escribió sobre el sabio físico: “La religión le guiaba en todos sus pensamientos; ella irradiaba luces sobre sus reflexiones; desde el elevado punto de vista de la misma lo juzgaba todo, también la misma ciencia... Esta cabeza admirada, que se vio cubierta de ciencia y de honores, se abría sin reserva a los misterios de la fe, y, aún más, se inclinaba a la línea trazada por el magisterio eclesiástico. Se arrodillaba ante los mismos altares que Descartes y Pascal, junto a la pobre viuda y al pobre niño, y éstos no eran tan humildes como él”.

¡Y las conversaciones habidas entre Ozanam y Ampére! Por cualquier punto que las empezasen, siempre desembocaban en el Dios creador. Entonces, Ampére, apoyando su ancha frente en las manos, exclamaba: “¡Qué grande es Dios, Ozanam, qué grande es Dios!”

Podemos estar tranquilos de no encontrarnos por nuestra fe en compañía de obscurantistas.

II

LOS QUE SE OPUSIERON A DIOS

Hasta ahora hemos tratado de los que se olvidaron de Dios. Llegamos a una forma más espantosa de la enfermedad; hay hombres que se rebelan directamente contra Dios, que se oponen a Dios.

¿Qué hace llegar al hombre a tales extremos y a tan horroroso precipicio?

En primer lugar, *el falso concepto que tiene de Dios.* ¿Por qué no creyeron en Cristo los fariseos? Porque se habían formado una idea muy distinta del futuro Mesías. Esperaban a un Caudillo, a un Príncipe poderoso, que levantase de los

hombros del pueblo judío el yugo de los romanos. Y al llegar Cristo, no así como ellos le esperaban, sencillamente le negaron.

¿No obran de igual suerte muchos hombres modernos? Se imaginan cómo tendría que ser Dios. Si después no resulta, ni obra Dios así, como ellos quieren; si permite sufrimientos, pobreza, enfermedades, tribulaciones, sencillamente se declaran en rebeldía contra Dios.

"Si hubiera Dios... —dicen desesperados—, si hubiera Dios, ¿cómo podría consentir que yo sufriese tanto... que falleciese precisamente mi esposo..., que se me fracturase precisamente a mí la pierna..., que apenas pudiese tenerme en pie durante muchos años... ?" Ya que Dios no es como ellos desearían, le vuelven la espalda o se oponen abiertamente a Él.

Pero se oponen también a Dios los que *llegan a la incredulidad por* su *vida pecaminosa,* los que tienen interés en no creer en Dios. Muchos creerían al instante y de mil amores en Dios y en Jesucristo, si bastase la fe y no trajese como consecuencia el tener que vivir según la fe. Pero nuestro Señor Jesucristo pregonó con toda claridad: *No todo aquel que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es el que entrará en el Reino de los cielos* (Mateo 7, 21).

—¡Ah, esto ya es demasiado! —dicen los que no quieren que la fe estorbe su vida pecaminosa. Hablan de la misma manera que los sabios atenienses a San Pablo cuando éste empezó a predicarles de la resurrección: *Algunos se burlaron de él, y otros le dijeron: Te oiremos sobre esto otra vez* (Hechos de los apóstoles 17, 32). Naturalmente no le oyeron nunca más.

O les pasa lo que al procurador Félix cuando San Pablo le habló de la justicia, de la castidad y del juicio venidero. *Despavorido Félix le dijo: Basta por ahora, retírate, que a su tiempo yo te llamaré* (Hechos de los Apóstoles 24,25). Pero no le volvió a llamar. Porque temía oír algo, en que él también había pecado. Así obran los que prefieren negar a Dios más que cambiar su vida pecadora.

No se puede calcular el gran número de hombres cuyo corazón quedó hecho trizas, endurecido, trocado en lava desecada, convertidos en ateos cínicos a causa de su vida frívola y pecaminosa.

Algunos están alejados de Dios por efecto de ideas erróneas; otros se trocaron en enemigos suyos por una vida frívola. Por desgracia, existe aún una tercera clase de espíritus rebeldes: *los que fueron lanzados al campo de los ateos por una maldad diabólica.* Las edades antiguas no conocieron tan profunda degradación del espíritu humano; es ésta privilegio doloroso del hombre contemporáneo.

En nuestros días hay poderosos países que quieren cambiar la observación siempre actual de Plutarco. Estás son las líneas que escribió ese historiador griego al final del primer siglo después de Jesucristo: “Nunca hubo un Estado constituido de ateos. Si pasas por la tierra, encontrarás ciudades, sin murallas, sin reyes, sin casas, sin dinero, sin teatro, ni gimnasio; pero nunca encontrarás una ciudad sin dioses, sin oración, sin oráculo, sin sacrificios. Antes puede existir una ciudad sin suelo en que fundarse, que un Estado sin la fe puesta en los dioses. Es el medio de conexión de toda comunidad y el apoyo de toda legislación.”

Esto escribió el sabio historiador griego. Y si él ya poseía abundantes observaciones en esta cuestión, ¡cuánto más las tendrá el hombre moderno con la historia de dos nuevos milenios, que le inculcan la misma verdad!

Mas ¿qué vemos en la actualidad?

Bastantes de los países ricos quieren dar un mentís rotundo a las enseñanzas de la Historia. Hay países en que todo se permite contra Dios. Países en que asociaciones bien organizadas declaran a Dios una guerra sin cuartel, gastándose en ella millones de dólares. Países en que grandes rotativos hace befa sobre la existencia de nuestro Padre celestial...

¿No nos aflige todo esto? ¿No sentimos el deber de santificar, por lo menos nosotros, el nombre de Dios tan blasfemado?

Tales cosas suceden, y no entre los salvajes, no entre los pueblos incultos de los bosques vírgenes del África, sino en los países europeos dotados de los refinamientos técnicos de la civilización.

¿Y aun nos admiramos de los sufrimientos y desgracias de la humanidad? Lo que debiera sorprendernos es que no sea un caos todo el mundo.

***

En Pest, contiguo al bosque de la ciudad, hay un gran instituto, el de los ciegos. Muchas veces lo he visitado; he pasado horas entre los pobres ciegos, que van a tientas, que tropiezan a cada paso, que no pueden gozar de ninguna belleza, de ninguna flor, de ningún rayo de sol. Y cuando salgo otra vez al cielo descubierto, respiro profundamente en plena luz y exclamo: Ahora puedo dar gracias cumplidamente a Dios por lo que me dio, al darme la luz de los ojos.

El mismo sentimiento me embarga al final de este capítulo. Nuestro caminar en la vida es entre ciegos y sordos, en medio de nuestros prójimos, que cegaron y ensordecieron su alma para no oír ni ver a Dios.

Privilegio doloroso de la voluntad humana es el poder vendar sus ojos a la prueba más clara y poder cerrar los oídos a los argumentos más contundentes.

—¡Ah, que no llegue yo a este punto! ¡Que no me ciegue! ¡Que no experimente nunca la ceguera espiritual!

—¡No temas! No llegarás a ese extremo; no llegarás al frío glacial, terrible, polar.... si no quieres. ¿Sabes cuál es el argumento más poderoso a favor de la existencia de Dios? ¿Sabes cómo podemos nosotros conservar nuestra fe? Viviendo según la fe. Viviendo como exigen nuestras creencias.

Leí el caso de un sencillo labrador, a cuyos oídos llegaron también los discursos grandilocuentes y blasfemos; él, con sentido común no dijo más que esto: "El que no quiera creer en Cristo allá se las haya; ya verá cómo se arreglará sin Él. Yo necesito Alguien que me levante y sostenga, mientras dure mi vida, Alguien que ponga su mano debajo de mi cabeza en el trance de mi muerte."

¡Qué bella respuesta, capaz de confundir a todos los enemigos de nuestra fe! Sí: nosotros creemos en Dios. Creemos, porque tanto nuestra razón como nuestro corazón nos invitan a acudir a *Aquel que nos levanta y sostiene en la vida, a Aquel que nos espera en el trance de la muerte.*

Capítulo 5

“SOLAMENTE CREO LO QUE VEO”

San Juan 20, 24-29

El primer domingo después de Pascua estaban los apóstoles reunidos en una sala, conversando acaloradamente sobre los acontecimientos que habían ocurrido durante la semana. Todos estaban juntos; también Tomás. Una semana antes, en la memorable noche pascual, cuando Cristo resucitado se apareció por primera vez a los apóstoles, no estuvo Tomás; y al serle referida más tarde por los apóstoles la prodigiosa noticia de que *hemos visto al Señor*, no quiso creer.

—¿Decís que habéis visto al Señor? *Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y no meto mi dedo los agujeros de los clavos, y mi mano en la llaga de su costado, no creeré* (Juan 20, 25) —dijo Tomás.

*

Y el Señor se presenta de nuevo en medio de los apóstoles. Dirigiéndose directamente a Tomás, le invita a extender la mano, y a ponerla en la llaga de su costado, y a no ser incrédulo, sino creyente. Y cuando el apóstol prorrumpe en la gran confesión: *¡Señor mío y Dios mío!,* entonces el Señor le contesta: *Porque me has visto has creído, Tomás; dichosos los que sin ver creyeron* (Juan 20, 29).

Esta es la historia del *incrédulo Tomás*.

Y si nosotros podemos alegrarnos de no estar en el número de los incrédulos, y de que Dios nos haya concedido la gracia excelsa de la fe, con todo debemos también sacar beneficiosas enseñanzas de esta escena de Tomás.

¡Señor mío y Dios mío!, diré yo también a Cristo con amor ardiente.

—*¡Padre nuestro que estás en el cielo!*, rezaré todos los días con fe.

Yo tampoco vi, pero creo, y —según las palabras de Cristo— me siento dichoso. Mas quisiera hacer partícipes de esta felicidad a cuantos me rodean. ¡Cuánto me duele que haya personas que no crean en Dios!

Sí; me entristezco por ellos; ¡cuánta lástima me dan!... pero no me atrevo a condenarlos. ¿Quién sabe cómo han llegado a tal estado? ¡A tal amargura! Porque no tienen esperanza en que haya una vida eterna. Viven en el desierto árido de la incredulidad, donde no hay oasis que reconforte para continuar esta vida, ni descanso, ni estrella que guíe, porque no aciertan a pronunciar estas palabras: *Padre nuestro que estás en el cielo*. ¡Qué lástima me dan, cuánto me gustaría poderles ayudar!

¿Ayudar? Pero ¿cómo?

Acercándome a ellos y procurando demostrarles cuán descaminados andan siguiendo al apóstol Tomás nada más que hasta la mitad de su camino; por seguirle sólo hasta este punto: no creer más que lo que ven; y no seguirle en la segunda etapa, hasta pronunciar ellos también llenos de fe: *¡Señor mío y Dios mío!*

I

"SOLAMENTE CREO LO QUE VEO"

Hay hombres todavía hoy que no quieren creer nada más que lo que pueden oír, palpar o ver por los sentidos. ¿Cómo convencerles de su error?

Estamos acostumbrados a cada paso a oír este argumento: *Solamente creo lo que veo*. Sobre todo en esta época en que la humanidad se enorgullece al ver los magníficos descubrimientos de la ciencia y los admirables alardes de la técnica; el hombre cree que puede lograrlo todo; que todo se puede palpar, coger, traducir en cifras, encasillar en asientos, columnas, estadísticas; y que lo demás, lo que no podemos percibir con nuestros sentidos o registrar con nuestros instrumentos, es sencillamente porque no existe. No puedo coger a Dios; luego no existe. No puedo ver a Dios; luego no existe. No puedo comprender a Dios; luego no existe.

Contra estos argumentos tuvo que enfrentarse Lacordaire, el célebre sacerdote predicador francés. En uno de sus viajes, estando comiendo en un restaurante, se sentó a la mesa con él un hombre que enseguida empezó con tono jactancioso a hacer alardes de su incredulidad. Decía y repetía que él no creía en Dios, porque no comprendía a Dios, ni le podía comprender. Y es imposible —afirmaba machaconamente— creer en algo que no alcanzamos con la razón. ¿No es así? —dijo en tono triunfal al Padre.

Pero Lacordaiere le contestó:

—Mire usted, amigo: si pongo el hierro duro en el fuego se pone blando; y si pongo en el fuego el huevo blando se pone duro. ¿Lo comprende usted?

—No lo comprendo.

—Pues ya lo ve; no lo comprende, y, no obstante, lo acepta, lo cree; cree en su tortilla y la come tranquilamente, a pesar de no comprender como se hace.

Solamente creo lo que comprendo, lo que veo. Esta afirmación desdeñosa ha sido el arma con que se ha atacado frecuentemente nuestra fe. Pero hoy día sería objeto de irrisión aquel que se empeñase en querer esgrimir esta arma, hace ya tiempo oxidada. Porque sabemos hoy muy bien que *nos rodea un mundo admirable, misterioso, del cual no nos dicen nada ni nuestros ojos, ni nuestros oídos, ni nuestras manos,* y que existe a pesar de todo. Es que, además de tener ojos, oídos, manos y otros sentidos, tengo razón, y precisamente es la razón la que me obliga a creer.

Si en la noche oscura veo una hoguera de pastores sé ciertamente que alguien la habrá encendido. Y si veo las millones de estrellas que brillan en la bóveda celestial, ¿podré afirmar que se encendieron por casualidad?

Si en una región lejana y desconocida pierdo el camino, y, después de errar largo tiempo, diviso una columna de humo que asciende del bosque, respiro con cierto alivio; porque sé que debe haber gente por allí, ya que el humo no se produce por sí solo. Y si contemplo los volcanes en actividad, ¿he de afirmar que se hicieron por sí solos?

Si una mariposa de irisados colores revolotea ante mí y se posa en el cáliz de una flor, sé que ni el pétalo de la flor ni el ala irisada de la mariposa se pueden fabricar en ningún laboratorio humano, por muy perfecto que sea. Y, en cambio, si examino las miles y miles de maravillas que contiene el Universo; si está delante de mí toda la hermosura de la Tierra y del Sol y todo el mundo de los astros, ¿precisamente entonces podré afirmar que todo ello se hizo por sí solo?

No. No puedo sostenerlo. La razón humana lógicamente me obliga a creer en la existencia de cosas de las cuales nada me dicen los sentidos. Por tanto, el que se hiciese ateo siguiendo la premisa ”*no veo a Dios; por lo tanto no existe”*, ese tal tendría que negar también la existencia de la misma razón humana.

II

LO CREO AUNQUE NO LO VEA

Vale la pena meditar más detenidamente este punto.

¡Cuántas cosas creemos sin haberlas visto; sin haberlas podido experimentar por medio de los sentidos!

Un genio de la talla de San Agustín tuvo que rendirse humildemente ante Dios en sus *Confesiones*:

"Tu mano suave y misericordiosa, Señor, poco a poco puso orden en mi corazón. Me hiciste meditar las cosas que creo, aunque no las vea, ni haya estado presente cuando sucedieron. ¡Cuántos acontecimientos históricos han sucedido que yo no he presenciado; cuántas cosas creo por la palabra de mis amigos, de los médicos, y, en general, de los hombres!; y es del todo razonable, porque sin esta confianza ni siquiera podríamos movernos en la vida" (Confesiones 6, 5).

¿Tú no crees más que lo que ves? Si ello fuera verdad, entonces no podrías leer ni escribir; porque toda la educación y la enseñanza se fundan en la fe. En la escuela primaria el niño cree al maestro cuando éste le enseña que el primer signo del alfabeto es la letra *A*, y el segundo es la letra *B*. Y en la fe se fundan también la Geografía y la Historia, y todo el arsenal de cosas que no has descubierto por ti mismo, sino que las descubrieron otros...; y así es en la mayoría de nuestros conocimientos. Familiaricémonos, pues, con este pensamiento: *No por no ver algo puedo afirmar que* no *existe.* Ahí está, por ejemplo, el hecho histórico interesantísimo de la catedral de Chartres.

En la ciudad francesa de Chartres hay una catedral que data del siglo XII: es una de las obras más hermosas de la arquitectura de la Edad Media. Pero debido a una extraña casualidad no se conserva memoria alguna de su autor. No sabemos quién construyó este magnífico templo, cómo se llamaba, de qué nacionalidad y de qué familia era...; no sabemos nada del arquitecto.

Desde hace ocho siglos la humanidad admira este edificio de hermosura sin par, y nada sabe de la persona que lo construyó. Mas aunque no haya quedado ningún escrito, y aunque la Historia nada pueda decir, habla de él mi razón. No lo veo, y con todo creo —mi razón me obliga a creerlo—que la catedral de Chartres no se hizo por sí sola: hubo quien la diseñó y construyó.

¿Estamos conformes, amigo lector? Me parece que nadie puede ponerlo en tela de juicio. Pero la hermosura de la catedral de Chartres no es más que una pálida sombra en comparación con la admirable inmensidad y belleza del universo. La hermosura de toda construcción arquitectónica, por más grandiosa que sea, no es más que un incierto tanteo junto a las hermosuras de que está sembrado el universo.

La maquinaria de reloj más exacta, fabricada por las manos de hombre, y la máquina más complicada no son más que un juego de niños, comparadas con las maravillas que encierra el Universo.

Y si nadie se atreve a decir de la catedral de Chartres que "no he visto su constructor, ni nadie sabe nadie quién fue; por tanto, no debió de existir"; si nadie

se atreve a afirmar de un reloj que “no he visto ni conozco al relojero; por tanto, no debió de existir”, ¿podrá alguien decir, refiriéndose al universo, mil y mil veces más complicado, más hermoso y sublime: “No he visto a su Creador; por tanto, no existe Dios”? ¡Sí, yo creo que la catedral de Chartres fue construida por alguien, y, sin embargo, nadie sabe quién fue..., y mucho más firmemente creo que el mundo fue creado por Alguien, aunque yo no le haya visto.

Pero hay más todavía. Tenemos noticia *de algunos descubrimientos valiosos e interesantes,* de los que nunca habría gozado la humanidad si los descubridores no hubiesen querido creer más que lo que veían.

Por ejemplo, *si Cristóbal Colón sólo hubiese creído lo que veía, nunca habría llegado a América.* Cuando propuso por vez primera el plan de navegar hacia las Indias por un nuevo rumbo, hacia el Occidente, buscando descubrir regiones desconocidas, se encontró con la oposición del sentir general de su época. No eran muchos entonces los que estaban persuadidos de que la tierra fuese redonda. El solo pensamiento de que existían hombres en las antípodas, en los puntos opuestos de la tierra, significaba una gran osadía. Y con todo, Colón ¡tenía razón! Nunca había visto las tierras que buscaba.... pero su razón le obligaba a creer que existían. Colón sólo pudo descubrir América creyendo cosas que jamás había visto.

Un caso semejante le ocurrió a astrónomo francés Le Verrier, descubridor del planeta Neptuno. Antes solamente se conocían siete planetas. El séptimo, Urano, había sido descubierto el año 1781 por Herschel. Los astrónomos habían calculado con precisión la órbita que Urano tiene que recorrer alrededor del Sol; y estaban sorprendidos al observar que el planeta no seguía en ciertos puntos la órbita fijada por los cálculos, sino que se desviaba.

“Aquí obra seguramente alguna fuerza que obliga a que se desvíe —fue el pensamiento que cruzó por la mente de Le Verrier—. Debe andar oculto un octavo planeta, desconocido hasta ahora...”

Y tras largas y complicadas operaciones matemáticas, no solamente demostró con toda precisión la existencia del planeta desconocido, sino que determinó también con toda puntualidad el tamaño y la densidad del mismo. Al dar por terminado su estudio, escribió, con fecha 18 de septiembre de 1848, a un amigo suyo, el astrónomo Galle, que precisamente vivía en una región desde la cual —según Le Verrier— podía entonces ser visto el nuevo planeta. Le escribió, pues, y le rogó que buscara en la constelación de Capricornio, un poco al este de la estrella un astro nuevo, que allí tenía que estar.

Galle recibió la carta el 23 de septiembre... y aquella misma noche descubrió con su telescopio el nuevo planeta.

Todo el mundo científico quedó enormemente admirado al ver que una persona, sin salir de su cuarto de estudio, y sólo por meras deducciones, hubiese podido hacer semejante descubrimiento.

¿Cómo llegó Le Verrier a tan magnífico resultado? Porque tuvo fe en algo que no veía. Y aun se cuenta que ni siquiera quiso mirar más tarde con su telescopio el nuevo planeta "porque —decía—, aunque lo vea con mis propios ojos, no crecerá mi convicción". Tenía de sobra con lo que su razón le dictaba.

Realmente, es así: creer firmemente en algo que no se ve, pero de lo cual dan testimonio argumentos irrebatibles, no es debilidad ni motivo de vergüenza, sino, todo lo contrario, privilegio del espíritu humano y garantía de progreso.

III

LO CREO, AUNQUE LO VEA DE DISTINTA MANERA

Podemos dar un paso más: no solamente hemos de creer las cosas que no vemos, sino que hemos de creer muchas veces a pesar de lo que vemos: *hemos de creer que algunas cosas no son como nosotros las vemos.*

Esto sí que parece más extraño, a primera vista. ¿Tendré que aducir algunos ejemplos?

Veo el Sol, que brilla en el firmamento. No es mayor que la cabeza de un niño. Y de he creer que en realidad es 1.300.000 veces mayor que la Tierra.

El Sol me parece un disco luminoso; y he de creer que no es un disco, sino un globo de materias incandescentes.

Veo que el Sol se levanta por la mañana y se esconde por la noche; y he de creer que no es el Sol el que se levanta y se pone, sino la Tierra, la que gira a su alrededor.

Tengo la sensación de que la Tierra está firme e inmóvil bajo mis pies; y he de creer que está girando sin cesar, a una velocidad de 106.000 kilómetros por hora, en torno del Sol.

Desde la ventanilla del tren en marcha me parece ver que los postes de la luz se persiguen unos a otros, en carrera desenfrenada; y he de creer que, a pesar de mi vista, soy yo el que voy corriendo, y no ellos.

También desde la ventanilla del tren veo que los hilos de la luz suben y bajan entre los postes; y, sin embargo, se que, a pesar de mi vista, están quietos, sin apenas moverse.

¡Y cuántas ilusiones ópticas de esta clase nos rodean, y entonces la razón tiene que subsanar con su lógica el error de los sentidos!

Lo veo de una manera y sé que es muy otra la realidad.

Fijémonos en un proyector de diapositivas cuando proyecta su luz sobre una pantalla. ¿Dónde vemos la imagen? Solamente en la pantalla. Pero ¿existe solamente allí? De ningún modo. La imagen ocupa todo el espacio que hay entre la máquina de proyección y la pantalla; y no la vemos.

No hay más que interponer una cortina en cualquier punto y enseguida aparecerá la imagen sobre ella. Esto quiere decir que a veces se ven las cosas de una manera y son de otro modo en la realidad.

Dirijamos una mirada al ámbito de la radio. He de creer que ahora, en este momento, aquí, en torno mío, se cruzan las ondas de centenares y centenares de emisoras..., y yo nada veo, nada siento, nada oigo, porque no tengo un aparato receptor. Y, sin embargo, esto que no veo ni oigo aquí está, junto a mí. Lo percibo de una manera, y es otra cosa en la realidad. ¡Si tuviera una buena radio podría captar emisoras de países lejanos!

¿No podría haber una radio que pudiese captar no una emisora terrena, sino *el mismo Cielo, ¡la emisión de Dios!?*

Pues hace ya tiempo que existe.

—¿Existe? ¿Dónde? ¿Desde cuándo?

—Desde que hay hombres que rezan sobre la tierra. La oración es el aparato de radio, emisor y receptor, que sirve para captar las ondas del Cielo.

Veamos, si no, cómo San Agustín se ponía en contacto con Dios. ¡Con ardor lo cuanta! ¡A qué longitud de onda!

"Hermosura siempre nueva, ¡qué tarde comencé a amarte! Tú estabas en mí, y yo estaba fuera. Te buscaba fuera y con mi modo de ser deforme irrumpí en tu hermoso mundo creado. Tú estabas conmigo y yo estaba contigo. Simples criaturas que sin Ti ni siquiera existirían me arrancaron lejos de Ti."

"Después se dejó oír tu voz; rompiste el silencio de mi alma sorda, se encendió en mí tu luz esplendorosa, y disipaste las tinieblas que en mí había. Tu fragancia se derramó, la respiré y ahora ardo por Ti. Te he gustado, tengo hambre y sed de Ti; Tú me has tocado y he ahí que me ardo anhelando tu paz" (Confesiones 10,17).

Si creo, ¿reniego, por eso, de mi razón? Todo lo contrario. Precisamente entonces la estimo y obedezco.

Si creo, ¿cierro los ojos a la realidad? Todo lo contrario. Precisamente entonces los tengo más abiertos y puedo descubrir los últimos fundamentos de las cosas.

Si creo, ¿camino a oscuras? Todo lo contrario. Sólo entonces, envuelto en celeste claridad, encuentro solución a los grandes problemas de la vida.

***

Bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído —le dijo el Señor al incrédulo Tomás. ¿Recomienda con esto la credulidad ligera —que creamos cualquier cosa—, y la califica de bienaventuranza? De ningún modo. Es lícito, y aun necesario, cimentar con argumentos racionales, con hechos históricos y con lógico raciocinio nuestra fe, para que nuestra fe y nuestra vida sean según las palabras de San Pablo: *rationale obsequium,* "culto racional" (Carta a los Romanos 12, 1). Mas hemos de aceptar que en nuestra fe puedan quedar siempre puntos oscuros y misterios insolubles.

¿Por qué motivo? Porque el espejo no presenta el mismo objeto, que está delante de él, sino solamente su imagen. El mundo creado viene a ser como un espejo: no muestra al mismo Dios, sino solamente sus huellas y su imagen.

Así como en el espejo vemos solamente la imagen de las cosas, por reflejarse y reunirse en él los rayos que las cosas despiden, de un modo parecido hemos de reunir nosotros en una sola imagen de Dios, gracias a la meditación y a la razón, todos los detalles y rasgos singulares que las creaturas nos muestran al reflejarle. Y si bien esta imagen será sublime, no dejará con todo de ser imperfecta; en algunas partes será brillante, deslumbradora, pero en otras velada y enigmática.

Así las cosas, se comprende fácilmente cómo puedan acometer aun a los creyentes más fervorosos y a los mismos santos, dudas e incertidumbres sobre algunos puntos de nuestra fe.

Pero esto sólo puede ocurrir en esta vida terrena, en la que no es posible ver a Dios, y en la que sólo podemos barruntar y conjeturar con la razón. Otra cosa será desde el momento en que veamos a Dios cara a cara y le conozcamos tal como Él nos conoce (I Carta a los Corintios 13,12).

Allí la fe se transformará en visión; todos los anhelos con que la razón busca la verdad, y todos los afanes con que el corazón ansía la felicidad, encontrarán allí plena satisfacción.

Mientras tanto, repitamos muchas veces lo que dijo a Jesús aquel padre del niño mudo: *¡Señor!, creo; pero ayuda a mi incredulidad* (Marcos 9,23).

Y vivamos constantemente las palabras del Señor: *Tú has creído, Tomás, porque has visto: bienaventurados aquellos que sin haber visto han creído* (Juan 20, 29).

Y repitamos a menudo la oración sublime de Santo Tomás de Aquino:

> La vista, el tacto, el gusto se equivoca. Creo firme y constante cuanto en la verdad infalible de Dios Hijo.

Como Tomás, las llagas no percibo; mas por Dios te confieso eterno y vivo. Haz que en ti crea siempre, en ti espere, y te sea señalado amante.

¡Oh Jesús, que con velo ahora te miro! Hágase lo que tanto yo suspiro; para que sea yo, al verte claramente, en la gloria dichoso eternamente. Amén.

Capítulo 6

LOS QUE “NO PUEDEN” CREER

I Carta a los Corintios 3, 8-13

Me he detenido largamente en la nobleza y excelencia de la fe en Dios; en el hecho de que tanto la inteligencia como el corazón nos exigen creer en Él y obedecerle.

Pero es posible que, a pesar de todo, haya alguno que diga:

—Todo esto es muy hermoso y sublime...; sin embargo, yo *no puedo creer*. Veo que todo es tal como usted lo ha expuesto: pero hace años que estoy confuso, entre mil problemas y dudas, y no logro poner orden en mí, y por desgracia, ni aun ahora, después de sus palabras, acierto a tener fe. ¡No puedo creer!, y ¡no puedo creer! Quisiera, mas no puedo. ¿Qué puedo hacer?...

Ciertamente, es algo que parece desconcertante. Muchas veces nos llegan semejantes quejas... No son hombres mal intencionados los que así hablan. Al contrario: con frecuencia son espíritus profundos, de verdadera valía, que casi llegaron al umbral de la fe; que ya están cerca de las puertas del templo, que un día u otro entrarán ciertamente, y ciertamente serán felices..., pero ahora todavía les falta algo.

¿Qué les falta? A esta cuestión voy a dedicar el presente capítulo. ¿Qué les falta a estos hombres?

I.— A uno le falta *la precisión de la vista.*

II.— Al otro, *la prontitud de la decisión.*

III.— Al tercero, *la cooperación de la buena voluntad;* y yo quisiera acercarme en el presente capítulo a estos hermanos que dudan.... para corregir su vista, alentar a que se decidan, y acrecentar su buena voluntad.

I

FALTA LA PRECISIÓN DE LA VISTA

Nuestro primera afirmación es la siguiente: los que así se quejan no tienen la vista clara. ¿Qué significa esto?

Que desean ya en esta vida terrena algo que es imposible alcanzar aquí: ponen condiciones que la razón no puede cumplir. Exigen que *no quede ningún punto oscuro sobre la fe.*

Mas ¿cómo puede exigir el hombre semejante pretensión? Millones de estrellas viajan por el espacio desde hace miles de años; cuerpos siderales mucho mayores que nuestra Tierra, y nosotros ¡qué poco sabemos de ellos!

Pero ni siquiera hemos de ir tan lejos. ¿Que sé yo de este arroyuelo que corre cerca de mí? ¿Y del árbol, que está a la orilla del arroyuelo? ¿Y del pájaro que canta en el árbol? ¿Y del gusano que el pájaro se ha tragado hace un momento?

¡Ah, sí!, sé muchas cosas..., todo cuanto puede saber la razón humana. Pero es mucho más lo que no sé.... y, no obstante, mi sed de saber desearía conocerlo.

Sé de qué se compone el agua del arroyo, a qué familia de plantas pertenece el árbol y en qué especie hemos de encuadrar al pajarillo. Sé también otras muchas cosas del arroyo, del árbol y del pájaro; sé muchas cosas de ellos y de sus características exteriores..., pero no sé lo más importante: no sé cuál es la fuerza que da cohesión a sus partes y no deja que se disgreguen, qué es lo que trabaja en ellos y les comunica vida.

Tengo en la mano los pequeños detalles, pero no sé exactamente qué es aquella fuerza profunda que los une. Esto sucede en torno mío con este mundo material, palpable, visible... ¿Cómo puede entonces causarme sorpresa que no comprenda muchas cosas de Dios y ver que haya puntos oscuros en lo que toca a mi fe?

También San Pablo meditó la gran diferencia que hay *entre la fe terrena y la visión de la vida eterna, y* escribió estas hermosas palabras:

Ahora vemos a Dios como por un espejo y oscuramente, pero entonces le veremos cara a cara. Al presente le conocemos imperfectamente; pero entonces le conoceré claramente, como soy conocido. (1ª Carta a los Corintios 13,12).

Este es uno de los pasajes bíblicos que, a manera de reflectores, arrojan luz sobre los caminos oscuros que atravesamos en esta vida.

—*No creo en Dios porque no le veo, porque no le comprendo* —dice con orgullo el hombre mezquino. Y le contesta San Pablo: ¿Porque no le conoces? ¡Ah!, pero ¿qué es lo que tú, diminuto grano de arena, puedes comprender y ver? Todo lo que vemos aquí, en la tierra, no es más que unos fragmentos, algo así como si lo percibiésemos reflejado de lejos por un espejo. Y sólo imperfectamente barruntamos lo que puede ser.

Dios, por otra parte, no es materia, sino espíritu; y si el espejo nos refleja tan insuficientemente a nosotros mismos, seres corpóreos, ¿con qué derecho pedimos a las cosas del mundo que reflejen con precisión y claridad los rasgos de Dios, que es espíritu y no materia?

¡Cuánto más fácil nos resultaría creer a todos, si tuviésemos en cuenta esta circunstancia! ¿Qué circunstancia? Que nosotros, hombres compuestos de cuerpo y alma, hombres que tan ineludiblemente experimentamos la dependencia intrínseca del factor material hasta en las funciones del conocer, tan ajenas a la materia, no podemos conocer a Dios inmediatamente por vía experimental y por medio de los sentidos, es decir, que no le podemos ver, ni palpar, ni oírle; sólo podemos *deducir su existencia y sus propiedades* a partir la existencia y propiedades que tienen las cosas y seres de este mundo creado.

Lo expresa con toda claridad la Sagrada Escritura:

Acaso puedes tú comprender los caminos de Dios, o entender al Todopoderoso hasta lo sumo de su perfección? Es más alto que los cielos: ¿qué harás, pues? Es más profundo que los infiernos: ¿cómo le podrás conocer? Es más extenso que la tierra y más ancho que el mar. (Job 11,7-9)

No hay por qué sorprenderse que no podamos comprender del todo a Dios, que es infinito, *cuando tantas cosas hay en la misma naturaleza que somos incapaces de comprender;* ni ha de sorprendernos que haya para nosotros tantos misterios en Dios, cuando también en torno nuestro, en la gran naturaleza, hay tantos misterios que no acertamos a descubrir.

Y si alguno sale en defensa de su incredulidad e irreligiosidad arguyendo que "yo no creo más que lo que comprendo", a ese tal le preguntaré:

— ¡Hermano! No sabes responder a cosas pequeñas y del todo corrientes. ¿Cómo te obstinas precisamente en querer entenderlo todo cuando se trata de Dios?

—¿Que yo no sé responder?

—Claro que no.

—¿Por ejemplo?

— Pues, por ejemplo, contéstame: ¿por qué es verde la espiga del trigo? Es una pregunta ciertamente sencilla... Pero contéstame, ¿por qué es precisamente verde? La simiente que siembra el labrador es amarilla; la tierra de que brota es negra, el cielo que le sonríe es azul..., y con todo, la espiga es verde. ¿Por qué?, dímelo.

O contesta si quieres a esta otra pregunta: ¿Qué es la vida? ¿Comprendes tú cómo se convierte en espiga el grano de trigo? ¿O cómo el trozo de pan se asimila dentro del organismo humano y llega a formar parte de una célula viva? Ya lo ves: no sabes responderme a cosas que estás cansado de ver todos los días.

¿No tiene, pues, razón San Agustín al escribir: *Dios no sería Dios si no fuera más grande que tu capacidad de comprender*?

San Gregorio Magno escribió: "Todo cuanto podemos decir de Dios no es digno de Él por el mero hecho de haberlo podido decir nosotros, porque, en realidad, ni la razón puede siquiera barruntar su excelsa sublimidad, ni menos puede la lengua balbuciente explicarlo con las palabras."

En otra ocasión fue este mismo santo quien exclamó: "¿Qué lengua sería capaz, oh Dios, de darte a conocer? Eres inefable, pues Tú nos diste el habla a todos nosotros. Eres incomprensible, porque de Ti procede todo el conocimiento. ¡Cuán vacías son las expresiones humanas! Te vestimos con todos los nombres sublimes, mas ninguno puede designarte con toda verdad."

Realmente, he de reconocer que Dios no sería Dios si nuestra razón finita, limitada y débil, pudiera concebirle, comprenderle y penetrarle, Ser infinito y sin límites.

Pero —me objetas—, *a pesar de todo, creería si viese a Dios, ¡una sola vez siquiera!*

—Hermano mío, ¿quieres de verdad ver a Dios?

—Sí, me gustaría mucho... verle, por lo menos, una vez.

—Mira, pues, el sol.

—¿El sol? No es posible mirarlo.

—¿Por qué?

—Mis ojos no lo resisten.

—¿Ah, no? ¿Conque no lo resisten? Y, con todo, ¿quisieras ver a Aquel que creó el sol? ¿Crees que tus ojos lo podrían resistir?

—Realmente tiene usted razón. Entonces, quisiera ver a Dios, por lo menos en un espejo.

—Esto ya es otra cosa. Puedes verle en un espejo; puedes verle en cuatro espejos a la vez: el primer espejo es la gran naturaleza, el segundo la historia, el

tercero la conciencia, el cuarto la Revelación. Los cuatro espejos pregonan con letras de luz resplandeciente que ¡hay Dios! Pregonan con certeza inconmovible que ¡hay Dios! Basta con que corrijamos un poco nuestra vista para poder ver más lejos; basta con que nuestra razón encontremos los argumentos que nos prueban la existencia de Dios, y entonces no habrá quien pueda decir que *quisiera creer, mas no puede*.

II

FALTA LA CAPACIDAD DE DECISIÓN

Aún más extraño, aún más incomprensible es el segundo grupo, formado por aquellos que ya hace años van merodeando en torno de la Iglesia, y se sienten impulsados a entrar en ella..., pero ¡no!, y otra vez ¡no!, nunca saben dar el último paso.

¡Entre éstos hay hombres de gran valía, de buenos sentimientos, realmente excelentes! Mas les falta la decisión para dar el último paso.

Les bastaría un empujón para que pudiesen meterse en el agua y disfrutasen de la natación.

No es tan fría como me la figuraba —dirían. Mas no encuentran quien les dé el empujón.

—¿No puedes creer?

—No, y me gustaría.

—¿Y por qué no puedes?

—Porque muchas cuestiones filosóficas y problemas científicos me cierran el paso...

—No te ofendas, pero no estoy de acuerdo. De que hay algo que obstaculiza tu fe, de esto por desgracia, estoy de acuerdo y me lo explico. Pero que sean dificultades racionales, problemas científicos..., en esto disiento contigo. Ha de haber por fuerza, alguna otra razón. ¿Qué será? No lo sé. Acaso tú mismo nos lo podrías decir. Algunas veces podrá ser algún sentimiento, o bien la voluntad obstinada; otras veces se deberá a algún pequeño detalle ridículo. Hasta que algún día llega un momento, sucede algún acontecimiento al parecer insignificante, y de repente se arregla todo.

¿Quieres un ejemplo? Ahí tienes *la conversión del gran escritor italiano Manzoni.* ¿Quién no conoce su novela de fama mundial *I promessi sposi*? ¿Quién no se siente conmovido por la profunda religiosidad que irradia de la misma? Pero Manzoni no fue siempre creyente, sino que también pasó por una serie de crisis religiosas, entablando duras luchas consigo mismo sobre la existencia de Dios.

Buscaba afanosamente, se debatía... ¡Todo inútil!... No acertaba a entrar en el puerto.

Y un acontecimiento, al parecer insignificante, le hizo entrar.

Al celebrar sus bodas Napoleón I, el 2 de abril de 1810, Manzoni se encontraba en París, y se mezcló con la inmensa muchedumbre que contemplaba los fuegos artificiales que se habían dispuesto para tan gran solemnidad. De repente un cohete desviado originó el pánico entre aquel gentío. Todos pretendían escapar, atropellándose ciegamente unos a otros, y en este desconcierto poco faltó para que también la esposa de Manzoni fuese aplastada. Manzoni, presa de terror, vio que apenas podía hacer algo para salvarla, hasta que, al fin, después de grandes esfuerzos, logró sacarla de en medio de la multitud y buscó refugio en el templo de San Roque, donde se estaba celebrando, en aquella hora, una función religiosa.

Después de pasar tan gran susto, Manzoni se sentó para dar tiempo a que pasara su malestar. Un tanto repuesto comenzó a darse cuenta de la solemne función y a prestar atención al hermoso canto. La tranquilidad imponente del templo, y la conciencia de haberse salvado del peligro, le devolvieron las fuerzas. Fue entonces, de repente, cuando se abrió paso el gran deseo, hacia tiempo oculto, que le empujaba hacia la religión católica. En un instante se le disiparon las dudas torturantes que tenía respecto de la existencia de Dios..., y casi sin advertirlo, se sorprendió a sí mismo en oración, sumido en una fervorosa acción de gracias, porque se habían salvado.

Antes de entrar en el templo era su corazón un mar alborotado bajo los ramalazos de una duda cruel; al salir del templo creía firmemente, y era un católico convencido. ¿Qué había pasado? Manzoni no requería más que ese pequeño empujón para llegar a creer.

Pero no quiero citar sólo este caso, ocurrido hace tiempo. Voy a referirme a algo *que me sucedió a mí*.

En mi libro *Creo en Dios*, al escribir sobre

hasta qué punto arraiga en lo más profundo de la naturaleza humana la fe en la existencia de Dios, referí en relación con ello algo que me aconteció cuando fui capellán castrense.

Recordé que el 27 de junio de 1915, en el parque de un pequeño balneario de Galizia, Lazienki, a las cuatro de la madrugada estaba celebrando una misa de campaña para la compañía 2ª del regimiento de Infantería número 23, que iba a entrar en combate. Durante la santa misa, la banda militar tocaba el canto conmovedor de Körner: *Padre, yo te llamo*. Después di la absolución sin

confesión, moviéndolos a contrición, a los novecientos soldados, como es costumbre en casos tan apremiantes.

Pues bien; vive en Budapest una señora muy piadosa, a la que visitó no hace mucho una amiga, y le habló de un pariente que es empleado de Banco. Era un hombre bueno, serio, trabajador..., sólo que flaqueaba un poco en la fe; se debatía entre mil problemas y luchaba consigo mismo. Siempre terminaba por decir desalentado: *Quisiera creer, mas no puedo*.

—¿No podrías dar a este pariente algún buen libro religioso? —preguntó la amiga—. Me da mucha pena que no tenga fe.

—¡Claro que sí! Aquí tienes este libro: *Creo en Dios.*

El hombre lo comenzó a leer..., sin ningún resultado positivo. Leyó cincuenta páginas..., leyó cien páginas.... repasó los diferentes argumentos, pruebas, pensamientos de la existencia de Dios... En vano. Seguía sin poder creer. Pero llegó a la escena del campo de batalla... y se detuvo.

—¿Cuándo acaeció? El 27 de junio de 1915. ¡Estuve! —exclamó—. Corresponde. ¿Qué compañía? Número 2. También cuadra. También yo estuve entre los soldados —afirmó con alegría—; hasta guardo de aquello una fotografía.

La saca. Realmente. Allí está el altar, el celebrante, la compañía preparada para el combate, y nuestro hombre en medio...

Y desde aquel momento..., ¿cómo voy a decirlo?..., ¿hubo un milagro?..., en el alma de nuestro hombre se resolvieron todos los problemas. Siguió leyendo el libro, y ya los argumentos le producían una impresión muy distinta, y encontraba una tras otra las respuestas a sus cuestiones; y al llegar al final, en una hermosa carta llena de emoción, me dio noticia del caso y me envió la misma fotografía.

¿Qué sucedió? Nada extraordinario. En el camino había un obstáculo invisible, un diminuto guijarro... De repente se limpió el camino y rebrotó la fe.

He ahí los hombres del segundo grupo, que no pueden creer, porque les falta que se decidan, tal vez porque les falta un pequeño empujón, o algún amigo que les ayude y anime a que se resuelvan.

III

FALTA LA COOPERACIÓN

La cooperación de la propia voluntad. Hay algunos alegan que *¡quisieran creer, pero que Dios no les concedió esta gracia...!* Pero sólo tienen razón en parte. Lo que depende de Dios —la gracia para conducirnos a la fe—, Dios lo concede a todos, si es que *también nosotros hacemos todo cuanto está de nuestra parte.*

No lo olvidemos: cuantos pasos demos nosotros hacia Dios, otros tantos da Dios para venir hacia nosotros. Ponte en camino, hermano mío, procura avanzar... y necesariamente te encontrarás con Dios.

Me dices: “Hasta ahora no le he encontrado.”

Es posible. Pero ¿no será por el mismo motivo por el que, según la leyenda, tampoco le encontró un pastor de Belén?

Cuando, al oír el canto de los ángeles, se pusieron en camino los pastores para ir deprisa a Belén, uno de ellos, según se cuenta, no quiso ir. ¿Para qué voy a ir? ¿Que ha nacido un niño?... ¿No nacen bastantes cada día en el mundo? ¡Con el frío que hace esta noche! ¡Yo no voy!...

Los otros se marcharon alegres; llevaron regalos al Niño Jesús y, postrándose en tierra, le adoraron. Sólo aquel pastor se quedó sin ir. De repente se sintió mal, y tuvo miedo en tan gran soledad. Y él también, a hurtadillas, se dirigió a la gruta y se puso a mirar. Miraba, miraba, mas no veía nada extraordinario. Sin embargo, se sorprendió en gran manera al ver que sus compañeros cantaban y rezaban con gran devoción.

—Pero ¿no ves las cosas maravillosas que hay aquí? —le preguntaron sus compañeros.

—Yo no veo aquí nada. Me gustaría ver lo que veis vosotros; pero ¿qué le vamos a hacer? Yo no veo nada.

—Pero ¿has traído algún regalo para el Niño? —le insistieron los otros.

—No le he traído nada —contestó el pastor.

—Pues dale ahora mismo alguna cosa. El que no tiene corazón generoso, ¿cómo quiere ver a Dios?

En esto, el hombre se quitó el capote de piel de oveja que le cubría, y abrigó con ternura al Niño, que tiritaba de frío..., y al momento se le abrieron los ojos, su corazón se llenó de alegría y, juntamente con los demás, se puso a alabar a Dios.

¡Qué sencilla leyenda, pero qué fondo de verdad encierra! Te quejas de que no puedes creer, de que no ves al Señor..., pero *¿te has adelantado a ofrecer algo a Dios?* ¿Le has ofrecido ya algo de tu buena voluntad, de tu vida disciplinada y honrada, de tus buenas obras, de tus triunfos sobre ti mismo, de tus luchas espirituales, de tu formación religiosa...?

No te excuses diciendo que tienes una fe raquítica, sino más bien haz *un riguroso examen de conciencia: ¿no eres en gran parte culpable?* ¿Han practicado tu fe, la has cuidado, la has desarrollado?

Reconócelo. Seguramente tuviste en la escuela clases de religión. Pero, al salir de la escuela, ¿te preocupaste de que tus conocimientos religiosos no solamente perdurasen, sino de que fuesen desarrollándose en la misma medida en que

progresamos en los otros conocimientos temporales? Por desgracia, pocos podrán contestar afirmativamente. Y éste precisamente es el motivo por el que tantos hombres pierdan la fe religiosa: no han procurado aumentarla con una formación ulterior.

En este punto hay que destacar *la influencia de la prensa y de la literatura religiosa católicas.* Además de los sermones dominicales, son básicamente la literatura religiosa y las revistas católicas los únicos medios con que contamos para que nuestros conocimientos religiosos de la niñez —muy deficitarios por cierto—, puedan alcanzar un grado de desarrollo acorde con la edad adulta. De modo que si oímos a alguien quejarse de que *le gustaría creer, pero no puede,* no estaría por demás averiguar a qué revistas está suscrito y qué libros lee habitualmente. No nos costará mucho descubrir por qué motivo su fe se apagó. Mas si el hombre se pone en marcha, decidido a poner todo lo que esté de su parte, con la intención recta, y con buena voluntad, de buscar a Dios, ciertamente el Señor le concederá siempre la gracia de llegar a Él.

***

—"Pues yo, a pesar de todo, no puedo creer" —me dirá todavía alguno—. Me gustaría creer, quisiera convertirme, mas no puedo...

Cuidado, hermano; si aun después de todo esto sigues excusándote; cuidado.

Cuentan los turcos que Mahoma logró convertir no solamente a los hombres, sino a los mismos animales..., excepción hecha de dos: el bisonte y el cerdo.

Estos dos animales simbolizan los dos tipos de hombres que se aferran a la incredulidad: el que obstinada y tercamente confía en sus propias fuerzas como el bisonte, y el que tiene tanta afición al fango y al charco como el cerdo. Pues, cuidado con quien afirma de sí mismo que *quisiera creer, mas que no puede...*

Pero nosotros queremos creer, y nos sentimos dichosos porque creemos de veras. Y por eso procuramos defender y aumentar, con nuestra propia vida, el tesoro de la fe que recibimos de Dios. Y queremos manifestar al mundo con nuestro testimonio, de la alegría que nos invade; queremos que el mundo vea lo dichosos que nos sentimos con nuestra fe. También nosotros suscribimos palabra por palabra la valiente confesión de fe que el gran compositor Francisco Liszt escribió en su testamento.

"Este es mi testamento... Lo escribo el 14 de septiembre (1860), el mismo día en que la Iglesia celebra la exaltación de la santa Cruz. El nombre de la festividad cuadra con aquel sentimiento profundo, misterioso, que a manera de estigma abrió las llagas de mi vida... Sí; Jesucristo crucificado, el deseo loco de la Cruz, la exaltación de la Cruz; ésta ha sido mi verdadera vocación... Es esto lo que sentí en el fondo de mi corazón ya desde la edad de dieciséis años, cuando suplicaba

en medio de lágrimas que se me permitiese entrar en el seminario de París y esperaba poder vivir la vida de los santos y acaso volar a Dios después de morir mártir. Por desgracia, no fue así."

"Pero si bien he tropezado muchísimas veces en mi vida y me he desviado —de lo cual estoy arrepentido con el corazón contrito—, la luz divina de la santa Cruz nunca se ha eclipsado del todo en mi vida, y aún más, a veces inundaba toda mi alma con su resplandor."

"Doy las gracias por ello al Dios bondadoso, ofreciendo mi alma a la Cruz, a mi Redentor, a mi Salvador; y para dar testimonio de mi fe, antes de morir deseo recibir los Sacramentos de la santa Madre Iglesia romana, católica, apostólica y de esta manera deseo alcanzar el perdón de mis pecados y mi absolución..."

Así reza el testimonio de Francisco Liszt. Quiera el Señor que a todos los hayan leído este capítulo —tanto los que tienen una fe firme, como a aquellos que *quisieran creer, mas no pueden*— conceda el Padre celestial la felicidad rebosante que se experimenta cuando se cree de verdad en Dios.

Capítulo 7

¿NO HAY PADRE CELESTIAL? SIN ÉL NO PUEDE HABER VERDADESRO DESARROLLO ECONÓMICO

San Mateo 22, 1-7

El saber y la técnica son como una espada de doble filo.

En la vida es frecuente encontrarnos con hombres desconcertantes. Con hombres que son religiosos, que van a la iglesia, que rezan; pero que se han formado un criterio peregrino respecto de Dios. Al acabar la oración les parece —no lo expresan, pero lo sienten— que pueden decir: *Ahora realmente ya el Señor no tiene motivos para quejarse de mí, pues ¡he rezado tanto!* Y, al salir de la misa dominical, se les nota en la cara una inmensa satisfacción: *¡Ya he entregado a Dios todo lo que le pertenece; bien puede estar contento de mí...!*

¡Como si fuera Dios quien nos necesita, siendo cierto todo lo contrario, que nosotros necesitamos de Él! Como si Dios necesitase de nuestra religiosidad, y no al revés. Sin Dios, si nuestro Padre celestial, no podríamos hacer nada; ni progresar económicamente ni espiritualmente, ni vivir una vida digna del hombre.

Ya que estamos estudiando el *Padrenuestro*, no estará de más que reflexionemos un poco sobre este punto: hasta qué punto están relacionadas

nuestra vida terrena y todas sus manifestaciones con nuestra fe en Dios. Porque aun en cosas que pudiesen parecer un tanto alejadas de la fe religiosa —por ejemplo, la vida económica— los resultados que se logren dependerán de la fe que se tenga en el Padre celestial.

Sin Dios no puede haber una fructífera vida económica... Sin Dios tampoco hay vida espiritual; por tanto, sin Dios no puede haber una vida digna del hombre.

El tema propuesto parece bastante atrevido: *Nuestra* cultura ma*terial, nuestros logros económicos están en estrecha relación con el hecho de creer o no en Dios; y el hombre que quiere suprimir a Dios, acaba suprimiéndose a sí mismo.*

¡Esto a muchos nunca se les hubiese ocurrido! Que la vida eterna esté relacionada con la fe... esto sí. Pero que los logros de la vida terrena también estén relacionados con ella, ¿quién lo podría probar? Lo intentaré.

I

NO COMPARECIERON LOS INVITADOS...

Recuerdas la parábola de Jesucristo referente al *banquete de bodas que dio el rey* (Mateo 23, 1-7); si bien todas las parábolas del divino Maestro están llenas de pensamientos profundos, ésta nos comunica una gran advertencia.

¡Cuán extraña es toda la parábola! Un rey organiza un banquete, llama a los invitados, y éstos no comparecen, y, lo que es peor, se burlan de los mensajeros del rey, los encarcelan y los matan.

¡Es casi increíble! Los hombres suelen alegrarse de que se les invite a comer. Y en este caso rechazan la invitación de un rey, con la agravante de insultarle, asesinando a sus enviados.

¿Y el final? La ira, el juicio, el duro castigo que el rey descarga sobre los rebeldes.

La parábola evangélica, si bien en su sentido literal se refiere a la obstinación y reprobación del pueblo judío, en un sentido acomodaticio es aplicable también a nosotros: a nosotros, hombres modernos, y a nosotros, países modernos; a los individuos y a los pueblos que con obstinación vuelven la espalda a Dios.

Basta dirigir una mirada en torno nuestro para notar enseguida hasta qué punto, por desgracia, se nos puede aplicar la parábola también a nosotros. Vemos sin esfuerzo *en qué viene a parar el desarrollo económico divorciado de Dios.*

Es increíble el entusiasmo con que la humanidad ha suplantado en la época actual *la fe en Dios y* en *la vida ultraterrena por la razón humana y los objetivos exclusivamente temporales.* De este hecho esperaba el hombre toda su felicidad. “No es lícito atar la vida económica con leyes morales.” “La industria y el comercio nada tienen que ver con el decálogo.” “La fe en Dios no es más que lastre,

obstáculo para el empuje de la vida económica." Tales han sido las divisas que han flotado en el ambiente durante los dos últimos siglos.

Ahora estamos recogiendo la siembra de entonces, y la boca se nos pone amarga. Ahora vemos qué significa en el terreno económico destronar a Dios y entronizar la razón humana. Significa: dar rienda suelta al egoísmo y al deseo de enriquecerse que se oculta en el fondo de la naturaleza humana. Significa: una miseria tan terrible, una situación económica tan sin entrañas, que no es capaz de resistirla por más tiempo la humanidad.

Mi alma se conmueve cuando los hermanos, que luchan con la más extrema miseria, prorrumpen en blasfemias, que son blasfemias de incredulidad: "¡Sufro tanto; he de aguantar tantas privaciones; padezco tanta hambre, que no puedo creer en Dios!"

Pero ¿es que Dios es responsable de la miseria actual?

Dios es responsable de que los hombres se vuelvan locos en su maldad?

Perdona, lector, por el tono que uso; *pero no se puede hallar expresión más suave al tratar este tema.*

Hace un tiempo nos llegó por vez primera la noticia de que los agricultores canadienses utilizaban el trigo como combustible para las calderas. ¿Por qué? Debido a la sobreabundante cosecha, el precio había bajado demasiado.

Era el principio. Poco después hemos leído el caso de los cultivadores de café en Brasil, que echan al mar miles de toneladas; porque hay demasiado y no tiene precio lucrativo. En los mismos periódicos que trajeron tal noticia se publicaban reseñas sobre la espantosa hambre en otros países del mundo.

El ejemplo cundió. Siguieron los cultivadores de algodón, los de frutas tropicales...; los géneros se hundían en grandes cantidades, eran echados al fondo del mar con el intento de hacer subir los precios.

Durante cierto tiempo pudimos creer que esta moda cruel y necia ya había acabado y el hombre había recobrado sus cabales; por desgracia, nos engañábamos. La locura de la destrucción de víveres va subiendo de año en año.

No sólo se queman sacos de café en el Brasil, en los Estados Unidos se aprovechan miles de toneladas de maíz como combustible. En algunos países se tiran al mar toneladas de leche, vino, frutas, para hacer subir el precio. Y para sostener el precio de la mantequilla, se sacrifican vacas en los Estados Unidos y en Europa. Al mismo tiempo, en el otro hemisferio, millares y millares de hombres se mueren de hambre.

Quedamos aturdidos al leer semejantes cosas. ¡Y no estamos en el final!

Claramente veis, lectores, a lo que se llega en el progreso material cuando falta Dios. Y todo esto en tiempos en que millones de niños todavía pasan hambre, que

ni siquiera se acuerdan de cuando se alimentaron con leche o pan con mantequilla.

¿No tengo, pues, razón al afirmar que la humanidad que reniega de Dios corre derechamente a la destrucción y a la locura?

San Pablo escribió lo siguiente: *Ahora permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad: pero* de las tres, la caridad es la más excelente *de todas* (I Carta a los Corintios 13, 13). Pues bien, ahora podemos volver la frase y también resulta exacta: donde no hay fe, donde se extiende la incredulidad, allí aparece el desaliento y el desamor; y de estos vicios el más grande es el desamor.

¿Es responsable Dios de la pobreza que hay en el mundo? Dios se cuida de dar con abundancia la cosecha; el Padre celestial procura proveer de alimentos a sus hijos... es el hombre quien toma el bocado del otro; el hombre, que ha vuelto la espalda al Padre celestial, creyendo que así se hace libre y feliz..., y se ha trocado en un esclavo ávido de bienestar y en un ser desgraciado que siente hastío de la vida.

Que yo no exagero puede comprobarlo cualquiera que vaya con los ojos abiertos por el mundo. Allí están los altos índices de suicidio de los países que se dicen ricos, los drogadictos, el problema del alcoholismo, el tedio de la vida...

¿Queréis saber, lectores, cuál es el verdadero contraveneno del tedio de la vida? Qué error sería creer que es posible devolver el entusiasmo por la vida con un poco de psicoanálisis, con algunos medicamentos contra la ansiedad y la depresión, con algunas medidas parciales... Todo esto no es más que tratar los síntomas, pero no el origen de la enfermedad. La verdadera solución solo puede estar en la fe puesta en Dios, en la vida de la gracia, en la vida de oración, en la reconciliación con Dios.

Hay muchas personas, sin embargo, que tienen que sufrir las mismas privaciones que el suicida o el hastiado de la vida..., y que, no obstante, triunfan en su lucha por la vida. ¿Cuál es el secreto de ese triunfo?

¿Hay muchos más pobres, arruinados, parados, enfermos, discapacitados, desengañados, que los que se matan de un balazo? Hay muchos más. Y con todo, resisten.

¿Cuál es el secreto? ¿Cómo se comprende que hombres a los cuales la vida, al parecer, ha negado todo, se mantengan firmes en medio de la desgracia, mientras que otros, que al parecer, disponían de todo para ser felices, fueron tragados por el mar de la vida, por el suicidio, el alcoholismo, las drogas o cualquier otra forma de escape?

Aunque uno pierda muchas cosas en esta vida, si conserva la fe, que se quede tranquilo; la fe le conservará a él.

II

ACEPTEMOS LA INVITACIÓN

Cuanto llevo dicho hasta ahora no es más que el primer paso: la constatación del malestar. Nos espera otra tarea: encontrar la curación. Tratemos de hallar las causas de la enfermedad para poder aplicar la medicina necesaria.

Los demonios que ahora nos acometen y frente a los cuales nos sentimos impotentes —los demonios del odio, del egoísmo, de la codicia, de la inmoralidad desenfrenada—, si andan sueltos, si han roto sus cadenas, *es por culpa del hombre.* No hay más que comprobar como campea la delincuencia a sus anchas en muchos sitios, como se generaliza la corrupción a todos los niveles, cuántos asesinatos se cometen cada día; o por otros indicadores: el racismo, el nacionalismo exacerbado, los intereses prepotentes de los países poderosos, la escandalosa venta de armas a los países pobres, las mafias, el narcotráfico, la legalización del aborto, el abandono de los hijos, el negocio de la prostitución, las familias rotas por el divorcio, el machismo...

La vida cristiana sujeta los malos instintos de nuestra naturaleza corrompida; el mundo que niega a Dios, por el contrario, los lleva al desenfreno. Hemos aplaudido, hemos adulado tanto el espíritu del mundo; hemos buscado y desarrollado tanto en nosotros los intereses exclusivamente temporales, que han llegado a imponerse a nosotros y nos amenaza con destruirnos.

Amenaza con destruir al individuo y a la sociedad. Porque el hombre que vuelve la espalda a Dios necesariamente se rebaja hasta convertirse en un hombre-animal; y éste es enemigo de todo cuanto suponga una vida digna del hombre, y de cuanto significa civilización y cultura.

Nos sucede a nosotros lo que sucedió en un Estado de los Estados Unidos de Norteamérica, en Massachusetts, al construirse el primer Instituto para ciegos; con el fin de ahorrar gastos *no se abrieron ventanas en las habitaciones destinadas a ellos.*

—De esta manera abarataremos los costos de la edificación —pensaron los constructores—. ¿Para qué necesitan ventanas, si de todos modos los ciegos no pueden asomarse para mirar?

Pero poco después de que se hubieron instalado los ciegos en el nuevo edificio fueron poniéndose enfermos uno tras otro, se demacraban y la tristeza les embargaba. Cuando ya habían fallecido dos ciegos, por fin la dirección se resolvió a abrir las ventanas que antes juzgara superfluas.

Y ¿qué sucedió? Al entrar a raudales los rayos del sol pronto recuperaron el buen humor y la salud...

¿Quién no ve que en estos ciegos la representación de la humanidad? Nosotros estamos cegados por el progreso y la técnica, y orgullosamente levantamos el edificio de la cultura moderna; lo dotamos de todos los alardes imaginables del bienestar...; pero juzgamos superfluo que tenga ventanas: aquellas por las que podríamos contemplar las cosas eternas.

"¡Ah, eso de pensar en la eternidad ya no está de moda! ¡Es un modo de pensar anticuado! Tenemos electrodomésticos, medios audiovisuales, grandes comodidades; fábricas, máquinas, modernos medios de transporte... lo tenemos todo para ser felices. ¡¡No necesitamos nada más!!..."

Ésta ha sido la divisa, el sentir de muchos en la época actual.

Y hoy deploramos que, *a pesar de todo, nos falta algo.* Nos hemos olvidado de poner ventanas, sentimos que no somos felices y echamos de menos lo espiritual y eterno; y, si no queremos perecer, hemos de abrirlas pronto.

El hombre ha progresado tan rápido en el último siglo, ha fabricado máquinas y aparatos tan increíblemente perfectos que no sorprende que se haya emborrachado de gloria y haya creído que en adelante él sería el señor del mundo y que de nada necesitaría más que su propio ingenio.

¡Ah, sí!; los tenemos; hemos progresado mucho... pero necesitamos otra cosa.

Acaso me entenderéis mejor con un símil. Sin cereales no se puede vivir ¿verdad? Pues bien, se han inventado muchas cosas para cultivarlos. Hoy día aramos con tractores, cortamos y empaquetamos la mies con máquinas segadoras y empaquetadoras, molemos el trigo con máquinas...; está bien, éstos son aparatos muy útiles. Pero hay dos cosas que no hemos inventado, ni inventaremos nunca. ¿Cuáles son?... El sol y la lluvia, sin ellos inútiles son todas las máquinas: no se producirá ningún cereal.

"No construyáis templos —tal fue la divisa—, sino escuelas, hospitales, fábricas, bibliotecas. Ya han pasado las épocas de los templos. No los necesitamos. ¿Para qué han de quitar el puesto a edificios más importantes? Hoy día no son templos lo que necesitamos, sino pan, caminos, fábricas, canalizaciones..."

Progresemos, proyectemos, trabajemos.... con tal que no prescindamos como de cosa superflua del auxilio que nos viene de arriba.

Sino, nos podría pasar algo parecido a lo que ocurrió no hace mucho en América, a los habitantes de Dakota, Beraska, Kansas y Oklahoma.

Los antiguos colonos tomaron codiciosamente posesión de cada palmo de tierra; talaron todos los arbustos, árboles y bosques para aumentar la tierra cultivable. Pero después sus descendientes vieron con desesperación como se corrompía la tierra, que sus campos y praderas de año en año se secaban, trocándose en desiertos; porque no había bosques. Esto tenía que ocurrir porque

no había árboles que contuviesen los ataques de las tempestades de arena durante el verano y los vientos cortantes en el invierno. Entonces se vieron precisados a tomar la siguiente resolución: plantar en un territorio de 1.400 leguas de largo y diez de ancho cuarenta millones de árboles, levantando así todo un parapeto vivo contra las tempestades de arena. Los periódicos anunciaron con aire de triunfo, en relación con este plan, que desde que el hombre vive sobre la tierra, no ha corregido en una medida tan colosal el orden de la Naturaleza. ¡Cuarenta millones de árboles! ¡Realmente es un plan fantástico! Pero conviene advertir también el profundo simbolismo que hay oculto en este plan.

Allí donde el hombre, hambriento de cosecha, ha destruido neciamente los bosques, tildados de mero lujo, allí ha habido sequía, vendavales y deterioro del suelo. Y donde el hombre, deslumbrado por la técnica, extirpa de su alma la religiosidad, tildándola de superflua, allí su historia se ve arrastrada hacia una sequedad espiritual y al vendaval de unos problemas insolubles. Porque únicamente la fe puesta en Dios puede servir de brújula que mantenga seguro el destino de nuestra nave, aun cuando sea zarandeada rudamente por las tempestades de la vida.

¿Es afirmar mucho?

Es natural que así hable un sacerdote —podría objetarme alguno.

Permitidme, pues, lectores, que cite también a una persona que, o mucho me equivoco, debe conocer suficientemente los pilares de la vida económica: al presidente del Banco Nacional de Hungría, el señor Béla Imrédy.

En una fiesta de clausura del curso académico en un colegio de Budapest, dirigió una alocución a los jóvenes estudiantes, y les dijo entre otras cosas:

“Muchachos, al emprender vuestro camino, me parece ver que salen del puerto muchas navecillas, y en cada una hay un ancla admirable, que habéis recibido aquí, como presente de esta escuela. Es maravillosa esta ancla, porque se clava en la fuente de todas las cosas. Y yo os doy el consejo, extraño al parecer, que ahora mismo, al emprender la ruta vuestra nave, echéis el ancla, para que baje a lo más hondo de los abismos, y se clave en el fundamento de todas las cosas, en Dios.”

“¿Me preguntáis cómo es posible navegar con el ancla clavada en el suelo? Es posible, porque se trata de un ancla especial. Con él se repite el mismo milagro que con los dos peces y cinco panes a orillas del lago de Genesaret; la cuerda de este ancla se alarga, se alarga a lo infinito y no ha de ser obstáculo para vuestra navegación. Todas las aguas —creedme, muchachos— que merecen la pena de navegarse pueden ser recorridas, teniendo esta ancla bien clavada.”

Reconozcamos que Dios no nos necesita, sino que, al contrario, nosotros necesitamos a Dios. Reconozcamos que sin Dios todo el mundo se parece a un gigantesco cadáver, al que le ha abandonado el alma que le da la vida.

Sin Dios se pierde nuestro empuje moral empuje moral y terminan en bancarrota todas nuestras empresas.

Reconozcámoslo..., y humildemente volvamos a rezar nuevamente: *Padre nuestro... Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad*.

***

Hemos visto ya bastantes desórdenes hasta ahora; pero veremos aún más; se han cometido muchos crímenes, y se cometerán más todavía..., si no logramos fijar nuevamente la mirada de esta pobre humanidad en el Padre celestial.

Estériles serán, sin este recurso a Dios, todos nuestros esfuerzos. El que tiene muerto el nervio visual en vano usará las mejores lentes del mundo; no verá nada; pues bien, lo que es el nervio visual para el ojo humano esto viene a ser la conciencia formada según Dios en el funcionamiento de la sociedad humana.

Hay hombres para quienes todo resulta importante; muy importante: el pingüe empleo, la buena cocina, el bien vestir, la casa, las diversiones..., todo es importante, menos una cosa, al parecer superflua: la fe en Dios. Creen que ya no la necesita. Y les sucede lo que en Viena el día del Corpus a la magnífica nave Wien, de la Sociedad de Navegación DGT. La nave estaba dotada de todo: las máquinas más potentes, buena cocina, magnífico menaje; el sol era brillante, el cielo despejado..., y no obstante, el Wien chocó con la columna del puente Reich, y en unos pocos momentos se hundió en una tumba de olas; porque... porque se había roto el timón. Todo estaba en orden; todo funcionaba de un modo admirable...; no se rompió más que la pequeña pala del timón.

¿No corre la misma suerte el hombre moderno? En medio de tantas maravillas de la técnica; en medio de tanta ciencia y arte, ¿por qué es zarandeado por el despiadado oleaje de la vida, y por qué choca con los peñascos? Porque le falta la pala del timón; le falta la fe en Dios.

Y sin Dios no hay moral.
Sin Dios no hay conciencia.
Sin Dios no hay derecho.
Sin Dios no hay decálogo.
Sin Dios no hay honradez.

Por tanto, cuando el hombre niega a Dios, se niega a sí mismo. Los desequilibrios económicos y el mismo problema de la felicidad sólo se solucionarán cuando el hombre retorne a Dios; cuando vuelva a la casa del Padre.

Capítulo 8

¿NO HAY PADRE CELESTIAL? ENTONCES NO HAY VIDA ESPIRITUAL

Isaías 59, 9-13

Seguramente muchos de mis lectores tendrán noticia de un rincón célebre del Hyde Park, el parque público más famoso de Londres, en que hay como una media docena de cátedras al aire libre, una junto a la otra, y en las horas vespertinas hay un orador en cada cátedra —un hombre, una mujer, ya sean jóvenes o adultos— y todos los oradores tienen un mismo tema: la religión. El auditorio es más o menos grande; aquí hay silencio, allí se interrumpe al orador; de una cátedra se predica la fe católica, de la otra una religión distinta; de cada cátedra una religión...

El alma del turista se siente dolorosamente oprimida al ver este caos, esta Babel de la fe; pero con todo no puede librarse de una impresión interesante: es algo extraño y peculiar que en el corazón de la gran metrópoli, en el mercado ruidoso del tráfico y del comercio, que parece tragarlo todo, irrumpa de esta manera el deseo ahogado del alma humana que clama por Dios.

Porque no podemos vivir sin Dios. Sin Dios no hay vida. No puede haber una vida económica que progrese, como lo expusimos en el capítulo anterior; menos puede haber vida espiritual. Sin la fe en Dios no puede haber una verdadera

cultura; porque sin la fe se derrumban los pilares más resistentes de la espiritualidad elevada: la educación, la conciencia y el amor.

Sin Dios no hay educación de pueblos; sin educación no hay conciencia en *los pueblos;* sin *conciencia no hay amor en los pueblos.*

Quizás, en el primer momento, parezca algo atrevida esta triple afirmación; pero creo que después de un detenido estudio nos convenceremos todos de su verdad. ¿Cuál es esta verdad?

En primer lugar, sin Dios no hay educación.

I

SIN DIOS NO HAY EDUCACIÓN

El fundamento, la fuente y la fuerza de toda educación eficaz es la fe en Dios.

Cuando Heine se detuvo en cierta ocasión ante el magnífico edificio de la catedral de Amberes se escapó de sus labios esta confesión: "Aquellos tiempos tenían dogmas; nosotros no tenemos más que opiniones: y con opiniones no se edifican catedrales."

¡Cuánta razón tenía el poeta alemán! Para construir algo grande, sublime, que desafíe los tiempos, se necesita estar poseído de una concepción ideal de la vida y al mismo tiempo el fundamento firme de estar en la verdad.

Con arena -con hipótesis inestables y frágiles, con opiniones que hoy están en vigor y mañana son refutadas- no podemos hacer catedrales de piedra, ni de las cambiantes almas humanas podemos forjar caracteres ideales.

Así como las antiguas catedrales góticas se construyeron levantando sus bóvedas de en medio de las estrechas calles medievales, así también la formación, la educación del hombre, debe levantarse de los angostos pasadizos del egoísmo a las alturas del ideal. Pero para ello no hay otro fundamento bastante resistente y fuerte que el fundamento roqueño de la fe en Dios.

Con orgullo muchos llaman a este siglo *el siglo del niño*. Pocas épocas habrá habido en la historia que hayan hecho tanto por los intereses de los niños y los adolescentes, como la nuestra. ¡Cuántas leyes e instituciones en defensa del niño; cuántos jardines de la infancia; cuántas escuelas; qué variada literatura infantil; cuántos nuevos e interesantes ensayos y métodos didácticos en la instrucción!

Pero, aunque lo reconozcamos de buen grado, no podemos cerrar los ojos al tener que mirar el reverso de la medalla, y ver que esta inversión inmensa de capital material y espiritual no se deja notar en los resultados de la educación. No podemos afirmar que sea una generación más disciplinada, más feliz, más noble de carácter la que sale de las nuevas escuelas que la que salía de las antiguas.

¿Cuál es la explicación?

Que sin Dios no hay idealismo, y sin idealismo no hay educación eficaz.

Actualmente se constata que el resultado de la educación no depende, en primer lugar, de la calidad del mobiliario de la escuela, ni de la instalación de la sala de gimnasia, ni de los libros de texto, ni de los métodos de instrucción..; depende *también* de esto, mas no en primer lugar.

Depende principalmente de la conciencia que tenga de su objetivo el educador; depende del grado en que mire el fin último hacia el cual ha de tender toda la educación, del ideal al que quiera elevar a las jóvenes almas a él confiadas. Sólo con dogmas pueden erigirse catedrales..., también en el terreno moral, y en esté terreno más que en otros.

Pero estos educadores podrán lograrlo si tienen una concepción religiosa del mundo. En cambio, quien esté falto de esta base religiosa, quien se apoye únicamente en su pequeño y limitado saber y en su defectuosa experiencia, siempre notará deficiencias en su labor, sobre todo le faltará la seguridad del objetivo a alcanzar, y la fuerza que desciende de las alturas y que es la única que levanta.

Res sacra puer. Este fue el pregón de la Iglesia desde el principio: *es cosa santa el niño*; de modo que siempre le tuvo en gran aprecio. Mas no lo divinizó, como lo hace la pedagogía carente de valores religiosos.

Se educa al niño cuando se logra que éste desee ardientemente alcanzar los ideales que brillan en las alturas, para que estos ideales le atraigan *hacia arriba*... ¡Sí, esto es educación religiosa!

Pero no se educa al niño cuando *nosotros nos rebajamos a satisfacer sus meros* deseos terrenos, aun no del todo desarrollados, y a satisfacer todos sus instintos... Esto es un mimar denigrante.

¿Cómo podrá educar íntegramente aquel que no tiene un sentido religioso de la vida? Sin la solidez religiosa de los educadores no hay educación religiosa; porque no hay norma, no hay fin último, no hay dogma.... y sólo con dogmas pueden construirse catedrales.

Que no se trata de una mera elucubración teórica, sino de la pura verdad, pruébalo de manera dolorosa el desequilibrio de los pueblos.

Por desgracia, se podría afirmar de muchos hombres modernos *lo que dijo alguien de los universitarios de Oxford.* Definió de esta manera la famosa Universidad: “La sociedad de tres mil jóvenes que buscan todos la religión y en ninguna parte la encuentran.”

Es una definición realmente audaz. La mayoría de los universitarios de Oxford seguramente estarían en desacuerdo, diciendo que ellos no sienten mucho este anhelo de buscar a Dios. El mismo asombro sentirían muchos hombres si se les

dijera lo siguiente: Amigo, toda tu vida de luchas y tu constante desasosiego no son propiamente más que una gran búsqueda de Dios..., sin que tú mismo lo sepas, sin que te atrevas a confesarlo.

—Pero ¿es posible?

—¿Por qué no? Así como es posible buscar algo de un modo consciente y no encontrarlo, también es posible lo contrario: no me doy cuenta de que busco algo; quiero convencerme que de nada necesito, y con todo no llego a poner orden en mi vida..., porque le falta algo de que yo no tengo noticia.

De todos son conocidos el desasosiego perenne, el afán de buscar, el descontento que caracterizan a la razón y a la voluntad humana, que no dejan descansar nunca a nadie, ni siquiera al más perezoso. ¿Qué pregona este hecho de la experiencia?

Que la razón humana, que busca a Dios, no encontrará su sosiego definitivo sino en Dios, y que el corazón humano, sediento de bien y de felicidad, no hallará su satisfacción sino en Dios. Nuestra razón y nuestro corazón seguirán intranquilos mientras no encuentren la fuente de la cual arranca todo, de la cual depende todo, y a la cual vuelve todo.

Conoces, sin duda, el mito griego de Anteo. Este gigante era hijo de Gea, de la Tierra. Mientras estaba en pie sobre la tierra nadie podía vencerle; porque estaba en el suelo, que le dio vida y de allí chupaba una fuerza invencible. Heracles llegó a vencerle arrancándole de su madre la Tierra: le levantó en el aire, y allí le estranguló con facilidad.

Lo simbólico de esta leyenda se realiza palabra por palabra en la vida de la humanidad. Es indiscutible: el hombre procede de Dios; Dios es su *tierra* que le da vida y conforta. Mientras el hombre se aguanta firme en este suelo del que procede, mientras la fe es fuerte en él, también él sigue victorioso en la lucha. Pero en cuanto se separa de su tierra originaria cae rendido irremisiblemente, y queda prisionero de las fuerzas enemigas que le atacan.

Ante nuestra mirada se convierten hoy en paja y basura tesoros reputados antes como valores absolutos; vemos tambalearse todo, oímos crujir muchas cosas, porque neciamente hemos puesto nuestra confianza en aquello que sólo tiene valor relativo. Todas las demás razones con que tratamos de explicar nuestro malestar son superficiales y no van a la raíz.

Si, son grandes los desequilibrios económicos y son importantes son las tendencias imperialistas de los pueblos.... pero todo esto no puede explicar suficientemente la actual agitación del mundo; todo ello no es más que una consecuencia. ¿Cuál es la causa?

La lucha entre la fe y la incredulidad; el combate entre la *ciudad de Dios* y la *ciudad del diablo;* esto ha sido y será siempre la cuestión profunda de la historia del hombre. La fe que moldea el rostro humano y la incredulidad que traza la caricatura humana. El hombre que pierde a Dios pierde a la vez su rostro humano. El hombre quiere matar a Dios, y no advierte que en el mismo momento se corta su propia garganta.

Porque sin Dios se trastorna todo el equilibrio de la vida; sin Dios no hay rumbo fijo; sin Dios nada merece realmente la pena... sin Dios no hay educación de los pueblos.

Y por consiguiente tampoco puede haber sin Dios conciencia en los pueblos.

II

SIN DIOS NO HAY CONCIENCIA

Si no hay Dios no hay conciencia, ni honradez, ni moral. ¿Es por ventura una afirmación atrevida? No lo es.

Conforme al concepto que tenga de Dios el hombre, será su moralidad. "Si amas el cielo, cielo eres; si amas la tierra, tierra eres; si amas a Dios, Dios eres", dijo San Agustín. Nunca se ha probado con mayor claridad que en nuestros días, la verdad de este aserto.

Nunca como hoy se han realizado las palabras de Schefer: "Los falsos dioses, los ídolos, los principios falsos y opiniones erróneas cavan la tumba de la cultura humana."

Pero acaso sea una exageración.

Pues bien. Ahí van las afirmaciones de un hombre afianzado de lleno en la vida real; ahí van las afirmaciones de Edgar Hoover, quien ha sido presidente de la Comisión de Justicia Norteamericana. He aquí las palabras sacadas de un discurso suyo, en que muestra el peligro que amenaza a la cultura de América:

"Si los hombres honrados no logran organizar un frente común, perecerá la cultura americana. En los Estados Unidos es altísima la tasa de robos, de delitos graves y de asesinatos, en este país que se considera tremendamente civilizado."

"Se han calculado los daños que el pueblo americano sufre por esta causa en el orden material. Se ha hecho constar que por encima del problema del desempleo, el de los criminales es el más importante. Se ha calculado que el mundo de los criminales, comprendiendo el aumento fantástico de la Policía, le cuesta anualmente cientos de dólares a cada americano. Es un peso que casi sobrepasa todas las demás contribuciones. En el caso de que fuera posible suprimir los crímenes durante cinco años, imagínense el enorme ahorro que significaría..."

“Un porcentaje alto de los criminales de los Estados Unidos no han alcanzado todavía la edad de electores. La mayor parte de los criminales jóvenes no son analfabetos. Por otra parte, ¿qué pueden esperar los millones de niños que pueblan las escuelas públicas, cuando muchos de los maestros son ateos y cuando en estas escuelas, bajo el pretexto de “neutralidad”, está prohibido hablar de religión?”

Es de importancia decisiva que veamos las espantosas consecuencias que supone para el individuo y para la nación el alejarse de Dios.

III

SIN DIOS NO HAY AMOR

Sin Dios no hay amor entre los pueblos. Ya lo sentimos en nuestro ser; pues parece que nos estrangula la serpiente siseante de una concepción del mundo sin Dios.

Pocos recuerdos tenemos de la escultura clásica de Grecia que despierten sentimientos más conmovedores en nosotros que el grupo de Laocoonte. Seguramente, todos mis lectores conocerán, por lo menos en fotografía, esta escultura.

Una serpiente enorme se enrosca al cuerpo de robusta musculatura del sumo sacerdote, descendiente de sangre real; y espanta ver con qué loco dolor, con qué esfuerzo desesperado se ponen tensos todos los músculos de este padre, luchando en una terrible agonía. Y quizá es más espantoso todavía el rostro desesperado de los muchachos al pedir socorro en una última convulsión impotente...

La humanidad actual, separada de Dios, ¿no siente también el zarpazo y la presión estranguladora de la serpiente..., de la serpiente del desamor y del odio, que vino a ocupar el puesto de la fe?

En la sangrienta agonía cuyos dolores sufrimos ya hace años, ¿no sentimos cómo se realizan al pie de la letra las palabras del profeta Isaías?:

“Esperamos la luz, y he aquí que nos hallamos con las tinieblas; la claridad del día, y caminamos a oscuras. Vamos palpando la pared como ciegos; y andamos a tientas, como si no tuviéramos ojos; en medio del día tropezamos como si estuviésemos en medio de la noche; estamos en oscuros lugares como los muertos en los sepulcros. Como osos rugimos todos nosotros; y meditando nuestros pecados gemimos como palomas. Esperamos la justicia y ella no aparece; que llegue la salud, y ésta se alejó de nosotros. Y es que nuestras maldades, oh Señor, se han multiplicado en tu presencia, y están atestiguando en nosotros nuestros pecados; puesto que permanecen en nosotros nuestras

iniquidades, y conocemos bien nuestros crímenes. Hemos pecado y mentido contra el Señor, y hemos vuelto las espaldas por no seguir a nuestro Dios." (Isaías 59, 9)

También en la humanidad actual, separada de Dios, el desamor y el odio, ha venido a ocupar el puesto de que ocupa la fe.

Mas contra el desamor, contra el bacilo destructor del odio no hay más que un remedio: *la fe viva en el Padre celestial común*. *Y su consecuencia: el pensamiento de la hermandad de los hombres*. Donde perece esta fe, allí cesa el idealismo, se calla la conciencia, muere el amor.

El hombre ha soñado con una cultura que se fúndase exclusivamente en la materia y en su culto...; pues bien, hoy día tenemos ya en la mano esta cultura, y, no obstante, todas las exasperadas congojas y todos los problemas insolubles de nuestra época dan testimonio de que sin raíces metafísicas, sin un fundamento religioso, sin la fe en Dios, no hay vida digna del hombre, no hay verdadera vida *humana.*

¿Queremos salir de la noche oscura que nos envuelve? ¿Queremos una verdadera cultura digna del hombre? ¿Queremos seguir siendo hombres?

Lectores, no olvidéis la enseñanza final del presente capítulo: "Huérfano sin padres; noche sin estrellas; nave sin puerto; corazón sin alegría; cuerpo sin alma; peregrino sin meta; mundo sin sol; esto es el hombre sin Dios."

Capítulo 9

¿NO HAY PADRE CELESTIAL? ENTONCES NO HAY VIDA DIGNA DEL HOMBRE

Oseas 4, 1-6

Voltaire, el acérrimo enemigo de la religión, poseía, ya siendo viejo, un águila en el patio de su castillo de Ferney, a la que cuidaba y quería mucho. Un día el águila se puso enferma, ocasionándole una gran pena a su dueño.

—¿Cómo va el águila? —preguntó Voltaire a la sirvienta de la casa.

—Completamente bien —le contestó la mujer.

—¿Se ha curado? —exclamó él con satisfacción.

—No.

—Pues ¿qué ha ocurrido?

—El águila no está enferma, ni está sana, sino que... se ha muerto. Ni se le podía desear cosa mejor, tal como estaba la pobre, tan mala y escuálida —dijo la mujer.

Voltaire, viéndose invadido por la cólera, exclamó con coraje:

—¡Escuálida! ¿ Y por ello es mejor que haya muerto el pobre animal? Matadme también a mí. ¡También yo estoy bastante delgado!

Tal fue la respuesta de esta persona tan célebre e incrédula. Acto continuo despidió a la sirvienta, y hubieron de transcurrir algunas semanas para que recobrará la calma.

Voltaire era rico, vivía en la opulencia, y era un hombre admirado por su generación, de cuyo espíritu él había extirpado la fe...

Pero ved ahí que, al envejecer, cuando la vela de su vida se estaba apagando, la muerte de un águila le conmovió...

No sé qué fue lo que paso entonces por él y cuál fue la causa que le infundió tanto desasosiego. ¿Le bastó comprender cómo la solapada enfermedad iba adelgazando y amenazando de muerte a su águila favorita? ¿O quizá en su subconciencia le atormentaba el pensar que su propia incredulidad y ateísmo le estaban royendo su propia alma? ¿Vislumbraba acaso que la fe es una bendición y el ateísmo algo así como un ladrón y un bandolero?

Es el tema del presente capítulo: Sin Dios no hay vida digna del hombre. La probaremos examinando: *¿Qué es lo que nos proporciona la fe?, y ¿Qué es lo que nos quita la incredulidad?*

No juzgo necesario subrayar que la materia del presente capítulo no es el único fundamento, ni el argumento más poderoso de nuestra fe en Dios. Lo que ahora se va a exponer es, a modo de añadidura, una confirmación de los argumentos aducidos en los capítulos precedentes.

I

¿QUÉ NOS PROPORCIONA LA FE?

Para contestar a esta pregunta *hemos de mirar la vida de la humanidad desde una mayor altura.*

Así la examinó el gran historiador inglés Carlyle, y llegó —a pesar de no ser católico— a proclamar un tributo de *alabanza a la Iglesia católica.*

En el segundo capítulo introductorio de su libro titulado *La revolución francesa* hace la siguiente manifestación: "¡Iglesia! ¿Hay palabra parecida a ésta en cuanto a su contenido?, ¿cuántos tesoros ha traído al mundo entero? En medio de las lejanas montañas se yergue una iglesia diminuta; en torno de ella, bajo blancas losas, descansan los muertos con la esperanza de una resurrección gloriosa. Lector, tendrías que ser completamente insensible para que esta iglesia no te hablase... de cosas para las cuales no tenemos palabras, y que no obstante viven en lo más profundo del alma."

"Gracias a la Iglesia el hombre se hace fuerte y puede presentarse sin temor ante Dios y ante los demás hombres. Sólo para el creyente, todo el universo tan

cambiante y amenazador queda convertido en un hogar seguro. Tal es la fuerza que late tras pronunciar con fe y convicción: *¡Creo!"*

Esto es lo dice un historiador no católico refiriéndose a la Iglesia, es decir, a aquel concepto de vida sobrenatural que representa y pregona la Iglesia. El estudio imparcial de la historia nos enseña que la señal y la fuente de la verdadera *humanidad* no son las fábricas ni los rascacielos, no son los autos ni los aviones, ni siquiera los laboratorios químicos, museos y Bibliotecas, sino que la verdadera *humanidad* y cultura empiezan allí donde el hombre se levanta por encima de los intereses materiales, por encima de los negocios y de los placeres, y alcanza unas altura desde donde se preocupa por los grandes interrogantes: *de dónde vengo, a dónde voy, cuál es el sentido de mi vida, que es lo que Dios quiere de mí.*

Pero estas preocupaciones religiosas son por desgracia fácilmente sepultadas por el trabajo y las preocupaciones materiales de cada día. Son estas preocupaciones las que debilitan la fe de millones de hombres, de forma análoga a como la contaminación no permite que sintamos los rayos ultravioletas del sol, y solamente los sintamos en las altas montañas.

Sólo el hombre de fe, que vive la cercanía de Dios, tiene la resistencia moral y profundidad espiritual necesaria para pasar los momentos difíciles que tiene la vida y no dejarse envenenar por el egoísmo y la superficialidad. Porque ciertamente, no solamente en el mundo material hay fuentes vivificadoras y pozos envenenados, también los hay en el de las almas. Mientras que no nos descuidamos de poner en los pozos de aguas contaminadas el letrero: *¡Peligro de muerte! ¡No es agua potable!,* en cambio, muchas veces ni pensamos en colocar sobre muchos anuncios, escaparates, revistas ilustradas, libros, bares y sitios de reunión la siguiente inscripción, mucho más necesaria: *¡Cuidado! ¡Es veneno para el alma!*

Después de estas premisas, podemos ya contestar a la pregunta: *¿qué proporciona a nuestra vida la fe?*

Le da optimismo, empuje, hermosura, tranquilidad y paz.

Pasemos revista a estos cuatro pensamientos.

Antes de todo, la fe comunica un optimismo inquebrantable en la vida. Esta confianza constante, esta esperanza inquebrantable siempre ha sido la señal característica de las grandes almas del Cristianismo. Así vivía el gran obispo húngaro Prohászka. No sé si ha habido muchos hombres de tan profunda mirada en Hungría como este apóstol inolvidable que conocía tanto a las almas, sus miserias y maldades. Y todo esto no le quitaba su ánimo de trabajo ni quebraba su empuje. En cierta ocasión, después de un trabajo fatigoso de apostolado, le dijo uno de sus fervientes admiradores: "Todo esto es en vano, señor obispo. De todos

modos, no podemos cambiar el mundo." El obispo clavó los ojos en él y tan sólo respondió: "¿Usted también habla así? Veo que aun tengo que trabajar más."

Este optimismo inquebrantable de Prohászka ¿de dónde nacía? ¿Y de dónde brota la heroica confianza de todo cristiano auténtico? Del sentimiento constante de la cercanía de Dios: de sentirse siempre envuelto por la mirada del Padre de los cielos.

Quien sirve a Dios, sirve a la vida. Quien se lleva bien con Dios, se lleva bien con la vida. Quien cree en Dios, cree en la vida. ¿Cómo creer en la *vida* si no se cree en la fuente primera de la vida, que es Dios? Por tanto, quien confía en Dios ha de confiar forzosamente en la vida: ha de ser optimista.

Y así se comprende ya la nueva respuesta que damos a la pregunta ¿qué nos da la fe? *Comunica empuje y ganas de vivir.* Con la fe se hace la vida más llevadera, más tolerable, más fácil; sin ella no hay más que una sombría amargura.

En las monedas italianas hubo un tiempo en que se podía leer la siguiente inscripción: "*Meglio vivereun giorno da leone che cento anni da pecora"* (mejor es vivir un día como león que cien años como ovejas). Pues bien; para vivir como león necesitas la fe, pues sin ella la vida es un vegetar sin esperanza de eternidad. Porque tanto para los individuos como para las naciones rige la frase que un pintor del Renacimiento, Mantegna, escribió en su último cuadro: "Solamente lo divino queda; todo lo demás es humo."

Con qué realismo escribió Pázmány: "Habrás notado cómo al sacar agua del pozo se siente ligero el pozal, aunque esté lleno, mientras está en el agua; pero que en cuanto lo sacas del agua sientes su peso y necesitas subirlo con fuerza. Lo mismo le pasa al alma... mientras nuestro corazón y nuestro deseo están con Dios... descansamos; nada nos parece pesado, ni difícil; pero si alguien pone sus deseos fuera de Dios, la vida se hace pesada..."

Por esto la fe proporciona optimismo, empuje a nuestra vida.

Y ¿qué más comunica la fe? *Hermosura al el rostro.*

Para corroborarlo, cito las palabras que el célebre académico francés Legouvé dirigió a su hijo el día de su primera comunión:

"Querido hijo: Hartas veces oirás críticas contra la confesión y verás ataques aún más ensañados contra la comunión. La atacan los que olvidan toda la grandeza que se oculta en este dogma y no descubren en él más que lo que tiene de incomprensible. Y, sin embargo, ¿qué otra cosa es el mundo entero, sino un misterio insondable?"

"Y si hago abstracción del misterio, si acepto como realidad la doctrina de la presencia real de Cristo, ¿qué significa esto para mí? Uno de los mayores

consuelos del alma humana. No conozco nada capaz de confortar más al alma y llenarla de santo aprecio a sí misma que este pensamiento: 'Ahora te has trocado en santuario de tu Creador. Si la sola presencia de una persona querida nos basta para evitar la falta, ¿qué significa entonces para el alma cristiana el poder decir: Mi Dios es mi huésped, está en mí, es mío?'

"Hijo mío: Yo he visto como brillaba la esperanza en la mirada de los moribundos cuando comulgaban; cómo brillaba el rostro de las muchachas cuando volvían del comulgatorio; cómo tu madre en el trance del dolor, cómo de repente se calmó después de comulgar, y llegó a sonreírse de sus propios sufrimientos. Lo que es capaz de comunicar tal brillo al rostro humano, no puede ser sino algo santo."

La fe comunica, pues, hermosura a nuestro rostro.

Y todavía nos acarrea algo más, a saber:

Un paz a toda prueba.

Un protestante, profesor de teología en Hales (Tholuk), viajando por Italia, preguntó a un sencillo cochero italiano cuál era el deseo más ardoroso de su corazón. El cochero le contestó: *Morire in pace con Dio* (morir en paz con Dios). Y el profesor lo comentaba después diciendo: "Ninguna de las maravillas que vi en Italia me produjo tan profunda impresión como la respuesta de aquel pobre hombre de los Abruzzos."

Pero ¿es que realmente se puede desear algo más grande que morir en paz con Dios? Y ¿de dónde procede esta alegría ya tranquilidad? De la fe, únicamente de la fe. Ella es la que da optimismo, empuje, hermosura y un fin apacible a la vida.

II

¿QUÉ NOS QUITA LA INCREDULIDAD?

Hemos mirado un platillo de la balanza. Miremos el otro: ¿Qué nos roba la incredulidad? *Nos roba la felicidad.*

Sin Dios, la vida es desdichada; lejos de Dios no hay felicidad.

Es posible que alguno llegue a sepultar durante años, durante decenios, el anhelo desasosegado de su alma, que busca a Dios; pero un día u otro llegará el momento en que ya no podrá soportar el vacío y la soledad. Llegará el momento en que ya no le será posible acallar al corazón. Es el momento en que uno se da cuenta con asombro —algunos, por desgracia, sólo lo hacen en los últimos momentos de su vida— de que la verdadera felicidad solamente está en Dios, y cuanto más cerca nos encontremos de Dios, tanto mayor es nuestro gozo.

Voy a referirme ahora a una anécdota sobre Renán, el famoso escritor francés que perdió la fe. Un colega suyo, Gastón Vallier, también escritor, pasaba las vacaciones de verano en la misma aldea bretona que Renán. Paseando un día juntos, se encontraron con una procesión religiosa, y Vallier vio con sorpresa que Renán se quitaba el sombrero e inclinaba la cabeza ante el crucifijo. Con asombro, le preguntó si ya había cambiado, si había vuelto a Cristo. Y Renán le contestó: "¡Ah, no! Aunque algunas veces nos saludemos, nunca entablamos conversación."

¿No sentís, queridos lectores, encerrada en esa respuesta toda la desdicha del hombre descreído? Si el pobre se hubiese atrevido a mirar profundamente en su alma y ser sincero consigo mismo, hubiese tenido que reconocer lo siguiente: "Mi entendimiento me dice que la solución de todos los problemas está en Cristo; pero... no me atrevo a confesarlo, porque en ese caso tendría que cambiar mi vida. También el corazón me dice que en Cristo está el agua que conforta en todas las luchas espirituales; pero no me atrevo a sacar la consecuencia final; no me atrevo a acudir a Él en busca de alivio; no me atrevo a hincarme de rodillas ante su cruz.... solamente así, de lejos, le saludo."

Cuántos hombres viven en torno nuestro —aunque sean honrados y trabajadores— que solamente de lejos saludan a Dios. Es cierto que no se ha roto aún el último hilo que los une con Él, pero es harto delgado para sostener una vida de verdad religiosa y para dar al alma la satisfacción, la tranquilidad y la dicha que anhelan. *Maestro, sabemos que eres sincero y que verdaderamente enseñas el camino de Dios"* (Mateo 22, 16), dijeron también los fariseos al Señor. Y con todo, no le siguieron.

En la noche del 1 al 2 de octubre de 1892, Renán llegaba a los últimos instantes de su vida. El moribundo exclamó lentamente, con un acento algo extraño: *"Ayez pitié de moi, mon Dieu, ayez pitié de moi"* (ten piedad de mí, Dios mío, ten piedad de mí). En esos momentos ya no saludaba de lejos a Dios. En esos momentos Le hablaba... ¡Bienaventurado quien no habla a su Dios únicamente en el lecho de la muerte!

Hemos llegado a la segunda respuesta a esta pregunta: ¿Qué nos roba la incredulidad? *Nos roba el fin de nuestra vida.*

Conocí el caso de un sencillo campesino, pero de espíritu profundo, que solía rezar en común con sus compañeros, y al final añadía: "Y ahora recemos todavía un Padrenuestro por aquellos hombres *que andan en torno nuestro, más no saben por qué viven."*

¡Realmente, cuán necesario es que recemos por ellos! Porque así como nuestra fe nos salva de dar un sentido falso a la vida y de su futilidad, de un modo

análogo la incredulidad y su secuela, la negación de nuestro destino ultraterreno, nos empujan a la desesperación y al pesimismo.

Pero acaso alguien objete que él s*e encuentra muy bien sin Dios*, que para nada siente su falta. No carece de nada, no tiene problemas, nada le duele...

Realmente hay hombres así..., pero éstos no tienen el alma sana. Hay quienes no sienten el dolor que se origina por estar alejado de Dios, del mismo modo que en ciertas enfermedades nerviosas —como la siringomelia, por ejemplo— el paciente se vuelve insensible al dolor. Mas para nada esta insensibilidad redunda en provecho suyo. Es muchas veces precisamente el dolor el que nos avisa para poner tratamiento oportuno cuando una enfermedad nos comienza a atacar.

Por desgracia, hay también almas que sufren semejante enfermedad; almas que se han hecho insensibles a las cosas religiosas, a las cuestiones eternos. Y, sin embargo, para todos llegará el día en que debamos enfrentarnos con los grandes cuestiones de la vida, aquellas de las que tal vez se huyó durante la vida..., llegará un momento: al final de la vida.

Sin Dios es horrendo ese final de la vida. Es horrendo porque no hay nada que venza nuestra temor a la muerte. Espantosa opresión es la que se apodera del hombre que tan sólo espera de la muerte la aniquilación definitiva, la gran nada oscura; y a cada instante teme la llegada del huésped odiado, al que no puede rechazar.

Lo teme, sí, en la antesala de la muerte. Habrás estado, lector, en la antesala de algún médico, atestada de gente, y habrás sentido aquel deprimente ambiente qué se enseñorea de los que allí esperan, sobre todo, cuando están pendientes del resultado de algunas pruebas diagnósticas. Sentados en silencio, cada cual, abismado en sí mismo, piensa en su propia dolencia. Acá y allí se oyen algunas palabras en voz baja. Y cuando se abre la puerta, y el doctor, vestido con bata blanca, invita a entrar al siguiente, el enfermo se levanta nervioso y palpitando su corazón, va hacia el consultorio, tras cuya puerta cerrada le espera la suerte incierta, el dictamen sobre su vida o su muerte.

Pues bien, toda nuestra vida terrena, en resumidas cuentas, se pasa “en la antesala de la muerte”. ¡Y qué horrorosa ha de ser esta espera para quien no tiene fe, para quien no tiene a Dios!

Pregunto por última vez: ¿Qué nos roba la incredulidad? Nos roba todo cuanto nos puede levantar sobre la vida puramente vegetativa, material, atada a la tierra: *nos roba nuestro modo de ser humano.*

¡Cuántos podrían repetir en sus confesiones lo descrito por Hans Bertram, el renombrado piloto australiano, en su libro “Vuelo al infierno”. Permaneció durante

veintiséis años alejado Dios; creía que podría mantenerse así hasta la muerte. Pero entonces le sobrevino una gran desgracia. Veamos cómo la describe:

"Hace dieciséis días que nos hemos perdido, ya no nos quedan víveres; no tenemos ni agua. ¿Qué es lo que nos espera? ¿Nos volveremos locos? ¿Moriremos? Aun somos jóvenes. Queremos vivir, ¡vivir! Nuestra mirada se clava en la inmensidad de la bóveda celeste tachonada de estrellas; sin pensar sigo la caída de las estrellas fugaces, y entonces encuentro el camino, el único camino: rezo."

"En el silencio de la noche pronuncio una tras otra las palabras del Padrenuestro y deposito nuestra suerte en las manos del Señor. En esta hora decisiva descubro la verdad más sencilla de la vida; verdad que nosotros, los hombres, la hemos buscado durante mucho tiempo en vano, hasta que ella misma viene a revelarse, como si se nos quitara un velo que cubre nuestros ojos. Y esta verdad la pregono en alta voz a la faz del mundo: Hombre, necesitas voluntad y fe. Pero aun la voluntad más fuerte y más férrea se quiebra un día si no se tiene la fe religiosa."

Admitamos, por fin, que *sin Dios nos sentimos terriblemente huérfanos, solitarios, desamparados.* Si no hay Dios, no tenemos padre, ni madre, ni esposa, ni amigo..., porque el padre, la madre, la esposa, el amigo, todos pasan a ser sombras; todo pacto y convenio con ellos se reduce a escritura deleznable, papel sin valor, si no hay tras ellos, si no hay en mí, si no hay en aquel otro el amor de Dios, la fe en Dios.

Para poder hablar de *los derechos del hombre* hemos de reconocer antes de todo *los derechos de Dios.* Si el hombre pierde su fe en Dios se vuelve ciego: su alma se ve cegada y no halla el camino que conduce de un hombre a otro hombre, de un pueblo a otro pueblo.

¿No vemos cómo se realiza en nosotros precisamente en nuestros días la advertencia del Señor?: *El camino de los impíos está lleno de tinieblas; no advierten el precipicio en que van a caer* (Proverbios 4, 19). *Los impíos son como un mar alborotado, que no puede aquietarse; cuyas olas rebosan en lodo y cieno... No hay paz para los impíos, dice Dios, el Señor.* (Isaías 57, 20-21).

He de creer... por el mero hecho de que la incredulidad es la perdición no solamente del individuo, sino también de la sociedad. Y si llegase el momento terrible en que la humanidad en masa volviese la espalda a Dios, se acabaría toda vida noble y llena de sentido en esta tierra y llegaría aquella humanidad de la cual habla Isaías —por desgracia, ya conocemos países, como la Unión Soviética, en que se ha verificado palabra por palabra su profecía—: *"Manchadas de sangre están vuestras manos, y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios hablan mentira y vuestra lengua susurra impiedad. Corren tras el mal sus pies y se dan*

prisa a derramar sangre inocente. Sus pensamientos son pensamientos de iniquidad; y por dondequiera que pasan, dejan la desolación y el quebranto (Isaías 59, 3-7).

***

"El Hijo de Dios se hizo hombre para que el hombre pudiese llegar a ser en cierto sentido Dios." Esta es la enseñanza de la Iglesia; el aceptarla y ponerla en práctica en nuestra vida significaría la solución de todos los problemas candentes de la humanidad.

En cuanto el hombre reconozca que la ciencia y la técnica, aunque sean riquezas preciosas, no pueden satisfacer sus más altos anhelos intelectuales y morales, añorará la fe en Dios, añorará aquella Piedra angular que él mismo, embriagado por el espejismo del progreso, sacó neciamente del edificio de la cultura. Y éste será el principio de la curación anhelada.

Pero si no queremos reconocer esta verdad, si no tenemos arrestos para dirigir nuevamente el rostro de la humanidad hacia Dios.... el hombre no se volverá *divino*, y ciertamente este mundo se convertirá en un circo de fieras en el que unos hombres se comerán a los otros.

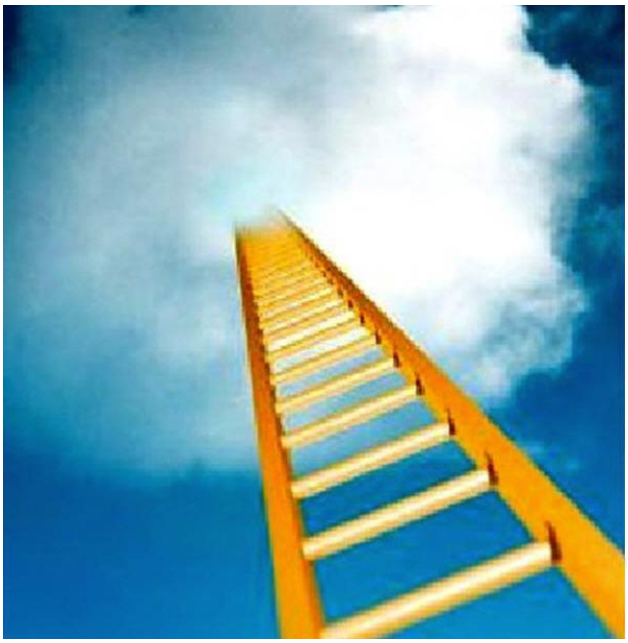
"Un día la fuerza preguntó a la luz: Dime, ¿no te aburres tú, holgazana? Lo que yo construyo, o derribo, si es necesario, tú no haces nada más que mirar, y no te preocupas de nada, ni trabajas." Y la luz le contestó: "Donde no esté yo en vano trabaja la fuerza, allí no hay más que el caos. " (Reviczky: *Luz*.)

El trabajo humano es la fuerza; la fe puesta en Dios es la luz. Para que el *caos* se vuelva *cosmos* es necesaria la fuerza; pero es también necesaria la fe..., y para que la vida terrena sea una vida digna del hombre es necesario el trabajo humano, pero es necesaria también la fe en Dios.

Capítulo 10

EL DIOS INFINITO

Carta a los Romanos, 11, 33-36



Tan cierto como que hay Dios —y esto no nos lo enseña tan sólo la revelación, sino que también podemos conocerlo con nuestra razón y la inspiración de nuestro corazón— es que nosotros no podemos comprenderle del todo ni penetrar en su misterio. No podemos conocer perfectamente a Dios, ni yo, ni tú, ni criatura alguna.

Porque están vigentes para todos nosotros las palabras de San Pablo: *Ahora vemos a* Dios *como en un espejo y oscuramente"* (I Carta a Corintios 13, 12), y *nuestro conocimiento es imperfecto* (Idem 13, 9). Y también tienen valor todavía y lo tendrán siempre estas otras palabras del mismo Apóstol: *¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién conoció el pensamiento del Señor? O ¿quién fue su consejero?* (Carta a los Romanos 11, 33-34).

Mi fe me dice que Dios es eterno; también mi razón afirma que Dios ha de ser eterno; ha de saber lo que hubo, lo que hay y lo que habrá, lo que pensamos nosotros y lo que hacemos a escondidas... Sí; nosotros lo creemos; mas no somos capaces de comprenderlo ni concebirlo.

Sabemos y creemos que Dios está presente en todas partes; que es omnipotente, santo, justo, veraz, misericordioso, fiel..., pero todo esto no podemos comprenderlo.

Por tanto, es muy poco propiamente lo que sabemos de Dios; y lo poco que sabemos no lo comprendemos debidamente; pero basta lo que sabemos y lo que comprendemos para tenernos que hincar de rodillas ante su majestad infinita.

Al intentar explotar la riquísima mina de tesoros que hay en el *Padrenuestro* naturalmente nuestro primer deber es trazar lo más posible la imagen del Señor. Porque el valor inmenso y el alto significado de poder llamar *Padre nuestro* a este Dios soberano, sólo se comprende si sabemos responder a esta gran pregunta: ¿Quién es Dios?

I

¿QUIÉN ES DIOS?

Esta es nuestra primera pregunta.

¡Es curioso! Me parece haber oído ya antes esta pregunta. Un día. Un día lejano. Pero ¿dónde?... *¿Quién es Dios?...* ¡Ya! ¡Ya estamos! En la primera clase de la escuela elemental. Entre las primeras preguntas del Catecismo. No deja de ser interesante. Ya el niño de primeras letras lo aprende antes que nada. Es la respuesta a esta pregunta, y aunque vivamos cien años no hallaremos contestación mejor que la aprendida entonces. ¿Quién es Dios? *Dios es el Creador del mundo y nuestro Padre celestial.* Respuesta de profundo contenido, tan profundo que nunca podremos agotar su profundidad. Contestación al parecer sencilla, clara, diáfana, y con todo, ¡qué profundidad, qué de enseñanzas encierra!

Dios es el Creador del mundo; por tanto, es el primero en el mundo. ¿Podemos afirmarlo? No. No podemos hacerlo, porque Él es mayor que todo el mundo. Pero ¿podemos afirmar que Él es mayor que todo el mundo? Tampoco: porque Él es algo muy distinto del mundo.

Si Dios creó el mundo entonces *Dios es mayor que el mundo, más hermoso que el mundo, más fuerte que el mundo, ¿verdad?*

¡Ah! —dices tú—, claro está. Dios es más grande, más hermoso, más fuerte que el mundo.

Pero no basta que lo digas; has de meditar una vez siquiera lo que acabas de decir. ¡Qué asombrosamente grande es este mundo! ¡Qué fuerzas titánicas se desarrollan en él! ¡Qué hermosuras subyugadoras contiene! Y Dios es aún más grande, más fuerte, más hermoso...

¡Ah!, aquel que en los momentos silenciosos de la vida, en la inspiración muda de la contemplación, vislumbra la grandeza inconmensurable de Dios, siente

crecer su alma, latir más vehemente su corazón, porque experimenta la impresión bendita de la grandeza divina.

Meditemos más detenidamente esta verdad: Dios es el Creador del mundo... y *¡cuán grande, cuán hermoso es este mundo!*

El principio de toda filosofía es la admiración, dijo un sabio antiguo. Y realmente tiene que darnos lástima el hecho de que el hombre moderno ya no sepa admirar. Dime, lector, ¿tú sabes admirar? A mí me encanta admirar. Todas las veces que estoy en la naturaleza tan llena de hermosura, en cualquier parte que mire, se apodera de mi alma una admiración santa al descubrir por doquier huellas de la mano poderosa de Dios.

Seguramente habrá entre mis lectores quien haya visto una salida de sol desde una cumbre nevada. Sobre la silenciosa superficie de nieve pasa suavemente el primer rayo del sol. No se ve aún nada del astro rey, pero sus rayos precursores van vistiendo cada vez con más brillo a los montes...

De repente la esfera ardiente se muestra con todo su esplendor: los campos de nieve y de hielo, las rocas, los precipicios, todo queda iluminado...

El hombre diminuto se siente impulsado a hincarse de rodillas, porque no parece sino que en torno suyo todo está rezando, como si los montes, las rocas, los campos de nieve, el sol radiante, todo aclamara con voz potente: ¡Dios es grande! ¡Qué grande es Dios!

Si acercamos conchas marinas a nuestros oídos, oímos un rumor peculiar; se dice que este ruido es del mar de donde fueron sacadas. Pues bien, de un modo análogo se oye fuerte y estrepitoso el rumor del mundo, que pregona y ensalza la grandeza de Dios, de quien es un reflejo y tiene su origen.

El 2 de abril de 1781, llegaba a los últimos momentos de su vida Mirabeau, este actor escandaloso de la Revolución francesa. Era un brillante día de primavera, y el moribundo hizo llevar su cama cerca de la ventana, y miró a través de ella el paisaje verde que se bañaba en sol. El enfermo —olvidando sus antiguos principios—, como embriagado por el esplendor primaveral, exclamó: *Y es posible que todo esto no lo haya creado Dios¡*

Realmente, si tuviéramos momentos silenciosos en la vida para pensar y meditar, momentos en que paseásemos nuestra mirada por el mundo, entonces forzosamente tendríamos que exclamar: ¡Qué sublime ha de ser Dios, que ha creado toda esta hermosura!

Todas las almas se sentirían invadidas de una emoción santa, en un grado cien veces mayor que la que se sintió *Newton* al descubrir la ley de la gravitación de los cuerpos siderales.

Los pequeños astros están rodando en torno de los grandes; los grandes dependen de un sol; los soles de los sistemas solares; y finalmente todo el mundo creado depende de un centro invisible, misterioso. Lo mismo, en realidad, pasa con nosotros: toda la naturaleza está contenida en el hombre, el hombre está en Cristo, Cristo está en Dios..., y Dios es el centro invisible de todo el mundo: el Creador del mundo; nuestro Padre celestial.

II

¿CÓMO ES DIOS?

Hemos contestado la primera cuestión: ¿Quién es Dios? Viene otro problema más difícil; es a saber: ¿Cómo es Dios?

Existe Dios —esto lo sabemos—. Mas ¿cómo es Dios? ¡Sabemos tan poco de ello sin la revelación!

No vemos a Dios, mas *de una manera o de otra hemos de concebirlo;* porque, de lo contrario, no podríamos entrar en contacto con Él, ni podríamos amarlo.

No se puede amar lo que no se siente ni se ve, ni lo que está lejos. De ahí que el esfuerzo de toda la humanidad a través de la historia, tratando de representarse a Dios en una u otra forma, brote de lo más profundo de nuestra naturaleza.

Hoy día sabemos ya que el extravío lastimoso que significaba adorar ídolos esculpidos como si fueran dioses; y reconocemos naturalmente que ni siquiera los artistas más célebres pueden reproducir con formas finitas al Infinito y representar de un modo digno, con la materia, al puro Espíritu.

El hombre abandonado a sus propias fuerzas no puede buscar sino a tientas el camino que le conduce a Dios. Pero el mismo Dios acudió en su auxilio, hablando directamente por medio de la revelación a su pueblo escogido; y aún más, enviándonos a su propio Hijo unigénito, y haciendo que en Él apareciese Dios en medio de nosotros de una forma palpable y visible.

Gracias a la revelación conocemos mucho mejor a Dios; de ahí que el concepto cristiano de Dios se distinga de los demás y los sobrepuje a todos. Nadie podía hablarnos de una forma más de perfecta y veraz que el mismo Dios por medio de su Hijo unigénito.

De modo que por la Revelación sabemos mucho de Dios.

¿Qué sabemos?

Sabemos que *Dios es infinito.* Nosotros somos harto finitos; por todas partes chocamos con los límites del espacio y del tiempo.

Sabemos que *Dios es eterno. Rey de los siglos, inmortal* (I Carta a Timoteo, 1, 17). Nosotros vivimos bien poco; en cambio, para Dios mil años son como un día (Salmo 89, 4), porque Él es *el que es, el que era, y el que viene* (Apocalipsis 1, 8).

Sabemos que *Dios está presente en todas partes y que lo sabe todo.*

"¡Oh, Señor!, tú me examinas y me conoces. Tú conoces cuándo me siento y cuándo me levanto, y de lejos entiendes mi pensamiento. Disciernes cuándo camino y cuándo descanso, te son familiares todas mis sendas. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y ya tú, Señor, lo sabes todo, lo pasado y lo venidero. Tú me formaste, y pusiste sobre mí tu mano... ¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? ¿Adónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si al rayar el alba me pusiere alas, y fuere a posar en el último extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra" (Salmo 139, 1-10).

Sabemos que Dios es santo y justo. Nosotros somos pecadores, débiles y limitados; mas de Él está escrito: *"*Grandiosas y admirables son tus obras, ¡Oh Señor Dios omnipotente!, justos y verdaderos tus caminos, Rey de los siglos. ¿Quién no te temerá, Señor, y no glorificará tu nombre? Porque tú solo eres santo*"* (Apocalipsis 15, 3-4).

Sabemos que *Dios es todo misericordia y piedad.* Nosotros somos crueles y despiadados; mas de Dios está escrito: *¡Oh Señor!, hasta el cielo llega tu misericordia, y hasta las nubes tu fidelidad"* (Salmo 36, 6).

¡Cuántas cosas sabemos de Dios: qué bueno, qué hermoso, qué grande es Dios!

Sabemos también que precisamente por ser Dios tan grande, por ser infinito, *no hace diferencia entre lo grande y lo pequeño que hay en este mundo.* Puede algo ser grande o pequeño... a nuestros ojos; mas Dios mira con ojos muy distintos. *Siendo el Señor,* como es, *altísimo, pone los ojos en los humildes pero al altivo le conoce desde lejos"* (Salmo 138, 6).

Ama igualmente lo grande y lo pequeño, porque lo uno y lo otro son obra suya. Criaturas suyas son los enormes astros y el tierno niñito que acaba de nacer. *Cuenta el número de las estrellas y llama a cada una por su nombre* (Salmo 146, 4). Y *el Señor es quien defiende a los humildes, y abate hasta el suelo a los soberbios pecadores* (Salmo146, 6).

Quien medite todas estas cosas sentirá su alma invadida de júbilo y gratitud; brotará de su espíritu aquel pensamiento sublime del "Gloria" de la santa Misa: *Por tu santa gloria de damos gracias*. Realmente, este júbilo lleno de gratitud es lo que deberíamos sentir todas las veces que pensemos en Dios.

No es posible pensar en Él sino con la emoción del salmista: *Venid, adorémosle; postrémonos en la presencia del Señor nuestro Creador, porque Él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo que Él apacienta, y el rebaño que Él guía* (Salmo 95, 6-7).

¿Quién es, pues, mi Dios? —Contesta San Agustín:

"Tú eres, Señor, el imprescindible. Tu bondad no tiene límites. Tu poder, tu fuerza son infinitos; eres juez justo y con todo tu misericordia se derrama sin cesar sobre el mundo. ¿Dónde no estás Tú? ¿Y dónde estás? Todo cuanto hay de bello es pálido reflejo de Ti. Eres el origen eterno de toda fuerza... Por encima de todo estás Tú, siempre el mismo, siempre nuevo; un solo gesto tuyo hace salir millones de formas."

"Señor, mueves los mundos y tienes reposo eterno. Lo abarcas todo, cuando nada necesitas. Tú que con solicitud nos llevas y defiendes, nos creas, nos alimentas y nos conduces a la perfección; Tú todo lo tienes en cuenta, cuando nada te hace falta."

"El amor en Ti no es desasosiego, el fervor en Ti no se agota, tu pesar no es dolor, la ira no quebranta tu tranquilidad. Tus obras cambian, mas no tu voluntad; todo cuanto encuentras lo acoges, aunque nunca lo hayas soltado de tu mano. No eres pobre y te alegras de la ganancia; no eres avaro y pides interés. Te traemos ofrendas para obligarte, y, sin embargo, ¿tenemos algo nosotros que de Ti no hayamos recibido? Cumples tus promesas, si bien a nadie debes; nos llenas de tu bendición sin menguarte" (Confesiones 1, 4).

III

NO PODEMOS COMPRENDER A DIOS

Así, pues, nuestra mente y nuestro corazón proclaman que hay Dios; la revelación nos enseña con más precisión cómo es Dios... Con esto, ¿sabemos ya todo lo que se refiere a Dios? ¿Podemos abarcarle? ¿Podemos penetrar todos sus planes, actos, pensamientos?

¡Qué lejos estamos de ello, qué increíblemente lejos!

"Dios no sería Dios si no fuera más grande que tu capacidad de comprensión", dice el mismo San Agustín.

Quiero ahora contarte un cuento.

Había una aldea —así dice el cuento—en que todos eran ciegos. No se sabe cómo, un día entró en el pueblo un elefante. Los ciegos habían oído hablar mucho de este animal, pero nadie podía imaginárselo. Todos se apiñaron en torno suyo e iban palpándole. Uno cogió precisamente la trompa, y exclamó:

—¡Interesantísimo! El elefante es completamente como un tronco de plátano.

Pero otro, que estaba palpando la oreja del animal, le interrumpió en tono de protesta:

—¿Cómo puedes afirmar cosa semejante? El elefante es como aquel abanico grande con que se suele limpiar el arroz.

El tercero soltó una carcajada. Acariciaba la cola del elefante, y así afirmaba que el elefante no se diferencia mucho de la serpiente. El cuarto, que estaba palpando una pata del animal, afirmaba rotundamente que el elefante tiene mucha semejanza con una columna.

Hasta aquí el cuento...

Y no te escandalices ahora, lector amigo, si yo digo: *tan ciego como esos ciegos somos nosotros para las cosas de Dios.* Barruntamos, vislumbramos uno que otro de sus atributos, notamos un débil rayo de su resplandor, mas la razón humana no puede comprender ni medir toda su grandeza.

¿Qué más nos enseña este cuento? Comprendemos mejor la idolatría de los antiguos paganos, comprendemos los errores de muchos filósofos modernos. No nos admira que la débil razón humana, cuando se apoya en sus meras fuerzas, se encamine fácilmente por falsos derroteros.

Así pensaron los antiguos persas que el fuego es Dios, y es que Dios realmente es luz. Los caldeos se lo imaginaban como hermosa estrella, y realmente Dios es algo hermoso. Hegel y Spinoza creyeron que el universo es Dios, y realmente todo el universo está en Dios, mas Dios está por encima del universo. Dijeron otros que la materia y la fuerza son Dios, porque realmente Dios es el Creador también de ellas, mas Dios está por encima de las mismas.

Aceptemos, pues, esta realidad inalterable: *El Dios infinito sigue siendo para el hombre finito, aún hoy* —aun después de la Revelación— *incomprensible*.

Entonces, ¿qué es lo que sabemos de Dios?

Barruntamos algo de uno u otro de sus atributos, y con estos detalles, con estos fragmentos, hemos de formar la imagen de Dios.

Pero si es así, *hemos de sacar la gran moraleja.*

¿Cuál?

Ésta: Decimos y afirmamos muchas cosas de Dios, porque sentimos la necesidad de definir con nuestras palabras, de una manera o de otra, este misterio inaccesible, y porque debemos acercarnos a él cuanto podamos; mas no hemos de olvidar que *nuestras expresiones, al referirnos a Dios, tienen un sentido especial, algo distinto del que tienen al aplicarse a las meras creaturas.* Ahí está nuestra limitación humana. Nuestro modo de pensar y nuestro lenguaje humanos no saben despegarse por completo de las cosas terrenas.

¡De cuántas dudas y dificultades religiosas nos libraríamos si siempre tuviéramos presente lo limitado de nuestra manera de pensar! El hombre habla, por ejemplo, de los atributos de Dios: decimos que es infinitamente bueno, santo, justo, misericordioso..., y, naturalmente, nos figuramos estas perfecciones en Dios tal como las vemos realizadas en nosotros mismos, es decir, como si estas

propiedades se alinearan unas junto a las otras; sin embargo, no deberíamos olvidar que en Dios no hay series, porque en Él no hay partes; en Él es perfecta la unidad; en Él no solamente el conocimiento y la voluntad son una misma cosa, sino que lo son también la justicia y la misericordia. ¡De cuántos conceptos erróneos nos libraríamos si nunca perdiésemos de vista estos principios!

Tengamos, pues, siempre presente esta consideración. Dios difiere tanto de nosotros, que todos los conceptos que podamos formarnos de Él se quedan muy a la zaga de la realidad, y todo cuanto podamos decir de Él no pasa de ser mero balbuceo, y todos nuestros pensamientos tocantes a Él están llenos de comparaciones humanas.

El lenguaje humano no sabe prescindir de imágenes y símiles al tratar de Dios, ni podemos nosotros pensar de otra manera. Nos pasa con Dios algo semejante al modo de *hablar* que tienen los sordomudos entre ellos: hablan con las manos, con los pies, con los ojos, con la boca; se dan explicaciones, y aunque no lleguen a darse a entender del todo, no obstante, vale más ese poco que nada.

En este sentido hemos de interpretar también nosotros aquellos pasajes de la Sagrada Escritura que hablan del ojo, del oído, de la mano, del corazón de Dios y discurren sobre Dios de una manera demasiado humana al parecer. Si quisiéramos hablar con todo rigor, habríamos de decir: Dios no tiene ojos, mas lo ve todo. Dios no tiene oídos, mas oye el más leve suspiro. Dios no tiene manos, y con todo, su fuerza es infinita. No tiene corazón, pero su amor no conoce límites.

—¿Lo entiendes, amigo lector?

—No mucho —me contestas preocupado.

—No te dé vergüenza. ¿Cómo vas a saber tú más cosas de Dios y a entenderlas mejor que San Agustín? Y sin embargo, fue San Agustín quien escribió:

"Eres eterno e inmutable. Tú no tienes día de hoy, y, a pesar de todo, el día de hoy, con todos sus acontecimientos, se despliega ante tu presencia. ¿Podría fluir el río de los tiempos si Tú no lo guiarás? Tus años no pasan, sino que confluyen en tu presente eterno. Desde la época de nuestros mayores a nuestros días, ¡cuántos siglos han pasado a través de tu eterno presente!... y Tú eres eternamente el mismo, y obras y has obrado todos los días de mañana y los de ayer y los del pasado en tu presente eterno."

"No importa si no todos son capaces de comprender estas disquisiciones. Quien no las comprenda, no insista, sino que se alegre. Alégrese y procure con más insistencia encontrar a Dios —aunque no pueda comprender su esencia— que comprender su divina esencia dejando de encontrarle a Él" (Confesiones 1,6).

* * *

¿Sabes cuál es la mejor prueba para deshacer todos los argumentos del ateísmo?...

Coger una pequeña mariposa de colores resplandecientes y mirarla... Y ella me preguntará: Dime, hermano hombre, ¿no descubres en mí las huellas de la mano del Dios infinitamente sabio? “Sí, las veo, mariposita mía.”

O coger una rosa impregnada de gotas de rocío, y la rosa me preguntará: Dime, hermano hombre, ¿no notas en mis pétalos el reflejo del Dios infinitamente bello? “Sí, lo noto, rosita mía.”

Sí, amigo lector, mientras haya una mariposa o el cáliz de una flor en este mundo, vanos serán todos los argumentos del ateísmo; siempre tendremos pruebas irrefutables del poder y hermosura de Dios. Y mientras haya en esta tierra seres dotados de inteligencia y de corazón, que en verdad puedan llamarse hombres, habrá millones de hombres que recen de esta manera:

“Sé que estás lejos, y, no obstante, muy cerca. Sé que me ayudas a llegar a Ti. Sé que los granos de arena son grandes ante Ti, y con todo, yo, yo que nada soy, soy tu hijo. Tú el Grande, Tú el Santo, Tú el sin nombre, a quien yo puedo llamar *Padre mío*?” (K. E.)

Capítulo 11

DIOS ES NUESTRO PADRE (I)

I Carta de San Juan 3, 1-3

Nadie puede decir ***Padre nuestro*** si no cree en Dios.

En Jerusalén, en el Monte de los Olivos, hay una iglesia que tiene este nombre: *Templo del Padrenuestro*. Es una memoria, esculpida en piedra, de aquel momento sublime en que Jesucristo enseñó a orar a sus apóstoles. En este templo conmemorativo hay treinta y dos lápidas de piedra, y en ellas está inscrito en treinta y dos idiomas el texto del Padrenuestro... Sin embargo, millones de hombres recitan a diario en todo el mundo, no en treinta y dos idiomas, sino en centenares de centenares, las sencillas palabras de esta bellísima oración.

Así, pues, habéis de orar: Padre nuestro... (Mateo 6, 9), dijo el Señor a su apóstoles.

Habéis de decir así: *¡Padre nuestro!* Y, sin embargo, habría podido enseñar a rezar de otra manera: *Habéis de decir: Señor nuestro*; o bien: *Habéis de decir: Legislador nuestro*; o bien: *Habéis de decir: Nuestro Juez eterno*... Si algún maestro pagano hubiese enseñado a orar, seguramente lo habría hecho así. Pero Jesucristo empezó su oración de esta manera: *Padre nuestro...*, y desde entonces todos los cristianos nos dirigimos a Dios llamándole así.

Sentimos que nos quedamos pasmados al querer desentrañar las hermosuras de esta palabra. Sentimos que el lenguaje humano es insuficiente para hacer barruntar las profundidades que están ocultas en esta palabra. Pero, aunque sea ardua la empresa, no hemos de atemorizarnos. Sería una ingratitud para con el

donante, para con Nuestro Señor Jesucristo, el dejar de usar, enseñar, saborear y valorizar su gran don..., por lo menos en la medida en que es capaz de hacerlo el entendimiento humano.

I

DIOS ES NUESTRO PADRE

¡Dios es nuestro Padre!

Pero, ¿tanto importa realmente el poder llamar a Dios, Padre nuestro? Esta sola expresión ¿ha cambiado realmente el curso del mundo? ¿Es así de veras?

Para poder comprobarlo tenemos que examinar unos momentos *la idea que tenía antes la humanidad respecto de Dios.*

Los paganos tenían respecto de Dios una imagen realmente indigna y humillante. Nosotros los cristianos apenas podemos concebir cómo pudo caer la humanidad en un abismo tan profundo que hasta llegara a figurarse a Dios como un tirano espantoso y cruel, ante el que debía temblar el mundo horrorizado; que encontraba su complacencia en ver cómo se echaban en los brazos de Moloc —brazos de metal extendidos, calentados hasta el punto de incandescencia— niños vivos, que allí se quemaban como víctimas. ¡Es horroroso sólo el pensarlo!

El hombre, que erraba a tientas en el paganismo, se imaginaba a su Dios de cien formas distintas; lo único que no se atrevió ni siquiera a pensar fue precisamente que pudiéramos llamarle Padre. Se imaginaba a Dios bajo las ormas de fuego y sol, del relámpago y el trueno, como un tirano, como un energúmeno de cuerpo deforme, o como animal, un toro, una vaca...; lo único que no se le ocurrió —como que nunca pudo ocurrírsele a hombre alguno— fue llamarle Padre bondadoso.

Aun la idea que tenía de Dios el mismo pueblo escogido, ¡qué lejos estuvo siempre de la idea cristiana! Aquí los judíos vieron siempre en Dios al Señor riguroso, temible, cuyo nombre ni siquiera podía pronunciarse.

Mas llega Cristo, y se cambia del todo nuestro concepto de Dios: *Dios no es solamente nuestro Señor, sino también nuestro Padre.*

Que realmente sea *Nuestro Padre* es lo que afirma la enseñanza clara y reiterada de Jesucristo. Nos encontramos con este pensamiento no solamente en el texto del Padrenuestro, sino frecuentemente también en otros pasajes del Evangelio.

¡Cuántas veces compara a Dios en sus parábolas con el padre de familia! Dice en una ocasión: *Uno solo es vuestro Padre que está en los cielos* (Mateo 13, 9). En otra ocasión alienta a sus discípulos de esta manera: *Bien sabe vuestro Padre de lo que tenéis necesidad* (Mateo 6, 8). Y antes de la Pasión —poniendo como el

broche a todas sus enseñanzas— anima de esta suerte a sus apóstoles: *El mismo Padre os ama* (Juan 16, 27).

¿Nos sorprende entonces que esta enseñanza enardeciera el corazón de los apóstoles?

¿Nos sorprende que San Pablo exclamará de esta manera al pensar en ello: "No habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: *Abba!*, ¡Padre!" (Carta a los Romanos 8, 15).

¿Nos puede sorprender que San Juan escribiese profundamente conmovido: *Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos*? (I Carta de San Juan 3, 1).

Estos pensamientos hoy nos resultan familiares, pero al principio supusieron un *cambio radical del concepto de Dios hasta entonces vigente.*

Los ateos suelen contestar: "Está bien, está bien. Lo que vosotros referís de Dios es la proyección de vuestra idealizada imaginación. Todo cuanto de bueno y hermoso veis en el mundo lo reunís en una persona ideal, que vosotros os imagináis, y aun le dais nombre..., le llamáis *Dios."*

Pues bien, este raciocinio engañoso se refuta admirablemente por el concepto de Dios propuesto en el Evangelio. Que Dios no es una imagen ficticia, proyectada por el mundo y la historia, lo atestigua el *Padrenuestro*.

El hombre, antes de Cristo, realmente se creaba una imagen de Dios, que no era sino una proyección del mundo sensible, de lo bueno y malo que hay en el hombre, de sus virtudes y de sus pecados. Estos *dioses* cambiaban en realidad según la cultura de los pueblos.

Pero el Dios que enseñó Cristo es muy distinto. Esta sola expresión *Padre nuestro* vulnera todas las imágenes de Dios fabricadas por el hombre; no rebaja a Dios al nivel humano, sino que levanta al hombre a las alturas de Dios. Semejante concepto de Dios nunca habría podido formárselo el hombre por sí mismo. Quien dijo por vez primera vez semejante cosa de Dios, tenía que ser Dios.

Hemos de empezar por meditar estas verdades. Y cuando las hayamos meditado comprenderemos *aquella revolución que sacó de quicio al mundo, aquella novedad que nos trajo Jesucristo con estas sencillas palabras: Padre nuestro.*

Aunque Jesucristo no hubiese hecho otra cosa que bajar a la tierra y enseñarnos estas dos palabras, ya hubiese sido *nuestro gran bienhechor.* Porque desde que oímos estas palabras sentimos los latidos del corazón paternal de Dios, no tenemos miedo de dirigirnos a Él, aunque sea infinitamente superior que

nosotros, y nos podemos acercarnos a Él confiadamente, como un niño trata a su padre.

¡Abba! ¡Padre nuestro! La Sagrada Escritura nos conservó esta palabra en el lenguaje original, el arameo, tal como la pronunció por vez primera Nuestro Señor Jesucristo. Desde entonces ha sido repetida por millones de cristianos, con gran sentido filial y con una confianza indecible.

¡Abba! ¡Padre nuestro! Tan sólo unas pocas letras, pero no hay palabra que exprese de un modo más gráfico la dignidad del cristiano. Así como en el foco de la lente, en un solo y diminuto punto podemos reunir los rayos de sol, de modo análogo reúne esta palabra todos los rayos del amor divino.

¡Abba! ¡Padre nuestro! Esta palabra que suena a música celestial, parece como un mensaje que se nos dirige desde el otro mundo, transmitiéndonos amor y confianza inauditas.

"¡Padre! ¡Padre nuestro!" Esta palabra sencilla es casi la primera que pronuncia el hombre cuando comienza a hablar; palabra amable, cálida, humana, tomada hasta tal punto de nuestra vida, que casi no nos atrevemos a aplicarla a Dios, y aun cuando se la aplicamos, casi no tenemos valor para tomarla en su sentido verdadero y estricto. Y, sin embargo, es así como hemos de tomarla. "Padre mío." Este nombre, aplicado a Dios, es una realidad santa, incomprensible; una promesa grande, cuyo cumplimiento es la felicidad eterna; es el fundamento de todas nuestras esperanzas, es la fuerza que nos anima a seguir luchando. Porque si nosotros no solamente nos llamamos hijos de Dios (I Carta de San Juan 3, 1), sino que lo somos en efecto, entonces no solamente llamamos a Dios Padre nuestro, sino que Él lo es en efecto." (Hanauer)

El hombre habría podido cavilar durante miles de años para descubrir quién es Dios —y así lo hizo, en efecto—, mas nunca, ni siquiera con la filosofía más profunda, ni siquiera con la fantasía más ágil, habría llegado jamás a este pensamiento: Dios es nuestro Padre.

Tenemos centenares de argumentos para probar que Cristo no fue mero hombre..., y éste es uno del todo nuevo: un mero hombre nunca se hubiese atrevido a afirmar de Dios que Él sea nuestro Padre. No solamente no se habría atrevido, sino que con su discurso, fundado en la mera capacidad humana, habría llegado precisamente al pensamiento opuesto, y habría abierto una sima infranqueable entre Dios y el hombre.

Por nosotros mismos nunca habríamos llegado a este pensamiento, nunca nos habríamos atrevido a afirmar cosa parecida.

¿Con qué derecho nos atrevemos a decirlo hoy día? Nos da la respuesta la liturgia de la santa Misa. En todas las Misas —y precisamente en uno de los

puntos más sublimes, cuando está delante de nosotros en el altar, bajo las especies de pan y vino, el mismo Jesucristo— rezamos el Padrenuestro, mas introduciéndolo con estas palabras: *Fieles a la recomendación del Señor, y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir: Padre nuestro...*

Nos atrevemos, porque Jesucristo *nos ha recomendado* explícitamente que, al pensar en Dios, pensemos en Él como en un Padre, es decir, que pensemos en todo aquel amor y espíritu de sacrificio, en todo aquel auxilio y aquella fuerza, en todo aquel respeto y aquella obediencia que contiene en nuestro lenguaje humano la palabra *padre*, y que hace vibrar en nosotros nuestras fibras más íntimas.

He ahí el sublime concepto de Dios propuesto por el Evangelio, que no vulnera la grandeza y majestuosidad de Dios... Dios sigue siendo el Poder infinito que está por encima del mundo; pero un Poder cuyo deseo y voluntad es entrar en relaciones estrechas e íntimas con nosotros —pobres, pequeñas, impotentes criaturas—, para que le tratemos con la misma confianza que un hijo trata a su padre.

Dios sigue siendo el *misterio inaccesible*, mas investido de toda la amabilidad y amor, de toda la intimidad y solicitud, que recuerda al hombre el nombre de *padre*.

Dios infinito de poder y Padre amoroso. He ahí que estos dos polos, al parecer antagónicos, se ven fundidos en el concepto cristiano de Dios, en una unidad perfecta, siendo esto lo que imprime un distintivo peculiar a toda la vida cristiana.

Ver en Dios al Padre... Sólo Cristo pudo enseñárnoslo.

¡Regocijémonos, porque así nos lo enseñó Jesucristo! Porque antes de Cristo ¡qué imagen deforme tenía de Dios la humanidad! Y no solamente la humanidad pagana; aun nosotros, cristianos, nos vemos algunas veces expuestos al peligro de ver palidecer en nuestra alma los rasgos de Padre en el rostro de Dios y divisar sólo el semblante espantoso de un Señor poderoso, de un Poder temible que nos oprime.

Pero precisamente porque hay aún entre los cristianos quienes tienen un concepto equivocado de Dios, que lo saben todo menos que es nuestro Padre, precisamente por eso, quiero proponer otro pensamiento para estudiarlo detenidamente. ¿Cuál es? La recta compaginación del temor y del amor de Dios.

II

EL TEMOR Y EL AMOR DE DIOS

Según Jesucristo, Dios es nuestro Padre. Pero precisamente por esto, por ser *nuestro Padre*, pueden darse armónicamente en nosotros estos dos pensamientos sobre Dios: el temor y el amor de Dios.

Notad bien: *Nosotros, los cristianos a la vez tememos a Dios, y no Le tememos.*

Si bien Dios es mi Padre, con todo yo Le temo, Le respeto, me inclino ante Él. Pensaría equivocadamente quien se figurase que, con la excusa de que Él ha querido que le llamemos Padre, podamos rebajar a Dios al nivel de un compañero de juego, de un camarada. Es verdad que es Padre, pero también sigue siendo Señor todopoderoso de cielos y tierra, ante cuya majestad nuestros labios sólo se atreven a pronunciar las palabras de San Pedro: *Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador* (Lucas 5, 8). *Y las* palabras del Centurión: *Señor, no soy yo digno de que entres en mi casa"* (Mateo 8, 8).

De modo que es cierto: temo a Dios.

Y en otro sentido no Le temo. Al honrar su majestad y postrarme ante su grandeza, aun entonces siento que esta majestad me levanta y me atrae con cariño. Grande es nuestro Dios..., mas su grandeza no nos aplasta. Nuestro Dios es infinito...; pero Él se interesa por nosotros. Nuestro Dios es sublime.... mas no hay nada de terrorífico ni de espantoso en Él. Sí, temo a Dios, pero Le amo mucho más. Amor confiado y a la vez reverencial.

En el homenaje que rendimos a Dios, juntamente *con el respeto hay como un cierto sentimiento de vergüenza.*

¿En qué sentido?

El *respeto* y la *vergüenza* son conceptos afines. ¿Cuándo se avergüenza el hombre? Cuando alguien o algo que nosotros respetamos es ofendido. El hombre honrado, por ejemplo, se sonroja si oye un chiste soez. ¿Por qué? Porque él respeta la pureza moral, que acaba de sufrir una ofensa, y por esto él se avergüenza.

Así también nuestra vergüenza pone de manifiesto nuestro respeto a Dios; por medio de esa vergüenza expresamos no solamente nuestro respeto de la Majestad divina, sino a la vez el sentimiento de nuestra conciencia manchada que nos aleja de Dios. Por una parte, sentimos que algo nos atrae hacia Él; mas por la otra, sentimos que nuestra indignidad nos detiene. De ahí que podamos armonizar en una única síntesis *el culto y el temor de Dios.*

Este doble sentimiento de respeto y de temor abunda en toda la liturgia. Bástenos citar aquí un solo momento, el de la Elevación. ¡Cómo nos hacemos conscientes de nuestra pequeñez, y al mismo tiempo de nuestra grandeza en aquel momento en que levantamos, entre el cielo y la tierra, la blanca hostia que en apariencia se nos presenta como parte de nuestra ofrenda; pero que sabemos que lo que antes era pan ahora se ha trocado en cuerpo y sangre de Cristo! ¡Qué nada es el hombre en este momento ante Dios !

Soy nada a causa de mis pecados..., y por esto temo a Dios; mas Él nos dio su Hijo unigénito para borrar nuestros pecados...; por esto amo a Dios. El hombre

que con la santa Misa quiere honrar a Dios es nada..., y por esto tiembla mi alma de puro conmovida durante todo el tiempo del santo sacrificio; pero es el mismo Hijo de Dios que por mí se ofrece...; por esto se llena a un mismo tiempo mi alma de alegría y confianza.

Y así se verifica lo increíble, que a un mismo tiempo nos alegramos y lloramos, derramamos lágrimas de gozo y de dolor.

No podemos huir del Señor, ni escondernos de su presencia. Y si no podemos, ¿qué podemos hacer cuando sentimos que hemos pecado? No podemos hacer otra cosa que lo que hace el muchacho travieso, cuando su padre quiere castigarle por alguna fechoría: corre, mientras puede...; mas si su padre le alcanza, entonces se vuelve en el último momento y suplica.

San Agustín refiere con trazos delicados esta escena diaria. "Es completamente imposible que puedas huir de Dios. De modo que no puedes librarte de su ira a no ser ocultándote en su misericordia. ¿Quieres correr lejos de Él? Corre a Él." (In Psalmun 74, n 9).

¡Qué hermosas palabras! ¿Quieres huir de Dios?: no hay más que un solo medio: ¡corre a Él! Busca a Dios y ama a Dios. Busca y ama en Dios al Padre, y así te libras del Juez que hay en Dios. Mas sé prudente, amigo lector, y no busques al Padre en el último momento, como el muchacho travieso, en el momento preciso en que su padre ya le alcanza y le coge. No esperes a clamar ante la misericordia paternal de Dios cuando en el lecho de la muerte hayas caído irremisiblemente en sus manos.

* * *

Nos alegramos de poder llamar *Padre nuestro* a Dios, mas Dios, ¿se alegra también de habernos adoptado por hijos?

Sed, pues, vosotros, perfectos, tal como vuestro Padre celestial es perfecto (Mateo 5, 48) —dijo en cierta ocasión el Señor.

Sed, pues, misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso (Lucas 6, 36).

También he de ser justo, como mi Padre celestial. He de tener puro el corazón, he de ser disciplinado y pronto al sacrificio..., como mi Padre celestial. ¡Qué grave obligación!

Pero a la vez ¡qué admirable distinción! Hasta que Nuestro Señor Jesucristo no enseñó el Padrenuestro, el hombre creyó sentir que entre él y Dios había una sima espantosa, mayor que la distancia que hay entre nuestra Tierra y la estrella más lejana. Pero en el momento que nos fue concedido llamar a Dios *Padre nuestro*, cesó ya toda distancia: yo soy suyo y Él es mío; me acerco a Él cuando

quiero; puedo arrojarme en sus brazos; puedo refugiarme en su corazón. ¡Somos hijos de Dios!

Lo decimos, lo creemos; mas no llegamos a comprender el tesoro que tenemos en realidad. Por esto escribió San Juan: Ved *qué amor nos ha mostrado el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos, en efecto... Queridos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es* (I Carta de San Juan 3, 1-2).

¡Seremos semejantes a Dios!, es decir, brillaremos en una gloria parecida a la de Dios. ¡Qué increíble dignidad de la persona humana! ¡Cuánto vale así mi vida! Sin esto nada vale. Sin esto me triturarían los innumerables problemas de la vida terrena. Pero si Dios es mi Padre, yo soy hijo de Dios. Mi brazo puede alcanzar, desde esta pequeña y mísera vida humana, el reino de la vida eterna. Soy heredero de la dicha eterna..., si es que no malbarato mi derecho a la herencia.

¡Bendito seas, Señor!; Bendito seas, Padre celestial!

Capítulo 12

DIOS ES NUESTRO PADRE (II)

San Lucas 11, 9-13

En el escudo de la ciudad de Lübeck hay una rueda, y en el centro de la misma esta inscripción: *Dios*. ¡Qué dibujo más sencillo, y, a la vez qué profundidad de pensamiento encierra! Viene a decir que en el curso incesante y agitado de la vida, Dios es el centro inmutable y firme. Los puntos de la rueda unas veces están abajo, otras veces arriba, mas siempre permanece en el centro Dios; permanecen en el centro la voluntad, la sabiduría y el amor del Padre celestial que todo lo gobierna y sustenta.

Cuando en nuestra vida un dolor amargo nos oprime y aplasta, o cuando la alegría de nuestro corazón nos lanza hacia las alturas... siempre está a la misma distancia de nosotros el centro de nuestra vida: Dios.

Pero esto sólo lo sabemos desde que se oyó por vez primera de labios de Jesucristo el *Padrenuestro*. Todas las veces que recitamos la oración del Señor y pronunciamos estas palabras: *Padre nuestro*, tendríamos que acordarnos de que así como el centro, la fortaleza, el sustento de la familia es el padre, de modo análogo Dios, nuestro Padre celestial, es el centro y fortaleza de toda nuestra vida.

Millones y millones de hombres recitan a diario *Padre nuestro*; es, pues, razonable que seamos conscientes de lo que confesamos todas las veces que pronunciamos esta bendita invocación. Porque son sublimes las verdades que encierran estas dos palabras.

Anuncian que *Dios*

I. Es nuestro Creador.

II. Nuestro Señor.

III. Es nuestro Protector

y IV. Es nuestro Redentor.

Examinemos estas cuatro verdades una tras otra.

I

DIOS ES NUESTRO CREADOR

Todas las veces que pronunciamos el *Padrenuestro*, confesamos primeramente que este mundo y todo cuanto lo compone, tanto los seres vivientes como lo inanimado, no se hizo por sí mismo, sino que fue creado por el Padre celestial. *Dios creó el mundo;* lo confesamos en voz alta todas las veces que pronunciamos el Padrenuestro.

Toda concepción del mundo tiene que contestar a esta pregunta: *¿de dónde viene el mundo?*

Nosotros contestamos con la primera frase de la Sagrada Escritura: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra* (Génesis 1, 1). Respuesta sincera y audaz; la única que puede tranquilizarnos. Las demás respuestas, distintas de ésta, quedan insuficientes y resultan vacías.

Son vanas las respuestas artificiosas con que *quieren huir algunos del pensamiento de un Dios creador. Y,* sin embargo, hemos de reconocer que si no acudimos al Dios creador no hay respuesta satisfactoria.

“No es Dios quien creó el mundo, sino que la primera materia de que el mundo está formado se hizo por sí misma” —dicen unos. ¿Esto es una respuesta satisfactoria?

“La materia primera ni siquiera se hizo por sí misma, sino que siempre ha existido” —dicen otros. ¿Es aceptable semejante respuesta? ¿Es posible que el mundo esté ordenado por leyes que señalan su desarrollo, sin que nadie haya dado estas leyes?

—”No es posible” —dicen aún otros, los panteístas—. “Realmente hay alguien, pero este *alguien* es el mismo universo: el universo es Dios.” ¿No se subleva nuestro espíritu, y con todo derecho, contra esta mezcla, que se quiere hacer, de

Dios y del mundo? Si bien el mundo está en Dios y Dios con su omnipotencia y omnipresencia está en todo el mundo.... *no son una misma cosa Dios y el mundo.*

Si alguien está encerrado en una cárcel, es prisionero; mas Dios no está encerrado de esta manera en el calabozo del mundo. El alma del hombre está en el cuerpo y los dos se unen; mas Dios no se funde con el mundo; si está en el mundo, también está muy por encima de él."

Si subo a las alturas vertiginosas de ocho mil y más metros del Monte Everest y pregunto a las cimas cubiertas de nieve: Decidme, ¿Dios está aquí?, ellas me contestarán: Sí, está también aquí; pero también está por encima de nosotras.

Si bajo a los abismos inimaginables, de ocho mil y más metros del Océano Pacífico, y pregunto a las aguas silenciosas: Decidme, ¿Dios está aquí?, ellas me contestarán: Sí, está *también* aquí; pero también debajo de nosotras. Porque Dios es grande y sublime, porque es infinito.

Y yo puedo llamar a este Dios infinito, al Creador del mundo: ¡Padre!

¿No sientes *el santo orgullo, la fuerza y el consuelo* que brotan de este pensamiento? Si puedo llamar *Padre* al Creador del mundo, entonces yo, puñado de polvo, ser de vida efímera, no soy tan insignificante en medio de este inmenso universo. Puedo llamar *Padre* al que creó el mundo.

¡Qué profunda vida espiritual brota de esta convicción!

Santa Armela fue una sirvienta santa que no sabía leer, pero que sabía descifrar lo que encierra la naturaleza. ¡Y qué emocionantes y hermosos eran sus pensamientos!:

"Cuando veo cómo los polluelos buscan refugio bajo las alas de su madre, la gallina, me acuerdo que también Jesucristo se comparó a una gallina solícita, y con esto me enseñó que yo también he de refugiarme bajo las alas de la divina Providencia."

"Cuando veo cómo se inclinan el tallo del trigo y el árbol movidos por el soplo del viento, me pregunto a mí misma: ¿Por qué no estoy también yo tan pronta y obediente a inclinarme bajo el soplo del Espíritu Santo, y por qué no me dejo guiar y orientar por Él?"

"Cuando veo cuán alegres nadan los peces en el agua y cómo juguetean, pienso que también yo tendría que sentirme alegre y feliz en el amor de Dios, en la gracia de Jesús y en el gozo del Espíritu Santo..."

He ahí la verdadera concepción del mundo, la que brota de la primera palabra del *Padrenuestro*: Creo que Dios es el creador del mundo.

II

DIOS ES NUESTRO SEÑOR

Mas si creo que Dios creó el mundo, se derivan de ahí consecuencias importantes y trascendentales.

Antes que otra ninguna, la siguiente: *el que creó el mundo es Señor del mundo.*

El mundo fue creado por Dios; Él lo llamó a la existencia; Él le puso sus leyes, y yo tengo que obedecerle con humildad.

Este mundo viene a ser como un hotel muy grande en que nos hospedamos más o menos tiempo, mientras dure la vida terrena. Esto quiere decir que el Señor es Dios, y no yo. *Nosotros no somos más que huéspedes; el propietario es Dios.* Entendámoslo bien: Dios no es el *botones* del hotel, sino su dueño. Suya es la primera y la última palabra; Él es el alfa y omega; Él es el Señor del mundo.

Pero ¿reconocemos, como es debido, esta majestad soberana de Dios? La convicción santa de que hemos de obedecerle, ¿satura toda nuestra vida, nuestros juicios, nuestros planes y nuestro modo de pensar?

¡Qué lejos está nuestra vida de ello, incluso entre los que hemos sido bautizados! ¡Qué superficiales se muestran muchos cristianos, qué juicios más peregrinos plantean en punto a moral, con qué facilidad se apropian los lemas del mundo frívolo! ¡Cuán lejos están de todo cuanto suele llamarse concepción cristiana del mundo!

El ganado vacuno que pace en los campos, por muy hambriento que esté, por mucho pasto que trague, siempre que encuentra una planta venenosa, nota enseguida el peligro con su olfato, y deja la planta sin tocarla; mas estos hombres a quienes me refiero, son capaces de defender con la mayor naturalidad, y tragarse sin pestañear, todas las verduras ponzoñosas de los campos espirituales. “No tienen olfato católico”—dijo, refiriéndose a estos tales, San Clemente Hofbauer.

Y, sin embargo, ellos también rezan el *Padrenuestro*; mas lo pronuncian sin caer en la cuenta de su sentido. Cuidado, lector: recémoslo *entendiendo bien su significado.*

Nos acecha continuamente el peligro de hacernos sordos a lo espiritual y de que las palabras más santas sean para nosotros letras carentes de sentido.

La palabra más santa del lenguaje humano es, sin duda alguna, el nombre de *Dios*. Pero ¿nos esforzamos por darle el debido contenido todas las veces que pronunciamos este vocablo sagrado? ¿Pensamos quién es Dios? El Creador del mundo entero y su Señor augusto, en quien vivimos, nos movemos y existimos,

sin cuya voluntad y saber no cae siquiera un cabello de nuestra cabeza, ése es nuestro Padre celestial.

Quien tiene presente todo esto, reza con pleno sentido, y toda su vida se transforma en oración; toda su vida está en contacto íntimo, personal, con Dios. Quien se acuerda de esto no ve en las leyes divinas palabras muertas y obligaciones molestas, sino la solicitud amorosa del Padre que cuida de nosotros.

Y así se forma en nosotros el concepto cristiano de Dios: *Dios es el Señor del mundo..., mas no es un tirano.* El hombre antes de la venida de Cristo no veía en Dios más que al Señor, nosotros vemos también en Él al Padre; pues bien; *Padre* y *amor* son conceptos correlativos.

El amor del Padre celestial sobrepuja a todo amor terreno.

¡Cuántas veces y de cuántas maneras nos lo dijo Jesucristo!

Son incomparables la ternura y el amor con que solía describirnos cómo es nuestro Padre celestial. *No andéis preocupados... porque bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad* (Mateo 6, 31). *Si vosotros, pues, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?* (Lucas 11, 13). ¿Cómo no va a cuidarse de vosotros Aquel que cuida a los pájaros del cielo y viste los lirios del campo? (Mateo 6, 26-34). Cualquier obra buena que hagáis en el lugar más escondido, el Padre celestial os la recompensará. Quien perdona a sus enemigos será perdonado por el Padre celestial (Mateo 6, 15).

Podríamos seguir citando... Realmente nuestro Señor Jesucristo nos habló del Padre con una ternura conmovedora.

Quien recuerde estas cosas *encontrará fácil la oración.* Se sentirá dichoso de poder hablar con su Padre. Sentirá la gran verdad de aquellas palabras del Cura de Ars: “Nunca es excesiva el agua para el pez; cuanto más agua haya, más a gusto se sentirá”. Efectivamente: cuanto más meditemos quién es el Padre celestial, a quien invocamos; cuanto más sintamos que el océano infinito del amor del Padre celestial nos rodea por todas partes, con más total entrega, y con tanto mayor gozo podremos dirigirle nuestra oración.

No solamente rezar; también *sabremos soportar con ánimo valeroso los sufrimientos de la vida.*

Muchas veces nos encontramos en la vida con enigmas al parecer insolubles. Muere un padre, dejando una viuda joven con cinco hijos; ellos luchan, trabajan, apenas pueden sostenerse, y con todo su vida dichosa, serena, confiada. ¿Cómo se comprende?

Hay una persona injustamente calumniada, desprestigiada. Y ella no se quebranta; soporta la persecución amarga, lleva su cruz. ¿Cómo se comprende? ¿Qué es lo que la alienta?

Otra persona espera la muerte en medio de dolores acerbos y persistentes, y... la espera con una sonrisa. ¿Cuál es la clave de este enigma sin solución? Ésta: el fondo de esas almas es un pequeño castillo en el que no se permite la entrada a nada ni a nadie, excepto a Dios: allí mora el Padre celestial.

Ahora ya comprendo la fuerza que tiene la exclamación de Santo Tomás en boca de San Francisco de Asís: *¡Señor mío y Dios mío!*

Ya comprendo cómo pudo decir Santa Teresa: *Sólo Dios basta.*

Comprendo también por qué se alentaba a sí mismo mártir San Lorenzo en medio de los tormentos más atroces: *Mi noche no es obscura; porque todo está resplandeciente de luz.*

¿Sabéis cómo podían hablar de esta manera? Porque sentían que Dios es nuestro Padre. Y si es nuestro Padre, es nuestro Creador. Si es nuestro Padre, es nuestro Señor. Y algo más: Si es nuestro Padre es también nuestro Protector.

III

DIOS ES NUESTRO PROTECTOR

Dios no solamente creó el universo, sino que también lo conserva con su solicitud paternal, y lo dirige al fin ultimo que le ha prescrito.

¡Padre nuestro! De modo que nunca estamos desamparados, nunca nos hallamos solos. Conmigo está el Señor, mi Padre celestial. Yo puedo repetir con todo derecho lo que dijo el Salmista: *Mi padre y mi madre me desampararon; pero el Señor me ha tomado por su cuenta* (Salmo 26, 10).

Esto quiere decir que nunca seremos destrozados bajo las ruedas del espantoso destino, sino que nuestra suerte está puesta en las manos de nuestro Padre celestial, infinitamente bueno. Es posible que el camino de nuestra vida sea pedregoso; que sea un empinado sendero de montaña con precipicios; mas aun allí nos acompaña la mirada de nuestro Padre celestial. *El Señor conoce a los suyos* (II Carta a Timoteo 2, 19).

Federico el Grande, rey de Prusia, caminaba en cierta ocasión por una difícil vereda montañesa, en compañía de sus tropas y del valeroso general Schmettau. Las tropas sólo podían adelantar a paso lento y el rey descargó su mal humor sobre el general, mofándose de su religiosidad.

Schmettau le contestó: “Señor, confiáis en mí, sabéis que os guardo fidelidad, y no os engañáis. Mas si me despojara de mi fe, sería algo de lo más lastimoso; sería como una caña agitada por el viento, en que no se puede confiar.”

El rey siguió callado durante un rato; y después, cambiando de tono, preguntó: "Pero dígame usted, Schmettau, ¿qué es propiamente la fe de usted?"

El general contestó: "Creo que Dios nos redimió y que nos perdona si se lo pedimos; creo en la Providencia divina que nos asiste y conoce perfectamente, y que hasta lleva la cuenta de todos mis cabellos; y creo en una vida feliz después de la muerte."

"¿Realmente lo cree? —preguntó Federico—. ¿Lo cree ciertamente?"

"Con toda certeza, Majestad."

"Hombre feliz" —dijo el rey, y en su rostro se reflejaba, al decirlo, cierta emoción.

¡Feliz, realmente! Porque el que tiene una fe tan firme, el que tiene por Padre celestial a Dios, no es juguete del acaso, no es víctima de la mala suerte, no es presa del destino, porque tiene la firme convicción de que sobre él vela la Providencia divina. *"El nos gobernará eternamente,* (Salmo 47, 15) —dice el Salmista, refiriéndose a Dios.

¡Qué diferente es lo que pregona la incredulidad, siempre hablando de la razón ciega de las fuerzas naturales e inexorables! ¡Hombre! Vanos son todos tus esfuerzos, vanos todos tus forcejeos: el poder inexorable del destino reina sobre ti. Tu suerte está escrita de antemano en el curso de las estrellas, en las líneas de la palma de tu mano, en las cartas... y en otras necedades. Tal es la doctrina de la incredulidad.

En cambio, la fe nos dice con palabras de San Pedro: *Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios..., para que a su tiempo os ensalce. Echad sobre Él todos vuestros cuidados, puesto que se preocupa de vosotros* (I Carta de San Pedro 5, 6-7).

Juzgad, lectores, vosotros mismos, de qué doctrina emana más fuerza y consuelo para soportar los golpes que nos dará la vida. ¿De la que pregona que inútilmente nos debatimos bajo las ruedas de la ciega fortuna, o de aquella otra que predica la fe, según la cual hay un Dios sobre nosotros, un Dios que es nuestro Creador, nuestro Señor, nuestro Protector?

IV

DIOS ES NUESTRO REDENTOR

Aun no es completa la imagen de Dios que venimos trazando; aun debemos añadir otro rasgo: Dios es nuestro Redentor.

No podemos pronunciar la palabra *Padre* sin pensar al mismo tiempo también en el *Hijo*..., en el Hijo de Dios.

De suerte que todas las veces que decimos *Padre nuestro*, confesamos al mismo tiempo nuestra fe, es a saber, que el Hijo de Dios ha pasado en medio de

nosotros, y de Él aprendimos este nombre. Antes de Cristo no podían pronunciar estas palabras labios humanos: *¡Padre nuestro!* Pero desde que *tanto amó Dios al mundo, que no paró hasta darnos a su Hijo unigénito; a fin de que todos los que creen en él, no perezcan, sino que vivan vida eterna* (Juan 3, 16) —desde entonces sabemos quién es Dios, y qué amor paternal tiene para con nosotros los hombres.

¡Qué bueno es Dios! No nos otorgó un don cualquiera; no nos envió a uno de sus ángeles o profetas para rescatarnos, sino a su propio Hijo unigénito. A Él le debemos el saber que Dios es nuestro Padre; a Él le debemos también que haya aplacado con su propia muerte al Padre celestial, al que ofendimos nosotros. De esta manera nos ha redimido.

¿Estamos redimidos? —preguntarán acaso algunos con cierta sorpresa—. ¿Ya no hay pecado? ¿No hay sufrimiento? ¿No hay muerte?

Sí; siguen la muerte, el sufrimiento y el pecado..., y con todo ¡estamos redimidos! ¿Cómo se entiende eso?

Como debe entenderse, no superficialmente. No creyendo que la redención suprimió la libre voluntad del hombre y que, en consecuencia, el hombre ya no puede rebelarse contra Dios. Sino que hemos de entenderlo de esta manera: todo el que *quiera* librarse del pecado, el que extienda su brazo, buscando el auxilio de Cristo, puede limpiarse de la mancha de los pecados por virtud de la sangre derramada por Él. Le limpia *la sangre de Cristo, el cual por impulso del Espíritu Santo se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios* (Carta a los Hebreos 9,14). Estamos, pues, redimidos del pecado.

Y también del sufrimiento. Esto no en el sentido de que Cristo haya quitado todo sufrimiento..., no, no lo quitó; mas nos dio fuerzas para soportarlo, porque desde la venida de Jesucristo podemos afirmar que cualquiera que sea la cruz que tengamos que llevar en nuestra vida, la mitad de ella descansa sobre los hombros del Señor.

De la misma manera Cristo nos redimió de la muerte. No suprimiendo la muerte, sino suprimiendo sus horrores, porque ahora podemos morir con Cristo. Y no es lo mismo morir con Cristo que morir sin Él. El que muere con Cristo puede exclamar con San Pablo: *¿Dónde esta, ¡oh muerte! tu victoria?, ¿dónde está, ¡oh muerte!, tu aguijón* (I Carta a los Corintios 15, 55).

Puede exclamar así porque sabe quién le espera más allá de la tumba; le espera el Dios soberano, que no es solamente nuestro Creador, nuestro Señor, nuestro Protector, sino también el premio final de nuestra peregrinación si le hemos sido fieles en esta vida. Él es nuestro bendito Padre celestial.

* * *

Hay almas que acuden al sacerdote después de errar cansadas durante largos años.

—Padre, hace veinte años que me alejé de Dios —así empiezan la gran rendición de cuentas.

—¿Hace veinte años, hermano? ¡Cuánto tiempo! ¿Cuál fue la causa? ¿Por qué se alejó de Él?

—Por pereza, desconfianza, despreocupación, embriagado por los *slogans* del mundo, como tantos otros. -Quise luchar en la vida contando con mis solas fuerzas. Creí que me bastaban las dos manos y mi razón, y que no necesitaba de nadie más.

—Y ahora que vuelve, dígame, ¿qué es lo que le ha hecho volver?

—¿Qué? El no poder aguantar más. No es posible aguantar la vida sin Dios. Usted, Padre, no puede saber lo que esto significa: porque no lo ha probado. Pero yo lo sé y se lo puedo decir. Padre, ¡no es posible! Sin Dios no hay manera de aguantar. Se puede pasar así durante algún tiempo; pero definitivamente... ¡de ninguna manera! Si se saca el pez del agua seguirá viviendo durante cierto tiempo..., pero al fin perece. Si se saca el polluelo del nido seguirá viviendo durante algunos días, pero al fin perece. Si a la flor se la encierra sin que reciba los rayos del sol, seguirá floreciendo algún tiempo...; pero al fin se marchitará. Así yo también quise vivir fuera del agua vivificadora de la gracia, del nido caliente, del sol radiante; y ahora, después de veinte años, no puedo más; tengo que volver al Padre celestial. Me recibirá, ¿verdad?...

—Si, hermano, te recibirá, te estrechará contra su pecho, siempre te ha esperado..., ya que Él es tu Padre. Te ve, te comprende, pues Él fue quien te creó. Conoce perfectamente lo que pasa por tu interior; conoce tus pensamientos, tus deseos, tus inclinaciones, tus fuerzas y tus debilidades. Te ve en los días de la alegría y en las horas del dolor. Te ve cuando sonríes y cuando lloras. Siente los latidos de tu corazón, tus ardientes deseos de felicidad; acaricia tu frente cansada y te abraza, porque Él te ama más que tú mismo. Él es tu bondadoso Padre celestial.

¡Bendito seas, Padre nuestro que estás en los cielos!

Capítulo 13

NUESTRO PADRE BONDADOSO

San Juan 14, 6-19

Un día el apóstol Felipe dirigió esta súplica a nuestro Señor Jesucristo: *Señor, muéstranos al Padre* (Juan 14, 8).

¡Menuda ocurrencia! Abraham, Moisés y los profetas quedaron sobrecogidos ante la presencia de Dios. Felipe quería ver a Dios, como también muchos hombres modernos.

Oigamos la contestación de Jesucristo: *Felipe, ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y aún no me habéis conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre?* (Juan 14, 9).

¡Qué admirable revelación! *Así como me veis a mí, así es Dios*. Tan amable como el Niño Jesús de Belén..., así es Dios. Tan simpático como el adolescente Jesús de doce años..., así es Dios. Tan misericordioso como es Jesús en perdonar..., así es Dios. Tal cómo nos ha querido Jesús, muriendo por nosotros en la cruz..., así nos quiere Dios. En una palabra: tan bueno como nuestro Señor Jesucristo..., tan bueno es Dios.

Tan bueno es Dios...

Podemos aducir muchas perfecciones de Dios; solemos llamarle eterno, justo, sabio, poderoso..., mas ningún atributo está tan cerca de nosotros, ninguna propiedad suya se apodera con tal fuerza de nuestro corazón como ésta: Dios es bueno, Dios es nuestro bondadoso Padre celestial. Sí, porque si bien el Padre ha de ser sabio, justo, fuerte, ha de ser sobre todo bueno.

I. ¿Es realmente bueno Dios? Es la primera cuestión que me propongo dilucidar en el presente capítulo. Porque si es realmente bueno, entonces,

II. Tendrá enormes consecuencias para toda nuestra vida.

I

DIOS ¿ES REALMENTE BUENO?

Sí, Dios es bueno, ha de ser bueno, porque *de lo contrario no habría bondad en el mundo.*

La obra maestra no vale más que el artista que la creó; el Creador ha de ser más excelso que la creatura bajo todos los aspectos. Si esto es verdad, Dios ha de ser bueno, porque *¿de dónde procedería toda bondad sino de la fuente eterna de la bondad?*

Ciertamente también hay mucho sufrimiento y mucha miseria en el mundo, mas no podemos ser tan pesimistas que neguemos todo lo hermoso y bueno que en él vemos.

Hay ciertamente entre los hombres una inmensa maldad; los hombres, a veces, son muy ordinarios, pero también hay entre nosotros mucha bondad oculta que trabaja en silencio; tenemos también virtudes magníficas y edificantes.

Es cierto, hay odio; pero también hay amor. Hay asesinatos, pero también hay espíritu de sacrificio, capaz de ofrendar la misma vida. Hay astucias y triquiñuelas; pero hay también solicitud materna, que no hace diferencias entre el día y la noche.

Y mientras haya un corazón maternal que lata en esta tierra habrá entre nosotros una prueba irrefutable de la bondad de Dios. Porque no habría amor materno, no habría amor de padres, no habría amor filial, no habría amor conyugal... si no hubiese amor divino. No habría en esta tierra un solo hombre bueno si eternamente no hubiese sido bueno Dios.

¿Quién formó los corazones compasivos? ¿Dónde está el prototipo de toda bondad humana? En el corazón de Dios, en la bondad de Dios.

Así como el agua de un arroyuelo es más limpia en su fuente; así como el rayo de sol es más radiante cerca de su origen, de modo análogo, si bien es hermosa la bondad humana, es cien veces más hermosa, más pura, más radiante la bondad de Dios, de la cual la bondad humana no es más que pálido reflejo.

Pensando así se comprende la profundidad que hay en las palabras del apóstol Santiago: *Por tanto, no os engañéis en esta materia, hermanos míos muy amados. Toda dádiva preciosa y todo don perfecto de arriba procede, desciende del Padre de las luces* (Carta de Santiago 1, 16-17).

Detengámonos un momento en este pensamiento sublime. Detengámonos con la misma emoción que debió de sentir un día el apóstol Santiago al escribir estas hermosísimas palabras: *Dios es el Padre de las luces.*

¿Podría encontrarse una expresión más gráfica de la bondad de Dios? Es la luz, la claridad, el rayo de sol, lo que produce alegría, serenidad, fruto, energía y vida a la tierra. Si no hay luz no hay cosecha, no hay bosque, no hay pradera florida, no hay salud, no hay seres vivos sobre la tierra.

Nuestro bueno y viejo Sol..., ¡qué criatura más bendita y admirable de Dios! Y ¿cuántos soles semejantes hay en el universo? Millares de millares. ¿Quién podría contarlos? Pues la única fuente primitiva, el único Creador, el único Señor y dominador de estos millares y millones de radiantes fuentes de luz es el *Padre de las luces*, de cuya pálida sombra —y nada más— son todo ese mar inconmensurable de luces.

Nuestro Sol y todos los soles del universo brillan, mas Dios es la misma claridad, *la sempiterna luz* (Isaías 40, 19), en quien están todas las buenas cualidades por esencia y en grado infinito. *Dios es y en Él no hay ninguna tiniebla* (I Carta de San Juan 1, 5).

¡Cuánta hermosura hay en este mundo; cuántos hombres quedan subyugados por alguna hermosura terrena, y no se acuerdan de que todo lo que parece hermoso en la tierra no es más que reflejo, reflejo pálido de la hermosura eterna de Dios! ¡Qué hermoso ha de ser Dios, en comparación de cuya hermosura todas las bellezas del mundo son como pequeña gotita en comparación con el inmenso océano!

Dios ha de ser realmente bueno v hermoso, porque de otra manera no habría bondad ni hermosura en el mundo.

Dios ha de ser bueno además por la sencilla razón de *que también lo somos nosotros.* Por mucha maldad que veamos en el mundo no se puede negar que, a pesar de todo, hay también mucha bondad. Hay muchos hombres buenos en esta tierra.

Pero ¿por qué somos buenos? ¿Por qué son buenos los hombres?

En primer lugar, somos buenos porque la bondad reporta alegría, y porque de ser buenos y dar felicidad a otros resulta una dicha también para nosotros.

Quien goza de salud siente que el enfermo merece compasión. Quien tiene dinero sabe lo triste que debe ser estar escaso de recursos. Compadecemos al

pobre y al enfermo, les ayudamos, porque sentimos lo indigno que sería si nosotros nos encerrásemos en el alcázar de nuestro egoísmo y no ayudásemos a todo el que podamos. En pos de cualquier obra buena brota siempre dentro del alma la felicidad.

Por otra parte, somos de un mismo tronco; somos hijos de unos mismos padres; el pobre y el rico están dotados de la misma naturaleza humana...; debemos, pues, prestarnos mutua ayuda.

Pero si esto es verdad respecto de nosotros los hombres, ¡cuánto más ha de serlo respecto de Dios!

Dios es infinito. Es infinita y eterna la dicha que hay en Él. Nada falta a su felicidad infinita. No obstante, ¿cómo no ha de sentir con nosotros cuando sufrimos? ¿Cómo no ha de saber lo que son para nosotros las desgracias, las tribulaciones, los dolores así corporales como espirituales? ¿Crees tú que Dios no se siente movido a compasión cuándo ve lo que sufrimos y padecemos en este mundo? Si Dios no se compadeciera de los sufrimientos humanos, podría afirmarse que creó el corazón humano mejor de lo que es Él mismo.

Además, si hay alguien que pueda saber lo hermoso y edificante que es ayudar a los demás, lo noble que es proporcionar felicidad a los otros, aunque sea a costa del propio bienestar, con seguridad que ha de ser Dios.

El hombre puede ser egoísta, mas no puede serlo Dios. El hombre puede ser desalmado, duro de corazón, mas no puede serlo Dios. El hombre puede ser avaro, pero Dios no puede serlo. Él es el único que puede dar a los demás sin temor de empobrecerse. Todos nosotros podemos temer volvernos pobres si repartimos nuestros bienes. Todos podemos temer, pero no Dios.

Dar y ayudar, inspirar sonrisas y enjugar lágrimas es propio de los buenos. Mas dar y ayudar, inspirar y enjugar lágrimas a millones y millones de hombres y hacerlo sin ninguna posibilidad de compensación alguna... solamente puede hacerlo Dios.

Y si el hombre ayuda al hombre, porque así ayuda al hermano, con mayor razón nos ayuda Dios. El hombre solamente es hermano de otro hombre, pero de Dios es imagen directa; es un ser creado a imagen y semejanza de Dios. El pintor ama su cuadro, en que puso toda su fuerza creadora. Él compositor ama su obra, en que arde la llama de su genio. El padre ama a su hijo, que es carne de su carne y sangre de su sangre.

¿No ha de amarnos, pues, el Padre celestial, no ha de ser bueno con nosotros, si los lazos que a nosotros le unen son más estrechos que los que existen entre el cuadro y el pintor, entre el compositor y la obra musical, entre el hijo y el padre?

Bien se comprenden las palabras de la Sagrada Escritura: *Tu amas todo cuanto existe, y nada aborreces de lo que has hecho* (Sabiduría 11,25).

Y con esto ya se puede responder también a la gran cuestión que se proponen tantas veces los hombres sin hallar respuesta: *¿Por qué nos creó Dios?* ¿Qué fin tenía al crear al hombre?

¿Acaso quería suscitar la admiración y hacer gala de su fuerza omnipotente? Pero ¿qué utilidad le reportaría a Dios la admiración de los hombres?

¿Por qué, pues, nos creó? ¿Para mostrarnos el poder que tiene sobre nosotros, descargar su ira, castigarnos y torturarnos eternamente en el lugar de la condenación? ¿Quién se atreve a proferir, aun con el pensamiento, tales blasfemias? Entonces, ¿por qué nos creó Dios? Porque es infinitamente bueno, infinitamente dichoso y rico, y quiere hacernos partícipes de su dicha y riqueza.

Pobló la tierra, este sitio de lucha, con hombres creados a su semejanza, para poblar con ellos —después del tiempo de la prueba— el cielo, que es el Reino de la eterna felicidad. ¡Qué bueno es Dios! Permitió la oscuridad y el error en esta vida terrena, corta y perecedera..., y puso la luz y la seguridad en aquella otra vida que no tendrá fin. El dolor y el desengaño están en esta vida, que pronto pasa...; las verdaderas alegrías están allí, en la otra, que perdura eternamente. Despedidas, separaciones no las hay más que en esta corta vida... El retorno y el encuentro están allí, en la otra vida, que es eterna.

Así se comprenden las palabras del Señor, que sin estos principios sonarían a cosa extraña: *No llaméis padre a nadie sobre la tierra; pues uno solo es vuestro verdadero Padre, el que está en los cielos* (Mateo 23, 9). Realmente es así en el sentido riguroso de la palabra: sólo a Dios podemos llamar Padre nuestro porque en ningún padre de esta tierra hay tanto amor, tanto desprendimiento, tanta comprensión, tanta compasión, tanta ternura, tanta fuerza, como en Dios.

¡Qué magníficos y valiosos horizontes se abren ante nuestros ojos al meditar la frase que tantas veces pronunciamos, mas —por desgracia— sin fijar nuestra atención en ella: *el Dios bondadoso*.

II

¿QUÉ LECCIÓN HEMOS DE SACAR?

¡Cuántas cosas podemos aprender de esta sencilla afirmación: Dios es bueno!

Primeramente podemos sacar de ella *una confianza ilimitada en nuestro Padre celestial, y* comprender la verdad de aquel frase: “sólo lo que se funda en Dios es construcción sólida”, es decir, que “quien confía en Dios no se verá defraudado”.

Un biólogo que paseaba de excursión por el campo vio en el fondo de un profundo precipicio unas exóticas flores dignas de ser estudiadas. Y no le ocurrió

otro medio para obtenerlas que el de atar una cuerda a la cintura de su hijito y bajarle así atado para que el pequeño las pudiese coger.

—¿No temes, pequeño? —preguntó al niño una persona que pasaba por allí.

—¿De qué voy a temer, si la cuerda está en manos de mi padre?

¿Nos comportamos de igual manera respecto de Dios? Cuando sufrimos bajo las terribles desgracias de la vida, somos capaces de decir: ¿De qué voy a temer? La cuerda está en manos de mi Padre celestial, que me ama.

Por muy nublado que parezca el cielo, por muy desesperada que parezca la lucha, puedo siempre repetir: ¿De qué voy a temer? La cuerda está en manos de mi Padre. Y un día —un día, no sé cuándo— me subirá tirando de la cuerda hacia Sí...

Mientras tanto, meditaré muchas veces las palabras que Dios me dice por el profeta Isaías: *Yo soy el Señor tu Dios, que te tomo de la mano, y te digo: No temas, yo voy en tu ayuda* (Isaías 41,13).

Y he de recordar la promesa que se lee también en Isaías: *¿Puede una mujer olvidarse de su mamoncillo, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aun cuando ella se olvidará, yo nunca me olvidaré de ti* (Isaías 49, 15).

¿Qué más podemos aprender de esta bondad de Dios? La ciencia admirable *de la santidad.*

¿Sabes, lector, un medio fácil para lograr la santidad? Meditar continuamente esta breve frase: *Dios es bueno.*

Basta pensar en la bondad de Dios para sentir crecer nuestro amor y experimentar una alegría y una gratitud ardientes; un sentimiento parecido al que inundaba el corazón de San Francisco de Asís cuando daba gracias a Dios, con los ojos arrasados en lágrimas, por poder beber un sorbo de agua y comer un bocado de pan, dándole gracias también por la piedra grande y ancha que le servía de mesa.

Lectores, hermanos: Dios es bueno; amémosle. Dios es bueno..., sirvámosle. Dios es bueno..., sigámosle. Dios es bueno..., seamos buenos también nosotros.

Este atributo divino es el que conquistó y atrajo al amor de Dios con una fuerza irresistible a los hombres mejores, a los santos. *Padre mío, te amo; Padre mío, tuyo soy, porque eres infinitamente bueno*.

Hay alguien que no es sencillamente bueno, sino que tiene la bondad por esencia, de manera que nadie es capaz de agotar ese océano de bondad. Y ese océano —que es Dios— se apodera de mi alma: "¡Dios mío, quiero ser tuyo porque eres inmensamente bueno! Háblame, Señor, dime qué quieres para que yo lo haga."

¡Dios siempre y en todo! He ahí la divisa de la santidad. Dios en los invisibles átomos. Dios en la grandeza sorprendente de la Vía Láctea. Dios en el cáliz perfumado de la flor. Dios en la luz suave de la aurora. Dios en mí. Dios en ti. Dios en todos los hombres.

Dios en mi destino —próspero o adverso—; Dios en la historia de toda la humanidad, Dios en la oración, Dios en los Sacramentos, Dios en la ciencia, Dios en la técnica, Dios en el arte, Dios en la alegría, Dios en las diversiones, Dios en el trabajo, Dios en el descanso, Dios en la vida, Dios en la muerte... Dios siempre y en todo. Ésta es la gran ciencia de la santidad.

¡Amar a Dios! En esto consiste todo. Esto es todo lo que nos pide Dios. No pide más que nuestro corazón.... nada más. ¡Qué bueno es!

Si nos hubiese pedido que le diéramos mucha inteligencia, mucho saber, mucha riqueza, mucha fuerza..., ¡cuántos de nosotros se habrían visto obligados a contestar: No puedo dártelo; no soy capaz de ello! Pero siendo así que no pide más que el corazón, ¿quién es tan miserable, tan pobre o enfermo, tan atribulado o perseguido por la suerte que se vea forzado a responder: "Señor mío, no puedo darte nada, porque no tengo corazón"?

Y si Dios es nuestro Padre, todavía podemos sacar otra lección: *no desesperarme ni aun cuando sucumba al pecado.*

Desde que sabemos que Dios es nuestro Padre, desde que Jesucristo pronunció la bella parábola del hijo pródigo, no hay hombre en el mundo —aunque sus pecados sean tantos como las arenas del mar— que no *pueda volver con esperanza de perdón a la casa paterna que abandonó por su infidelidad.* Todos pueden oír las palabras de la Sagrada Escritura: *Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve; y aunque fuesen rojos como la púrpura, se volverán del color de la lana más blanca* (Isaías 1,18).

De modo, que el que reconoce a Dios como su Padre no puede ser un pecador empedernido, ni presa de la dolorosa enfermedad espiritual que llamamos escrúpulos, la que algunas veces amarga y atormenta aun a las almas más nobles.

Siete veces caerá el justo, y siempre *volverá a levantarse* (Proverbios 24, 16), dice la Sagrada Escritura. De modo que, si a pesar de la mejor intención del mundo, has tropezado; si te acompañan por tu camino muchísimas imperfecciones, faltas y mezquindades humanas, y aún más, si —por desgracia— alguna vez tienes que llorar graves pecados y grandes caídas, llora, castígate, haz penitencia, con tal de no hagas una sola cosa: *desesperarte.* No creas que ya se acabó todo; que has caído sin esperanza de salvación, como cae destrozado el avión que baja

ardiendo desde la altura. Tu caída sí es dolorosa, pero con todo, no ha sido más que *una* caída, y no se ha venido al suelo toda tu vida.

Todos los santos se han levantado después de caer... Santo no es aquel que nunca cometió pecado, sino aquel que no se queda tranquilo en pecado, porque llora su alma anhelando volver a la casa del Padre.

Uno de los mayores bienes que la fe nos proporciona estriba precisamente en que si por desgracia se apoderó de nosotros una mala inclinación que nos hizo caer, la fe nos alienta a no quedar en el fango, porque el Padre celestial espera al hilo pródigo con los brazos abiertos.

¡Qué confianza nos infunde esta creencia! Algunos ni siquiera se atreven a admitirla, y, sin embargo, es una consecuencia que se deriva directamente de esta afirmación: *Dios es bueno*.

Hay una consecuencia que no es legítima. La consecuencia que suelen sacar la gente frívola: ¿Dios es bueno?..., pues, entonces, vivamos de cualquier manera, aunque sea con pecados y ligereza: *al fin y al cabo, Dios nos perdonará..., porque... ¡¡¡es muy bueno!!!*

¡Qué superficialidad tan asombrosa, qué deplorable error! Dios es infinitamente bueno, pero también es infinitamente justo y santo. Su bondad está en armonía con su santidad. Su santidad no puede consentir el pecado.

Dejad caer una gota de agua sobre el hierro incandescente..., a ver si la consiente un solo minuto. No. En el mismo instante la transforma en vapor que chisporrotea con ira. Echad el mar sobre el globo incandescente del sol..., y esperad a ver si lo soporta un solo instante. No. Lo consumiría enseguida. Con mayor razón, Dios santísimo no puede consentir el pecado.

Y todavía me atrevo a decir algo que ciertamente no podrá menos de causar horror. Se burlan de Dios, hacen una ridícula caricatura del Señor, un ídolo de pura farsa, todos aquellos que se zambullen gozosamente en el pecado, que se revuelven en la corrupción, y al mismo tiempo dicen: “Dios es bueno; ya nos perdonará.”

Dios es realmente bueno. Podemos pedirle todo. Todo, menos una cosa: no podemos pedirle que se niegue a Sí mismo y empañe su santidad, consintiendo el pecado. Esto no podemos pedírselo.

* * *

En la refriega continua de nuestra vida terrena, debemos luchar y combatir, pero a la vez suspirar muchas veces al día, dirigiéndonos a Dios: ¡Padre, ayúdame! Porque eres mi Padre y sé que me amas. Y porque me amas, sé que eres bueno conmigo.

Dios es caridad (I carta de San Juan 4, 16), amor inmenso y que se entrega en don. Lo creó todo con amor infinito; me creó también por su amor generoso, y me tiene de la mano y cuida de mí; me defiende y me ampara.

Este amor exige correspondencia. En todas nuestras almas arde el deseo de amar: queremos amar y queremos que se nos ame. Pero no hay ser creado capaz de dar satisfacción completa a este deseo..., ni el novio, ni la novia, ni el esposo, ni la esposa, ni el amigo, ni la madre, ni el hijo..., nadie más que Él, Dios, nuestro Padre celestial. En Él encontramos el amor inefable que buscamos...

Te adoramos, Padre nuestro. Te amamos, Padre bondadoso. Tú eres nuestro gran amor.

"¡Oh! Ser de poder eterno e infinito, que has creado la redondez inconmensurable del cielo; que has caminado por las inmensas profundidades del mar; y que con tu palabra creadora das vida a centenares de millares de seres.

"¡Oh Dios, que iluminas cielos y tierra, de Ti hablan el fuego, el agua, la tierra y el aire. Pregonan tu gloria la noche y el día; te bendicen la aurora y el crepúsculo; te cantan la tierra y el cielo; y también el reino bienaventurado y el de la eterna condenación; en Ti ponen su esperanza los vivos y los muertos; por Ti suspiran los moribundos; en Ti creen los corazones humanos; a Ti rinde su homenaje la inteligencia del sabio; ante Ti se postra el mundo efímero, y yo también, peregrino de este mundo." (F. Kemenes)

Capítulo 14

NUESTRO PADRE PROVIDENTE (1)

Carta a los Filipenses 4, 4-7

Los hombres se ríen y lloran en esta tierra; y, ciertamente, lloran más que ríen. Los hombres se divierten y gozan mucho; también sufren mucho; padecen mucha miseria, y, ciertamente, es mayor la miseria que el goce. Y si alguno quisiera reunir en un solo depósito todas las lágrimas que han caído de los ojos humanos por todo el haz de la tierra, desde el día de la creación, ¿se podría encontrar acaso una cuenca que ofreciese bastante cabida al océano de lágrimas que brotaron del sufrimiento y del dolor?

Y si alguno dijera: "Vivimos en un paraíso, y todo va bien y progresa; no se puede imaginar una vida más feliz, nuestra existencia es de perlas...", a este tal le miraríamos todos con extrañeza preocupados de su estado mental.

Porque los hombres, en su mayoría, afirman precisamente lo contrario —y no sin razón—: "Vivimos en un mundo hostil; son estos tiempos harto difíciles..." Esta es la queja general.

¡Y si no fuese más que queja! ¡Si no fuese más que luchar con la vida! Pero es que muchos se desesperan, se quebrantan... y blasfeman.

—Si hubiese Dios, ¿cómo podría consentir esta miseria? Decimos *Padre nuestro*; pero si Dios es nuestro Padre, ¿por qué permite tantas injusticias, tanta miseria, tantos pecados, tanta maldad?

¡Dios es bueno! ¡Dios es nuestro Padre celestial!... Tal fue el tema del capítulo anterior.

Pero ¿es que no conoces la vida? Y, si la conoces, ¿eres capaz de afirmarlo tan tranquilamente? Entra un momento en las horrendas guaridas de la miseria, y a ver si después te atreves a afirmar que Dios es bueno y que Dios es nuestro bondadoso Padre celestial...

Son cuestiones muy serias. No es fácil dar la solución. Pero tampoco es lícito huir de la dificultad. Y es que de la respuesta depende el poder reconocer o no a Dios como Padre que cuida solícito de nosotros.

I

¿QUÉ ES LA PROVIDENCIA?

¡Providencia! Providencia divina... ¡Cuántas veces hablamos de ella, confiamos en ella, nos asimos a ella; procuremos, pues, antes de todo, formarnos una idea clara de lo que propiamente es y quiere decir la divina Providencia.

¿Cuál es la doctrina católica relativa a la Providencia? Es una convicción inquebrantable de que Dios no solamente creó el mundo, sino que también lo conserva y lo gobierna.

La Sagrada Escritura, tanto en el antiguo Testamento como en el Nuevo, está llena de pasajes en que se nos inculca la confianza en Dios y se nos instiga a depositar tranquilamente nuestra suerte en sus divinas manos.

Encomienda al Señor tus ansiedades, y Él te sostendrá (Salmo 55, 23), dice el salmista. Y en otro pasaje dice: *El Señor es mi pastor, nada me falta* (Salmo 22, 1). Y San Pedro dirige a los fieles esta proclama: *Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios, para que a su tiempo os ensalce. Echad sobre Él todos vuestros cuidados, puesto que se preocupa de vosotros* (I Carta de San Pedro 5, 6-7).

Realmente, la doctrina de la divina Providencia es un dogma propio de la religión cristiana. Nosotros creemos que aquel Dios que llamó a la existencia con un solo acto de su voluntad a este mundo, no se retiró después de la creación a algún "sitio distinguido y apartado", sino que sigue conservando y gobernando el mundo.

No solamente gobierna el universo, el curso de las estrellas, la naturaleza inanimada, sino también la vida del hombre. Si hay para nosotros un Padre en el cielo entonces es Él y no el acaso, la fortuna ciega, ni el destino, quien orienta nuestra vida. ¿No lo subraya de un modo peculiar nuestro Señor en el Sermón de la Montaña?: *Mirad las aves del cielo..., y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?* (Mateo 6,26). *Y* aun traza con toques más delicados la imagen del Padre celestial, amorosamente solícito, al decir: *¿No se*

venden dos pajaritos por un cuarto? Sin embargo, ni uno de ellos cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. Cuanto a vosotros, aun los cabellos todos de vuestra cabeza están contados. (Mateo 10, 29-30)

Pero ¿no es esto una jactancia del hombre? ¿Hacerse la ilusión de que el Señor del universo se preocupa de él? ¡Que se cuida de mí! ¡Que constantemente tenga fijos en mí sus ojos! ¿Qué soy yo? Humo, vapor, arena en el infinito...

Es cierto, es verdad, y si no lo adviertes, contempla el océano y sus dilatadas orillas. Por encima brilla el sol radiante, un solo sol..., pero este sol se refleja sonriente en cada grano de arena diminuta, y en las miriadas de gotas de agua que saltan como perlas. El océano viene a ser el mundo creado: su sol es Dios, el grano de arena eres tú. Muy diminuto, pero en el que se refleja el rostro bondadoso del Padre celestial. Sí, yo creo en este Padre celestial que cuida de mí.

De ahí se deriva la gran tranquilidad que caracteriza a los cristianos. Aunque el cielo se cierre por completo sobre nuestra cabeza, aunque todo se conjure contra nosotros, seguimos oyendo las palabras del salmista: *Al lado de mi Dios puedo embestir un tropel de enemigos y con mi Dios traspaso la muralla* (Salmo 17, 30), es decir, con su fuerza venceré todos los obstáculos. Oímos resonar en nuestros oídos las palabras del sabio: *Al pequeño y al grande Él mismo los hizo, y de todos cuida igualmente* (Sabiduría 6, 8). Resuena la frase alentadora de Jesucristo: *Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados* (Mateo 10, 30). *¿Por qué teméis, hombres de poca fe?* (Mateo 8, 26).

¡Qué serenidad, qué fuerza, qué confianza comunica al alma cristiana la fe en la divina Providencia! En cambio, ¡cuán vacía, fría, desalmada y triste es la fe en la ciega fortuna, en el fatalidad, en la suerte!

¡No! Nosotros nunca hemos de hablar del destino, de la suerte..., sino siempre, y en todo, de la voluntad santa de Dios, que muchas veces quizá sea inescrutable, incomprensible, mas siempre es fuente de energía con que poder soportar el dolor.

Realmente es *bienaventurado el hombre que confía en el Señor, y en Él pone su esperanza. Será como un árbol plantado junto a río, que echa sus raíces hacia la corriente y no teme el estío. Conserva su follaje verde, en año de sequía no se inquieta y no deja de dar fruto* (Jeremías 17,7-8). *"Los que confían en el Señor, renuevan sus fuerzas, echan alas como de águila, corren sin cansarse y caminan sin fatigarse"* (Isaías 40,31).

Quien vive con esta fe de verdad siente encenderse en su interior una luz que le orienta aun en medio de la noche más oscura de esta vida terrena. Por esto

hablamos de la estrella brillante de la fe, y por esto el hombre que pierde su fe parece una estrella apagada.

Sí, trabajemos cuanto podamos; confiemos en nuestras fuerzas y en nuestro saber hasta donde podamos.... pero, por encima de todo, secundemos las palabras de la Sagrada Escritura: *Confía en el Señor con todo tu corazón y no te apoyes en tu prudencia. En todas tus empresas tenle presente y Él sea quien dirija* todos *tus pasos* (Proverbios 3, 5-6). *Bienaventurado el hombre que tiene puesta su confianza en el Señor* (Salmo 39, 5).

¡Bienaventurado!... ¡Ah, sí: *todos buscamos la felicidad!*

¿Qué necesitamos para conseguirla? ¿Mucho dinero? No basta. ¿Una hermosa casa, auto, propiedades? No basta. ¿Una vida de familia tranquila y armoniosa? No basta. ¿Una vida larga, salud? No basta. Entonces, ¿qué es lo que basta, qué más ha de haber? Se necesita aceptar una verdad sencilla: que *en cualquier cosa que te suceda en la vida Dios siempre quiere tu bien.*

Una noble familia de Italia tiene un apellido peculiar: *Bentivoglio*, lo que en romance significa: Te quiero bien.

Te quiero bien, es lo que dice incesantemente el Rey de los Reyes a sus hijos predilectos... *Te he amado con amor eterno* (Jeremías 31-3), me dice también a mí, como lo dijo un día a su pueblo escogido. Y también a mí me repite Jesucristo lo que dijo en cierta ocasión a Santa Catalina de Sena: *Ocúpate de mis cosas y Yo me ocuparé de las tuyas* ¡Qué magnifico pensamiento! Amigo lector, entreguémonos a Dios y Él se ocupará de nosotros y nos cuidará.

¡De cuántas maneras puede Dios cuidarse de nosotros y auxiliarnos! Muchos creen que Dios sólo puede cuidarse de nosotros dándonos el premio gordo, concediéndonos un empleo, un nombramiento, curando a la madre, a la esposa enferma o al niño enfermo por quienes se ora con tanto fervor.

¡Qué error! ¡Qué estrechos horizontes! ¡Cuántos otros caminos tiene el Señor! ¡Cuántos otros medios tiene Él para darnos consuelo, seguridad, aumento de la fuerza, de resistencia espiritual, de gracia divina!

Si no fuera así, ¿quién podría comprender el último suspiro con que expiró un refugiado de guerra, despojado de todos sus bienes, en el lecho de un hospital? *Ciertamente, ¡Dios es bueno! ¡Nunca me ha abandonado!*, fueron sus últimas palabras.

¿Nunca te ha abandonado? ¡Y tuviste que huir! ¡Hubiste de abandonar tu patria, tus posesiones! ¡Hubiste de perder tu familia, tus hijos! No importa. No he perdido a Dios, Él siempre ha estado a mi lado dándome fuerza y consuelo.

He ahí la fe en el Padre celestial que cuida de nosotros.

II

PROVIDENCIA Y SUFRIMIENTO

El que piensa de esta manera, el que confía audazmente en Dios, se libra del peligro que acecha a tantos hombres en nuestros días, es a saber: *el de echar las culpas a Dios.*

¿No nos extraña ya sólo el pensar que el hombre pueda echar las culpas a Dios? *¿Acaso dirá el barro al alfarero: Qué haces?* (Isaías 45, 9). Y, sin embargo, lo dice. ¡Qué cosas más terribles oímos decir!... Y todavía podría comprenderse en personas que fueron muy atribuladas por la vida; pero... nos espanta oírlo de nuestros seres más cercanos: "No fui yo quien quiso nacer. Nadie me pidió mi parecer respecto de este particular. Y si comparo el poquito de alegría que me cupo en suerte durante la vida con los sufrimientos y las miserias incesantes, renuncio muy gustoso al lujo de vivir más tiempo..."

No es raro oír semejantes desvaríos, y, sin embargo, Dios podría responder a estas quejas tan necias con las palabras que Jesucristo dirigió a San Pedro en la escena del Lavatorio: *Lo que Yo hago, tú no lo entiendes ahora; lo entenderás después* (Juan 13, 7).

No es justo hacer responsable a Dios de todos los males y sufrimientos. ¡Cuántos sufrimientos nacen de la maldad de los hombres, que son malos, se odian y se dañan! ¡Qué ríos de lágrimas han brotado por lanzarse los pueblos unos contra otros y por destruirse en guerras espantosas! ¿Cómo hacer responsable a Dios de todas estas desgracias?

Ni podemos cargarle la responsabilidad de que haya muchos que roban, engañan, practican la usura, son desalmados y, por lo mismo, causa de una infinidad de miserias para sus prójimos.

Ni podemos cargarle a Dios el que haya gente que se precipite con su vida frívola en la ruina y en la miseria corporal. El hombre se rebela osado contra las leyes de Dios, y con ello se acarrea un ejército de males morales y físicos... para quejarse después y blasfemar de Dios a causa de esos mismos sufrimientos. El Señor podría contestarle con las palabras que puso en boca del profeta Oseas: *Tu perdición... viene de ti mismo* (Oseas 13, 9).

Decidme, lectores, ¿no conocéis también vosotros a muchos de estos desgraciados, que fueron ellos mismos la causa de su perdición? ¡Cómo los instruía su madre cuando niños; cómo los amonestaba su padre; cómo se lo advertía su confesor!...; pero fue en vano. Con terquedad y desatino, impulsados por el fuego de una pasión ciega, se echaron en brazos del pecado, corrieron

locos a su perdición.., y ni ahora dicen "*es por mi culpa",* sino que se quejan de Dios a causa de sus muchos sufrimientos.

Es verdad, es verdad —me dices—. Pero aun así quedan muchos sufrimientos cuya causa no somos nosotros, ni yo ni los demás hombres... Entonces, ¿de quién es la culpa?

Muere una persona, la más amada de su familia... ¿Quién tiene la culpa? Mi casa se incendia... ¿Quién es el responsable? Mi esposa se pone enferma... ¿A quién atribuirlo? ¿Que Dios no lo quiso? ¿Que no hizo más que permitirlo? Lo mismo me da. Lo permitió. ¿Por qué lo permitió?

Dios omnipotente hubiera podido haber creado un mundo en que todos hubieran podido ser felices sin sufrimiento alguno. Sin duda. Habría podido hacer lo que me escribió uno de mis conocidos: *"Si yo fuera Dios haría feliz y sano a todo hombre, y querría que siempre fuese así, y ya en esta tierra libraría al genero humano del pecado y de todo mal."* Podría hacerlo Dios. Claro que podría.

Pero, en primer lugar, el mundo ya no sería el de ahora, con su orden preestablecido, con sus leyes morales y sus sanciones, con el castigo y el premio que rigen nuestro libre consentimiento.

Porque meditemos las cosas hasta las últimas consecuencias: ¿qué se necesitaría para que no hubiese mal ni sufrimiento alguno? Las fuerzas de la naturaleza funcionan con una precisión inexorable, y precisamente en este orden perfecto se basa el universo..., aunque esta precisión de las leyes acarree muchas veces sufrimientos, enfermedades y catástrofes para la humanidad. Y en este orden debemos practicar el bien.

La naturaleza humana ejercita su libertad en esta trama de acontecimientos. Y mientras tenga su voluntad libre puede escoger el mal, el pecado, la querella, el desamor, el desenfreno, la vida licenciosa..., y con escoger lo bueno se ejercita su voluntad y hace méritos.

Sería cambiarlo todo: el mundo y al hombre; establecer otro orden en que no hubiera miserias ni sufrimientos.

No importa —sigues insistiendo—. *Concedo que seria un precio exorbitante; pero valdría la pena: ¡Una vida en que no hubiese lágrimas, ni quejas, ni sufrimientos, ni dolor!*

Pero no mantendrías tu afirmación más que en el primer momento. Al siguiente ya la retractarías. Si eres padre, si tienes hijos, no te portas así con ellos. ¿Sería razonable que un padre llevase cogido de la mano a su hijo ya adulto y lo hiciera por temor de que el hijo tropezara por el camino? ¿Sería prudente facilitarle excesivamente la vida? ¿Remover todo obstáculo de su camino? ¿No darle permiso de salir del cuarto caliente por miedo de que cogiera un resfriado?

Al contrario, ¿no procura el padre cauteloso que sus hijos conozcan también la dureza de la vida, su rigor, todo lo que exige autodisciplina y abnegación? El padre algunas veces ha de ser riguroso..., porque ha de educar, para *que sea todo un hombre*. Y cuando el corazón tierno de la abuela quiere mimar y acariciar continuamente al nietecito, ¿no suelen decir los padres —y con derecho—?: *Pero, mamá, ¿qué será de este muchacho cuando llegue a ser hombre?*

¿Hemos de decir que estos padres no aman a sus hijos? Los aman mucho, pero... los aman con prudencia. Una cosa es el amor prudente y otra el sentimentalismo endulzado.

Pues bien, nuestro Padre celestial aplica el amor prudente y no el sentimentalismo. Por esto escogió el orden actual del mundo, en que hay también muchas lágrimas y mucho llanto; pero que también *contiene, por otra parte, tesoros inapreciables para nosotros.*

—¿Tesoros? ¿Qué tesoros?

En primer lugar, *el ejercicio libre de la voluntad.* Meditemos bien qué honor inaudito es para nosotros, qué señal de confianza de parte de Dios el habernos creado con esta capacidad. Si podemos afirmar que somos creados a semejanza de Dios, precisamente y en primer término es por esto. Aunque es también cierto que se puede abusar de la libertad, y este abuso acarrea un sinfín de sufrimientos.

Lo mismo nos pasa con las leyes de la naturaleza. La lógica consecuente de las leyes naturales acarrea también muchas catástrofes al hombre, y, no obstante, Dios juzgó conveniente conservarlas.

Es cierto que hay sufrimiento, lucha, combate; pero ¿qué sería del hombre si pudiera holgarse a sus anchas en los bienes materiales? ¿Quién seguiría alentando aún el deseo vivo de un fin más grande, más santo, nuestro fin verdadero: Dios? En cambio, el sufrimiento nos enseña a levantar los brazos hacia Dios y a exclamar: *A ti, Señor, levanto mi espíritu. En ti, Dios mío, he puesto mí confianza y no quedaré avergonzado* (Salmo 24, 1-2).

* * *

Cuando las innumerables preocupaciones de la vida nos rodean y asfixian, y hemos de constatar casi desesperados que no hay salida, que no hay escapatoria, ¡qué consuelo nos proporciona aquella escena tan interesante del Libro de los Reyes!

El rey sirio quiso coger preso al profeta Eliseo, y por esto rodeó durante la noche con caballos, carros y ejércitos la ciudad de Dotán, donde se hallaba el profeta. Cuando por la mañana el criado del profeta vio que el enemigo los tenía cercados por completo, casi muerto de miedo se fue a su señor: *¡Ay, señor mío! ¿Qué es lo que haremos?* Eliseo le contestó con calma: *No tienes que temer:*

porque tenemos mucha más gente nosotros que ellos (Libro cuarto de los Reyes 6, 16), y entonces Dios abrió los ojos al criado, miró *y vio el monte lleno de jinetes y carros de fuego, que les rodeaban* (IDEM 6,17).

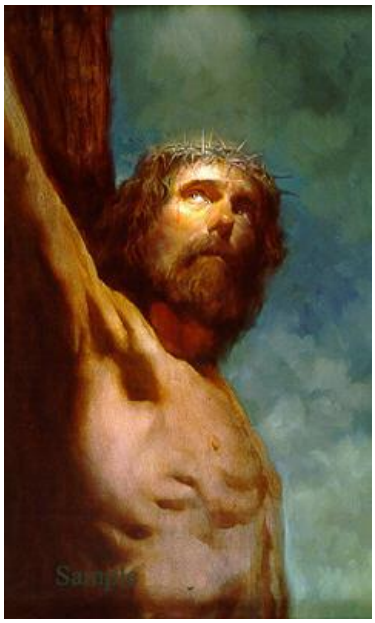
¡Ah!, si también a nosotros se nos abriesen los ojos en medio del peligro! ¡Si también nosotros viésemos cómo nos protege Dios en los momentos más difíciles! ¡Si viésemos no solamente el sufrimiento y el dolor, sino también comprendiésemos que hay un Padre que cuida de nosotros! Dios sigue siendo nuestro Padre y Protector aun en las horas del sufrimiento; aún más —si me es lícito expresarme de esta manera—, precisamente es entonces cuando se muestra más Padre. Jesucristo habló muchas veces de su Padre; pero fue precisamente en los momentos de la Pasión cuando Le invocó con el más confiado amor: *"Padre, si es posible, no me hagas beber este cáliz; pero, no obstante, no se haga lo que Yo quiero, sino lo qué Tú quieres* (Mateo 26, 39). *Padre* mío, *perdónales. Padre* mío, *en tus manos encomiendo mí espíritu* (Lucas 23, 34-46).

Yo creo en el Padre celestial; creo en su Providencia paternal. Y esta fe me recuerda siempre, en medio de cualquier tribulación de la vida, aquellas palabras del profeta: *No tienes que temer; porque tenemos mucha más gente con nosotros que ellos* (Libro cuarto de los Reyes 16). *Y si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?* (Carta a los Romanos 8, 31).

Capítulo 15

NUESTRO PADRE PROVIDENTE (II)

San Mateo, 14, 22-33



Algunos no pueden comprender cómo Dios puede al mismo tiempo ser bueno y ser un Dios que castiga.

Si Dios, nuestro Padre bondadoso, consiente y permite que sus hijos sufran y pasen por tribulaciones, no lo hará por gozarse en nuestros tormentos, sino porque tiene sus designios sobre nosotros, con miras a nuestro bien.

Serán más llevaderos nuestros males, y descubriremos siempre tras las nubes relampagueantes el rostro paternal de Dios, si ponderamos que

I.— *Dios permite que suframos porque tiene grandes planes sobre nosotros.* Y no se contenta con ello, sino que

II.— *Nos ayuda a soportar los sufrimientos.*

I

DIOS TIENE SUS DESIGNIOS

No hace mucho tiempo recibí una carta. Era de una señora ya entrada en años, maestra jubilada; había estado mucho tiempo enferma; la arterioesclerosis atacaba sus ojos. Copio unas líneas de aquella carta:

“Muchas veces apenas veo. Es posible que el resto de mi vida me quede ciega; es la voluntad de Dios, que a lo mejor lo quiere para que anhele más la vista y felicidad de la que gozaré en el otro mundo...”

¿Por qué citar esta carta? Porque es el mejor punto de partida para la solución del problema.

La Providencia divina solamente se concibe *si miramos a la luz de la eternidad todo cuanto nos acontece en la vida.*

Hablaba un astrónomo con entusiasmo de la mecánica de los cuerpos siderales, teniendo delante un mapa de la bóveda estrellada. Uno de sus oyentes le preguntó cómo era posible hablar con tanta convicción y entusiasmo sobre el orden delante de aquel gran caos. El astrónomo le contestó: “No olvide usted que esto es caótico solamente para nosotros. Nos resulta difícil orientarnos entre las líneas intrincadas de las órbitas, porque nos falta la condición principal de la comprensión: *la mirada desde el centro.* Tras el caos aparente descubriríamos enseguida la armonía si miráramos desde el centro, desde el Sol, las carreras descritas por Marte, Mercurio, Júpiter y los demás cuerpos siderales.”

Lo mismo nos pasa con todos los males y tribulaciones de la vida terrena. Si nos fuera dado contemplarlo todo desde el centro, apreciar y ponderar todo cuanto nos sucede desde el punto de vista de la vida eterna, ¡de qué forma tan diferente nos sentiríamos!

Naturalmente, si miramos la desgracia, el sufrimiento, la mala suerte, la tribulación con ojos terrenos no nos debe sorprender que *nos suceda lo que al viajero del cuento.*

Oyó hablar cierto provinciano de los artísticos ventanales de una catedral muy famosa, tanto que se resolvió a emprender un largo viaje para poder verlos. Pero cuando al final del fatigoso viaje se halló delante de la catedral y miró con gran curiosidad sus ventanales, exclamó con desilusión: “¡En vano me he cansado! No hay en esas ventanas más que un montón de trozos de vidrio negro y algunas barras de plomo que describen curvas sin ton ni son.”

Por suerte le oyó uno de los habitantes de la ciudad, y, volviéndose a nuestro hombre, le dijo: “Amigo, para apreciar las vidrieras, no se deben mirar desde fuera, a la luz del día, sino desde dentro del templo. Entre usted y se quedará sorprendido.”

Nuestro hombre siguió el consejo..., y quedó asombrado por la visión que se le ofrecía. Los trozos de vidrio que por fuera parecían negros, brillaban con preciosos colores; y las barras de plomo que desde fuera presentaban un aspecto caótico, aunaban armónicamente todo el conjunto...

En cuanto aprendamos a interpretar nuestra vida, no a la luz del pensar terreno, sino a la luz de la vida eterna, descubriremos también nosotros tras el oscuro y pesado sufrimiento la mano providente de Dios y los grandes fines a los que les tiene señalado.

¿Cuáles pueden ser estos fines? *¿Para qué puede servir el sufrimiento en el plan divino?*

El sufrimiento acerca a un hombre a otro hombre. Hay muchas cosas que separan al pobre y al rico, al enfermo y al sano, al viejo y al joven...; el sufrimiento derriba todas las barreras. Quien ha sufrido miseria y ha velado en noches de dolor, sabrá compadecer a los demás. Quien ha experimentado muchas privaciones sabrá ser misericordioso. Quien se vio humillado sabrá respetar a los demás. Quien ha pasado por una enfermedad sabrá ser compasivo para con los enfermos.

El dolor acerca a los hombres.

Además, el sufrimiento *acerca muchas veces el hombre a Dios.*

Muchas personas volvieron a Dios después de olvidarle en medio del bienestar.

En una región, que fue arrebatada a Hungría, vive una madre joven. Ella describe en una carta cómo el sufrimiento la acercó a Dios.

"Vivía, me divertía, era bastante frívola, mi lema era *disfrutar y vivir*, no privarme de nada, embriagarme de goces mientras fuera posible. Pero me arrestaron como sospechosa de espionaje y durante diez meses tuve que estar en prisión. Allí tuve tiempo para pensar..., y allí me encontré con Dos por vez primera en mi vida... Un día me puse a rezar. Primero por mi hijito, que ahora tiene cuatro años, y que por ese tiempo estaba gravemente enfermo; después por mí; y ahora finalmente rezo porque no puedo vivir ya sin orar."

He ahí el sufrimiento en los planes de Dios, *muchas veces es el último recurso para asegurar nuestro fin eterno*. El escritor francés Chauteaubriand perdió casi al mismo tiempo a su madre y a su hermana, y el dolor experimentado por la gran desgracia le devolvió lo que había perdido hacia tiempo, la fe católica. Si le preguntaban qué era lo que le había conducido de nuevo a Dios, decía aludiendo a la doble desgracia: *"J'ai pleuré et j'ai cru",* "He llorado y he creído".

La pobreza extrema ciertamente es peligrosa para la vida religiosa y moral; pero no lo es menos el gran bienestar. Examinemos la vida de las familias, o la suerte de pueblos enteros, y veremos que quienes han vivido durante mucho tiempo en paz y bienestar fácilmente se degradan moralmente.

Aún más —no te escandalices, amigo lector, de lo que voy a decir—, a mi me parece que Dios permite las tribulaciones y las persecuciones sangrientas de su

propia Iglesia, para que el clima tibio de invernadero creado por una paz duradera, no la corrompa ni haga que se multipliquen la mala hierba y los cardos.

Por esto resultan tan luminosas las palabras de Jesucristo, que a primera vista parecen tan extrañas: ¡*Bienaventurados los que lloran!* (Mateo 5, 5). No es el llanto, no es el sufrimiento lo que comunica felicidad —esto no lo afirma el Señor—-, sino el poder vislumbrar a través de la desgracia la felicidad eterna que nos espera.

Naturalmente, en el momento en que nos hiere la desgracia, nuestros ojos arrasados de lágrimas no aciertan a ver claramente. *¿Por qué? ¿Por qué a mí?* Pero más tarde...

¿Quién no conoce el nombre del Fundador de los Salesianos, *Don Bosco?* Fue el primero en sentir el exorbitante peso de los problemas sociales de nuestros días; miles de aprendices y huérfanos desamparados le deben a él y a su Orden el poder tener una vida digna. Pues bien, Don Bosco perdió a su padre en su tierna infancia. *¿Por qué? ¿Por qué?* ¿Quién habría haberle dado la razón en tal circunstancia? Ahora ya lo sabemos: para que el pequeño huérfano llegase a querer más al Padre celestial y se hiciese así el padre bondadoso, solícito, de millones de huérfanos que sufren en este mundo.

La vida está llena de casos semejantes, de desgracias inexplicables, de sufrimientos inmerecidos. No hemos de sorprendernos. Si no entendemos por completo la esencia de Dios, ¿por qué asombrarnos si la oscuridad y la niebla embargan nuestra mente para poder comprender sus caminos? Vuestros *pensamientos no son mis pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos* (Isaías 55, 8).

¿Por qué yo precisamente me puse enfermo? ¿Por qué yo *precisamente* tuve que perder mi fortuna? ¿Por qué hubo de morir *precisamente* mi esposo? ¿Por qué me van mal las cosas *precisamente* a mí, que procuro seguir en todo los mandamientos de Dios? En cambio, mi vecino que es un bárbaro, un frívolo, sin principios..., todo lo consigue; ¡a él todo le sale bien! ¿Por qué, por qué?

En todas las ocasiones en que nos asaltan estos preguntas, no podemos encontrar respuesta mejor que las palabras pronunciadas por el Señor, al lavar los pies a San Pedro, la tarde del Jueves Santo: *Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después* (Juan 13, 7).

Muchas veces es precisamente ésta la mayor piedra de escándalo con que tropiezan los hombres: *los malos tienen suerte, y los buenos sufren.*

Y, sin embargo, qué elocuente respuesta da a este problema la historia de los dos hijos del rey Ciro. Los dos jóvenes eran muy diferentes; uno, de alma noble, intachable y bueno; el otro avieso y de bajos instintos. Ciro, no obstante, era

severo con el primero, con el bueno, y le castigaba por cualquier falta, mientras que se mostraba complaciente y blando con el segundo.

Cuando cierto día uno de los familiares del rey se sorprendió aludiendo a tan dispares formas de educarles, Ciro le contestó: "No te sorprenda; el motivo es muy sencillo: el hijo que no recibe castigo tampoco recibirá mi herencia; mientras el otro, que recibe azotes, recibirá un día el cetro real y con esta rígida disciplina le voy preparando especialmente para el trono."

Así nos educa también nuestro Padre celestial. Por esto escribió San Pablo: *El Señor al que ama, le castiga* (Carta a los Hebreos 12, 6).

Finalmente, como es natural, hemos de reconocer que nunca podremos *comprender* del todo los caminos de la divina Providencia, y que el hombre nunca logrará penetrar *por completo* los planes de Dios. Debemos de decir con Job: *¿Acaso puedes tú comprender los caminos de Dios, o entender al Todopoderoso hasta lo sumo de su perfección* (Job 11, 7). O afirmar con San Pablo: *¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría, y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!* (Carta a los Romanos 11, 33).

De ahí, que cuánta razón tiene el salmista al afirmar: *En Ti, Señor, pongo mi esperanza. Tu eres mi Dios; en tus manos está mi suerte* (Salmo 30, 15-16).

Es Padre que nos ama, tanto si nos quita algo como si nos lo da.

¡Cuán fácil resulta después de estas consideraciones compaginar la bondad del Padre celestial con los muchos sufrimientos que tiene la vida!

II

DIOS NOS AYUDA A SOPORTAR LOS SUFRIMIENTOS

Sin embargo, hay otra verdad que nos muestra de una forma más clara el rostro bondadoso del Padre celestial en medio de las tribulaciones.

El Señor, aunque permite las tribulaciones, no se queda impasible ante nuestro sufrimiento, sino que nos ayuda a soportarlo.

¿Cómo nos ayuda? Primeramente, por medio de *la fe.*

El sufrimiento va unido a la vida humana; no ha sido posible suprimirlo hasta ahora ni lo será posible en adelante.

Mas la fuerza que tendremos en el tiempo de la tribulación dependerá— y no en último término— *del grado en que veamos el sentido, el fin y objeto del dolor.* No me sorprende que el hombre que ha tenido la desgracia de perder la fe, pierda también el equilibrio y se retuerza desesperado en medio de los sufrimientos. Lo que me sorprendería sería, que habiendo perdido la fe, lo viese fuerte e inconmovible. ¿De dónde sacaría las fuerzas para resistir?

Pero si creo en el bondadoso Padre celestial, entonces sabré resistir sereno los días de la tribulación, porque estaré cierto de que el Señor tiene seguramente sobre mí, designios y objetivos que yo no alcanzo a comprender. Cuantos suspiros ahogados haya aquí abajo, en la tierra, tantos himnos de triunfo me esperan en el cielo. Las lágrimas de este mundo serán perlas en el cielo. De esta suerte se realizará lo que soñó un poeta francés, Alfredo de Musset: *"faire d'une larme une perle";* "hacer de una lágrima una perla".

Pues bien, de la lágrima se labra una piedra preciosa para la corona de la vida eterna.

Así entendido, vemos que el sufrimiento y la tribulación no se oponen a nuestra creencia de que Dios es realmente nuestro Padre bueno. Si Él —aunque nos quiera— permite que suframos, lo permite únicamente por el mismo motivo por el cual el padre terreno niega muchas cosas a su hijo amado, y lo ejercita en deberes arduos y lo acostumbra a la abnegación; o lo hace por el mismo motivo con que un cirujano se ve obligado a someter a su paciente a una operación penosa. El cirujano, ciertamente, no se deleita con el sufrimiento del paciente; y, a pesar de todo, realiza la operación justamente por amor al enfermo.

Pero ¿puede levantarse el hombre a tales alturas? ¿Es posible llevar la cruz con alegría, con la cabeza erguida, con el ánimo no quebrantado?

Probablemente me lo preguntas con poca fe, sin confianza...; pero la historia de las almas grandes nos ofrece a cada paso innumerables ejemplos, mostrando que esto es posible.

No quiero aducir más que un solo caso: el del gran escritor católico Louis Veuillot. Dime, sino, ¿es posible que alguien sufra mayor desgracia que la de perder en unas breves semanas a tres hijos muy amados? Pues Veuillot hubo de sepultar a tres hijas suyas. Y después de los tres entierros escribió de esta manera: "Le suplico que me ayude usted a aceptar la voluntad de Dios, a aceptarla como se debe: con amor... Aunque me despojara de todo, no dejaría de creer en su infinita misericordia... No ha de darnos tristeza lo que no da tristeza a Dios" (Correspondance de L. Veuillot). Y cuando, debido a sus oraciones fervorosas, alcanzó la gracia del consuelo, exclamó: "¡Qué inaudito milagro sentir que amamos más a Dios cuando nos ha castigado de un modo al parecer tan cruel!"

Ved ahí cómo Dios permite a veces que nos visite la desgracia: mas nunca niega su gracia confortadora, su auxilio invisible, si se lo pedimos con oración humilde.

Como es natural. no podemos explicarlo todo. Hay sufrimientos, problemas, pérdidas, ruinas, tribulaciones que no tienen explicación y no queda otro recurso

que dirigir la mirada hacia Aquel que sufrió más que todos nosotros: *Cristo crucificado.* Ahí está el auxilio para soportar la tribulación.

No en vano dijo el Señor: Si *alguno quiere venir en pos de mí, niéguese* a *sí mismo, cargue con su cruz y sígame* (Mateo 16, 24).

Desde que fueron pronunciadas estas palabras, todos los que sufren alguna atribulación ya no tienen razón para sentirse desesperados: ¿Te quejas por los muchos sufrimientos que has de soportar? Pero Yo no me quejaba bajo el peso de la cruz; y eso que no la llevé por mí, sino a causa tuya.

La imitación más segura de Cristo es andar por el camino de la cruz. Así lo escribió San Pedro: *Cristo padeció por nosotros, dándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas* (I Carta de San Pedro 2, 21).

El Padre celestial permitió que su hijo unigénito sufriera mucho, muchísimo..., sin merecerlo; ¿me es lícito, por tanto, quejarme de tener que sufrir también yo, pecador, que soy el que lo merece? ¿No será más razonable consolarme con estas palabras de San Pablo?: *Padezcamos con Él, a fin de que seamos con Él glorificados. A la verdad, yo estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos y penas de la vida presente no son nada en comparación con la gloria futura que se ha de manifestar en nosotros* (Carta a los romanos 8, 17-18).

Podemos estar pasando una noche sin estrellas; se nos puede derrumbar todo: fortuna, fama, honor, salud..., pero siempre nos quedará el consuelo y la fuerza que surgen de mirar a Cristo clavado en la cruz, que sufrió más que todos.

Si acaso sientes pesada la cruz, piensa que Él murió en ella.

En esto —y solamente en esto— encontramos la solución final al difícil problema de la Providencia y del sufrimiento. Porque mirar la cruz de Cristo es un medio de santificación; mas llevar la cruz, andar con el alma serena siguiendo las pisadas de Cristo... es la misma santificación.

* * *

Si bien toda la Sagrada Escritura contiene tesoros de valor eterno, hay algunos pasajes que en ciertas épocas o en circunstancias nos hablan de un modo muy peculiar. La escena contenida en los versículos 22-23 del capítulo XIV del Evangelio según San Mateo, es una de ellas.

Jesucristo se aparece a las tres de la madrugada sobre las olas del mar. Los apóstoles, que están en una barca, se ponen a gritar asustados, y Pedro dice:

—Señor, si eres tú, mándame ir hacia Ti sobre las aguas.

—Ven —le dice Jesús.

Pedro se lanza, lleno de fe y confianza. ¿De qué va a temer, si allí está el Señor?

Pero allí están también las olas. Ahora le llegan hasta la rodilla, ahora hasta la cintura..., y Pedro empieza a dudar, a perder su confianza. Sí, es cierto, allí está el Señor; pero aquí, aquí está la muerte... Y al momento de empezar a dudar comienza también a hundirse. Entonces exclama desesperado: *Señor, sálvame*. Y el Señor extiende la mano y coge a Pedro, que lucha con las olas y se hunde. No le dice más que esto: *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?*

"Oh, Padre nuestro, nuestro bondadoso Padre celestial, mira las olas encrespadas que nos rodean por todas partes. Los abismos de las privaciones sobrehumanas quieren sepultar la fe de tantísimos hombres. Extiende también hacia nosotros tu mano salvadora, para que veamos, aun en medio de los huracanes desatados de esta lucha por la vida, la sonrisa alentadora y bendita de tu rostro paternal."

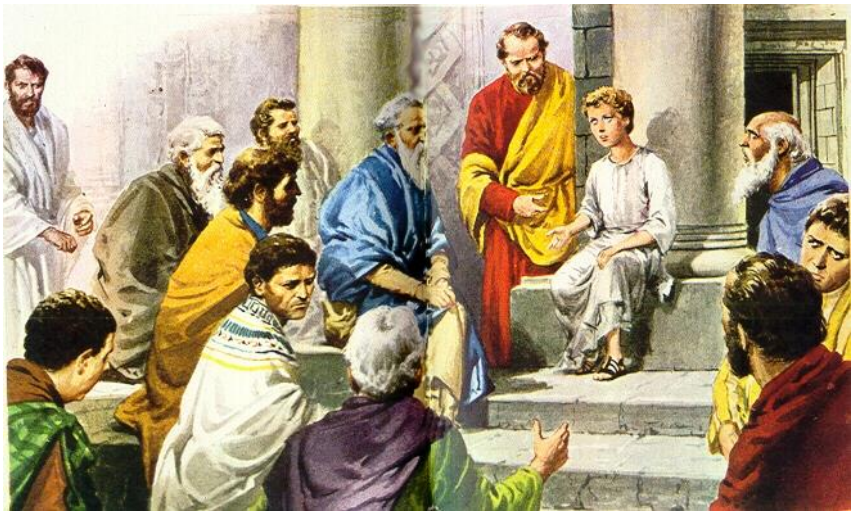
"Y, aunque no me digas nada, y aunque me dejes llorar, aunque no me dejes descansar, aunque tenga que huir de Ti, aunque me hieras con el azote, aunque me mires con ira, aunque me deseches; siempre, en el tormento, en el dolor, en la oscuridad, en el fuego, en el deseo, en el sufrimiento, en la vida y en la muerte, en el infierno o en el cielo..., sé, creo y confieso que Te amo."

"Mi alma, anhelante, sedienta y hambrienta, no hace más que esperar y esperar. Y, aunque no me digas nada, aunque me hieras con el azote, aunque me deseches, no quiero otra alegría; espero en Ti. Te quiero." (M. Mentes)

Capítulo 16

SOMOS HIJOS DE DIOS

Carta a los Efesios 3,14-21



El gran doctor del Medio Evo, San Anselmo, al meditar la venida de Jesucristo a la tierra, la Encarnación del Verbo, escribió estas palabras de profundo sentido: "Dios se hizo hombre para que el hombre pudiera ser Dios".

¡Pensamiento casi increíble! Según él, yo soy la causa de la venida a este mundo de Jesucristo; y el fruto de sus méritos es mi exaltación, mi redención, mi salvación. Dios es vuestro Padre —es lo que pregonó Jesucristo—; por eso desde la redención pertenecéis a la familia de Dios, pues, mediante le redención Dios os ha adoptado por hijos.

¿Hay algún otro pensamiento que pueda asombrarnos más?... Y no es sólo un pensamiento, es una realidad. ¿Puede concebirse una felicidad más grande, y, al vez, una más grave obligación?

Si, según la oración del Señor, nos es lícito llamar a Dios *Padre nuestro*, es que somos hijos de Dios.

I. *¡Qué felicidad supone ser hijos de Dios¡*

II. ¡*Qué obligaciones encierra el ser hijo de Dios!*

Tales van a ser los dos pensamientos de este capítulo.

I

¡QUÉ FELICIDAD SER HIJOS DE DIOS!

En el momento de autorizarnos Dios a llamarle *Padre nuestro*, *nos otorgó una distinción inaudita:* nos levantó por encima del mundo creado y nos adoptó como hijos. El universo no es hijo de Dios, sino tan solo una creatura suya; nosotros en adelante no somos siervos, sino hijos de Dios.

¡Soy hijo de Dios! ¿Quién se dará cuenta de lo que realmente esto significa?

Di a un pobre esclavo: puedes irte, eres libre. Di a un mendigo hambriento: Te ha tocado el primer premio de la lotería. ¿Qué sentirán? Pues yo tendría que sentir mucho más, mil veces más alegría, de que Jesucristo me haya dicho una y muchas veces que Dios es mi Padre.

¿Quién podrá expresar toda la dulzura de este pensamiento? En adelante, me es lícito creer que Dios me ama tanto como —empleando una expresión humana-— a la pupila de sus ojos.

Sí; esto significa el que Dios sea mi Padre.

Por desgracia, en muchos hombres esta imagen del Padre celestial se ha esfumado casi del todo. Se habla de "divinidad". La perciben en la gran naturaleza...; mas no aciertan a ver el rostro paternal del Dios personal, ni a sentir su mirada bondadosa, ni a implorar la solicitud de su corazón paterno.

Dios es mi Padre. Pero ¿quién es Dios?

Siempre me ha gustado detenerme junto a cualquier torrente de las altas montañas. El agua abre su profundo camino en la dura roca; en ambas orillas, a manera de pared bravía, se levanta la ladera del monte. ¿Cuántos años fueron precisos para que el agua cavara su ruta hasta aquella profundidad? ¿Cuántos centenares de millares y aun millones de años?

Entre los guijarros encuentro acaso una concha petrificada. ¿Cuántos miles de años hace que esta concha pasó al estado de petrificación? ¿Y qué viene a ser toda mi vida, en comparación de todo esto, la vida efímera del hombre, unos cuarenta o sesenta o setenta años?

Pero, de repente, oigo un trueno sobre mi cabeza. Brillan los rayos con un resplandor que ciega. Toda la naturaleza cruje, brama y se agita estremecida en torno mío. Junto a este grandioso espectáculo, junto a estas fuerzas de la naturaleza, ¡qué nadería impotente son las fuerzas del hombre!

Después..., después miro el cielo: ¡Qué grande es Dios! Dirijo una mirada al pasado: ¡Cuán eterno es Dios! Contemplo el Universo que me rodea: ¡Qué poderoso es Dios! ¡Y yo, el hombre diminuto y débil, el hombre nacido hace apenas un poco, puedo llamar Padre a este Dios grande, eterno y poderoso! Y

esto no es un símil, no es pura retórica, sino una realidad conmovedora. *Ved qué amor nos ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en verdad* (I Carta de San Juan 3, 1).

¿Sentís ya, mis queridos lectores, la inaudita distinción que se nos concedió con la filiación divina?

Pues de ahí se deriva el optimismo de los cristianos.

El buen cristiano, ¿puede ser un hombre amargado? ¿Puede tener el rostro adusto? ¿Lo puede mirar todo con amargura? ¿Tendrá que resignarse sin esperanza?

¡Ah! ¿Quién ha inventado semejantes desatinos?

Realmente hay quienes se lo imaginan. Pero son víctimas del error. San Pablo sabía bien cómo debe ser el buen cristiano. ¿Y qué aconsejó a los fieles? *Alegraos siempre en el Señor; estad alegres, os lo repito... No os inquietéis por nada; sino en todo tiempo, en la oración y en la plegaria, sean presentadas a Dios vuestras peticiones acompañadas de acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepuja a todo conocimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús* (Carta a los Filipenses 4, 4-6-7).

¿A qué clase de alegría alude aquí San Pablo? No, por cierto, a una excursión de unas horas del fin de la semana; no a las alegrías que vienen y se van; sino al sentimiento que debe prevalecer en toda nuestra vida. Quien vive realmente en cristiano, tendrá siempre presente, a todo lo largo de su peregrinar sobre la tierra, que es realmente *hijo de Dios*: "Soy hijo de Dios, Dios me ama. El Señor piensa en mí. Se cuida de mí. Dondequiera que esté, me cobija la mano del Padre celestial." De ahí arranca mi sonrisa. De ahí el optimismo que vence al mundo.

Compréndelo bien: la mano de Dios, que cobija, y no el puño cerrado. Dondequiera que yo esté me siento amparado; porque el Dios paternal ve mis manos, que, suplicantes, se levantan hacia Él. Compréndelo bien: es la mirada paternal de Dios y no su mirada de ira.

Luego si soy hijo de Dios, *puedo abandonar tranquilamente mi suerte en sus manos y fiarme de Él. Bien sabe vuestro Padre de qué tenéis necesidad* (Mateo 6, 32) —son las palabras de aliento que nos dirige Jesús.

Estaba un hombre célebre encerrado en una obscura cárcel. En la puerta de su celda había un pequeño agujero.

Se dio orden severa al guardián que vigilara continuamente, de día y noche, al preso a través de ese agujero. Fue el sufrimiento más atroz del prisionero. Un ojo misterioso le miraba día y noche y no encontraba modo de esquivar su mirada.

Nosotros también pasamos la vida terrena en una prisión muy semejante...; mas no son los ojos de un guardián de prisiones lo que nos vigila, sino que nos

acompaña y consuela la mirada paternal de Dios. No se la puede evitar. Podemos bajar en submarino a las profundidades del mar; podemos levantarnos en avión por encima de las nubes más altas; la mirada de Dios siempre nos acompañará.

"La mirada de Dios ve todas las cosas...; los ojos del Señor son mucho más claros que el sol, y descubren todos los procederes de los hombres, y lo más profundo del abismo, y, ven hasta los más recónditos escondrijos del corazón humano" (Eclesiástico 23, 27-28).

Si esto creemos, ¿sabéis cuál debiera ser el resultado? Una conformidad profunda con la santa voluntad de Dios. Es cierto que la vida seguirá llena de sufrimientos, pero sabemos que la alegría y el sufrimiento son como dos coros de música, cuyas melodías acordes dan por resultado la armonía de la vida.

El alma que así se apropia la idea cristiana de Dios Padre, se levanta a los más altos horizontes, y se *libra de las pequeñas y mezquinas preocupaciones de esta vida.*

Dios es mi Padre y *me ama*. Y me demuestra su amor con multitud de regalos, sobre todo dándome la *gracia*. Los padres de este mundo regalan juguetes y dulces a sus hijos. ¿Qué nos regala el Padre celestial? Gracia.

Si es mi padre, *me ayuda.* Cualquier cosa que me suceda, en cualquier lugar que me encuentre, Dios siempre estará conmigo. Si sé que Dios es mi Padre, sentiré siempre su luz y su calor, aunque el cielo esté cubierto de nubarrones.

Se acercará la muerte, mas yo no temeré. Para mi la muerte no es más que un paso. *"Mi vida se transforma, mas no se acaba"*.

Llegará el Juicio, mas no me espantará. En toda mi vida habré procurado ser hijo fiel de mi Padre celestial. Por tanto, espero oír de sus labios estas palabras: *¡Muy bien, siervo bueno y fiel!..., entra en el gozo de tu Señor* (Mateo 25, 23).

Ved ahí la clave de esta antítesis peculiar: nuestra fe llama *valle de lágrimas* a esta vida terrena y sabe, a pesar de ello, cantar en todas las circunstancias su Aleluya eterno. La misma Iglesia nos muestra incesantemente, levantada en alto, la santa cruz, y a la vez entona también a todas horas el *Te Deum*.

¡Qué felicidad la de ser hijos de Dios!

Pero esta felicidad nos impone también graves obligaciones.

II

¿QUÉ OBLIGACIONES NOS IMPONE EL SER HIJOS DE DIOS?

Si eres hijo de Dios tienes un doble deber: has de buscar a Dios y has de amarle.

¡Busca a Dios!

Busca a Dios con tu vida. Si Dios es mi padre, yo soy su hijo.

¿Cómo he de portarme para ser digno hijo de Dios? ¿Cómo he de vivir? Lo dice San Pablo: *Los que se movidos por el Espíritu de Dios, ésos son los hijos de Dios* (Carta a los Romanos 8, 14). Es decir; es hijo de Dios quien sigue las indicaciones del Espíritu Santo, aquel en quien vive la gracia santificante. Si esta gracia vive en mí, me es lícito dirigirme a Dios llamándole Padre. Si no vive en mí —y no vive porque el pecado la ha destruido— ya no puedo llamar a Dios con el nombre de Padre. Por esto, dice San Pablo: *si vivís según la carne, moriréis* (Carta a los Romanos 8, 13), perderéis a Dios, perderéis a vuestro Padre. ¡Qué horrible cosa debe ser el pecado!

—¿Crees tú en Dios? —imagínate, lector, que se lo pregunto a muchos de los que tú conoces.

—Claro que sí —contestará con sonrisa, y hasta casi indignado—. ¿Cómo se le ocurre a usted preguntarme semejante cosa?

—¿Cómo? Sencillamente porque tu fe —no lo tomes a mal— no aparece en tu vida. Como no aparece en la de otros muchos. Hay muchísimos que *creen en Dios*, pero —por desgracia— se olvidan de confirmar su fe con las obras; se olvidan de sacar las consecuencias de esta frase: *Creo en Dios*. Y, sin embargo, este sacar las consecuencias, este transparentar nuestra fe con obras, nos corresponde a todos. Deja que arraigue en ti este pensamiento, hasta que llegue a calar en lo más profundo de tu alma, hasta apoderarse de todo tu corazón, de tus sentimientos, de tu voluntad. Solamente así brotará y se hará viva tu fe.

De estos principios resulta también la obligación de imitar a Cristo. Sabemos que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios; pero sabemos que esta semejanza se manifiesta del modo más perfecto en su Hijo Unigénito, Nuestro Señor Jesucristo; ya no se trata de semejanza, sino de identidad. La vida de Cristo es la presentación más perfecta de la vida de Dios, en que —según el testimonio de la Sagrada Escritura— el mismo Padre tenía sus complacencias (Mateo 12, 18). Esto lo sabemos por el Evangelio.

Mas también el Santo Evangelio nos dice otra cosa. Por él sabemos que todo hombre puede *llegar a ser hijo de Dios* (Juan 1, 12), es decir, entrar en íntimas relaciones con Dios, merced a su bondad paternal. *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mateo 5, 48), tal es el precepto del Señor que repite San Pablo: "Haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal..., sino ofreceos a Dios como resucitados, como quienes, muertos, han vuelto a la vida" (Carta a los Romanos 6, 11-13).

Y así pasamos del buscar a Dios a amar a Dios: y ésta es la segunda obligación. ¡Busca a Dios y *ama a Dios*!

Búscale para acercarte más y más a Él, y entenderle lo mejor que puedas.

Si no le comprendes, no importa. Es cosa grande comprender a Dios, pero *es más importante amarle.* La vida eterna no la mereces meditando continuamente sobre la esencia de Dios, sino amando a Dios de todo corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Es natural, y fácilmente se comprende, que todos debamos amar a nuestro Padre.

Un fariseo preguntó a Jesucristo en cierta ocasión: *Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley? Y* el Señor le contestó: *Amarás al Señor tu Dios. Este es el principal y mayor mandamiento* (Mateo 22, 37-38). Por tanto, el mandamiento primero y principal es amar a Dios. ¿Por qué es el primero? Porque nos hace semejantes a Dios, pues que nos fue dicho: *Dios es amor* (I Carta de San Juan 4, 8).

Después de esto se pueden comprender las palabras de San Pablo: *El amor es el cumplimiento de la ley* (Carta a los Romanos 13, 10). Y se comprende lo que dijo un santo: "La medida del amor de Dios es amarle sin medida."

Pero *¿en qué se manifiesta el amor a Dios?* ¿En un blando sentimentalismo? ¿En continuos suspiros? ¿En éxtasis místicos? No. Todo esto no constituye la esencia del amor.

—¿Amas a Dios?

—¿Cómo te atreves a preguntarlo? —contestas—. Naturalmente que le amo.

—Espera un poco. Oye de boca del mismo Salvador quién es el que ama de veras a Dios. *Quien escucha mis mandamientos, y los observa, ése es el que me ama* (Juan 14, 21). Y fija también tu pensamiento en esta advertencia del apóstol San Juan: *Quien dice que le conoce y no guarda sus Mandamientos es* un *mentiroso, y la verdad no está en él* (I Carta de San Juan 2, 4).

¿En qué consiste, pues, el amor de Dios? Es la virtud que nos capacita para buscar a Dios en todos nuestros actos y escoger al Dios eterno como fin último y sobrenatural. No es cuestión de repetirlo continuamente..., sino de vivirlo. No es necesario preguntar incesantemente al imán si está orientado o no al polo norte, pues siempre, de día y de noche, incesantemente, se dirige a él. Tampoco yo he de repetir continuamente que amo a Dios en tal o cual grado; basta que el camino de mi vida se oriente continuamente, siempre en línea recta, hacia mi polo norte, que ha de ser para mí mi Padre celestial.

¿Quién ama, pues, a Dios? *El que ama lo que ama Dios.*

¿Qué es lo que te gusta? ¿Lo que le gusta a Dios? En caso afirmativo..., amas a Dios. Y ¿si no? Si te gustan aquellas diversiones, pasatiempos, fiestas, películas, novelas, que no son del gusto de Dios..., entonces no amas a Dios. Si alguien te ha ofendido y tú no sabes perdonarle, si afilas tu lengua para herir el

honor de los demás, si no refrenas tus sentidos, si engañas a los otros y les mientes, tus gustos difieren de los gustos de Dios... Tampoco amas a Dios.

Y en este punto de nada sirve afirmar cien veces que sí, que amas a Dios. Ni basta que vayas diariamente al templo y te duelan las rodillas de estar orando. Porque conviene meditar bien las palabras de Jesucristo: "No todo aquel que me dice: ¡Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos" (Mateo 7, 21).

Amo a Dios si observo sus mandamientos. No obligado, no por miedo, sino movido por amor. Me dolería darle un disgusto a un Padre tan bueno. Con amor de oblación, ferviente y sacrificado, pregunto antes de cada acción lo que preguntó San Pablo en el camino de Damasco: *Señor, ¡qué quieres que haga?* (Hechos de los Apóstoles).

Si amo a Dios con amor ardiente, sacaré también de lo expuesto otra consecuencia.

Si amo a Dios, mi alma se conmoverá al ver *¡cuánto son los que no Le aman!* ¡Cuántos son los que han perdido a Dios y se postran ante los altares de los ídolos, ante los altares de los goces pecaminosos y del ateísmo. ¡Cuántos hay que sudan trabajando sin que su labor tenga cotización para la vida eterna! ¡Cuántos son los que sufren sin que a los ojos de Dios se granjeen méritos para el cielo con sus padecimientos!

Si amas a Dios, llévale también a estos hombres. Si sientes el amor de Dios, ayuda a esos hombres para que también ellos lo sientan. Si has encontrado tu refugio en Dios, conduce también a este refugio a tanto pobre vagabundo como hay por la vida.

Vale la pena meditar estos pensamientos: puedes dar pan, puedes dar vestido a los hombres..., pero puedes darles algo mejor, puedes darles a Dios. Y, según mi sentir, es mucho mayor en nuestros días el número de los que necesitan esta limosna que los que necesitan pan y vestido.

* * *

En cierta ocasión los setenta y dos discípulos dijeron al Señor llenos de alegría: *Señor, hasta los demonios mismos se nos sujetan por la virtud de tu nombre.* ¿Qué les contestó el Señor?: *No tanto habéis de gozaros porque se os rinda*n los *espíritus inmundos, sino porque vuestros nombres están escritos en el cielo* (Lucas 10, 20).

Quizás a alguno le pueda producir este pensamiento cierto desasosiego: ¡Qué suerte si pudiéramos ver con certeza el porvenir! ¡Si pudiéramos leer los planes de Dios! ¡Si pudiera saber yo si figura o no mi nombre en el Libro de la Vida!

No queramos descubrir las cosas que Dios tiene ocultas. Mas aunque el ojo humano no pueda penetrar en el fondo del corazón de Dios, bien podemos mirar el fondo de nuestro propio corazón. Podemos explorar nuestra propia conciencia, nuestra propia vida y leer en ellas. No preguntemos por tanto, preocupados, si nuestro nombre figura o no en el Libro de la Vida, porque ciertamente no tendremos respuesta, sino indaguemos si el nombre de Dios está o no escrito en nuestra vida ordinaria, es decir, si amamos o no a Dios, no de palabra, sino con los hechos, con toda la vida. Si a esta pregunta podemos contestar afirmativamente, tendremos también la respuesta alentadora respecto del otro punto, a saber: si nuestro nombre figura o no en el Libro de la Vida.

¿Sabes cómo podrás tener certeza de ello?

Si realizas en tu vida las palabras de Santa Catalina: “Esté Jesús en tu corazón, la eternidad en tu alma, el mundo debajo de tus pies, la voluntad de Dios en todos tus actos. Y sobre todo que brille en todo el amor de Dios.”

Capítulo 17

SOMOS HERMANOS EN DIOS

Carta a los Efesios 4, 1-6

San Agustín llamó en cierta ocasión al Padrenuestro la *oración de los hermanos*. ¡Qué expresión más apropiada! ¡La oración de los hermanos! Realmente lo es. Dios es el creador de todos nosotros; de Él nos viene la existencia. Si Dios es nuestro Padre, Él nos sustenta y de Él arrancan todos los momentos de nuestra vida.

Jesucristo no solamente nos ordena que llamemos *Padre* a Dios, sino *Padre nuestro*. Es decir, quiere que conversemos con Dios no en particular, como individuos aislados, sino como miembros de una misma y única familia humana, cuyo Padre común es Dios.

En esta tierra todos somos peregrinos; peregrinamos hacia la patria del Padre, hacia nuestro Padre, que está en los cielos. "Siendo un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como fuisteis llamados a una misma esperanza, la de vuestra vocación" (Carta a los Efesios 4, 4). *¡Hermanos que peregrinan por un mismo camino hacia la casa del Padre común!* He ahí la señal más característica de la concepción cristiana del mundo, la expresión más hermosa de la hermandad cristiana. Algunos peregrinos llevan su zurrón repleto; otros no llevan en él más que un mendrugo de pan; otros lo llevan vacío; uno reúne en su persona dignidad, rango, condecoraciones; el otro es ignorado y su vida pasa desapercibida...; no

importa, todos somos hijos de un mismo Padre, y el fin común de todos es la casa paterna.

La invocación de *Padre nuestro* pregona por toda la tierra que todos los hombres tenemos un Padre común en los cielos, y, por tanto, que todos los hombres hemos de sentirnos hermanos, y así ni el color amarillo, ni el negro, ni el blanco de la piel; ni las cordilleras, ni los océanos, ni las fronteras, ni las diferencias raciales pueden levantar obstáculos tan grandes entre los hombres que no sean superados por la realidad de que somos hermanos, hijos de un mismo Padre.

Todos somos hermanos en Dios..., es lo que nos declara la expresión *Padre nuestro*. Por eso vamos a dedicar este capítulo a estudiar:

I.— *El gran don de esta hermandad.*

II.— *El deber que ella nos impone.*

I

EL GRAN DON DE QUE SEAMOS HERMANOS

Según nuestra fe, *todos somos hermanos en Dios.*

¿Cómo lo sabemos? En primer lugar, porque *somos hombres.* Uno mismo es nuestro origen, tenemos unos mismos primeros padres, y comunes son nuestra misión y nuestra naturaleza. *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (Génesis 1, 26), dijo Dios al crearnos. Hemos de ver, por tanto, en todos y cada uno de los hombres la semejanza divina, común a todos.

Dios nos creó a todos, somos por lo mismo hijos de Dios. ¿Qué otra cosa es la humanidad sino una ingente familia, cuya cabeza y padre común es Dios? "¿No es uno mismo el padre de todos nosotros? ¿No es un mismo Dios el que nos ha creado? ¿Por qué, pues, menospreciar al hermano?" (Malaquías 1, 10). Ante Dios no hay razas de primera, de segunda y tercera categoría, no hay opresores ni oprimidos. Dios mira el alma y no el cuerpo. Dios ama de la misma manera al sabio y al analfabeto, al fuerte y al débil, al sano y al enfermo, al rey y al pordiosero, al sordo, al ciego, al mudo y al tullido. ¡Qué enseñanza más consoladora! ¿Cómo lo sabemos? Porque todos somos hijos de Dios.

Esto es lo que nos quiso decir Jesucristo al enseñarnos a rezar el *Padrenuestro* en plural y no en singular. En efecto, ¡ésta es la oración de la verdadera comunidad! El hombre no reza en ella por sí mismo, sino por toda la comunidad humana; por todos y por cada uno de sus prójimos.

¡Padre nuestro! Esto quiere decir que no hay hombre sobre la tierra que pueda asegurar que él no puede tener parte en la obra de la Redención y que Jesucristo no murió también por él.

¡Padre nuestro! Esto quiere decir que todos los hombres están llamados a ser hijos de Dios, hijos muy amados del Padre celestial. Fue lo que nos dijo San Pablo: "Ya no hay distinción entre judío ni griego; entre esclavo ni libre; ni tampoco entre hombre o mujer. Porque todos sois uno en Cristo Jesús" (Carta a los Gálatas 3, 28). Esta es la única, la verdadera igualdad, que nos transforma a todos en hermanos ante Dios. La mujer vale desde Jesucristo tanto como el hombre; el negro es hermano mío, tanto como el blanco y el amarillo; ningún pueblo tiene más privilegios que otro, éste no tiene más derecho a la vida que aquel otro.

He aquí el fundamento de la verdadera fraternidad humana: ¡el Padrenuestro!

Al decir *Padre nuestro* afirmamos que *este Padre común tiene sus planes respecto de todos los pueblos;* de modo que cada pueblo y cada nación tienen derecho a un trozo de tierra, tienen derecho a vivir una vida digna y a desarrollar las capacidades que les dio el Padre celestial. En una misma familia hay hijos de mayor o menor estatura, guapos y feos, fuertes y débiles, sanos y enfermos..., y, no obstante, no hay uno que tenga más derechos que el otro; ninguno tiene el derecho de oprimir a los demás, porque sobre todos cuida el padre de familia.

Con razón afirma San Juan Crisóstomo: "El Padrenuestro hace cesar en la tierra la enemistad, abate el orgullo y la soberbia, aniquila la envidia y los celos, e introduce en medio de nosotros la caridad, madre de todo bien."

No hubo religión en el mundo que se atreviera a abrir perspectivas tan inconmensurables ante los hombres: Somos *hijos de Dios.* Semejante afirmación habría sido un atrevimiento inaudito para el hombre de la era precristiana. Ni siquiera la idea que tenía de Dios el pueblo escogido se elevó a estas alturas; para él Dios era más bien un gran Señor, temible, el *Señor de los ejércitos*.

Pero llegó Cristo, y nos descubrió el verdadero rostro de Dios: nos mostró en Dios al Padre.

¡Cuántas veces habló Jesucristo de este Padre celestial!, y siempre con qué emoción incomparable, con qué indecible ternura. Su corazón se desbordaba de alegría, y un amor apasionado ardía en sus palabras todas las veces que hablaba del Eterno Padre.

Leamos atentamente el siguiente pasaje de San Mateo: "Por eso os digo: No os inquietéis por vuestra vida, por lo que habéis de comer o de beber, ni por vuestro cuerpo, por lo que habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad como las aves del cielo no siembran ni siegan, ni guardan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? (Mateo 6, 25-26)

Seguramente San Pablo pensaría en estas hermosas palabras al escribir jubiloso a los romanos: "No habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el

temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: *Abba*, ¡Padre! El Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos, herederos de Dios" (Carta a los Romanos 8, 15-17).

¡Hijos de Dios! ¡Herederos de Dios! ¿Pero es posible? ¿No es demasiado para nosotros? ¿No nos parece más bien un hermoso sueño?

Un misionero refiere la siguiente anécdota, de veras interesante. Por medio de un pagano convertido hacía traducir a la lengua indígena la Sagrada Escritura, y al llegar en la primera carta de San Juan a este pasaje: *"Mirad que* tierno *amor nos ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos de veras*" (I Carta de San Juan 3, 1), el traductor se paró, y dijo al misionero:

—Esto es ya demasiado. Prefiero poner: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre, pues ha querido que le besemos los pies."

¡Cómo vislumbró este pagano la distinción inaudita que supone el poder llamarnos hijos de Dios! *¡Y cuántos cristianos lo han olvidado!*

En Dijon se puede ver todavía hoy un templo gótico, en cuya entrada había estatuas de apóstoles, mártires y santos..., es decir, *había,* porque durante la revolución francesa llegaba allí cada mañana un fogoso revolucionario, se encaramaba en una escalera y con gran fanatismo iba despedazando las sagradas imágenes, y en su lugar —ya vacío— trazó con grandes caracteres estas tres palabras: *"Liberté, Egalité, Fraternité."*

¿Cómo iba a saber el pobre revolucionario que precisamente fueron aquellos apóstoles y santos destrozados los mejores propagandistas de lo que hay realmente de valioso en estos tres lemas, de lo que realmente puede hallarse de libertad, igualdad y fraternidad entre los hombres? Aquellos apóstoles y santos trabajaron por estos ideales enseñando la doctrina de Jesucristo. Doctrina que nos liberta de la tiranía de la viciada naturaleza humana. Doctrina que hace iguales en la responsabilidad ante Dios a pobres y ricos, instruidos y analfabetos. Doctrina que hace hermanos a todos los hombres, porque hace orar a todos de igual manera: *Padre nuestro...*

¿Qué sabía de todo esto aquel fanático jacobino?

Pero también ¿qué saben de todo esto sus descendientes actuales, que siguen no tanto destruyendo con martillo las estatuas de lo santos, sino horadando, envenenando y debilitando las almas, arrebatándoles la concepción católica del mundo? No nos ha de extrañar, por tanto, que se asombren por no encontrar *Liberté*, ni *Egalité*, ni *Fraternité*, tal como fomentan la desconfianza, la querella y el odio.

II

DEBER GRAVE

Y hemos llegado ya a la segunda parte de este capítulo. Somos hermanos en Dios, y esto no es solamente una bendición, sino también un deber serio para nosotros.

No es bueno que el hombre esté solo (Génesis 2, 18), son las palabras del Señor, que leemos en la primera página de la Sagrada Escritura. El Creador de los hombres es quien mejor conoce la naturaleza humana. El sabe hasta que punto se ve tentado el hombre solitario por el egoísmo, cómo corre peligro de encerrarse en sus estrechos horizontes. Por esto creó desde el principio, junto al primer hombre, a la primera mujer, para acostumbrarlos así a una vida de comunidad.

En la época actual de la Historia se ha impuesto el individualismo, el derecho del individuo por encima de todo. Hace unos cuatrocientos años que empezó a descubrirse el *Yo*, y en todos los órdenes se pregonaron los derechos de este *Yo*. No negamos que el valor de esta idea ha contribuido ciertamente al aprecio de la personalidad y con ello de la verdadera dignidad humana; pero, por desgracia, el aprecio de la personalidad se ha exagerado, y el aislamiento de los individuos adquirió caracteres perniciosos, hasta el punto de que la misma sociedad doméstica, la familia, comenzó a perder su fuerza, y el pensamiento bíblico de la fraternidad humana palideció hasta casi desaparecer.

Y ahí tienes, lector, el deber que nos impone el Padrenuestro. ¡Cuántos trabajos se han escrito sobre este candente problema: "Individualismo y colectivismo"! Una nueva y desarrollada rama de la ciencia—la Sociología—se dedica a los problemas del colectivismo. Y con todo, a pesar de tantas teorías, disquisiciones y planes, los hombres, los pueblos, los países se separan más de día en día.

El mundo se organiza muy bien; son innumerables las asociaciones..., pero falta la conciencia de la hermandad humana. Cada uno se cuida exclusivamente de sí mismo; todos son egoístas: egoístas los individuos, las regiones, los países, los pueblos.

¡Padre nuestro! ¡Hombre, despiértate! Acepta por fin y realiza lo que estas palabras pregonan y exigen de nosotros.

Sí, fue Dios quien creó al individuo; el individuo tiene también sus derechos..., es cierto; pero, además, ahí está la comunidad, la hermandad, la colaboración, la comprensión, la mutua ayuda de todos los hombres. No os odiéis, no os destrocéis, no os asesinéis..., todos sois hijos de un mismo Padre celestial: sois hermanos en Dios.

Necesitamos unidad, una solidaridad más grande, un sentimiento más intenso de cohesión y de comunidad de un mismo destino. Si el Occidente cristiano no quiere renunciar al papel de guía que ha tenido hasta ahora en el mundo, si no quiere ser infiel a su misión, ha de encontrar ineludiblemente los grandes ideales capaces de asegurar esta unidad necesaria. Los pueblos necesitan una solidaridad espiritual lo bastante fuerte como para poder resistir los roces inevitables que suele haber entre los Estados.

Para ello no bastan las iniciativas que se han tomado hasta ahora. Hay muchos movimientos y organizaciones que están al servicio de estos fines, mas apenas tienen éxito. ¡Cuántas cosas hay que atan hoy día a los pueblos y, a pesar de todo, los pueblos se desgajan y se desunen! Los ata el comercio mundial, la economía mundial, los medios de comunicación de masas, la política mundial, el deporte, la moda, los congresos internacionales... ¡Cuántos esfuerzos sin resultado! ¿Por qué son estériles? Porque todo esto no es más que el aro exterior que rodea el tonel, y falta al contenido la unidad interior. Estas exterioridades no son capaces de unir lo que interiormente se ha separado.

Pero ¿hay acaso un ideal en que podría unirse toda la humanidad? ¿Hay un centro de atracción capaz de vencer las fuerzas centrifugas que trabajan en la vida de los pueblos? No hay más que una fuerza capaz: la fuerza de la fe en Dios. Si los pueblos trabajan únicamente por la tierra, por la cultura material, por los goces terrenos, en vez de comprenderse se enfrentan unos con otros. Solamente se encontrará la unidad cuando todos reconozcan la realidad del mismo destino trascendente, sintiéndose todos hermanos ante Dios, Padre común, que está en los cielos. Si no nos afirmamos en esta fe, no ha de causarnos sorpresa que los diferentes principios nos empujen de catástrofe en catástrofe.

Pero, en cambio, si somos hijos del Padre celestial, existe un deber grande, que pesa no solamente sobre la comunidad, sino *también sobre los individuos.* De esa filiación se sigue necesariamente la hermandad de los pueblos, es verdad, pero *también la de los individuos.* ¿Cuál es mi pensamiento? Voy a decirlo.

—¿Tú estás enfadado con tu hermano?

—No.

—Pues, a pesar de todo, parece que hay algo entre vosotros.

—No hay nada. Sólo que no nos hablamos.

—¿No os habláis? ¿Qué expresión es ésta? ¿Y te atreves a rezar diariamente: *Padre nuestro*? Dios también es Padre de tu hermano y... ¡no os habláis! ¿De esa manera quieres tú ser hijo de Dios?

Hemos de ser hijos dignos de Dios. ¡Sostener sin desaliento el combate de la luz contra las tinieblas! Vivir continuamente la enseñanza de San Pablo: *Verdad*

es que en otro tiempo no *erais* sino *tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor*. *Proceded, pues, como hijos de la luz* (Carta a los Efesios 5, 8).

¡Qué hermosa expresión: *¡Hijos de la luz!* Soy hijo de la luz, por lo mismo nada tengo que ver con la oscuridad.

Soy hijo de la luz, por lo mismo no puedo andar por el mismo camino por el que andan los hijos de las tinieblas.

Soy hijo de la luz, por lo mismo hay en el mundo aspiraciones y formas de vida, goces y diversiones, maneras de imponerse y de ganar dinero, que no se compaginan conmigo, porque... soy hijo de Dios.

Soy hijo de la luz, por lo mismo tengo que sostener continuamente la lucha del espíritu contra la carne, la lucha del *hombre nuevo* contra el *viejo*.

Mi corazón ha de orientarse siempre hacia Dios y perseverar en ello con fidelidad, en el buen tiempo o en la tempestad, en la alegría o en el dolor, sabiendo que siempre sucederá lo que dice San Pablo: "Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida,... ni lo presente, ni lo futuro, ni la fuerza o la violencia, ni todo lo que hay de más alto ni de más profundo, ni ninguna otra criatura podrá jamás separarme del amor de Dios" (Carta a los Romanos 8, 38-39). Concédenos, Señor, que amándote a Ti nos amemos mutuamente y podamos vivir según tu santa ley.

Si estuviese viva en nosotros —tanto en los individuos como en los pueblos— la conciencia de que hemos de amarnos mutuamente porque somos hijos de un mismo Padre común, al momento se apagarían los odios y el desamor que llamea por todas partes y destruye el mundo. El amor al prójimo es el riachuelo; pero el amor de Dios es la fuente de donde brota ese riachuelo.

Capítulo 18

SOMOS HERMANOS EN CRISTO

San Juan 13, 33-35

Rasgo característico de la religión cristiana es la fraternidad, el amor; por esto suele llamarse nuestra religión sencillamente "la religión del amor".

Esta hermosa flor, la más hermosa de una vida digna del hombre, el amor al prójimo, brotó en esta tierra fangosa en el momento en que se oyó por vez primera de labios de Jesucristo el mandato: "Mirad, pues, cómo tenéis que orar: Padre nuestro..."

Porque en aquel momento se derribaron las gigantescas murallas y se hicieron hermanos todos los hombres.

Lo que dijo más tarde San Pablo no es más que la magnífica consecuencia de estas palabras: "Uno solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; uno solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, gobierna todas las cosas y habita en todos nosotros" (Carta a los Efesios 4, 5-6). "Todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo" (Carta a los Gálatas 3, 26).

Somos hermanos, porque somos hijos de un mismo Padre; es lo que reflexionamos en el capítulo anterior. Pero somos hermanos también por otro motivo. Tenemos un nombre de profundo significado, que suele ser usado en las homilías: "Queridos hermanos en Jesucristo." ¿Qué significa esta expresión tantas veces usada? Nada menos que nosotros, los cristianos, además de tener un Padre común que está en los cielos, hemos de sentirnos hermanos también por

otro título. No solamente porque es uno el que nos da la vida, nuestro Padre celestial, sino también porque es uno el que restauró nuestra vida sobrenatural perdida, nuestro divino Redentor. Somos, por tanto, hermanos en el Padre celestial y hermanos en Nuestro Señor Jesucristo. Todos los que nacimos a una nueva vida en Cristo nos unimos a Él, y en Él formamos un cuerpo místico, cuya cabeza común es Él, Nuestro Señor Jesucristo.

Procuraré demostrar en este capítulo:

I.—Que esta *fraternidad cristiana* no es únicamente una bella expresión poética.

II.—*Las obligaciones que impone esta fraternidad en Jesucristo.*

I

¿EN QUÉ CONSISTE LA FRATERNIDAD CRISTIANA?

Según la fe cristiana *el conjunto de los fieles forma un organismo vivo, místico, cuya cabeza es el mismo Cristo.*

El apóstol San Pablo sintió de un modo peculiar la fascinación de este pensamiento. El tono fundamental de todos sus escritos es, por decirlo así, el mismo: Cristo es la cabeza, y nosotros somos los miembros de su Cuerpo místico. San Juan Evangelista conoció también la doctrina del Cuerpo místico de Jesucristo —veinte veces habla de esta doctrina—, pero en las epístolas de San Pablo se halla nada menos que 165 veces esta expresión: *En Jesucristo.*

El cuerpo tiene muchos miembros —así escribe, por ejemplo, a los fieles de Corinto—, y todos juntos forman un solo organismo; y si alguno de nuestros miembros está enfermo, lo siente todo el organismo. De modo análogo, todos venimos a ser miembros del Cuerpo místico de Cristo, y, por tanto, hermanos en Jesucristo.

Quizá no sea más que una imagen poética y no una realidad, se me podrá objetar. Pero *el mismo Jesucristo dio testimonio de esa realidad, y* precisamente a San Pablo, al aparecérsele en el camino de Damasco. Conocéis bien la escena. Saulo persigue con ardorosa saña al Cristianismo naciente, y quiere exterminarlo a fuego y sangre. *¡Saulo, Saulo!, ¿por qué me persigues?* —le dice el SEÑOR— (Hechos de los Apóstoles 9, 4). ¿Ves, amigo lector? Saulo persigue a los cristianos, y Jesucristo, no obstante, le pregunta: "¿Por qué *me* persigues?" La razón está en que Jesucristo y los cristianos forman un solo cuerpo.

Por eso puso Jesucristo tanto empeño en el amor mutuo que llegó a desear que este amor fuese *el distintivo de los cristianos.*

Nuestro divino Salvador aprovechó el momento más sublime, *el momento solemne en que pronunciaba el discurso de su despedida en la Última Cena,* para encargar con insistencia peculiar este amor a sus fieles seguidores. *Por esto*

conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros (Juan 13, 35). Así habló entonces a sus apóstoles. Y más adelante añadió: *Un precepto nuevo os doy: que os améis unos a otros, como Yo os he amado* (Juan 15, 12). No es un consejo, sino un mandato.

Y es natural. Si todos somos miembros del Cuerpo místico de Jesucristo no debemos estar en guerra entre nosotros mismos. Sería muy de extrañar que la mano del hombre empezara a luchar contra el pie. Si los miembros luchasen entre sí, en vez de ayudarse con mutua comprensión, vendría la destrucción y no la vida. No de otra suerte ha de haber comprensión y mutua colaboración entre los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo.

Pero ¿nos damos cuenta la paz imperturbable que podría traer esta vivencia de la fraternidad cristiana a la humanidad entera? Cuéntase de Felipe II, rey de España que en una ocasión en que estaba cazando, repentinamente se sintió mal. Fue llamado enseguida el médico de una aldea cercana; un vulgar y desconocido médico rural. Ignorante de la excelsa dignidad de su paciente, el médico, recién llegado, examinó al monarca y comenzó a hacer los preparativos para sangrarle, sin manifestar la menor turbación. Admirado el rey, le preguntó:

—¿Sabes tú a quién vas a abrir las venas?

—Lo sé —contestó el médico con el tono más natural del mundo, a un hombre.

A Felipe II le gustó la respuesta. Una profunda tranquilidad se apoderó de su alma. Este —se dijo— no considera en mí al rey, sino a un hombre, creado por Dios, rescatado por Cristo; para él yo soy un "hermano", y no un "rey"...; en este hombre puedo confiar.

Así es en verdad. Si somos miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, todos somos hermanos suyos.

Y siendo hermanos de Cristo, *somos forzosamente sus coherederos. Y* éste es un nuevo lazo que a todos debe de unirnos.

¡Soy heredero de Dios! "De manera que ya no eres siervo, sino hijo, y si hijo, heredero por la gracia de Dios" (Carta a los Gálatas 4, 7). *"Somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo" (Carta a los Romanos 8, 16-17).*

Dios es mi Padre; yo soy su hijo, y su reino infinito será mi herencia...; ésta es la columna en que debe descansar mi vida; ésta es la fuente de donde debe brotar toda mi fuerza espiritual. No temas. Estáte tranquilo. Vete por el mundo, con la cabeza erguida y con el corazón alegre; porque... ¡te espera tu Padre celestial!

Huelga ponderar *hasta qué punto* el pensamiento de esta herencia común, por sentirnos hijos de un mismo Padre, fomenta la verdadera fraternidad. No solamente soy yo llamado a la vida eterna, sino que también son llamados a ella

los demás hombres; pues bien, los que un día han de ser conciudadanos en la patria eterna no pueden mirarse como extraños en este mundo.

De este modo la casa común del Padre celestial se transforma ya desde ahora en motivo de paz y de comprensión, mientras que la negación de la vida eterna ataca y debilita este sentimiento de la gran fraternidad humana. No nos ha de sorprender que si no cree en la patria eterna y por lo mismo no se la desea, que los hombres se miren como extraños también en este mundo.

II

¿QUÉ OBLIGACIONES NOS IMPONE LA FRATERNIDAD CRISTIANA?

La fraternidad cristiana no es tan sólo una distinción, sino que también impone serias obligaciones

Es sabido que América e Inglaterra suelen celebrar el día de el 18 de mayo como *"el día de la buena voluntad.'* (Good Will Day). En este día se pronuncian discursos para recordar a los hombres que sin buena voluntad no podrá haber paz entre las naciones.

No os sorprenda que este pensamiento tan sugestivo en un primer momento, *me parezca débil y raquítico.* No porque no necesitemos la buena voluntad —y ¡tanto que la necesitamos!—, sino porque la buena voluntad desaparece cuando se desencadena la fuerza del egoísmo humano.

Para que haya paz verdadera, verdadera colaboración entre los hombres, no basta la buena voluntad basada en meros argumentos racionales; sino que se necesita la buena voluntad que brota de la fuente sobrenatural, la que proviene de la fraternidad en Cristo.

Se suele hablar mucho en nuestros días sobre el amor al prójimo y la necesidad de unas buenas relaciones internacionales; se habla continuamente de estos y otros temas parecidos; pero —por desgracia— todo se reduce a discursos, y nada se logrará mientras no pongamos el fundamento religioso de que todos somos hijos de un mismo Padre y miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, y, por tanto, hermanos en el Padre y hermanos en Cristo Jesús.

Y hasta qué punto resulta inestable, débil e incierta la comprensión que se basa en los intereses meramente humanos y terrenos, lo demuestra un escritor con un símil muy significativo.

Caminaba —dice— por un campo lleno de luz. Era aquél un día radiante de verano, en qué todo brillaba bajo el sol. Iba alegre y gozoso. A mi lado iba también un ser desconocido, casi pegado a mí, que no me dejaba ni un instante. Si iba yo despacio, también él iba despacio; si yo aceleraba la marcha, él también marchaba más aprisa; si me paraba, él se paraba también; si me inclinaba, él se

inclinaba; si me reía, él se reía; si lloraba, él también lloraba... No podía haber compañero más fiel.

Pero sólo podía ver a mi compañero mientras brillaba el sol. En cuanto el sol se escondía tras las nubes, mi amigo desaparecía al instante. Y al salir otra vez el sol, él de nuevo se presentaba. Cuando, al llegar la noche, el sol se despedía definitivamente, también se iba definitivamente mi amigo..., sin decirme ni tan siquiera adiós...

Fácilmente se comprende que se está refiriendo a la sombra del hombre. Pero también podemos referirlo a las amistades y al amor al prójimo fundadas únicamente en las consideraciones humanas. Tal amor al prójimo y tal amistad no son otra cosa que una sombra egoísta del hombre. Sombra muy egoísta, que solamente se deja ver mientras obtiene algún provecho.

¿No es así?

¡Qué diferente es *el amor del prójimo que brota de la fraternidad en Jesucristo!* Al encenderse en un alma no conoce obstáculos.

La Revolución francesa nos ofrece una conmovedora anécdota, que dice mucho sobre el particular.

Uno de los más sangrientos revolucionarios juraba y perjuraba que nunca llamaría al sacerdote a su casa, v que si éste se presentara en ella sin ser llamado no saldría con vida.

Nuestro revolucionario se puso gravemente enfermo, y un día llegó a su casa un sacerdote, que bien sabía con quién tenía que habérselas; pero que, a pesar de todo, fue sin vacilación a ver al enfermo...; al enfermo, hermano suyo en Jesucristo.

El enfermo se sintió presa de una profunda agitación.

—¡El fusil! ¡Dadme el fusil! ¡Aprisa, el fusil a mis manos! —gritaba fuera de sí.

No se lo dieron. Entonces, con el puño cerrado, grito volviéndose al sacerdote:

—Has de saber que con esta misma mano llevo estrangulados a doce como tú.

—Te engañas, hermano —contestó el sacerdote con calma—, no fueron más que once. El duodécimo no ha muerto; Dios le conservó la vida para salvar tu alma: el duodécimo soy yo... —Con esto el sacerdote abrió su vestido y enseñando su cuello y su pecho continuó—: ¿Ves? Aquí están las huellas de tu mano...

La resistencia del enfermo se quebró al ver tal inaudito amor. Murió arrepentido. ¿Es posible resistirse en semejantes situaciones? ¿Es posible resistirse al amor sacrificado que se tiene por el prójimo?

Pero ahora he de plantear la apremiante cuestión: *Nosotros, los cristianos de hoy ¿respondemos siempre y en todo al mandato de Nuestro Señor Jesucristo?*

¿Encontramos en medio de los cristianos, siempre y en todo, este amor que, según el mandato de Jesucristo, tiene que ser la señal que nos distinga?

Propongo la cuestión..., y echo una ojeada a la vida. Veo odios, veo familiares en continua querella y que ni siquiera se hablan. ¡Con qué ojos se espían unos a otros! ¡Con qué saña se calumnian! ¡Con qué frialdad tan premeditada se pisotean!

Hay cristianos —por lo menos, así se llaman— que serían capaces de ahogar a otro por una fruslería.

Hay cristianos —por lo menos así se llaman—que por naderías ridículas, por pequeñas mezquindades humanas no se hablan durante largos años. ¿Son cristianos de veras? ¿Son hijos de Cristo? ¿Son miembros del Cuerpo místico de Cristo? No, y mil veces no.

Y no lo son, por muchos escapularios y medallas que lleven. Aunque estén metidos siempre en la iglesia. ¡Ni aun así! No hacen más que mentir. Esta ruda expresión no es mía, sino de San Juan: *Si alguno dice: yo amo a Dios, y al mismo tiempo aborrece a su hermano, es un mentiroso* (I Carta de San Juan 4, 20). Porque *tenemos este mandamiento de Dios, que quien ama a Dios, que también ame a su hermano"* (Idem 4,21).

Este Mandamiento es la fuerza inagotable con que podría garantizarse la solidaridad humana. Solamente la buena voluntad que resulta de esta fuerza puede vencer el egoísmo que se oculta en todos los hombres; porque esta buena voluntad no tiene su origen en la fría razón humana, sino en la fe divina.

Si en el molino son igualmente duras las dos piedras, la harina no saldrá fina. Para hacerla fina es necesario que una de las dos piedras sea algo menos dura. Por desgracia, abundan más las piedras duras que las blandas. Palabras duras, duras réplicas, duras querellas, duras blasfemias; esto es lo que más abunda. No hay piedra blanda; no hay un alma blanda dispuesta a recibir los golpes en silencio, que con el heroísmo de una paciencia muda amortigüe los contrastes que están por estallar.

Y, sin embargo, son estas almas las que realizan el mandamiento de Dios, el mandamiento de que *quien ama a Dios ha de amar también a su hermano*. Y estas almas son las que hacen posible que el tono fundamental de la vida sea el amor entre los hombres.

* * *

En el siglo XII se fundó una extraña Orden religiosa, cuyas Constituciones fueron aprobadas por Clemente III en el año 1189. Sus miembros llevaban en el vestido la imagen de una cruz y de un puente. Su nombre era *fratres pontifices,* hermanos constructores de puentes. Su misión era construir puentes sobre ríos,

torrentes y abismos, para que los peregrinos y viajeros pudiesen recorrer su camino tranquilos.

Esta Orden hace tiempo que desapareció..., y, sin embargo, cuanto la necesitaríamos hoy también, pero en otro sentido. Hoy necesitamos más que nunca ese trabajo de los constructores de puentes..., pero en un sentido espiritual. Las pilastras para el puente que ha de unir a los hombres fueron puestas por Jesucristo, cuando pronunció estas palabras: *¡Padre nuestro!* Desde que fueron puestas estas pilastras, el arco de la fraternidad tendría que unir y atar a todos los hombres.

Tendría que...

En cambio, ¿qué es lo que vemos? Ríos espumantes entre riscos de montañas y precipicios horrendos nos separan; separan un pueblo de otro pueblo, una raza de otra raza, una clase social de la otra, una familia de la otra.

¡Cuántos arcos de unión necesitaríamos hoy día! ¿A qué clase de arcos aludo? A nuestro espíritu de sacrificio, a nuestra comprensión, a nuestro perdón, a nuestra misericordia, a nuestra paciencia..., ¡cuántos arcos benditos para este puente tan necesario!

Aquellos antiguos frailes llevaban en su vestido, además de la imagen del puente, la de la cruz. Y con mucha razón, porque no puede ser de otra manera: la cruz es el símbolo del perdón, del amor que perdona. Nuestro gran crucificado, Cristo Jesús, abre sus brazos desde la cruz con amor lleno de perdón hacia los que le odian y con esto nos enseña a todos a construir puentes.

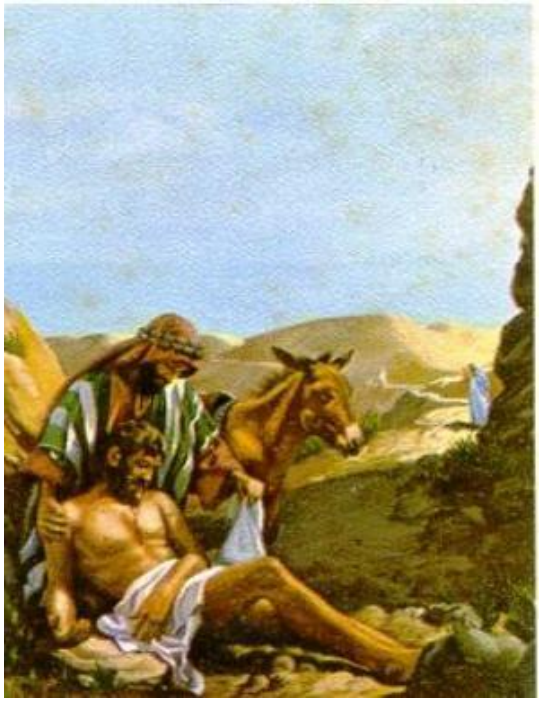
Hermano mío, ¿no quieres ser también tú constructor de puentes? ¿No quieres llevar tú también piedras al inmenso edificio del Reino de Dios, el que empieza a levantarse aquí en la tierra, pero que se terminará en el cielo? ¡Cuánto odio, cólera y enemistad acosan hoy a la humanidad! ¡Como si no bastara a nuestros males la mísera condición humana! ¡Qué santa empresa la de construir día tras día el puente del amor, de la comprensión, del perdón, de la paz! Si en cada familia hubiese, por lo menos, una persona que sin cesar fuese construyendo algo de este puente, cómo disminuirían las tragedias familiares y cómo aumentarían los hogares felices!

Bienaventurados los pacíficos (Mateo 5, 9) —dijo Jesucristo en el Sermón de la Montaña. “Bienaventurados los constructores de puentes” —decimos nosotros al final de este capítulo. Bienaventurados; porque toman en serio y procuran vivir la enseñanza del Padrenuestro: *Hermanos somos todos en el Padre celestial y en nuestro Señor Jesucristo.*

Capítulo 19

EL MANDAMIENTO DEL AMOR AL PROJIMO

I Carta a los Corintios,13, 1-15



Cuando los hombres quieren dar popularidad a un nuevo invento, a una nueva institución u organización, destacan su importancia, haciendo hincapié en que tal invento o institución promoverá grandemente el acercamiento de los pueblos y la mutua comprensión.

Cuando, por ejemplo, se inventó el avión, se repitió hasta la saciedad que en adelante no habría ya fronteras ni distancias; que las naciones se habían acercado unas a otras, y con ello nos habíamos acercado a la paz por todos anhelada. Lo mismo se afirmó respecto de la radio. Había —según se dijo— suprimido las distancias y acercado a los hombres entre sí. Lo mismo decimos de los deportes. En la cancha no hay diferencias de nación, de clase, de profesión; las naciones se encuentran amistosamente en el deporte...

¡Son tantos los motivos que se aducen que acercan a los hombres entre sí!..., y con todo tenemos que ver con tristeza la gran distancia que todavía separa a las naciones y a los mismos hombres entre sí.

Aquí hay algo que falla. Por fuerza nos hemos tenido que equivocar en algún punto de nuestros cálculos. Porque nadie pone en duda la necesidad que hay de que nos debemos acercar unos a otros.

Para conseguirlo se requiere más amor al prójimo, más comprensión, más conciencia de solidaridad y fraternidad..., pero esto en vano surgirá de los medios de comunicación o de las olimpíadas. Tribútese todo el honor que se quiera a estos inventos y a estos eventos —que en su terreno, representan valores magníficos—, mas no esperemos de ellos lo que no pueden dar. ¿De dónde nace la verdadera solidaridad? ¿Dónde encontrarla?

De ello hemos tratado precisamente en los dos últimos capítulos y seguiremos tratando en el presente. ¿Sabéis de dónde nace la solidaridad? Del Padrenuestro. De las dos primeras palabras de la oración del Señor: *Padre nuestro*. Estas dos palabras vienen a ser el breve resumen del nuevo mandato que nos dio Nuestro Señor Jesucristo: *el amor al prójimo, que abarca a toda la humanidad.*

I

AMA A TU PRÓJIMO

Escucha la nueva y maravillosa doctrina que Jesucristo trajo al mundo: *la doctrina del amor al prójimo.*

Doctores de la ley rodean al Señor y uno de ellos, queriendo tenderle una trampa, le pregunta con astuta hipocresía: *Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna* (Lucas 10, 23).

Jesucristo aparenta no haber notado sus malas intenciones y contesta con estas sencillas palabras: *"¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley? ¿Qué es lo que lees en ella?*

El doctor de la ley le contesta: *Amarás al Señor Dios tuyo... y al prójimo como a ti mismo" (Lucas 10, 27).*

"Bien has respondido" —contesta el Señor.

Mas nuestro hombre no quiso reconocer su derrota, y como si tal cosa, prosigue preguntando: "Y ¿quién es mi prójimo?"

Entonces pronuncia Jesús una de sus más bellas parábolas: la del buen samaritano.

Cierto caminante marchaba hacia Jericó; los ladrones le asaltan en el camino y le despojan, dejándolo malparado. La víctima es un judío. Pasa por allí al poco tiempo un sacerdote judío y le desprecia. Es un sacerdote.... y no le ayuda. Es del mismo pueblo..., y no le ayuda. Está el pobre viajero malherido y abandonado de todos..., y con todo no le ayuda.

Después pasa por allí un levita, cuya misión era la de ayudar al sacerdote. También él era judío, como el pobre viajero maltratado; también él ve cómo se está muriendo al borde del camino..., y pasa de largo, como pasó el sacerdote.

Después de estos dos hombres sin entrañas, compatriotas suyos, pasa un extraño, un extranjero, perteneciente al pueblo de los samaritanos, con quienes los judíos estaban hacía siglos en perenne enemistad. Y este samaritano, que ve tendido en el suelo a su enemigo mortal, se olvida de la secular enemistad y se apiada del desgraciado. *"Pues anda... y haz otro tanto"* (Lucas 10, 37). Con esta frase cierra Jesucristo su discurso; con este mandamiento del amor.

¡Amor, amor! Pero ¿se puede vivir este amor en los difíciles tiempos actuales? ¿No le hace el amor al hombre débil, blando y sentimental? ¿No le arrebata su fuerza y energía?

Quien piense de esta manera, medite bien la afirmación del filósofo: "El amor es la forma más alta de la energía".

El amor, lejos de suprimir la fuerza, la ennoblece, la levanta, la espiritualiza. El comportamiento del mismo Jesucristo, y también el heroísmo de los mártires, lo prueban. Nadie ha hablado con más decisión, valentía y virilidad que nuestro Salvador. Hablaba como quien tiene autoridad (Mateo 7, 29) —decían de él. Y. no obstante, este mismo Cristo pregonaba, practicaba y exigía el amor más grande.

Si se afirma de una persona que "es como el acero, todavía no es ésta la mayor alabanza...; el acero es frío, duro, corta, no siente, no tiene corazón. A mí me gusta más esta alabanza: "Es como un bocado de pan".

El pan es sólido y blando, varonil y tierno a la vez; tiene algo de paternal y algo de materno. Es la bendición de Dios. El acero no vivifica, a lo más corta...; el pan, sin embargo, comunica vida. Representa la fuerza y el amor que necesitamos para vivir.

He ahí la admirable doctrina de Jesucristo respecto a la verdadera fraternidad y al amor del prójimo. Miremos a nuestro alrededor para ver si han bastado estos dos mil años para que el hombre comprenda, aprenda y cumpla este mandamiento.

II

¿AMAMOS A NUESTROS PRÓJIMOS?

Tanto si nos fijamos en la miseria material como las enfermedades morales de la humanidad no podremos dar, por desgracia, una respuesta tranquilizadora a la cuestión propuesta.

Si atendemos a *la extrema miseria material* en que tantos se ven forzados a vivir, hemos de confesar que la humanidad actual está aún muy lejos de cumplir la ley del amor al prójimo.

Vayan para probarlo dos casos nada más, sucedidos uno en París y otro en Roma.

La Asociación Protectora de los Animales concedió un gran regalo por Navidad; pero..., ¿a quién? ¿A los niños harapientos de los suburbios? No. Hizo un rico regalo a los animales del jardín zoológico de París. Por aquello de que, "junto al pesebre de Belén había un buey y un asno", todos los animales recibieron en la noche de Navidad una abundante comida, muy superior a su ración acostumbrada. Todo abundaba: el grano, la carne y los dulces...; todo cuanto puede apetecerse.

Y ¿qué sucedió en Roma? No hace mucho murió una señora que hizo el siguiente testamento de su fortuna, que ascendía a unas trescientas mil liras: legó veinte mil para fines benéficos; quince mil a un hospicio de Roma, con esta condición: la de cuidar y mimar, después de la muerte de la testadora, sus trece gatos. ¡Porque tenía nada menos que trece gatos! A otra casa de pobres dejó diez mil liras, con la condición de cuidarse de los gatos vagabundos de Roma, que, como es sabido, abundan en la Ciudad Eterna. Lo restante de su fortuna lo dejó a la Asociación Protectora de los Animales...

¿Por qué menciono estos casos? ¿Es que me da envidia esa herencia de los gatos, o el regalo navideño de los moradores del jardín zoológico parisino? No. Pero me dan lástima aquellos pobres hermanos que nunca reciben el aguinaldo de Navidad. Claro que es lícito cuidar y amar a los animales; pero ¿son ellos nuestros hermanos? Los hermanos son los hombres; y me duele que lo olvidemos. Porque al tiempo de leer que se den aguinaldos de Navidad a los animales, y que los gatos reciban una herencia de miles de liras, nos enteramos también de que a millones de hombres les falta la alimentación básica.

Confesemos que estamos lejos de cumplir el mandato de amor al prójimo, aun desde el punto de vista material.

¡Y qué decir del punto de vista moral! Porque meditemos bien a cuántas cosas nos obliga este mandato en el terreno moral.

Lo primero a que nos obliga es *a tenernos mutuas atenciones y a tratarnos con benevolencia.*

¿Podemos afirmar que cumplimos nuestro deber en este punto? Estoy sentado en el jardín en una noche de verano. Se posa sobre mi mano un mosquito; me pica, chupa una gotita de mi sangre, deja un poquitín de veneno, y este veneno quema, me causa dolor. Es la obra del mosquito...

¿No obran así muchos hombres con su prójimo, con el vecino y con la vecina? Dicen algo que excita la envidia, la sospecha, la ira; con cara muy inocente dejan caer una gota de veneno en el corazón del otro o entremeten alguna habladuría en la conversación, y después, con aire de ingenuidad, se despiden; el prójimo queda herido, se desconsuela, siente el dolor de la picadura.

¿Es esto cristianismo? ¿Es amor al prójimo? Donde los hombres fraguan maquinaciones y siembran querellas y odio, allí hay división en el Cuerpo místico de Jesucristo. ¿De qué sirven las oraciones, las visitas al templo, los ayunos y confesiones, si uno persiste en ser inaguantable y mordaz con todos, si persiste en seguir lastimando el honor de los demás como antes de orar o de ayunar?

Queridos lectores, ¡no seamos mosquitos del Cuerpo místico de Cristo! Si pertenecemos al Cuerpo místico —como en realidad pertenecemos—también pertenecen los demás. También pertenece a este cuerpo tu primo, con quien no te hablas desde hace años. Forma parte de él tu amiga, que hace tiempo sacó defectos a tu vestido, y a la cual... desde entonces no le diriges la palabra. ¿Te atreves a seguir pronunciando la oración del Señor: *Padre nuestro?*

A tanto nos obliga el amor al prójimo.

Y no es todo el mandato. Hay aún otra obligación.

Si somos hermanos, *somos responsables unos de otros.*

Cuando el Señor pidió cuenta al fratricida Caín, éste contestó con osadía y descaro: *¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?* (Génesis 4, 9). No sabía lo que decía. Realmente yo soy guarda, compañero responsable de cada hombre, de cada hermano.

En el año 1936 una noticia sensacional corrió por los Estados Unidos. Mr. M. F. Darr, el verdugo de la famosa prisión de Nueva York, la Sing-Sang, sin ningún motivo visible al parecer, renunció a su cargo, y... ¡se metió en un claustro! Un verdugo que se hace fraile..., realmente, no es cosa de todos los días. Este Mr. Darr había ejecutado a más de cincuenta personas condenadas a tan terrible sentencia. No sabemos cuál pudo ser la causa de esta gran transformación obrada en el interior del verdugo; no quiso responder a las preguntas que le dirigieron los periodistas.

Pero creo que no andamos muy lejos de la verdad si explicamos su caso poco más o menos de esta manera: Acaso todas las veces que este hombre tuvo que ejecutar a un reo sintió el aguijón de Caín..., pero al revés. Caín dijo: ¿Soy yo por ventura guarda de mi hermano? Y el verdugo diría: ¿No soy también yo responsable de este desgraciado? ¿No soy también yo causa de la perdición de este hermano?

Yo, y tú, y el otro..., y todos... ¿No hay siempre un responsable de toda vida humana que empieza a caer por la pendiente de la perdición? Los padres, los hermanos, los amigos, los educadores, los conocidos, cuyos malos ejemplos empujaron hacia el mal al desgraciado, cuando los buenos ejemplos le hubiesen encaminado hacia el bien...

¡Ah!, si examinamos el mandamiento del amor al prójimo desde este punto de vista, notaremos con asombro cuánto se alejó nuestra época *del verdadero amor al prójimo!*

Si la humanidad peca mucho contra el amor al prójimo en lo material, es mayor todavía el pecado que comete de escándalo corrompiendo y matando las almas. ¡Cuánto tiene que sufrir el Corazón compasivo de Nuestro Señor Jesucristo al ver el sin fin de tentaciones con que se induce al pecado en una gran ciudad y al ver cómo caen, día tras día, millares y millares de almas, por las cuales Él derramó su sangre!

Es el gran sufrimiento que aqueja hoy día al Sagrado Corazón de Jesús. Por otra parte, no podemos ofrecerle mayor consuelo que *darle satisfacción por los innumerables escándalos y ofensas* con que le ofenden y entristecen los hombres frívolos.

¿Darle satisfacción? ¿Cómo podremos nosotros aplacar y consolar a Jesucristo?

Mediante, por ejemplo, *la devoción al Corazón de Jesús, y* principalmente la *devoción de los primeros viernes.*

¡Cuántos cambios ha habido en la historia de las devociones! Si bien es verdad que lo esencial no cambia; que hoy es lo mismo que en tiempo de los apóstoles; pero cambian las prácticas de piedad, que ahora destacan un dogma, ahora otro para ofrecerlos a la devoción de los fieles, y principalmente destacan los pensamientos que están más en consonancia con las necesidades del momento.

El pueblo cristiano algunas veces practica preferentemente una devoción, y después otra, cobra cariño a una tercera y deja caer en olvido la antigua. De ahí que una de las devociones más en consonancia a las necesidades espirituales de nuestra época sea la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Si meditamos en el amor al prójimo y procuramos comprender su imperativo sublime, ¿podremos olvidarnos de Aquel que nos impuso este mandamiento? Procuremos, pues, para compensar los dolorosos estragos que causa el escándalo en las almas, procuremos, repito, consolar y desagraviar al Corazón tan ofendido de Jesús mediante nuestro forma de vivir y nuestro apostolado.

Así llegamos a cumplir perfectamente el deseo de Jesucristo: “Ama a tu Señor Dios... y ama a tu prójimo.”

Por muy importante y primordial que sea nuestro deber de amar al prójimo, no se puede relegar a segundo término el *otro deber aún más importante: el de amar a Dios.* Por desgracia, hay quienes creen que es posible separar estos deberes. Hay quienes viven honradamente, son amables, atentos, caritativos, ayudan continuamente a sus prójimos necesitados..., pero se olvidan de Dios. Dios es el único de quien no se preocupan. No van a la iglesia, no suelen confesarse ni comulgar; tampoco oran, y si alguien les habla de ello, contestan con sorpresa: "Mi religión es ésta: ama a tu prójimo."

¿Tienen razón estos hombres, muy respetables y buenos por otra parte? ¿Puede alguno afirmar que para él, en particular, el amor al prójimo suple al amor que se debe a Dios?

No y mil veces no. El amor de Dios y el amor del prójimo vienen a ser las dos caras de una misma moneda; no puede una prescindir de la otra; ésta no puede ser mayor que aquélla.

No es posible amar bien y rectamente al prójimo si no amamos en él a Dios, Padre común. Ni tampoco nos es lícito amar al prójimo —al hombre— de tal manera, que por él nos olvidemos de amar a Dios, Creador y Señor de todos nosotros.

¿No nos dice a las claras el desorden de nuestro mundo moderno hasta qué punto *es imposible que el amor al prójimo subsista sin el amor a Dios?* Continuamente predicamos la paz entre los pueblos, porque continuamente tememos perderla. Todos ven con espanto hasta qué punto se tambalea la paz mundial. Todos lo ven, mas no quieren fijar su atención en las causas. Y es que anhelamos la paz, pero no queremos al *Príncipe de la paz*. Queremos dar un mentís al canto angélico de Navidad: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad." Esto cantaban los ángeles. La gloria de Dios y la paz del mundo son, pues, y serán siempre correlativas.

Una verdadera fraternidad de naciones no se ha visto más que una vez en la Historia: cuando llegaron a Belén los tres Magos y rindieron tributo de homenaje ante el pesebre de un Dios recién nacido. Su punto de unión era *la estrella.*

Y hoy nuestro mal es precisamente que buscamos el camino, la solución, en medio de la noche sin orientarnos por la estrella de Belén. *Nuestro mal es querer la paz del hombre sin querer dar gloria a Dios.*

* * *

Acabo este capítulo con el pensamiento que lo inició. Todos sentimos hoy la necesidad de una solidaridad humana que se levante por encima de las razas y de las naciones, de los intereses mezquinos y egoístas; todos sentimos hasta qué punto la necesitamos.

La humanidad intenta crear un mundo solidario por diversos medios, pero constata su fracaso. Congresos y encuentros internacionales, certámenes deportivos, medios de comunicación...

Hagan todos lo que quieran. Mucho nos alegraremos de sus éxitos. Mas nosotros sabemos que la humanidad sólo encontrará la solución cuando todos comprendan y acojan con todas sus consecuencias las dos primeras palabras de la oración que Jesús nos enseñó: *Padre nuestro*.

O nos portamos realmente como hijos de un Padre común, que está en los cielos, como verdaderos hermanos... y con esto amanecerá una época de solidaridad, de fraternidad y de paz, o seguimos destruyéndonos mutuamente, lo que es ilícito siempre entre hermanos...

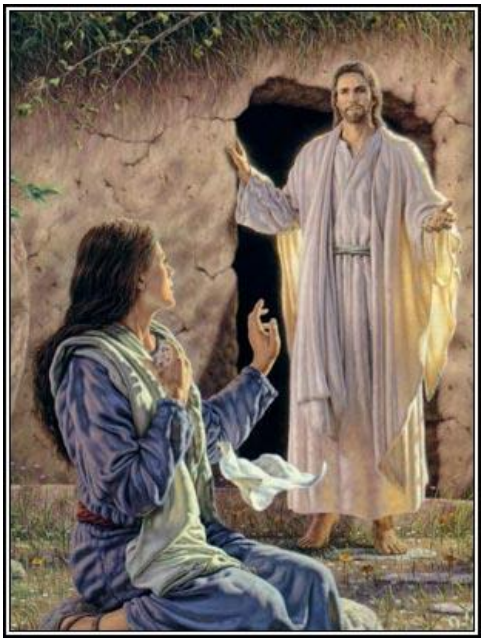
Solamente mirando a Dios como a un Padre común nos sentiremos hermanos de verdad, y *únicamente dando gloria a Dios encontraremos la paz que necesita el mundo.*

“QUE ESTÁS EN EL CIELO...”

Capítulo 20

¿CIELO O TIERRA?

Salmo 138,7-10



Las primeras palabras de la oración del Señor dicen de esta manera: “Padre nuestro que estás en el cielo... “Algunos quizá se escandalizarán de estas palabras, y preguntarán admirados: “¿Que estás en el cielo?” ¿Cómo? ¿El mismo Jesucristo pensaba de una manera tan “anticientífica”? ¿Como si allá arriba, tras la bóveda del cielo tachonado de estrellas hubiese un país especial en que habitase Dios!...

¡Ah, no! Si alguien conocía a fondo el Antiguo Testamento era ciertamente Cristo. Conocía por tanto la magnífica enseñanza del *Salmo 138: “*¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? ¿Y adónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si al rayar el alba me pusiere alas y fuere a posar en el último extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra” (Salmo 138, 7-10). Nuestro Señor Jesucristo sabía muy bien que Dios no habita tras las estrellas, sino en todas las partes de este mundo inconmensurable. Sabía que Dios está no solamente en este ancho mundo material, sino también en el microcosmos del

alma humana. Fue el mismo quien enseñó: *El que me ame... mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él* (Juan 14, 23).

Sí, Cristo lo sabía muy bien. Y. no obstante, gustaba de orar con preferencia bajo la bóveda estrellada, y al orar levantaba sus ojos hacia el cielo, siendo así que Él no necesitaba de estas cosas, ya que dijo de sí mismo: *Mi Padre y yo somos una misma cosa* (Juan 10, 30).

Pues entonces, ¿por qué obraba así Nuestro Señor? ¿Qué quería significar con ello? ¿Qué nos quería decir con ese gesto señalando a las alturas? ¿Con esta mirada que se clava en la lejanía? ¿Qué enseñanza peculiar quiso inculcarnos? ¿Qué pretendió llamarnos la atención con tal insistencia al enseñarnos a rezar de esta manera: *Padre nuestro, que estás en el cielo...*

Sin duda alguna, quiso inculcarnos varias enseñanzas. Quiso, por ejemplo, que nos formásemos una idea de Dios lo más verdadera posible. Al enseñarnos a dirigir nuestra mirada hacia las alturas con estas palabras: *que estás en el cielo,* parece que nos quiso decir: ¡Cuidado con errar! Lo que veis aquí en torno vuestro, por muy grande que sea, por muy fuerte y hermoso que sea..., no es Dios.

Dios es infinitamente más sublime, Dios está por encima de todo. No mezcléis el mundo creado con el Dios creador. Que, si bien es inmenso el universo y habéis de medir sus distancias por millones de años de luz, eso no obstante, en la balanza del Dios infinito no viene a ser más que diminuta arenilla. Dios está infinitamente por encima del mundo creado. Padre nuestro *que estás en el cielo...*

Seguramente fue ésta una de las enseñanzas que quiso inculcarnos el Señor.

Pero había otra, aún más importante.

"Padre nuestro que estás en el cielo..." Vuestro Padre está en el cielo. Y donde está vuestro Padre allí está vuestra patria. No os olvidéis de vuestra patria eterna. ¡Con cuánta facilidad la olvidan algunos y por qué nimiedades están dispuestos a darla en trueque! Mas vosotros habéis de ser prudentes. Vosotros habéis de orar: "Padre nuestro que estás en el cielo..."

Este *cielo* es la casa del Padre, y, por tanto, es también vuestra herencia. En cualquier parte que andéis, cualquier cosa que hagáis, por mucho que sufráis, no lo olvidéis jamás: hay un cielo que os espera...

Esta enseñanza de las primeras palabras del Padrenuestro debiera resonar continuamente en nuestros oídos. Es de tal importancia para nuestra vida, que vamos a consagrar a su meditación no solamente este capítulo, sino los dos que siguen.

I

HAY CIELO

En primer lugar, hemos de examinar los argumentos en que se apoya nuestra fe. No puedo decir como es debido *Padre nuestro que estás en el cielo*, si no creo yo en la realidad de la patria celestial.

Que hay cielo, que hay otro mundo, que esta vida tiene una continuación más allá de la tumba, son cosas en que siempre ha creído la humanidad de una forma o de otra, aun antes de Jesucristo; sin embargo, *desde la enseñanza explícita del Señor,* esta creencia se ha trocado en fundamento de nuestro sentir religioso.

Tantas veces y en formas tan diferentes habló Jesucristo de ese mundo del más allá y de la vida ultraterrena, que sería desmentirle negar su realidad.

Padre nuestro que estás en el cielo..., es la oración que Él nos enseña. Le parece completamente natural el pensamiento, no juzga necesario probar que este cielo es una realidad. A cada paso oímos de sus labios: "Mi *Padre, que está en el cielo* (Mateo 18, 19), *vuestro Padre, el cual está en el cielo* (Mateo 23, 9), *gozaos..., porque vuestros nombres están escritos en el cielo* (Lucas 10, 20), *haceos bolsas que no se gastan; un tesoro inagotable en el cielo* (Lucas 12, 33)... Verdaderamente, no es posible dudar de su doctrina respecto del cielo.

Tenemos además otros caminos para cerciorarnos de cuanto nos enseñan las palabras de Jesucristo. Una razón es *la imperfección de esta vida terrena.*

Parece que por toda la creación *pasa como un estremecimiento, como un gemido secreto.* San Pablo lo dijo: *Pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime como en dolores de parto* (Carta a los Romanos 8,22).

¿Qué es ese canto conmovedor y angustioso que se oye a través de los siglos desde la primera caída? ¿Qué otra cosa es sino una nostalgia de otra patria, donde no hay dolor ni sufrimiento?

Continuamente se oye a la humanidad que se queja de su dolor. Por esto Sófocles y Eurípides llamaron a la vida sencillamente *desgracia*. Por esto dijo el filósofo griego: "En el mundo lo mejor es no nacer, después, lo mejor es morir cuanto antes una vez nacidos."

Aun aquellos mismos a quienes llenó la vida al parecer de toda clase de bienes, ¡cómo se quejan del sufrimiento! También ellos dan testimonio de las palabras de la Sagrada Escritura: *Una penosa tarea se impuso a todo hombre y un pesado yugo oprime a los hijos de Adán* (Eclesiástico 40, 1). *Y* son vanos todos los esfuerzos. Vanos todos los progresos de la técnica. El dolor siempre fue y seguirá siendo en adelante la gran potencia temible en esta tierra, y la tierra siempre ha sido también y seguirá siendo un *valle de lágrimas*.

¿Qué consecuencias se derivan de aquí? Que si la vida es sufrimiento, esta vida terrena no puede ser la última palabra, no puede ser digna de un Dios infinitamente bueno y sabio. Así como el hombre encierra en cauces estrechos el arroyo para transformarlo en fuente de energía, de modo análogo la fuerza compresora del dolor levanta a las alturas nuestra mirada y despierta en nosotros la nostalgia de otra vida y de otra patria. Hace que nosotros podamos también decir con San Pablo: *Los sufrimientos de la vida presente no son nada en comparación con la gloria futura que se ha de manifestar en nosotros* (Carta a los Romanos 8, 18).

De otra patria, más hermosa, habla también la *división de nuestra propia naturaleza.* "Gemimos dentro de nosotros suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo" (Idem 8, 23), escribe San Pablo. Aún más, después de un fuerte combate espiritual, fue él quien exclamó como desalentado: *"¡Oh, qué infeliz soy! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte'"* (Idem, 7, 24).

Lo que sintió el Apóstol y esa lucha que hubo de sostener, ¿a quién de nosotros le es desconocido y quién no lo experimentó jamás? ¿Quién no ha sentido la división, la dualidad trágica que acompaña desde el pecado de Adán a la naturaleza humana? Amamos a Dios, mas nos atrae el pecado; nuestra nostalgia nos muestra el cielo, pero nos cautiva también este mundo; amamos el bien, pero también nos seduce el mal. *No hago el bien que quiero; antes bien, el mal que yo no quiero* (Idem 7, 19).

¿Quién no fue presa alguna vez de semejantes sentimientos? Después de unos ejercicios espirituales bien hechos, después de oír un sermón conmovedor, después de una comunión fervorosa, el espíritu es todo fuego, decisión, buenos propósitos...; no pasa media hora, y ya ese corazón tan fervoroso puede haber caído en pecado grave. ¿Qué maldición, que tiranía es ésta?

Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré (Mateo 26, 35), decimos de buena fe como San Pedro. Y... le negamos, como también el Apóstol le negó. ¿Qué fatalidad es ésta?

Empezamos a rezar, nos preparamos para la Comunión..., y en los momentos más santos empieza a atormentarnos una tentación de pensamientos sucios y espantosos. ¿Qué maldición es ésta?

¿Sabéis qué es? La herencia de nuestra naturaleza corrompida, secuelas del primer pecado. Mas siempre que sentimos el aguijón de esta amargura, se despierta en nosotros con mayor afán el pensamiento consolador de otra vida, de aquella vida de la que está desterrada esta suerte de luchas.

"Como anhela la cierva las corrientes de las aguas, así, oh Dios, mi alma suspira por Ti... ¿Cuándo iré y veré la faz de Dios?" (Salmo 42, 2-3), exclamamos con el Salmista. En tales trances son consoladoras las palabras de San Pablo: *No*

tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la que está por venir (Carta a los Hebreos 13, 14).

De estas cosas nos habla, con esto nos conforta y consuela día tras día la oración del Señor: Padre nuestro que estás en el cielo.

Pero si esto es así, hemos de tener valor para enfrentarnos con la cuestión central, de la que depende toda la orientación de nuestra vida humana y el fin que le fijemos. Hemos de encararnos con el gran problema: ¿Cielo o tierra?

II

¿CIELO O TIERRA?

Para mejor ponderar la importancia de esta cuestión empezaré con un símil.

Cuando en una bochornosa tarde de verano empieza de repente a relampaguear un rayo, y él cielo ruge encima de nuestra cabeza, y un granizo duro azota la siembra, y un vendaval titánico arranca de cuajo los árboles añejos, el pueblo húngaro suele decir que *hay un tiempo de Juicio.*

¡Qué expresión tan gráfica! ¡Tiempo de Juicio! También en el día del Juicio final habrá truenos, rayos, y pedrisco, como ahora. En aquel día serán sacados a la luz del día todos los actos buenos y todas las inmundicias; el trigo será definitivamente separado de la cizaña (Mateo 13, 30); los peces buenos separados definitivamente de los malos (Idem 13, 48). El día del Juicio será el día de la verdad.

La humanidad moderna pasa por una especie de *tiempo de Juicio*. El cielo truena encima de nuestra cabeza; hay relámpagos...; ha llegado el tiempo de la separación de los buenos y de los malos; ha llegado la hora de la confesión abierta.

En los días tibios de la paz, el frío y el calor pueden estar en una misma alma, mas cuando brillan los relámpagos del tiempo de Juicio hemos de presentarnos todos abiertamente; hemos de tomar una decisión y escoger: ¿Con Cristo o contra Cristo? ¿Con Dios o sin Dios? ¿Como hombres o como seres irracionales? ¿Alma también o solamente materia? ¿Vivir los valores morales o solamente por intereses? ¿Vivir honradamente o solamente buscando el éxito?...

¡Cuántas preguntas a las cuales hemos de contestar abierta, decidida, rotundamente! O reuniéndolas todas en una sola cuestión: *¿Cielo o tierra?*

Jesucristo ha tomado ya posiciones y ha fallado la cuestión al enseñarnos a orar de esta manera: *Padre nuestro que estás en el cielo*. Pero nosotros ¿confesamos esta fe? ¿La confesamos sin dudar? Porque de ello depende la solución del problema de la vida.

¡El problema de la vida! Quizá nunca se nos ha presentado tan agudamente como en nuestros días.

¿Cuál es el fin de la vida? ¿Por qué vivimos? ¿Para qué estamos en esta tierra?

¡Son preguntas tan conocidas...! ¿Dónde las vimos? Ah, sí, en el Catecismo. Ahí están reunidas en la primera pregunta del Catecismo, y se le da respuesta...; ni hoy podríamos encontrar otra mejor: "Para conocer, amar y servir a Dios y así salvarnos."

¡Qué palabras más sencillas! Pero ¡cuánta sabiduría descubren!

¿Para qué estamos en esta tierra? Para salvarnos. ¿Qué quiere decir *salvarnos*? Llegar a Dios y vivir con Él eternamente.

¡Vivir eternamente! Es el deseo más profundo y fuerte del hombre. Cada una de nuestras venas, cada fibra de nuestros nervios clama contra la muerte. Es la vida lo que anhela nuestra naturaleza y no la muerte. Por esto nos entristecemos cuando aparece una arruga en nuestra cara, cuando las canas, las piernas cada vez más débiles, la respiración siempre más cansada, nos dicen que nos vamos gastando, que vamos envejeciendo, que nos acercamos a la muerte. Y el hombre no quiere morir.

Entonces resurge nuestra fe: *no morirás*. Con tu muerte terrena, "la vida no se acaba, se transforma" (Prefacio de la Misa de Difuntos); el ocaso de tu vida terrena es el amanecer de tu vida eterna; el arroyuelo de tu vida terrena no es absorbido sin dejar huella en la arena del desierto, sino que desemboca en el océano de la vida eterna. Eres peregrino, mas no eres vagabundo que va errando sin meta fija... Vivirás eternamente... en el cielo.

Pero no me basta vivir eternamente, sino que *quiero además vivir libre y dichoso.*

En esta vida terrena, el hombre ni es libre ni es dichoso. Cuanto más culto e instruido, más lo siente y más le duele. Nos duele el sentir desde la mañana hasta la noche las barreras que nos cierran el paso, el sentir hasta qué punto nos vemos atados a la materia. Estamos sujetos al comer y al dormir. ¡Cuánto tiempo tendríamos de más si no estuviésemos obligados a comer y a dormir! Pero es necesario. Estamos atados a la casa y al vestido. ¡Cuánto disminuirían nuestras ocupaciones si no tuviéramos que dedicar muchísima atención a estas cosas materiales! Pero es necesario. En esta vida estamos muy lejos de ser libres.

¡Y también de ser felices! ¡Cómo nos acucia a todos el deseo de lograr la felicidad! ¡Qué inmenso salmo resultaría si reuniésemos los deseos que subyacen en el fondo de las almas ansiosas de felicidad! Pero ¡qué profunda elegía si reuniésemos las quejas de los millones de hombres que lloran por la dicha que se ha esfumado y por los dolores constantes y agudos que sufren! *Vanidad de*

vanidades, y todo vanidad (Eclesiastés 1, 2). De todas partes nos parece oír estas palabras de la Sagrada Escritura.

¿Dónde seremos libres y felices?, es la pregunta que nos sale a flor de labios. Mientras vemos que en esta vida son tan raros los días de sol y tan frecuentes las tempestades, oímos resonar las palabras de Jesucristo: *Padre nuestro que estás en el cielo*; y oímos también, como un eco dulcísimo, las palabras de San Pablo: *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni pasó por la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman* (I Carta a los Corintios 2, 9).

Hay más. No solamente quiero vivir libre y dichoso, sino también *en posesión de la verdad.*

¡Verdad, verdad!... ¡Cuánta fuerza irradias! ¡Cómo incitas al hombre y le urges para que vaya en tu busca, para que indague sin descansar hasta dar contigo!

Tú apremias a los niños para que asedien a sus padres con preguntas: *¿Por qué? ¿Por qué?*

Tú estás junto a los jóvenes que se fatigan por hallar la solución de un problema, y les trasmites el gozo cuando, por fin, pueden gritar con aire de triunfo: *¡Ya lo tengo!*

Tú no dejas descansar a los adultos, al filósofo, al investigador, al explorador del Polo; mueves al hombre a abrir las tumbas de los faraones de Egipto, para descubrir lo que ellas contienen; tú le empujas a descifrar los jeroglíficos ilegibles y a explorar todos los campos desconocidos...

Así nos espolea, quema e instiga el deseo ardoroso de la verdad..., y mientras vamos indagando, nos vamos dando cuenta de que cuanto más llegamos a conocer, tanto más crece ante nosotros el mundo que desconocemos, y de que toda verdad conocida nos propone diez nuevas cuestiones, a las cuales no podemos contestar en esta vida. Como si camináramos entre sombras, por un castillo encantado, en que nuestros débiles ojos sólo de vez en cuando divisan algún objeto, en medio del inmenso cúmulo de cosas y de mundos.

¿Dónde amanecerá para nosotros el sol brillante de la verdad que tanto anhelamos? Allá, en aquella patria de la cual afirmó San Pablo: *Ahora vemos a Dios como por un espejo y oscuramente, pero entonces le veremos cara a cara. Al presente le conocemos imperfectamente; pero entonces le conoceré claramente, como soy conocido*. (1ª Carta a los Corintios 13,12).

Y también allí disfrutaremos de *aquella tranquilidad y estabilidad* cuya falta notamos tan dolorosamente en esta vida.

Porque ¿quién no ha sentido la constante inestabilidad y agitación en la que vivimos? Cambia el tiempo, cambia el sol, cambian las estaciones, cambia nuestra salud, cambia nuestra felicidad, cambia nuestra vida... Todo se nos escapa de las

manos, todo corre hacia su término... La vida es un continuo entierro..., no hacemos más que sepultar... Un día sepultamos nuestros sueños, otro día nuestros deseos no realizados, ahora a uno de nuestros familiares, después a nuestros padres..., y llegará el momento en que otros nos enterrarán también a nosotros.

Pero ¿no hay país y vida sin entierros? ¿No hay país donde no se tenga que pensar con preocupación en el día de mañana para ver qué nos trae, o mejor dicho, qué nos quita? ¿No hay país en que no haya muerte, ni luto, ni ataúd, ni crespones negros, ni ojos quemados por las lágrimas, ni rostro surcado por los pesares?

Y escuchamos a Jesucristo: *Padre nuestro que estás en el cielo*. ¡Ah, sí!, éste es aquel reino. Este es el reino del cual está escrito: *No habrá ya muerte ni llanto, ni lamentos, ni habrá más dolor* (Apocalipsis 21, 4).

Vale la pena luchar por este reino. Vale la pena esforzarnos por él cumpliendo con nuestros deberes. Sí, vale la pena, porque al final nos dirá el Rey de ese reino: "Muy bien, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, yo te confiaré grandes cosas; ven a participar del gozo de tú Señor" (Mateo 25, 23).

La Sagrada Escritura dejó anotada un detalle (Daniel 6, 10), pequeño al parecer, pero muy interesante, sobre el profeta Daniel, cuando vivía desterrado en Persia. Construyó la ventana de su cuarto orientándola hacia Jerusalén. Y tres veces al día se arrodillaba, y mirando hacia su querida patria lejana, adoraba al Señor.

También a nosotros, que vivimos en este destierro, Nuestro Señor Jesucristo nos abrió una ventana orientada a la Jerusalén celestial, cuando nos enseñó la oración del *Padrenuestro*. ¡Nunca cerremos esta ventana! ¡No permitamos que la suciedad oscurezca sus cristales! Miremos con frecuencia a través de ella, hacia la patria eterna, en la que está nuestro Padre. Porque solamente con esta mirada, orientada siempre hacia el cielo, podremos poner nuestros deberes terrenos en perfecta armonía con nuestro fin último; solamente así podremos librarnos del pesimismo que de otra suerte se apodera irremisiblemente del hombre.

Esta vida terrena es dolor, engaño, desencanto para quienes no tienen abierta esa ventana hacia el cielo. Si vemos que esas pobres gentes se desesperan, no hay razón para sorprendernos; lo raro sería que pudiesen soportar esta vida tan dura sin fe en la vida del más allá.

En cambio, cuán tranquilo se presenta el horizonte y esclarecedor el camino de nuestra vida cuando brilla sobre nosotros la estrella del Reino de los cielos. Entonces sabemos que esta vida no es más que el principio, y que en el más allá tendrá su continuación; que esta vida es el prólogo del libro que en el más allá tendrá su edición completa; que esta vida es el arranque de un puente y que su

otro extremo está en el más allá, en la ribera opuesta, donde nos aguarda con los brazos abiertos nuestro Padre que está en el cielo.

Capítulo 21

CREO EN EL CIELO (I)

Caria a los Filipenses 3, 17-21.

Seguramente habrán visto casi todos mis lectores alguna catedral antigua, obras maestras de la arquitectura cristiana.

Mucho tiempo después de haberlas contemplado todavía nos subyuga el recuerdo de las múltiples impresiones, que allí se apoderaron de nuestra alma. Pues volvamos a visitar con la imaginación aquella catedral que más nos impresionó. Parémonos delante de los grandiosos ventanales; mártires y confesores nos miran desde allí con los ojos muy abiertos. Un mundo completamente distinto se irradia de esta mirada; se nota en esos ojos una voluntad decidida: la de querer realizar —cueste lo que costare— aun en esta vida terrena lo que se vive en el cielo.

Estando allí, bajo los brillantes ventanales seculares, una impresión inexplicable se apodera de nosotros. La misma luz de los ventanales se nos antoja como una luz de leyenda, luz irreal, que nada tiene que ver con las cosas de esta vida. Y ¿qué decir de la serie de escenas legendarias o históricas allí representadas, y que parecen tan distantes de nuestro mundo moderno?

Dejémonos penetrar por esta impresión: Realmente lo que vemos en los ventanales, lo que hicieron aquellos mártires y santos, sus victorias, sus sufrimientos, sus arengas, sus oraciones..., ¿no es esto precisamente lo que significa el verdadero progreso, la libertad de los hijos de Dios? ¿No es ésta la única, la verdadera victoria..., el triunfo sobre el dragón de siete cabezas que se oculta en nuestro interior? Y el fin que se proponían los santos, hacia el cual tendían todos sus pensamientos, por el cual latían sus corazones y sufrían y aguantaban, es a saber, la vida eterna..., ¿no es el único y digno fin de esta lucha y de esta vida terrenas?

Abandonemos las frescas naves de la catedral secular. Salgamos a la calle. Un tráfico inmenso... Pasan veloces los autos, vendedores de periódicos anuncian con voz estrepitosa las más flamantes y sensacionales noticias...; nosotros seguimos dando vueltas a lo que contemplamos; aun siguen mirándonos aquellos santos de los ventanales, con sus ojos muy abiertos, que nos preguntan todavía: ¿No tuvimos razón nosotros en tomar en serio —a costa de nuestra sangre, de nuestra vida— la vida eterna?

Padre nuestro que estás en el cielo. ¡Cuántas veces al día pronunciamos también nosotros estas palabras!; pero ¿las tomamos en serio?

Lector, yo te suplico que no te escandalices si te hago esta pregunta: Hermano mío, tú que rezas a diario: "Padre nuestro que estás en el cielo...", ¿crees todo lo que dices? ¿Crees en tu misión eterna, crees en la patria eterna? Dime, hermano mío, ¿crees tú en el cielo?

—Pero ¿cómo se le ocurre preguntarme eso? —me dirás—. ¿Rezaría yo si no creyese? ¿Iría a la iglesia y me llamaría católico?

Todo esto es verdad. Pero, a pesar de ello, he de formular la pregunta, porque en la vida de muchos no se vislumbra lo que afirman con los labios, es decir, no se conoce que crean en el cielo. Porque, si creo en el cielo,

I.— *Esta fe debe manifestarse en mi vida.*

Y II.—*Esta fe me debe orientar en los momentos difíciles.*

I

MI FE SE TIENE QUE MANIFESTAR EN MI VIDA

Si creo en la vida eterna, la primera consecuencia será que deberé tomarme en serio esta vida terrena.

¡Cuántos hay que pasan su vida *con frivolidad y despreocupación,* derrochando un año y otro año, sin acordarse siquiera de que los años pasados ya no vuelven, y olvidando que caminan continuamente con peligro de morir en cualquier momento; no sólo con peligro de desperdiciar la vida terrena, sino con este otro:

de perder la vida eterna, porque el abismo de la condenación abre sus fauces para tragárselos.

Pero ellos nada saben de todo esto... Hasta que un día les viene la muerte...

¿No ha sido así la vida de muchos hombres? ¿No son muchos los que durante años y decenios van errando, desafiantes sobre los espantosos abismos del pecado y de la maldad, y no saben, ni quieren imaginarse los graves peligros que afrontan... hasta que un día tengan que oír del mismo Dios la sentencia que juzgue su vida de ningún valor? Hermano mío, si tú crees en el otro mundo, no puedes vivir frívola y superficialmente.

Y no solamente has de evitar la frivolidad, sino que *has de estar preparado para todos los sacrificios.* En el año 1932 murió un multimillonario norteamericano llamado Minford. En su testamento dejaba toda su fortuna a su hija Grace con una condición: tenía que abandonar el claustro, porque de otro modo nada recibiría. Su hija, una monja dominica, ni un solo momento titubeó. Se limitó a decir, con una sonrisa: "Renuncio gustosamente a ese tesoro, porque sé que sólo puedo encontrar la felicidad allí donde me colocó la Providencia."

Eso es lo importante; tomarme en serio esta vida para cumplir la misión allí donde Dios me ha colocado y de esta manera merecer un puesto en el cielo, donde mi Padre celestial me espera.

Si creo, pues, en la vida ultraterrena, no puedo olvidar que mi patria está en el cielo (Carta a los Filipenses 3, 20), y, *por tanto, debo conformar mis deseos y mis planes con esta creencia.*

Todos hemos de vivir con los pies en la tierra, más *no consintamos que nos absorban los intereses terrenos ni que nos tengan apegados al suelo.* Cumplamos nuestros deberes de esta vida terrena, pero no descuidemos la vida eterna.

No vayamos a correr la suerte del cardenal-arzobispo Tomás Wolsey, canciller del rey Enrique VIII de Inglaterra. Las miras del cardenal estaban muy pegadas a este mundo; no buscaba más que ganarse la complacencia del rey, y hasta le ayudaba a secundar sus planes para nada santos. Con todo no logró conservar el favor real. Enrique VIII hizo ejecutar a muchos inocentes, y también a su canciller. Cuando le apresaron para llevarle a morir, exclamó desesperado: "¡Desgraciado de mí! No me he preocupado de Dios, no he buscado más que el favor del rey, y ahora he perdido a ambos."

¡Qué atroz desengaño! ¡Cuidado! Amemos, sí, esta vida terrena, mas no olvidemos aquella otra, nuestra patria eterna. Cumplamos nuestros deberes familiares y sociales, mas no descuidemos los deberes que nos incumben respecto de la vida futura. Es lícito que procuremos asegurarnos los bienes

terrenos, mas no dejemos de atesorar allí donde *no llegan los ladrones, ni* roe *la polilla* (Lucas 12, 33).

Suele compararse la vida con el mar. No lo olvidemos; sólo entraremos en puerto seguro *si llevamos la fe por timonel.*

En un antiguo castillo danés, en Kronberg, pueden verse cuatro cuadros interesantes, uno junto al otro. El primer cuadro representa la infancia. Un velero emprende su camino saliendo del puerto hacia alta mar. En medio de la embarcación está sentado tranquilamente el niño, y observa como juguetean las olas. Está tranquilo, porque un ángel tiene el timón en la mano. Otra figura oscura, que también se ve en el barco, está dormida profundamente.

El segundo cuadro representa la juventud. El niño, ya convertido en joven, clava su mirada en la misteriosa lejanía, en el porvenir desconocido, pero que promete tantas hermosuras. El timón sigue aún en manos del ángel, pero.... por desgracia..., el maligno compañero de viaje ya se ha despertado, y a hurtadillas se acerca al timón.

El tercer cuadro es el de la edad madura. El hombre, tensas todas sus fuerzas, está luchando con el huracán desatado. El mar está oscuro; sombrío está el rostro del hombre; el timón está en manos del espíritu maligno, que con sonrisa diabólica dirige el rumbo hacia la tempestad.

En el cuarto cuadro se ve en el barco a un anciano encanecido y quebrantado; el puerto se divisa en la cercanía. La tempestad se ha apaciguado; los rayos del sol en su ocaso doran la superficie tranquila del agua. En el rostro del anciano marino hay una paz infinita. Junto al timón aparece nuevamente el ángel..., y el maligno compañero de viaje ha desaparecido por completo, ha sido derrotado definitivamente...

¿No hablan de nuestra propia vida uno u otro de estos cuadros? Mientras la fe ilumina nuestro camino, la nave se desliza tranquilamente hacia el fin dispuesto por Dios. Pero nos vemos envueltos en horrendas tempestades, cuando confiamos el timón de nuestros deseos y planes al instigador pecado. ¿Quieres, hermano mío, que la nave de tu vida avance con seguridad hacia el Padre celestial? Fíjate bien entonces en qué manos pones el timón. Procura que tu fe resplandezca en tus deseos, en tus planes, y aun en tus mismas diversiones!

Sí; que se vea en tus mismas diversiones.

San Pablo anotó con tristeza en cierta ocasión: “Muchos andan por ahí, como os decía repetidas veces (y aun ahora lo digo con lágrimas), portándose como enemigos de la cruz de Cristo; su paradero es la perdición, su Dios es el vientre, y hacen gala de lo que es su perdición” (Carta a los Filipenses 3, 18-19). ¿No sentiría el Apóstol la misma impresión hoy día, si diese una mirada a nuestro mundo?

¡Cuántos adoran —no ídolos fabricados de piedra—, sino *los ídolos de la vida frívola, superficial y los goces desenfrenados!*

Antes de Cristo el hombre adoraba los animales, los árboles, las piedras, los metales, la arcilla; el hombre moderno transforma en ídolos el cuerpo humano, la salud, el dinero, la hermosura corporal, los goces, el comer y el beber, el juego y el baile.

Por millares se cuentan los ídolos que en torno nuestro muestran su rictus espantoso, y ante ellos se postra el hombre, arrastrando su alma por el polvo... Aquel hombre del cual dijo el Salmista, dirigiéndose a Dios: "Lo hiciste algo inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y majestad" (Salmo 8, 6). ¿Con qué ánimo pueden pronunciar estos tales —estos pobres hombres tan materializados—, con qué ánimo pueden pronunciar las divinas palabras: "Padre nuestro que estás en el cielo..."?

Que no se me entienda mal. *Si el hombre quiere divertirse sencillamente y* descansar del trabajo rudo de cada día, *nada se le puede objetar.*

Nuestra fe católica no condena la diversión honesta, sino aquel deseo desenfrenado y desmedido de goces, que se ha apoderado de la humanidad actual y que, rebasando todo límite moral, busca afanosamente los goces sensuales.

Mas alguien estará pensando:

—Pero ¿qué anacronismo es éste? ¡Sacrificar los goces palpables por el galardón lejano del cielo!

Realmente es así; pero es precisamente lo que San Pablo llama *la locura de la cruz* (I Carta a los Corintios 1, 22); locura que nunca se hallará en las almas rastreras, superficiales y egoístas.

Únicamente la fe en la vida eterna nos predispone para tomarnos la vida en serio, y orientarnos en sus graves problemas.

II

LA FE ME ORIENTA EN LOS GRANDES PROBLEMAS DE LA VIDA

Si creo en el cielo esta fe será una luz bajo la cual podré juzgar rectamente las grandes cuestiones que se me puedan presentar en la vida.

Una de estas grandes cuestiones fundamentales es, por ejemplo, *el recto acoplamiento de la vida eterna con mis deberes terrenos.*

Si creo en la vida eterna se notará también en mi labor terrena, *en el cumplimiento más exacto de mis deberes.*

Es acaso el resultado que menos esperábamos. Podía parecer que quien vive con intensidad la vida de la fe sólo cumple a regañadientes, de mala gana, sus deberes en este mundo.

Y, sin embargo, ocurre precisamente lo contrario. En cierta ocasión San Ignacio preguntó a uno que trabajaba negligentemente:

—¿Por quién trabajas tú? —le preguntó.

—Por la gloria de Dios —contestó el otro.

—Pues si trabajas por un Señor tan grande, ¿cómo es posible que hagas tan mal tu trabajo?

Luego, ¿no es verdad lo que, por desgracia, creen muchos, a saber, que todo el que está dominado por el pensamiento de la eternidad es inútil para la vida terrena y anda como aturdido en los asuntos terrenos? ¿Cómo va a ser verdad? Todo lo contrario; el pensamiento de la eternidad aumenta precisamente la conciencia de nuestra responsabilidad en lo que atañe a la vida terrena.

Porque si es verdad que he de merecer la vida eterna, cumpliendo fielmente con la vida terrena, no me entregare a la holgazanería, a juergas y diversiones, sino que cumpliré mi deber lo mejor posible allí donde la Providencia me haya colocado.

Sólo así también yo podré cerrar la vida con las palabras con que terminó su gran obra el gran astrónomo francés Leverrier. Este astrónomo de fama mundial fue tan profundamente creyente como grande su talla de científico. Después de un trabajo intenso de treinta y cinco años, terminó su obra gigantesca, el mapa sideral de Júpiter y Saturno. En la última página de su obra inmortal escribió con el corazón agradecido una cita tomada de la Sagrada Escritura: “Ahora, Señor, ahora ya puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa” (Lucas 2, 19).

¡Ojalá yo pudiera decirlo al final de mi vida! Mas la fe no sólo nos orienta en las cuestiones de principios, sino también en los problemas de orden práctico que se presentan en la vida diaria. Ahí está, por ejemplo, la divisa tan cacareada en nuestros días, la divisa de la eugenesia, la *cuestión de la esterilización.*

Se dijo a voz en grito que los descendientes de tarados, enfermizos, débiles o nerviosos, tienen sencillamente que ser despojados de la posibilidad de tener prole. Que sólo así se podrá “criar” una raza de hombres más sana y más fuerte.

Bien sabes, lector, que el Papa Pío XI levantó abiertamente su voz contra semejante “cría de hombres”. La Iglesia condena la esterilización. Muchos no saben por qué.

Pues sencillamente porque ella cree en la otra vida; porque ella cree en el alma inmortal; porque ella cree y confiesa que no estamos creados únicamente para

esta vida terrena, y que el hombre es algo más que cerebro, algo más que nervios y tejidos musculares.

Y es así. Mi cuerpo puede ser enfermizo, raquítico... y tener, no obstante, un alma grande.

¿No habló ya en su tiempo el mismo Platón de la *locura divina* de los poetas?

¿No afirmó Aristóteles que no hubo ingenio grande sin una mezcla de locura (*nullum magnum ingenium sine mixtura dementiae fuit*)?

¿No conocemos hombres de fama mundial que, por desgracia, acabaron su vida en el manicomio; hombres que la actual corriente de esterilización ni siquiera habría dejado nacer..., y a pesar de todo enriquecieron con obras inmortales el tesoro de la cultura humana?

El *Cuervo,* de Edgar Poe; *El viaje de Gulliver,* de Swift; el *Requiem,* de Schumann; el *Faust,* de Gounod; la *Jerusalén,* de Tasso; los capítulos más emocionantes de *Una mirada,* de Esteban Széchenyi, nacieron en cerebros alucinados, cuando brillaba, por tiempo más o menos breve, el alma inmortal y triunfaba sobre un organismo enfermo.

¡Porque hay alma! Nosotros creemos en el alma; creemos en el otro mundo.

Y si creemos, nuestros ojos ven de muy distinta manera los acontecimientos de esta vida terrena; otro es nuestro gusto en los goces y en las alegrías de esta vida; otro nuestro juicio frente a los acontecimientos.

Ahí tienes el *sub specie aeternitatis,* de que hablan con frecuencia los autores espirituales. ¡Cuánta sabiduría, cuánta tranquilidad, qué armonía llenan el alma de quien ha aprendido a juzgarlo todo *a la luz de la eternidad! ¡Sub specie aeternitatis!*

Es lo que resuena constantemente en nuestros oídos, día tras día, al empezar a rezar la oración del Señor: Padre nuestro que estás en el cielo...

* * *

La vida terrena es muchas veces difícil, y son muy fuertes sus tentaciones; muchas veces hay que sacrificarse y hacer renuncias, hay que refrenar nuestros deseos instintivos..., mas nunca hemos de desalentarnos, nunca hemos de ceder a la debilidad, nunca hemos de cejar en nuestra lucha por el cielo.

Acordémonos en estos trances del suspiro doloroso de Enrique VIII, Rey de Inglaterra.

Sabemos por la historia que repudió a su mujer legitima para casarse con otra: Ana Bolena. Arrancó todo su reino del seno de la Iglesia católica, porque el Papa no le permitió que se divorciase de su esposa.

Una noche contemplaba con Ana Bolena, asomados a una ventana, las estrellas brillantes del firmamento. El corazón de la joven reina se enterneció..., acaso fue un efecto del brillo de las estrellas.... acaso despertóse en ella el recuerdo de su juventud inocente..., y exclamó profundamente conmovida: "¡Cuán hermosa es la bóveda estrellada! Pero cuánto más hermoso ha de ser allá, más allá de las estrellas..., en el cielo..., junto a Dios!" El rey la cogió de la mano, la apartó de la ventana, y con la cabeza inclinada no dijo más que esto: "¡Ana, aquello no es para nosotros!"

¡Pobre rey! A tus pies un bello reino. Todos tiemblan ante ti... Mas tú te estremeces ante la luz temblorosa de las estrellas, porque te recuerdan que aquel Reino no es para ti; que solamente es para los puros, para los virtuosos, para los que aman a Dios.

¡Ay! ¿No viven en torno nuestro muchos Enriques que lo tienen todo: tienen palacio, tienen bienestar, tienen la segunda, tercera o cuarta mujer —¡viviendo todas!—, lo tienen todo..., sólo que no se atreven a mirar la bóveda estrellada, porque sienten que *no es para ellos*?

¿No viven también hoy día muchas Anas Bolenas, que lograron un esposo distinguido, fortuna, apellido de alto abolengo, casa hermosa, auto, joyas, vestidos...; pero hubieron de dar a trueque su propia alma, su convicción religiosa, su intangibilidad moral? Todo lo tienen..., únicamente les falta poder levantar la vista al cielo estrellado y rezar: "Padre nuestro que estás en el cielo"; porque al momento se pondrían a hablar las estrellas en tono de protesta: "¡Ana, esto no es para ti! El cielo es para los virtuosos, para los creyentes, para los honrados."

¡No vendamos el puesto que nos está reservado en el cielo! ¡No vendamos nuestro derecho de poder mirar alegremente con santa nostalgia las estrellas y poder decir: "También yo soy de aquel país que está más allá de aquellas estrellas"! Y si algunas veces es muy fuerte la tentación y nos parece sentir el pecado que nos acecha..., entonces, sí, principalmente entonces, miremos con una nostalgia afectuosa las brillantes estrellas, y digamos para nosotros mismos lo que el rey desgraciado dijo a aquella mujer desgraciada..., sí, digámoslo, mas con otra acentuación: ¡Cuidado, que esto no es para ti! ¡El pecado no es para ti; tú eres hijo de Dios, tú eres heredero del cielo; no vendas tu herencia! ¡Cuidado !, sé fuerte... ¡que el pecado no es para ti!

Señor Nuestro Jesucristo, que nos enseñaste estas sublimes palabras "Padre nuestro que estás en el cielo...", ayúdanos a vivir de tal manera que el cielo sea para nosotros, para que un día podamos ver a nuestro Padre celestial.

Capítulo 22

CREO EN EL CIELO (II)

San Juan 14, 1-3

Nuestro Señor Jesucristo conocía muy bien la naturaleza humana. Había de tener, por tanto, un profundo motivo para añadir a esta invocación: *Padre nuestro*, la frase *que estás en el cielo*. Conocía la inmensa fuerza de atracción que la tierra ejerce sobre nosotros los hombres. Con el alma llena de dolor veía la gran muchedumbre de millones de hombres que se dejan absorber del todo por los deseos y objetivos terrenos, y por esto dio comienzo a su oración levantando nuestras almas de los pesares y miserias de la vida terrena a las alturas celestiales.

Nuestra tragedia es que en el fondo de nuestras almas todos nos sentimos inclinados a Dios, mas los pesares y los goces de nuestra vida diaria, ponen sin cesar obstáculos a este empuje que nos dirige hacia las alturas.

Nuestra tragedia está en que con frecuencia nos desviamos del camino en que nos colocó Dios, y que nos llevaría directamente a nuestra mansión eterna; nos desviamos y acaso nos perdemos para siempre.

Nuestra tragedia está en que consentimos que el tesoro que nos fue confiado por Dios caiga durante el camino en manos de los bandoleros, sea entregado al servicio de los goces pecaminosos y de la vana frivolidad, y así nos presentamos nosotros con las manos vacías delante del Padre celestial.

Por esto nos amonesta la oración del Señor de este modo: ¡Hombres, conservad vuestra alma! Acordaos día tras día de vuestro fin último y clamad a vuestro Padre diariamente: "Padre nuestro que estás en el cielo..."

Hubo tiempo en que la Tierra fue un globo ardiente; no había en ella vida alguna, y vendrá época en que nuevamente cesará la vida en ella. Mas no tenéis que preocuparos por esto. Hay además de este mundo otro: el Reino de mi Padre. *"No se turbe vuestro corazón. Pues creéis en Dios, creed también en Mí. En la* casa *de mi Padre hay muchas moradas"* (Juan 14, 1-2). Por tanto, aunque veáis cómo van royéndolo todo los dientes de la caducidad de esta vida, levantad vosotros la cabeza con gran confianza y decid: "Padre nuestro que estás en el cielo."

No os quedéis pegados a este mundo efímero. No concentréis acá abajo todos vuestros planes y deseos. No sacrifiquéis vuestra herencia celestial por ventajas y goces efímeros, fugaces y terrenales. ¡Cuidado!, que ni el goce de la vida terrena os hechice ni su podredumbre os desanime hasta el punto de que por ello os olvidéis de la otra vida, la única verdadera..., ¡la vida eterna!

Ved, pues, qué sublimes enseñanzas se encierran en las primeras palabras del *Padrenuestro*.

Si creo en los cielos, debo manifestar esta creencia en mi vida; tal fue el tema del capítulo anterior. En el presente capítulo vamos a dar un paso más: mi fe se debe también manifestar en mi manera de sufrir y en mi muerte.

I

LA FE SE MANIFIESTA EN LA MANERA DE SUFRIR

Mi fe se debe manifestar en mis sufrimientos, tanto espirituales como corporales.

Sufrir, llorar, luchar con la desgracia... es el eterno problema del hombre. No lo podemos evitar. Por tanto, procuraré hacerme dueño de la situación. Mas ¿de dónde sacar fuerzas? *De la fe en la vida eterna.*

He de acostumbrarme a pedir que Dios me aconseje en los momentos de crisis. Cuando alguien cae gravemente enfermo, se llama a los médicos más renombrados y éstos consultan entre ellos para tratar del caso. Esto resulta algo caro y no se lo puede permitir cualquiera. En cambio, al alcance de todos está celebrar una consulta con el nuestro Padre celestial en los momentos más críticos y decisivos de la propia vida.

Esta debe ser la conducta del que sufre: tratar con Dios. Esto deben hacer los buenos cristianos: hablar con Dios, pedirle fuerza y consejo. Trata con Él en todos tus momentos difíciles.

Porque de lo contrario..., ¿qué te ocurrirá? ¿Qué ocurrirá si el esposo se queja únicamente con la esposa, si la mujer solamente con su marido, y no se dirigen también a Dios? ¿Sabéis qué sucederá?

Si los hombres se quejan continuamente unos a otros, sólo conseguirán hacer más grande su amargura y desesperación. En cambio, ¡cómo se alivia nuestra vida —aun la más triste, aun la más dolorosa—si sabemos depositarla ante el trono de Dios.

¡Qué paz se logra de esta manera! Aquel que en el día de la gran desgracia suele consultar al Señor, no solamente soporta su dolor, sino que *en medio de la tribulación llega a descubrir los planes divinos.* Comprende que aquella desgracia se cruzó con sus planes terrenos y los desbarató, precisamente para que él encontrara el camino recto que le lleva hacia Dios.

Este es el verdadero sentir cristiano. Cualquier desgracia que nos hiera, material o espiritual —sea que hayamos perdido un empleo, la fortuna, la salud, a nuestros padres o hijos—, lo que importa es llevar nuestro dolor ante el altar, cubrirlo con las flores de la resignación, y después abrir nuestra alma para tratar con Dios los negocios de nuestra vida.

Cuántas veces tendremos que oír advertencias como éstas: Tú necesitabas esto. No digas que no con la cabeza..., sí; tú lo necesitabas. Ya te absorbían demasiado los asuntos de la tierra. Los mezquinos ideales del frívolo mundo se habían apoderado demasiado de ti. Llegaste a sólo pensar en esta vida temporal y a edificar sobre ella.

Ved aquí, pues, cómo aun en medio de la más negra noche —noche sin estrellas— que nos abruma, se enciende siempre una luz viva, si nos acostumbramos a consultar con Dios todos nuestros asuntos. De esta suerte lograremos que nuestra fe me proyecte sobre los sufrimientos del espíritu.

Ha de manifestarse también en los sufrimientos corporales.

A la luz de la fe podemos encontrar sabia respuesta a los tópicos de moda, que de otra manera no sabríamos enjuiciar como es debido. Así, por ejemplo, bajo el velo de una absurda filantropía se lanzó *la idea de la "eutanasia", de la "muerte fácil y acelerada"*. Los entusiastas de la "eutanasia" no cesan de pintarnos con colores muy conmovedores los tormentos de los enfermos, la crueldad de verlos sufrir cuando es posible poner fin a su vida, que de todos modos carece ya de objetivo, y hacerlos dormir apaciblemente para toda la eternidad con una pequeña inyección.

¿No es esto verdadero amor al prójimo?, preguntan con cierto aire de superioridad. ¿No es amor verdadero el hacer que cesen los tormentos de los que

sufren? La Iglesia católica, que se ufana de pregonar el amor a los prójimos, ¿por qué se levanta en contra y prohíbe la eutanasia?

Pues está en contra y la prohíbe..., ¿sabéis por qué? Porque... *cree en el otro mundo.*

¿Es lícito suprimir la vida del enfermo? No. Porque es Dios únicamente quien teje el hilo de la existencia; así como de Él tomó principio la madeja, en sus manos debe estar también el final de la misma. ¿Quién puede atreverse, por tanto, a cerrar unos ojos humanos antes de tiempo?

Entiéndase bien. El Cristianismo no prohíbe mitigar los dolores del enfermo; no se trata de esto. Prohíbe solamente quitarle la vida, aunque, al parecer, carezca ya de objetivo. Prohíbe el que se prive al enfermo de su lucidez en las últimas horas, porque, aunque parezca otra cosa, no hay vida sin objetivo, no hay sufrimiento inútil.

Y del sufrimiento, de la expiación, de la madurez espiritual, de la transformación, de la vuelta a Dios en los últimos instantes puede depender toda la vida eterna. Quien no crea en la vida eterna escuchará todo esto como si le hablasen en chino. Mas quien tenga fe, la manifestará en el mismo sufrimiento; así en el sufrimiento espiritual como en el corporal.

II

LA FE SE MANIFIESTA EN LA MUERTE

Si creo en el cielo, esta creencia se ha de manifestar no solamente en la manera de sufrir, sino también en la de morir.

Porque he de familiarizarme con la idea de que un día u otro he de morir.

Trabajo sin descanso, hago planes, construyo, me preocupo del porvenir..., en una palabra, cumplo en todas mis obligaciones temporales; pero me descuido de una cosa; todo esto no es más que tránsito, no es más que viaje, y *llegará el momento en que se pare mi reloj,* como se paró aquel reloj de Sedán.

¿Conoces su historia? Cuando el 1 de septiembre de 1870, a las once y media de la mañana, el combate estaba en su apogeo cerca de Sedán, cuando luchaban encarnizadamente franceses y alemanes, dos balas se clavaron en el gran reloj del pueblo de Bazzilles, que está muy cerca de Sedán. El reloj quedó parado. Y desde entonces parado está. Está así, sin cambiar, señalando las once y media: el momento en que se decidió la suerte de la gran batalla.

Según una expresión del libro de Job, *la vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra* (Job 7, 1). Y en este combate todos recibiremos un día u otro el balazo mortal, en que se quede parado el reloj de la vida..., y así como fuere hallado en aquel momento se quedará por toda la eternidad.

La Sagrada Escritura nos llama la atención repetidas veces, invitándonos a estar preparados para ese decisivo momento: “Ni sabe el hombre su fin, sino que como los peces se prenden con el anzuelo y como las aves caen en el lazo, así los hombres son sorprendidos por la adversidad, que los sobrecoge de repente” (Eclesiastés 9, 12).

Sí, también se quedará parado mi reloj, porque todo es efímero en este mundo y *todo lo hemos de abandonar.*

En la Riviera italiana hay un hermosa quinta en medio de un parque. Los transeúntes que pasan junto a ella, la miran y piensan con envidia en su propietario hasta que llegan a sus más inmediatas cercanías. Porque al llegar hasta su puerta leen con desilusión sobre su entrada esta sola palabra: *Relinquenda,* “hay que abandonarla”. Una peculiar inscripción, pero muy verdadera.

Es verdad no solamente si se refiere a esta quinta magnífica, sino a todas las cosas y goces de este mundo. Sobre todos ellos pudiera estar escrita con caracteres de espanto la palabra *Reliquenda,* “has de dejarlo”. Has de dejar la tierra; pero te espera otra patria, te espera el cielo.

El hombre prefiere no pensar en ello, y sin embargo, en eso consiste la mayor sabiduría de nuestra vida.

Si el gran científico Ampére no hubiese sido hombre de una fe profunda, ¿habría podido pedir que se pusieran, a manera de epitafio, sobre su tumba estas dos palabras: *Tandem felix,* “feliz por fin”? Sí, así ha de sentir quien reza a diario y con fe: “Padre nuestro que estás en el cielo.”

Cuanto más piense en la vida eterna, más segura la tendré.

Una compañía de seguros empleó el siguiente reclamo: “El que tiene su casa asegurada la puede abandonar con tranquilidad aun por largas temporadas.”

Llegará ciertamente un día en que todos habremos de abandonar nuestra casa, nuestra vida mortal... ¿Podremos dejarla con tranquilidad?

Un día entrarán ladrones en nuestra casa...; el mismo Jesucristo dijo que la muerte nos asaltará como ladrón (Mateo 24, 43-44); ¿estaremos entonces bastante asegurados?

Si tenemos fe y según ella vivimos, si sabemos que en el otro mundo nos espera el Padre celestial, a quien hemos querido servir con todo el corazón mientras duró nuestra vida, ¡ah, sí!, entonces tendremos muy bien hecho nuestro seguro. No habrá que temer entonces en el último recodo del camino, cuando hayamos de abandonar definitivamente nuestra casa de aquí abajo.

El pájaro vuela hacia las alturas; el árbol crece hacia arriba; el rayo de sol atrae hacia lo alto las espigas caídas, quebrantadas por el granizo... Así yo también

levantaré mis ojos casi apagados, vidriosos, hacia el Padre celestial, en el trance de mi agonía.

Si creo en el cielo tengo que *procurar prepararme para el postrer camino.*

No se puede ponderar lo bastante la *inmensa ayuda de la que se le priva al enfermo grave cuando se le engaña con mentiras y se le oculta la gravedad de su estado.*

No intento yo con esto que se diga al enfermo con rudeza y sin miramientos que dentro de pocos días u horas que va a morir. No. Se trata de que el amor verdadero tenga los suficientes recursos para procurar la gracia confortadora de los últimos Sacramentos al enfermo que sostiene su postrer combate.

Cuando el balazo mortal del cazador hiere al ciervo es precisamente cuando el pobre animal más anhela el agua fresca para mitigar la fiebre que le consume; este balazo mortal hirió ya a vuestro querido enfermo..., la fuente refrescante está para él en la gracia de los Sacramentos.

Cuando los antiguos gladiadores se fatigaban en la pelea, se ponían bajo de la *meta sudans,* para que el agua fresca con que se les rociaba les confortase en el último combate. Para el último combate de vuestro querido enfermo, la fuerza reconfortante brota del surtidor de los Sacramentos.

Por tanto, si creemos en el cielo no podemos consentir que nuestros enfermos mueran sin Jesucristo... ¡Qué horroroso debe de ser "¡morir sin Cristo!"!

Salí del Padre y vine al mundo —dijo en cierta ocasión Jesucristo—; *ahora dejo el mundo y otra vez voy al Padre* (Juan 16, 28).

Estas líneas vienen a ser un breve resumen de la vida terrena de Jesús... ¡Cuán dichoso es el hombre que puede también terminar su vida mortal con estas palabras'

Salí del Padre. Esto se lo puede aplicar cualquiera. Dios nos creó a todos; formó nuestro cuerpo valiéndose de nuestro padres, creó nuestro espíritu por su acción inmediata.

Ahora dejo el mundo. También esto se lo pueden aplicar todos los hombres. Hagas lo que hagas, por más que te esfuerces para alejar de ti la muerte, no lo lograrás; ella se acerca más y más cada día. ¿Cuándo empieza el hombre a morir? En el momento en que empieza a vivir. Las palabras de Jesucristo pueden, por lo mismo, ser aplicadas a todo el mundo.

Pero hay algo más. Dijo también Jesús: *Ahora dejo el mundo y otra vez voy al Padre.* ¿Podré afirmar esto también de mí?

Si lo digo muchas veces durante mi vida, tendrá también validez en el trance de mi muerte. Si me asaltan las tentaciones y pretende el pecado seducirme y me quiere arrastrar la vida frívola; yo lo venzo todo exclamando: "¡Dejadme!, que voy

al Padre...”; si quieren apoderarse de mí el cansancio y el desaliento y tengo que sufrir la traición de mis mejores amigos, y los más próximos allegados me amargan la vida; yo replico: “¡No me es lícito desalentarme, porque voy al Padre!...” Si en mis últimos momentos viene a visitarme Jesús Sacramentado, y con Él paso por el umbral del más allá..., ah, sí, entonces también yo podré decir por vez postrera: *Voy al Padre*.

Entonces se cumplirán en mí las palabras de la Sagrada Escritura: “Las almas sin embargo de los justos están en la mano de Dios; y no llegará a ellas el tormento de la muerte. A los ojos de los insensatos pareció que morían.... mas ellos, en verdad, reposan en paz” (Sabiduría 3, 1-3).

Oh, yo creo en la vida eterna, creo en el cielo. Creo; por eso, al abandonar el mundo, también yo podré ir al Padre.

III

¡HE DE LLEGAR A MI PADRE!

¡Cueste lo que costare, he de llegar también yo a mi Padre!

¿Cómo llegaré?

Al subir a los cielos Nuestro Señor Jesucristo, los discípulos le contemplaban absortos. Y aun después que la hermosa figura del Maestro hubiese desaparecido totalmente seguían los discípulos mirando al cielo con dolorosa nostalgia. Dos ángeles que aparecieron entonces a los Apóstoles y se encargaron de romper aquel arrobamiento y de volverlos a la triste realidad con palabras de cariñoso reproche: *¿Por qué estáis ahí parados mirando al cielo. Este Jesús, que habéis visto subir al cielo, vendrá de la misma manera como le acabáis de ver” (Hechos de los Apóstoles 1, 11).*

Estos dos ángeles podrían ciertamente presentarse a muchos hombres de hoy y preguntarles con un tono más fuerte de advertencia, precisamente lo contrario: *¿Por qué estáis ahora parados mirando... la tierra?* ¿Siempre la tierra, solamente la tierra? ¡Como si no tuvieseis una patria eterna! ¡Como si en la tierra se encerrasen todos vuestros anhelos! No olvidéis que este Jesús que ha subido al cielo vendrá un día para llevaros también a vosotros... si es que lo merecéis.

¡Si es que lo merecéis!... Ah, sí. Yo quiero merecerlo. *No quiero perder frívolamente este derecho.* No quiero correr la suerte de aquel *dux* veneciano llamado Marino Falieri.

En un palacio de Venecia se puede contemplar, en grandes retratos, a todos los caudillos de la gran república. Un cuadro tras otro, en larga exposición... No hay más que un hueco, y es el sitio que corresponde a Marino Falieri, porque traicionó

a la ciudad. ¿Cuál fue su castigo? Tapar con una cortina negra el puesto de honor que le debía corresponder a su retrato.

¡Cortina negra sobre el puesto de un traidor!

Nosotros también tenemos un puesto de honor en el Reino de los cielos. Seamos dignos de él. ¡No seamos traidores!

¿Ser dignos? *¿Cómo podemos ser dignos de la vida eterna?*

Es una de nuestras cuestiones más vitales. Lo fue también para aquel joven que en cierta ocasión se acercó a Jesús y le preguntó: *Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?* (Mateo 19, 16).

Y ¡qué respuesta tan sencilla!: *Guarda los mandamientos*. En primer lugar, el mandamiento principal, en que están contenidos todos los demás: *Ama a Dios. Y* después: *Ama a tu prójimo.* Trabaja, cumple tus deberes, lucha sin cesar contra el pecado. Ese es el camino real que lleva al Reino de los cielos.

¿Que ello cuesta sacrificios? No lo niego. ¿Que ello supone estar vigilante y una lucha continua? Claro que sí. ¿Que por ello has de renunciar a muchas cosas que tus sentidos anhelan codiciosamente? No lo niego. Pero vale la pena.

Y si sabes que algo te cierra el camino, por muy apegado que estuvieses a ello, acuérdate de la grave advertencia del Señor: *Si tu mano o tu pie te es ocasión de escándalo, arrójalos lejos de ti: pues más te vale entrar en la vida* eterna *manco o cojo, que con dos manos o dos pies ser precipitado al fuego eterno* (Mateo 18, 8).

* * *

En todas las olimpiadas que se celebran, hay previamente todo un desfile de la llama olímpica con que se inauguran estos certámenes mundiales.

En Grecia, en el mismo lugar de los antiguos juegos, se enciende semanas antes el fuego olímpico; un primer corredor designado al efecto, lo coge en su mano con emoción, y siguiendo las antiguas ceremonias, después de recorrer cierta distancia entrega la antorcha llameante a otro corredor que le esta esperando, y éste a un tercero, el tercero al cuarto..., y así, sucesivamente. De esta manera la llama encendida en la patria de las olimpiadas corre de mano en mano, de país en país —en cada país se necesitan cientos de corredores que se pasan la antorcha—, hasta llegar triunfalmente al sitio de las olimpiadas actuales, donde le esperan el grito jubiloso de los mejores campeones de todo el mundo, reunidos para dar comienzo a la magna competición.

Todas las veces que pronunciamos las primeras palabras de la oración: “Padre nuestro que estás en el cielo... “, hemos de recordar que todos somos portadores de una antorcha en esta tierra, que llevamos todos en el alma aquel fuego sagrado que el Señor encendió en nosotros, y que el único deber de toda nuestra vida terrena es entrar un día con esta llama en el Reino de Dios, donde no los

mejores campeones del mundo, sino los ejércitos de los ángeles y las almas más nobles, congregadas de todo el universo, nos recibirán con los vítores a que tiene derecho el vencedor.

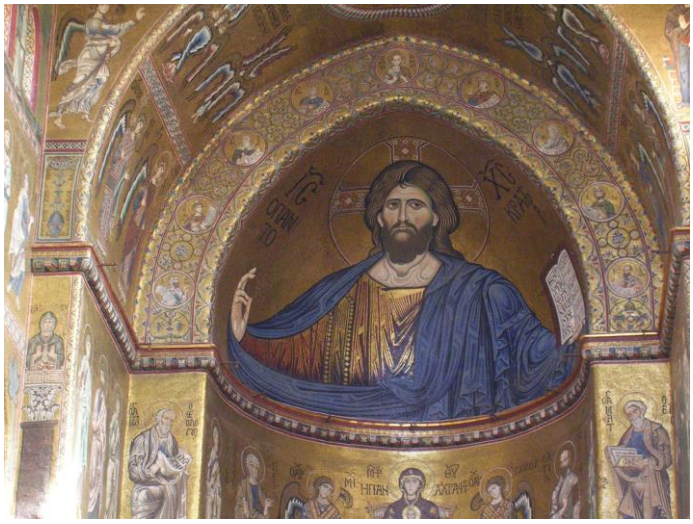
Señor Jesucristo, que dijiste *Yo he venido a poner fuego en la tierra. ¿Y qué he de querer sino que arda?* (Lucas 12, 49), te suplicamos conserves en nosotros a salvo la llama celestial para que un día, después de la carrera sudorosa de la vida terrena, podamos depositarla ante el trono del "Padre que está en el cielo".

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

Capítulo 23

¡HONRA A DIOS!

San Juan 17, 1-5



Hasta ahora sólo hemos gustado la dulzura de esta invocación de la oración del Señor: "Padre nuestro que estás en el cielo." Hay tantos pensamientos profundos, tantas enseñanzas, tanto consuelo y aliento en esa frase introductoria, que no ha de pesarnos haber gastado papel y tiempo en explotar los valores espirituales que hay en la mina riquísima de esta invocación tan admirable.

Pero ya podemos dar un paso más, y empezar el estudio de las peticiones que encierra el Padrenuestro. Sabemos que son siete. ¿Cuál es la primera? ¿Qué es lo que Cristo considera deber primordial de la humanidad? ¿Cuál es el deber que por su importancia se sobrepone a todos los demás? Porque es natural que eso lo ponga el Señor en la primera petición.

Oigamos la palabra de Jesucristo: "Padre nuestro que estás en el cielo, *santificado sea tu nombre..."*

Santificado sea tu nombre. Tal es la primera petición de la oración del Señor; éste es, por tanto, el fin primordial del mundo creado, el deber principal del hombre: santificar el nombre de Dios.

Quisiera convencer a mis lectores de que realmente por este motivo existe todo en el mundo; de que realmente éste es nuestro deber principal. Dedicaré los

capítulos siguientes a dilucidar estas cuestiones: cómo podemos responder a nuestro deber, cómo hemos de santificar el nombre de Dios.

I

EL NOMBRE DE DIOS

¡Qué extraño resulta el mero hecho de *dar un nombre a Dios!*

Nosotros los hombres damos nombre los unos a los otros, pero ¿dar un nombre a Dios? El cielo y la tierra y todo el universo no son capaces de abarcarle, y ¿se nos puede ocurrir a nosotros definirle con un breve nombre? No parece que haya de ser así. Es solamente Dios quien puede cifrar toda su grandeza en ser el *innominado*, porque *Él es Sin Nombre, es el Inefable, el Incomprensible.*

Es conocida la sublime escena de la Sagrada Escritura en que Dios se aparece a Moisés en la zarza ardiente para ordenarle que libre al pueblo escogido del cautiverio de Egipto. Moisés dice con espanto: "Los hombres me preguntarán quién me manda. ¿Qué les voy a decir? ¿Cuál es tu nombre?" *"Respondió Dios a Moisés: Yo soy EL QUE SOY... EL QUE ES me ha enviado a vosotros" (Éxodo 3, 14).*

Fíjate, lector, Dios no se da nombre alguno, porque es tan grande, que de ninguna manera es posible expresar su grandeza con un nombre. En vez de darse un nombre alude a su más íntima esencia, como si dijera: Yo soy Aquel a cuya esencia pertenece el ser... No hay otro igual en el mundo. Yo soy la causa de todas las causas, la fuente de toda existencia, el único que no tiene principio ni fin, Aquel en quien no hay pasado ni porvenir, que no procede de nadie y de quien proceden todos.

¿Qué consecuencias se derivan de ahí? Que Dios es el Señor supremo, el único Señor del mundo. *Del Señor es la tierra y cuanto ella contiene: el mundo y todos sus habitantes"* (Salmo 23, 1)*. Señor, grande eres tú y glorioso, admirable en poder, insuperable* (Judit 16, 16).

¿Y qué somos nosotros comparados con la majestad de Dios? ¡Menos que polvo! Somos por completo de su propiedad. "Los días del hombre son como la hierba: cual flor del campo, así florece; pero sopla sobre ella el viento, y se seca. Porque el espíritu estará en él como de paso; y, así el hombre dejará pronto de existir, y se desconocerá el lugar mismo que ocupaba" (Salmo 103, 15-16).

Por esto nos amonesta San Pedro: *Humillaos bajo la mano poderosa de Dios* (I Carta de San Pedro 5, 6). Por esto resuena incesantemente en los cielos el cántico de alabanza. *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir* (Apocalipsis 4, 8).

Meditando un poco todo esto, nos parece natural esta petición y mandato del Padrenuestro: *santificar el nombre de Dios.*

¿Cómo hemos de santificarlo?

Inclinándonos humildemente ante Él *y reconociéndole como nuestro Señor, Padre y Dios.* Con este deber cumple la Iglesia al decir fervorosamente en la Santa Misa: "A Ti te alabamos, te bendecimos, te glorificamos, te damos gloria...". Digámoslo también nosotros, lo más fervorosamente posible junto con el celebrante.

Este es el fin para que el estamos en la tierra: para conocer y alabar a Dios. El mismo Señor dijo, refiriéndose a nosotros los hombres: *Los creé, los formé y los hice para gloria mía* (Isaías 43, 7).

La Santa Iglesia vive con plena conciencia de que el deber más importante es alabar a Dios. Por esto prescribe como deber grave a todos sus sacerdotes el rezo diario del oficio divino. La mayor parte del breviario está integrada de salmos, y los salmos —como sabemos— son magníficos cánticos de alabanza a Dios. Y donde viven juntos varios sacerdotes y en las casas de las congregaciones religiosas, no solamente se reza, sino que además se canta el oficio divino.

El estudio de esta cuestión nos sugiere un nuevo pensamiento. Si la alabanza de Dios es nuestro deber primordial y el más santo, entonces, mirando las cosas desde este punto de vista, no solamente comprenderemos a *los religiosos de vida contemplativa,* sino que además nos llenaremos de admiración por esta clase de vida.

Hoy día son numerosos —aun entre los mismos católicos— los que juzgan equivocadamente de estos religiosos contemplativos y orantes.

—Yo reconozco los méritos de los religiosos que en las escuelas educan a nuestros hijos, que investigan en las bibliotecas, que cuidan de los enfermos, que ejercen un apostolado en las parroquias... Mas hay una cosa que no comprendo: para qué sirven las órdenes contemplativas, cuyos miembros no hacen sino rezar, ayunar, practicar penitencias..., y después, otra vez a rezar. ¿Qué provecho saca de ellos la humanidad?...

¿No has oído a veces, amigo lector, semejantes objeciones? Sí, ¿qué utilidad se saca? Porque hoy día todo se juzga según la utilidad que reporta.

Pues bien; voy a contestar y decir el provecho que nos proporcionan. ¿Sabéis cuál es? Están pagando nuestras deudas. Así es; la tuya, la mía y la de toda la humanidad. Porque deber y deuda de todos los hombres es alabar a Dios. Por desgracia, son muchos los que no cumplen con este deber. Y lo compensan estos religiosos, que rezan continuamente, que rinden un perenne tributo de alabanza ante el acatamiento del Dios infinitamente santo.

¡Porque Dios es santo, infinitamente santo! Una emoción misteriosa tendría que apoderarse de todo hombre al pensar en la santidad de Dios. Acaso no sea bastante vigorosa nuestra expresión. Horror santo tendríamos que sentir, pero un horror en que no hay nada de espantoso, nada que atemorice...; en otras palabras, un sentimiento que nos obligase a postrarnos y arrodillarnos.

Dios es tan santo, que *el fulgor de esta santidad se refleja en todo lo que se halla cerca de Él.* Por esto llamamos santos a los hombres que, mediante el ejercicio heroico de las virtudes, se han acercado a Dios. Por esto llamamos santa a la Casa de Dios, donde con más facilidad podemos levantar nuestra alma al Señor. Por esto llamamos santos a los Sacramentos que nos comunican la gracia de Cristo.

Es interesante; esta augusta santidad de Dios que nos fuerza a postrarnos de rodillas no es doctrina exclusiva del Cristianismo; la barruntaban ya los pueblos que vivieron antes de Cristo.

Los pueblos primitivos llamaban *tabú* a todo cuanto estaba relacionado con la divinidad. Y lo que una vez era declarado *tabú* ya no podía ser tocado; era separado del uso diario y cuidado con respeto.

Por esto no era lícito en Egipto poner yugo a los toros santos de la divinidad Serapis, ni emplearlos para cualquier clase de trabajo humano.

Por esto no se atrevían los antiguos a introducir innovaciones en las costumbres, objetos, lugares, fiestas relacionados con el acto cultual. Todo cuanto entra en contacto con la divinidad bajo cualquier forma, se llena de dignidad, es santo y digno del máximo respeto, porque santo es Dios.

Esto demuestra hasta qué punto brota del fondo mismo de la naturaleza humana, o con otras palabras, cuán natural es al hombre *rendir a Dios un profundo homenaje.*

Santificado sea tu nombre... Los ángeles cantan desde su creación: “Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos.”

Hemos de glorificar el nombre Dios en el mundo entero, cada hombre y cada creatura ha de inclinarse ante el Señor; el honor de Dios ha de llenar nuestro corazón; hemos de pensar con santa emoción en Dios y en todo lo que está con Él relacionado.

El que medite estas cosas verá claramente qué es lo que significa en el Padrenuestro el pedir que sea santificado el nombre de Dios; y verá también que la santificación del nombre de Dios es realmente nuestro deber principal.

II

ES DEBER NUESTRO GLORIFICAR A DIOS

Si Dios es nuestro Creador infinitamente grande, poderoso, bondadoso y santo, entonces puede exigirnos de nosotros, sus criaturas, y como Padre celestial puede exigirlo de nosotros, sus hijos, que Le honremos.

¡Qué magníficos ejemplos nos mueven a santificar el nombre de Dios!

Este deber procuraron cumplirlo ya los hombres que vivieron en la era precristiana. Los altares de los sacrificios hablan de ello por todo el mundo. Por esto construyó Moisés el tabernáculo; por esto erigió Salomón el templo de Jerusalén; por esto pulsaba el arpa David..., por esto..., ¡para santificar el nombre del Señor!

Después vino el mismo Jesucristo, que fue quien más santificó el nombre de Dios. Ya en su Nacimiento los coros angélicos cantaron: *Gloria a Dios en las alturas,* y toda la vida terrena de Nuestro Señor Jesucristo no fue otra cosa que glorificación de Dios. Si enseñaba..., lo hacía movido por la gloria del Padre. Si curaba enfermos..., lo hacía para que los hombres glorificasen al Padre que está en el cielo. Si se cansaba, si sufría, si murió.... lo hizo para aplacar el Corazón ofendido del Padre. Por tanto, pudo decir con todo derecho en su discurso de la despedida: *He glorificado tu nombre..., he acabado la obra que me encomendaste* (Juan 17, 4).

Además de Jesucristo, santificó el nombre de Dios su Santísima Madre. *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lucas 1, 38), exclamó María con sumisión y entrega perfectas a la voluntad divina. ¿Puede concebirse mayor santificación del nombre de Dios que el seguir sin reserva sus mandamientos?

Santificó también el nombre de Dios San Pablo, que pudo escribir: “Me hice débil con los débiles por ganar a los débiles. Me hice todo a todos, por salvarlos a todos” (I Carta a los Corintios 9, 28).

Santificaron el nombre de Dios los mártires que dieron su vida por la fe. Los millones de confesores y santos; los millones y millones de hombres que, cumpliendo con heroísmo esos deberes monótonos y grises de la vida diaria, procuraron seguir los mandamientos de Dios.

Y si del pasado volvemos la mirada al presente, preocupados nos hemos de preguntar: *¿Santificamos también nosotros, santifica la humanidad actual el nombre de Dios?*

Examino el mundo moderno... y no me atrevo a contestar. Observo las diversiones modernas, los pecados de la actual vida matrimonial, el decaimiento

de las familias, la infidelidad de los esposos, la vida frívola de los jóvenes... y *¡no me atrevo a contestar!* Observo el comportamiento de los niños frente a sus padres, el comportamiento escandaloso de los padres ante sus hijos, la concepción del mundo tan rastrera, tan pegada a la tierra, que tienen hoy día los hombres; sus violencias; su olvido completo de Dios..., y *¡no me atrevo a contestar!*

¡Es increíble lo rudo, grosero y atrevido que puede ser el hombre! ¡Cómo sabe retar a Dios!

La isla de la Martinica pertenece al archipiélago de las Antillas. Su capital es St. Pierre. Una terrible catástrofe sucedió en el año 1902. Una parte de los habitantes de la capital profirió tal blasfemia que aún hoy nos hace estremecer. Para hacer befa de la sagrada Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, el día de Viernes Santo, en una de las plazas de la ciudad crucificaron un cerdo. El mismo día empezó a humear el volcán de Monte Pelée, que estaba inactivo desde el año 1851; y el 8 de mayo, con una irrupción horrorosa, sepultó en una tumba de lava encendida toda la ciudad pecadora...

¡Es espantoso lo grosero, lo atrevido que sabe ser el hombre frente a Dios!

Parece que antiguamente la gente tenía una conciencia más clara del modo cómo hemos de santificar el nombre de Dios. Así lo hace suponer la costumbre que tenían nuestros mayores de invocar siempre, en las empresas más o menos grandes de su vida, el santo nombre de Dios. Antes de emprender algo decían: *In nomine Domini.* "Empecémoslo en el nombre del Señor." En las casas antiguas leemos aún con frecuencia la inscripción: Se hizo *anno Domini 1600.* "En el año 1600 del Señor." Todos los años son del Señor; en todos ellos hemos de glorificarle con nuestra vida.

¡Cómo se ha perdido este respeto! También a nosotros puede decirnos el Señor lo que echó en rostro al pueblo escogido, por boca de Malaquías: "Honra a su padre el hijo, y el siervo honra a su señor; pues si yo soy vuestro padre, ¿dónde está la honra que me corresponde? Y si yo soy vuestro Señor, ¿dónde está la reverencia que me es debida? (Malaquías 1, 6).

Si Dios es nuestro Padre, nosotros somos sus hijos. Mas esta dignidad honrosa implica también graves deberes. El hijo ha de ser digno del padre. Si bien hay en esta tierra padres de gran nombre, hombres de carácter, que tienen hijos degradados y perversos, estos casos los mencionamos siempre con tristeza.

Pues bien, la dignidad de hijos de Dios nos obliga a mostrarnos con nuestra vida dignos del Padre celestial, en el grado que es posible a los hombres limitados que somos.

Jesucristo subrayó repetidamente este deber. *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mateo 5, 48). *Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso* (Lucas 6, 36).

Hay más. Santificar el nombre de Dios, glorificar a Dios y servirle *no es solamente un deber, sino al mismo tiempo una alegría y un galardón.*

Al final de su mortal carrera Nuestro Señor Jesucristo llevó a sus discípulos al Monte de los Olivos, y desde allí, del mismo lugar, estando todavía mojado con la sangre que había sudado en su agonía, subió a los cielos. ¿Cómo mereció Jesús este galardón insigne? Oigamos sus propias palabras, las que dirigió al Padre antes de la Pasión: *Te he glorificado en la tierra: he acabado la obra que me encomendaste* (Juan 17, 4).

Este es también nuestro deber: santificar con nuestra vida y con nuestras palabras el nombre del Señor, *glorificar con nuestra vida al Padre para que después de nuestra vida también el Padre nos glorifique a nosotros.*

* * *

En cierta ocasión se encontró una piedra cubierta de jeroglíficos, y los científicos se dieron cuenta con tristeza de que nadie sabía leer aquellos signos extraños. Sin embargo, el descubridor de la piedra no se desalentó; examinó día tras día aquellos intrincados garabatos e incomprensibles; notó que una de las siglas se repetía con mucha frecuencia, y pensó que tenía que significar el nombre del monarca. Y este nombre real le sirvió de clave para descifrar todas las señales jeroglíficas, y así llegó a conocer la humanidad una nueva lengua hacía tiempo olvidada.

El nombre de un gran rey, el nombre del Rey de los Reyes está escrito con letras invisibles en el alma de todos nosotros. Nuestro deber consiste en no permitir que los jeroglíficos de la vida deformen o cubran este nombre santo, y que este nombre se refleje con brillo en nuestra vida intachable, para que todo el que vea nuestra vida, todo el que nos observe, aprenda nuevamente de nosotros a santificar el nombre del Señor.

Pongamos, pues, toda nuestra alma, todo nuestro anhelo al decir: “Santificado sea el tu nombre.”

Sí, Padre mío, también yo trabajo con mi vida y con mi palabra para que tu nombre sea santificado en todo el ancho mundo.

¡Qué consuelo nos será en la hora postrera el haber vivido realmente así! ¡Qué consuelo el poder decir en aquella hora: “He terminado la obra que Dios me ha confiado”! *Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al solo y* único *Dios, sea dada la honra y la gloria por siempre jamás. Amén.* (I Carta a Timoteo 1, 17).

Capítulo 24

¡SANTIFICA EL NOMBRE DE DIOS CON TUS PALABRAS!

Carta a los Filipenses 2, 5-11

Quien tenga un aparato de radio capaz de coger emisoras de onda corta, será capaz de escuchar cada día los programas religiosos de radio Vaticano. Estos programas se hacen en diferentes idiomas, pero cualquiera que sea la lengua, siempre acaban con el saludo latino: *Laudeatur Jesus Christus.* "Alabado sea Jesucristo."

No es posible oír sin emoción la alabanza de Jesucristo cuando la radio del Vaticano la lanza a los espacios, cumpliendo así al pie de la letra la enseñanza de San Pablo: "Dios le ensalzó sobre todas las cosas, y le dio un Nombre sobre todo nombre; a fin de que al Nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre" (Carta a los Filipenses 2, 9-11).

Laudetur Jesus Christus —es el saludo que se oye día tras día en la radio vaticana. Y con razón, porque éste es el fin por el cual existe el Vaticano, el Papado, la Iglesia; existen para que se glorifique el nombre de Dios, "santificado sea tu nombre".

Laudetur Jesus Christus. "Alabado sea Jesucristo", es el hermoso saludo que se oye con frecuencia de labios cristianos. Y con razón, porque la humanidad vive en este mundo para santificar el nombre de Dios: "santificado sea el tu nombre".

En el anterior capítulo hemos tratado del tema: "Debemos santificar el nombre de Dios." En el presente capítulo y en el que sigue nos toca ver cómo debemos santificarlo.

Primeramente estudiaremos *cómo hemos de santificar el nombre de Dios con la palabra;* después cómo hemos de santificar el nombre de Dios con las obras, es decir, con una vida que glorifique a Dios.

I

HEMOS DE SANTIFICAR CON LA PALABRA EL NOMBRE DE DIOS

En primer lugar, hemos de santificarlo *de un modo negativo.*

¿Qué quiere decir esto? *Que no hemos de blasfemar del santo Nombre de Dios.* Don extraordinariamente hermoso de Dios es el habla humana, fuente de alegrías, de consuelo, de progreso intelectual. Dios nos otorgó solamente a nosotros este privilegio. Los animales tienen pulmón, tienen garganta como nosotros, tienen órganos de fonación, como nosotros..., y con todo no pueden hablar. ¿Por qué? Porque no tienen nada que decir.

Mas a nosotros nos dio el Señor en abundancia cosas que decir. ¿No es una maldad inaudita abusar de este don precioso de Dios, precisamente contra Él, y ofender con nuestra palabra al Señor? ¿No puede Dios echarnos en cara, también a nosotros, lo que dijo en tono de queja por boca del Salmista? *Si me hubiese llenado de maldiciones un enemigo mío, lo hubiera sufrido con paciencia... Mas tú, hombre, que aparentabas ser otro yo...* (Salmo 54, 13-14).

¡Cuán atinado es el anuncio que se puede leer en muchas estaciones holandesas!: "Si crees en Dios omnipotente, respétale y no pronuncies su nombre inútilmente y sin pensarlo; y si no crees en Él, no hagas uso tampoco de su nombre, porque así te degradas y ofendes a los demás."

Y si la blasfemia es pecado grave y es ofensa grave al nombre de Dios, ¿qué *decir del juramento falso?*

—Yo no suelo jurar en falso. ¡No faltaba más! Por nada del mundo. Aunque sólo se dé palabra de honor, hay que cumplir; mucho más si se trata de un juramento... —así se indigna quizás alguno..., alguno que hace años juró "fidelidad eterna" a

su esposa con las formas más solemnes ante el altar de Dios; y ya hace tiempo que abandonó a su esposa y vive con otra mujer. ¿Podrá este tal pronunciar con tranquilidad en el rezo del Padrenuestro la frase de *santificado sea tu nombre*? ¿Es posible profanar de forma más monstruosa el nombre de Dios?

Al hablar de blasfemia no hemos de pensar tan sólo en las soeces palabras de los borrachos; por desgracia, de muchas maneras blasfeman los hombres.

Pero el no blasfemar de Dios y no jurar en falso es un respeto que de forma negativa se rinde al nombre del Señor. Naturalmente que *también hemos de honrarlo en un modo positivo.*

Postulado primero: *tener por santo el nombre de Dios.* Al pronunciar el nombre de nuestra madre, lo hacemos con gratitud y emoción. Pero ¿en qué pensamos, pensamos siquiera en algo, al pronunciar el sublime y santo nombre de Dios? ¿Nos acordamos de las palabras del Salmista?: *Señor Dios nuestro, ¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!* (Salmo 8, 2). ¿Sentimos y repetimos con el Salmista?: *Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser bendiga tu santo Nombre,* (Salmo 102, 1), y *Sea bendito el Nombre del Señor ahora y por siempre. Desde Oriente hasta Poniente, es digno de ser bendecido el Nombre del Señor* (Salmo 112, 2-3). Este es el respeto lleno de emoción que hemos de tener. El respeto que obligaba a Newton, el gran astrónomo y científico, a descubrirse cada vez que oía pronunciar el nombre de Dios, porque el sabía, lo veía por el mundo admirable de los astros, quién es Dios. El respeto lleno de emoción que siente la Iglesia siempre que habla de Dios, y por el cual nos invita a que inclinemos la cabeza —la cabeza y el alma— siempre que en medio de las ceremonias pronunciemos el nombre de Jesucristo, o digamos: "Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo."

Si tenemos por santo el nombre de Dios, *lo invocaremos con gozo y pediremos su ayuda.* Con gusto y gozo repetiremos lo que tantas veces oímos en la liturgia: "Nuestro auxilio es el nombre del Señor".

Es natural. ¿Por qué escogemos nosotros un nombre para designarnos a nosotros mismos? Para que los otros puedan llamarnos. Por esto tiene también nombre nuestro Dios, para que podamos llamarle con esperanza y confiadamente. ¿No lo dice ya el Salmista?: *Nuestro auxilio viene del Nombre del Señor que hizo el cielo y la tierra* (Salmo 123, 8).

Esta vida terrena es una lucha continua. De cerca y de lejos, por todas partes, enemigos nos rodean. Y nosotros no sospechamos siquiera el ánimo para el combate y la fuerza que podríamos sacar si abrazásemos las difíciles luchas de la vida, tal como emprendió su combate contra el gigante Goliat el joven David: *Tú vienes contra mi con espada, lanza y escudo; pero yo salgo contra ti en el nombre del Señor de los ejércitos* (I Libro de los Reyes, 17, 45).

Al hablar de la santificación del nombre de Dios es muy natural que subrayemos el especial empeño que hemos de poner *en santificar, bendecir y alabar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.*

No se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual podamos salvarnos (Hechos de los Apóstoles 4, 12). Desde que San Pedro pronunció estas palabras *los héroes de la vida espiritual y muchos hombres célebres han dado abundantes ejemplos del modo como se ha de santificar el nombre de Jesús. El* nombre de Jesús —según San Bernardo— "es miel para los labios, música para los oídos, consuelo para el corazón". Y en otra ocasión dijo el mismo Santo: "Todo manjar es seco para mi alma si no lo moja el aceite del nombre de Jesús; todo bocado es insípido, si no se siente en él el sabor del nombre de Jesús; todo escrito es insulso si no leo en él el nombre de Jesús; toda plática es vacía, si no se oye en ella el nombre de Jesús."

Juan Nussbaum, profesor cirujano de Munich, después de ejercer la medicina por espacio de treinta y un años, después de realizar unas diez mil operaciones, inclinó su cabeza en el momento de la muerte con estas palabras: *Alabado sea Jesucristo.*

Cuchy, llamado por muchos el príncipe de los matemáticos, gozaba en preparar a los niños para la primera comunión y con gusto daba explicaciones catequéticas a los matemáticos. Esta fue su confesión edificante: "Yo soy cristiano, es decir, creo en la divinidad de Jesucristo como creyeron Tycho de Brahe, Copérnico, Descartes, Newton, Fermat, Leibnitz, Pascal, Grimaldi, Euler, todos los astrónomos y los grandes matemáticos del siglo anterior. Mi convicción no es un prejuicio heredado, sino el resultado de profunda convicción." Sí; confesiones como ésta santifican también el nombre de Jesús.

En el museo de Bruselas hay un cuadro conmovedor: el cuadro de Napoleón desterrado; de aquel Napoleón que en el cenit de su poder dijo en cierta ocasión: "¿Qué me importa un millón de hombres?"

Está en el cautiverio, en la isla de Santa Elena, y en torno suyo vagan espantosamente las sombras de innumerables soldados, a los que él llevó a la muerte por su ambición. Impresiona mirar estos espectros que levantan sus manos amenazando a Napoleón; y es también impresionante ver los ojos de Napoleón, en los que se refleja la conciencia desgarradora de la espantosa responsabilidad.

Nosotros, cristianos, tenemos que recordar frecuentemente otro cuadro. Cristo está pendiente de la cruz en el Calvario... Y también se levantan muchas manos hacia Él —millones de manos—, mas no para amenazarle y maldecirle, sino para alabarle y glorificarle. "¿Qué me importa un millón de hombres?" —dijo Napoleón;

y los sacrificó en aras de su propio interés. “Tesoro infinito es para Mí un solo hombre” —dijo Cristo; Y se sacrificó a sí mismo por los hombres.

No lo olvidemos nunca. Por muy desalmados, crueles y malvados que seamos, nunca hemos de llegar a ser tan ingratos, tan groseros, que olvidemos el sacrificio inaudito que Jesucristo aceptó por amor nuestro.

Principalmente entre nosotros, en Hungría, estaba muy extendida antiguamente la hermosa costumbre de saludarse los hombres, no con un “buenos días”, sino con una alabanza a Jesús. ¡Ojalá así fuese todavía hoy! ¡Ojalá tuviese razón hoy todavía nuestro poeta y pudieran aplicarse a nuestras aldeas y ciudades sus hermosas palabras!

“En nuestra aldea es costumbre antiquísima —¡quién sabe de cuántos centenares de años data!— el saludarse todo el pueblo de esta manera: *Alabado sea Jesucristo.*

“Apenas despunta el primer rayo de la aurora, junto a las fuentes corre en labios de los hombres este saludo: *Alabado sea Jesucristo.*

“Apenas restriega el sueño de sus ojitos el niño y se vuelve a su madre, que se inclina sobre él, se oye el saludo: *Alabado sea Jesucristo.*

“Por el campo, por las veredas, ante las casas, van cayendo como chispas brillantes, como una lluvia de bendición, sobre los afanes de cada día, las palabras del hermoso saludo nuestro: *Alabado sea Jesucristo.*

“Lo dice el niño que juega, la muchacha que pasea, el vecino al entrar en la casa del convecino y al alargar su mano para el saludo: *Alabado sea Jesucristo.* (Nicolás Nagy)

Sí; también esto es cumplir la oración del Señor: “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre.”

II

HEMOS TAMBIÉN DE SANTTFICAR EI NOMBRE DE DIOS CON EL CULTO DIVINO

Al tratar de santificar el nombre de Dios, ¿cómo vamos a pasar en silencio aquella manera de honrarle, que excelentemente merece el nombre de “culto divino”: *la santa Misa?*

Quién es Dios, lo santo y sublime que es el Señor, y a la vez lo bondadoso que es nuestro Padre celestial, acaso nunca lo siente con más intensidad el alma humana que en los momentos solemnes de una Misa dominical en la parroquia, cuando pequeños y grandes, viejos y jóvenes, pobres y ricos, instruidos y analfabetos, todos los feligreses, con un solo corazón y una sola alma, rinden homenaje al Padre celestial y le cantan al unísono los himnos de la liturgia.

Dios es tan santo que el mayor homenaje que le ofreciese el hombre pecador no sería santificación digna de su nombre. Pero sí es digno de su nombre y le rinde el debido honor el sacrificio de la Santa Misa, sacrificio de valor infinito, ofrecido por su mismo Hijo Santísimo. No hay en el mundo ni se puede concebir siquiera, una santificación más sublime del nombre de Dios que la celebración cotidiana del sacrificio eucarístico. Una sola Misa rinde mayor honor al nombre de Dios que todas las oraciones de los fieles y de los santos.

Así se comprende el mandato de la Iglesia, la grave obligación de asistir a la misa dominical. Sí: la Iglesia existe —y en ello estriba su razón de ser— para santificar el nombre de Dios. Y el modo más sublime de hacerlo es la santa Misa.

No es posible honrar a Dios sin rendirle culto. Sobra la explicación. Por tanto no honra al Señor quien no guarda el día del Señor. Quien no asiste a la Misa dominical contradice a la primera petición del Padrenuestro; porque empieza él mismo por no santificar el nombre del Señor.

Sé los argumentos que a veces suelen aducir los que se distancian de la iglesia: nada menos que palabras de Jesucristo: *Tú, al contrario, cuando ores, entra en tu aposento, cierra la puerta y ora en secreto a tu Padre, y tu Padre, que ve lo* más *secreto, te lo premiará* (Mateo 6, 6).

Realmente son palabras de Jesucristo. Pero fue únicamente la religiosidad de escaparate, propia de los fariseos, lo que Jesús quiso fustigar, y no la asistencia al templo. Lo demuestra a las claras su conducta. El no entraba en su aposento para orar, sino que *frecuentaba el templo con asiduidad y predilección,* según consta por el relato de los Evangelios.

Una de las escenas más tiernas del Evangelio es precisamente la *peregrinación que hizo al templo de Jerusalén el joven Jesús.* Realmente, debió de ser una escena emocionante. La Virgen María y San José toman al muchacho de doce años y, cantando salmos, se dirigen hacia Jerusalén. Confiesan abiertamente delante del mundo entero: *Que alegría sentí cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor* (Salmo 121, 1).

Sin embargo, si alguien pudo decir de sí mismo: “Yo no necesito templo”, fue precisamente Jesucristo. No necesito templo. Si Yo quiero orar al Padre celestial, en cualquier lugar, en cualquier momento puedo hacerlo, ya que *Mi Padre y Yo somos una misma cosa* (Juan 10, 30). Y con todo, Jesucristo no obró de esta manera. Es para todos un gran ejemplo, y para muchos una gran advertencia.

Es ejemplo. Es ejemplo insigne *aquel comportamiento resuelto, consciente, con que fue Jesucristo al templo entre oraciones y cánticos.*

Leí de un obrero ruso que, volviendo de un mitin en que se soliviantaba a la gente contra la religión, se dirigió a sus hijos diciéndoles: “Quitaos del cuello esa cruz; de hoy en adelante ya no os permito que recéis. ¿Lo habéis comprendido?”

Y ¡tanto como lo comprendieron los pobres niños! La mirada furiosa de su padre les hablaba muy claro. Mas después de algunos días una de las hijas del obrero se inclinaba al oído de su amiguita para susurrar:

—Si no me delatas te diré una cosa. Desde que papá nos prohibió rezar, rezamos debajo del cobertor...

¡Qué escena! ¡Niños pequeños que rezan escondidos en la cama, debajo del cobertor! Y ¡cuántos hay así! No solamente en los países comunistas..., también entre nosotros, y por todo el mundo. Son los cristianos que entran en las librerías pidiendo un devocionario..., pero uno muy pequeño, que quepa en el bolsillo del chaleco; porque hoy día es mejor que la gente no vea tales cosas en nuestras manos... (¡). Y piden un rosario, pero también muy pequeño, para que tampoco lo vean...

Y estos cristianos suelen santiguarse al pasar por delante de una iglesia, pero con un movimiento que nada significa, para que la gente piense que algo les ha caído sobre el pecho y que se lo están cepillando. Aún más, hasta hacen genuflexión en el templo, pero muy pequeña, como si se hubiesen tropezado... ¡Ay, que nadie lo note!... Y no por ello dejan de rezar a diario: “Santificado sea el tu nombre”, sin acordarse de manifestarlo abiertamente. ¿Quién va a santificar el nombre de Dios, si sus mismos fieles se esconden, tan tímidos, de los hombres?

¿Sientes, amigo lector, en tu vida religiosa la dolorosa herida que acabo de tocar? *¡Hay que confesar el nombre de Dios abiertamente!*

Acaso no hay en la tierra otra institución o asociación cuyos miembros quieran ocultar con tan miedoso miramiento la propia convicción y los propios principios, como lo hacen hoy día los cristianos cobardes y tímidos.

San Agustín menciona en sus escritos un interesante diálogo, que se tuvo durante una sangrienta persecución de cristianos, entre el mártir *Simpliciano y Victorino,* celebrado orador pagano.

—Está tranquilo —dijo Victorino al mártir—, yo soy de los vuestros; yo moriré como cristiano.

—No lo creo, mientras no te vea en el templo —contestó Simpliciano.

—¿Cómo? ¿Es, pues, la pared del templo la que hace al cristiano?—preguntó el orador.

—De ninguna manera —prosigue el mártir—. Pero Nuestro Señor Jesucristo nos ha enseñado: “Quien me niegue delante de los hombres, Yo también le negaré delante de mi Padre que está en el cielo.”

Victorino se puso pensativo; comprendió cuán justa y razonable era la exigencia del mártir.

Hay que confesar abiertamente a Cristo. Los cristianos primitivos tenían que hacerlo derramando su sangre; nosotros podemos hacerlo, tomando parte sin cobardía y sin respeto humano en los actos religiosos, declarándonos abiertamente católicos y trabajando por nuestra fe.

Pero entendámonos. También yo afirmo que el ser religioso es un tesoro interior del alma, y no hay por qué publicarlo a bombo y platillo. Pero *hay situaciones, tiempos y acontecimientos, en que se debe desplegar la bandera y* mostrarla sin miedo ante el mundo, ya sea tomando parte en la comunión general, en una procesión, en las asambleas católicas; escogiendo bien a quién se da el voto para ser diputado y hasta en qué tienda se compra; contribuyendo en las obras de caridad... Con todo esto daré cuenta de quien soy y cuán en serio me tomo mi religión. No es otra cosa lo que exige de nosotros la invocación: "Santificado sea el tu nombre."

Quien no quiera creerlo, que medite las palabras de Jesucristo: "A todo aquel que me reconozca delante de los hombres, Yo también le reconoceré delante de mi Padre... Mas a quien me niegue delante de los hombres, Yo también le negaré delante de mi Padre" (Mateo 10, 21-33).

* * *

"Laudetur Jesus Christus" es el saludo que se oye en la radio del Vaticano todos los días al terminar cada emisión. ¿Será también la frase predilecta con la que acabe yo mi vida terrena?

Una viejecita piadosa se encontraba gravemente enferma. Durante toda su vida había servido fielmente a Dios y esperado tranquilamente la muerte, como puede esperarla quien ha pasado la vida sirviendo al Señor... No obstante, algo había que la torturaba e intranquilizaba, y así se lo dijo al Padre espiritual que la acompañaba junto a su lecho.

—Querido Padre, ya que voy a entrar en el cielo y a presentarme ante la divina Majestad, ¿qué podré decir a Dios yo, viejecita pobre e inútil? Nunca me he hallado entre gente distinguida. Temo que ni siquiera podré despegar mis labios...

Es lo único que atormentaba a aquella alma tan buena. El Padre espiritual, emocionado al ver su profunda fe, le contestó:

—Esté tranquila buena mujer. En cuanto llegue usted ante el trono del Señor, incline la cabeza y no diga más que esto: *Alabado sea Jesucristo.* Y ya verá cómo de todos los rincones del cielo resonará el eco: *Eternamente, amén. Eternamente, amén...*

¡Qué historia más sencilla y más sabia! Porque ¿no es éste el fin de toda la vida humana?

Haga Dios que también nosotros santifiquemos con nuestra vida su santo nombre, y después de glorificarle así en la tierra, podamos presentarnos ante su trono y decir estas palabras: *Alabado sea Jesucristo...,* porque, entonces, desde todos los rincones del cielo me saludarán los bienaventurados gozosamente, como se saluda a un hermano recién llegado: ¡*Eternamente, amén! ¡Eternamente, amén!*

Capítulo 25

SANTIFICA EL NOMBRE DE DIOS CON TU VIDA

Carta a los Romanos, 12, 1-2

Todo el mundo creado, y principalmente el hombre, debe glorificar a Dios, Hacedor supremo y Señor absoluto. “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre...” Así rezamos todos los días, según nos lo enseñó Jesucristo. Mas no basta rezar; hay también que trabajar en este sentido; lo que pedimos de palabra hemos de promoverlo y realizarlo con nuestra vida.

Porque la mejor manera de santificar el nombre de Dios es vivir según su santa voluntad. Por eso nos enseña Jesucristo con toda claridad: *En esto será glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto, y así seréis discípulos míos* (Juan 15, 8). Y daremos mucho fruto si toda nuestra vida es una incesante glorificación del Padre.

Es lo que pide también San Pablo: *Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios* (I Carta a los Corintios 10, 31). Pero ¿no es esto algo forzado y violento? No lo es.

San Pablo llega a exigir expresamente que glorifiquemos a Dios no solamente con nuestra vida, sino también con nuestro cuerpo. Así escribió él a los fieles de

Corintio: *Glorificad a Dios y llevadle* siempre *en vuestro cuerpo* (I Carta a los Corintios 6, 20).

Pero si es así, si es verdad que hemos de santificar el nombre de Dios no solamente de palabra, sino también con nuestra vida, y también con nuestra vida hemos de mostrar el amor que tenemos a Dios, entonces hemos de hacer sobre esta norma de vida un detenido examen de conciencia. Debemos plantearnos unas cuantas cuestiones, que vamos a estudiar en el presente capítulo para tomar conciencia si realmente procuramos con nuestra vida cumplir lo que imploramos en la primera petición del Padrenuestro: *Santificado sea tu nombre.*

Trataremos de cuatro cuestiones importantes.

I

¿CAMINAS ANTE LOS OJOS DE DIOS?

Primera cuestión.

Santificar el nombre de Dios es caminar y vivir siempre obedeciéndole.

¿En qué sentido hemos de entenderlo?

No muy lejos de Palermo se yergue una de las más bellas creaciones de la arquitectura cristiana, el domo de Monreal. Su pavimento, la parte baja de las paredes, las columnas, son de brillante mármol, y lo restante —más de seis mil metros cuadrados— es un magnífico mosaico refulgente y dorado.

Los cuadros del mosaico muestran una rica variedad de ángeles y arcángeles, de personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, profetas, apóstoles y grandes santos de la historia eclesiástica... Y en el centro, en figura colosal, el gigantesco busto de Jesucristo levantando su mano para bendecir. Su figura sublime parece abarcar, dar unidad y dominar todo el templo. En cualquier lugar que nos encontremos, no podemos librarnos de la mirada de Cristo: ¡Cristo nos mira en todas partes!

Con esto me parece que ya queda claro nuestro pensamiento. De esa manera hemos de colocar a Dios en nuestra vida.

Un sinfín de luchas, pequeñas y grandes, nos ofrecerá la vida: combates, derrotas, victorias, alegría y dolor, todo mezclado...; pero más allá, por encima de todo esto, hemos de sentir siempre, reposando sobre nosotros, la mirada vivificante y alentadora de Dios.

¿Cómo lograrlo?

Recordemos las palabras de San Pablo: somos “conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús” (Carta a los Efesios 2, 19-20).

Pero ¿qué significa el que Jesucristo sea la piedra angular de nuestra vida? Pues que toda nuestra vida, ya sea trabajando, descansando o durmiendo debe buscar realmente santificar el nombre de Dios. Es decir, caminar siempre en la presencia de Dios, tenerle siempre presente, haciendo vida la enseñanza de San Agustín: "Nada sería, Dios mío, nada sería, si Tú no estuvieras en mí. O de otra manera: nada sería si yo no estuviera en Ti, porque de Ti, por Ti y en Ti existen todas las cosas" (Confesiones 2, 2).

¡Pongamos a Cristo por piedra angular de nuestra vida! ¿No podríamos expresar el mismo pensamiento con otras palabras? Sí, con éstas: *Presentarse cubierto con el vestido de Cristo en obediencia ante el Padre celestial.*

Murió de repente Teridates, uno de los amigos más queridos del rey Artajerjes, ¡el amigo que más quería el rey! En medio de su profundo dolor suplicó el rey a su esposa que de vez en cuando se pusiese el manto de púrpura de su amigo y compareciese ante él con esta indumentaria, a fin de que él pudiese hacerse la ilusión de que, por lo menos en esos momentos, aun vivía su amigo. Y añadió que cuando compareciese con este vestido podía pedirle cuanto quisiera, y que le sería concedido.

Promesa extraña..., mas no parece sino que San Buenaventura conocía y recordaba este caso, porque en una ocasión escribió de esta manera: "Compareces ante el Padre celestial vestido con el traje de su Hijo, si recibes de Dios el cáliz amargo del dolor, como lo recibió Cristo; si soportas la humillación y la befa con la paciencia con que las soportó Cristo; si en la pobreza y desamparo te sujetas a la voluntad de Dios con la humildad con que se sujetó Cristo; si perdonas de todo corazón a tus enemigos y perseguidores, y aun rezas por ellos, como lo hizo Cristo. De esta manera estarás revestido con el manto de púrpura de Cristo y podrás conseguir del Padre celestial cuanto le pidas."

Ésta es, pues, la primera cuestión. No hago más que señalarla en estas páginas; cada lector tendrá que contestar en su foro interior.

Amigo lector, ¿caminas ante los ojos de Dios? En caso afirmativo, santificas con tu vida su santo nombre.

II

¿AMAS ALGO CONTRA LA VOLUNTAD DE DIOS?

Es la segunda cuestión.

—Dime, ¿amas a Dios?

— ¡Pues claro! ¡Vaya pregunta!

—Pues, si realmente amas a Dios, *no puedes amar nada en contra de El.*

—No lo comprendo...

—Fácil es de comprender. Si amas realmente a Dios, no puedes tener apego a cosas o a amigos sospechosos, a planes dudosos, a goces prohibidos, a relaciones pecaminosas, a nada que esté en contra de la voluntad de Dios, que Dios prohíba, que ofenda gravemente al Señor. ¿Lo comprendes ya? O ¿quieres pensar como los comerciantes hindúes?

En Ulver, ciudad de la India, se le ocurrió a cierto gobernador inglés hacer plantar en la calle, llena de tiendas, una hilera de árboles que los hindúes consideran sagrados y así proteger al público contra el ardor del sol. Ello provocó gran sobresalto en la población y se levantó una apasionada protesta por parte de los comerciantes hindúes.

Una comisión fue a ver al gobernador: —"Puedes hacer plantar lo que quieras con tal que no sea precisamente este árbol, porque entonces, ¡ay de nosotros!, iremos a la bancarrota..."

—"¿A la bancarrota? ¿Y por qué?" —preguntó el gobernador.

—"Porque a los hindúes les está prohibido maldecir, jurar y mentir debajo de ese árbol sagrado. Por esto, si se llegan a plantar estos árboles sagrados, bajo los cuales no es lícito mentir, vamos a la bancarrota todos los comerciantes..."

¡Pobres hindúes! ¡Y pobres "hindúes" europeos, pues no sabéis que siempre y en todas partes, no solamente debajo del *árbol sagrado*, están ante los ojos de Dios toda vuestra vida y todos vuestros pensamientos... *Porque dentro de él vivimos, nos movemos y existimos* (Hechos de los Apóstoles 17, 28). Porque *Él está sobre todos, y gobierna todas las cosas, y habita en todos nosotros* (Carta a los Efesios 4, 6). *Vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros* (I Carta a los Corintios 6, 19).

¡Soy templo de Dios; he de respetar este templo; *he de respetar a Dios que mora en mí*! ¡Qué abundante materia de meditación nos ofrece este pensamiento: ¡Dios mora en mí! ¡Qué fuente de energías contra las tentaciones sería poder decir: Apártate de mí, Satanás, ¿cómo voy yo a obrar el mal si Dios mora en mí? O cuando el desaliento, el cansancio, o la desesperación estuviesen ya para apoderarse de mí, ¿no sería de salvadora eficacia el decir una y muchas veces: ¡No puedo desesperarme, en mí mora Dios!

Somos cristianos, pertenecemos a Cristo, dice San Agustín (Serm. 130, 4). Puede alborotarse el mundo, no nos quebrantará, ¡somos de Cristo! Puede adularnos el mundo, no nos seducirá, ¡somos de Cristo!

Todo esto es *santificar el nombre de Dios* no solamente de palabra, sino con la vida.

Y aun podemos proseguir por este camino. ¿Cómo podré yo, por ejemplo, vestirme de un modo tan frívolo, cómo podré frecuentar unos ambientes tan

libertinos, cómo podré asistir a un espectáculo tan indecente, cómo podré continuar con esas relaciones tan peligrosas..., cuando sé que Dios mora en mí?

Hay muchos que afirman —y acaso lo hagan con entera buena fe— que aman a Dios, pero si examinasen su conciencia descubrirían su propio engaño, y tendrían que exclamar con San Agustín: "¡Ay, de cuántas maneras enciende el hombre una vela al diablo!" (Confesiones I, 17).

A todo esto se refiere la segunda pregunta que hemos hecho: ¿Amas algo contra la voluntad de Dios?

III

¿DAS BUEN EJEMPI O A LOS DEMÁS?

Es la tercera pregunta.

—Dime, ¿amas tú a Dios?

—Ya volvemos a las andadas. ¡Qué pregunta!

—Pues, si le amas, ¿por qué no haces nada para que también le amen los demás? No los incitas con el buen ejemplo.

¿Hemos meditado detenidamente el deber sagrado de dar buen ejemplo? ¿Damos buen ejemplo con nuestra vida a los que están alejados de Dios? ¿No hemos de aplicarnos a nosotros mismos el reproche que el apóstol San Pablo hizo en su Carta a los Romanos?: *Vosotros sois la causa... de que sea blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles* (Carta a los Romanos 2, 24).

—Pero ¿qué he de hacer? —me preguntas—. ¿He de salir al mercado o a las calles para predicar?

—De ninguna manera. Fíjate bien en lo que tienes que hacer. Santificas el nombre de Dios cuando pones toda tu vida en las manos de Dios y conformas tu voluntad a la suya. La vida humana que se desliza según los mandamientos de Dios es reconocimiento constante de su dominio, y, por tanto, es una incesante santificación de su nombre.

Tal vida es una continua predicación de la gloria a Dios, porque bien saben todos de dónde saca sus fuerzas el siervo fiel para cumplir siempre con su deber, para vencer las tentaciones, para conservar su equilibrio espiritual en medio de la desgracia y esperar con serena calma el término de su vida terrena. Una vida así es santificación constante del nombre de Dios.

No se necesita ser sacerdote..., sin serlo podemos predicar. No hemos de ser forzosamente misioneros..., sin serlo podemos hacer muchas conversiones. *Podemos predicar y convertir, podemos santificar el nombre de Dios con nuestra vida ejemplar.*

Sí, hermanos, santificáis el nombre de Dios los que vais cumpliendo sin queja, día tras día, un año y otro año, vuestros deberes cotidianos, pequeños, duros, que nadie aprecia.

Santificáis el nombre de Dios vosotros los que con grandes sacrificios materiales y con mayores sacrificios espirituales trabajáis por mitigar la miseria social, os cuidáis de los huérfanos y ancianos, dais vestido a los pobres, dedicáis vuestra solicitud a los enfermos.

Santificáis el nombre de Dios vosotros los que, viviendo en medio de un mundo tremendamente frívolo —en que, al parecer, no hay cosa que no se venda—, sabéis conservar vuestra alma pura contra el contagio de la maldad.

Santificáis el nombre de Dios vosotros los enfermos que durante semanas, meses y acaso años estáis padeciendo en el lecho del dolor, y, disimulando vuestros sufrimientos, sabéis sonreír dulcemente, y extendiendo la mano temblorosa hacia el crucifijo sabéis besar con humildad las llagas de Aquel que sufrió aún más por vosotros, por nosotros, por todos. ¡Ah!, sí, todo esto es santificar el nombre de Dios; todo esto viene a ser una respuesta inestimable a la tercera pregunta, que dice de esta manera: ¿Das buen ejemplo a los demás?

IV

¿HACES SACRIFICIOS POR DIOS?

Pero también es, al mismo tiempo, una respuesta adecuada para la cuarta pregunta: ¿Haces sacrificios por Dios?

En el año 1925 moría en fama de santidad un muchacho de doce años, Guido Fontgalland. Suya es la frase, al parecer sencilla, pero de profundo sentido: *La palabra más hermosa que un hombre puede decir a Dios es ésta: ¡Sí!*

Y lo es de verdad.

—Hijo mío, hija mía —nos dice Dios—, ¿quieres seguirme?

—Sí, quiero.

—Hijo, hija, ¿guardarás mis mandamientos también aunque tengas que sufrir?

—Sí, los guardaré.

En medio de los horrores de la Primera Guerra Mundial, unos fugitivos armenios visitaron al Papa. Su jefe, el anciano obispo de Trapezunt, contó una cosa terrible. Tropas árabes y turcas reunieron cerca de Erzerun, en el Asia Menor, a todas las doncellas y mujeres de una aldea; las hicieron subir a la meseta de Kemakh; la meseta termina en un abrupto precipicio, donde se precipitan en el abismo profundo las aguas impetuosas que bajan de la montaña, arrastrando consigo rocas gigantescas.

—Escoged: o entráis en nuestros harenes voluntariamente o vais a parar al precipicio —dijeron los turcos a las pobres prisioneras.

En el fondo bramaban las aguas furiosamente.

De repente avanza una de las muchachas, una doncella joven, de porte distinguido. En sus ojos arde el fuego de la decisión. Ante su alma brilla el rostro de Jesucristo. Con diáfana voz empieza a pronunciar las palabras de la señal de la cruz, al mismo tiempo que se persigna, y se arroja resuelta al fondo de aquel abismo.

Cuando los sicarios recobraron su aliento después del primer asombro y miraron a su alrededor, ya no había ni una sola mujer en la meseta; todas se habían arrojado detrás de la primera... ¡Asombroso!

Nunca es lícito quitarse la vida. Mas aquel acto, de verdad heroico, se explica por una convicción profunda: la de querer honrar el nombre de Dios no solamente con la vida, sino también con el sacrificio de esa misma vida.

Que realmente podemos santificar el nombre de Dios por medio de una vida sacrificada lo enseña con toda claridad San Pablo al escribir: *Ahora, pues, hermanos* míos, *os ruego encarecidamente por la misericordia de Dios que le ofrezcáis vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable a sus ojos* (Carta a los Romanos 12, 1).

San Pablo subraya de modo peculiar el peligro que representa el cuerpo; y siendo así que precisamente el cuerpo nos induce con mucha frecuencia al pecado, principalmente por sus instintos pasionales, que pugnan contra la ley de Dios, nos pide el Apóstol y nos exige que sepamos sacrificarlo en holocausto ante el Señor.

Pero ¿cómo ofrendar nuestro cuerpo a Dios? ¿Como lo hacían ciertos paganos, que se arrojaban con sus hijos a los incandescentes brazos del ídolo Moloc? ¿Cómo vamos a dar en sacrificio nuestros ojos, nuestra lengua, nuestra boca, nuestros oídos al Señor? ¿Nos los tendremos que sacar? ¿Los tendremos que cortar?

No. Ya San Juan Crisóstomo dio la respuesta cuando escribió: “Si tu ojo no mira nada pecaminoso, ya lo has ofrendado en sacrificio; si tu lengua no dice nada nocivo, si tu mano no hace nada malo, cuéntalo como un sacrificio que ofreces al Señor” (Hom. 20 in ep. Ad Rom.). Y si cumples fielmente tus deberes, si trabajas, si soportas con ánimo y en nombre de Dios las tribulaciones, ya es tu vida sacrificio de alabanza que rindes al Señor, y con ella santificas su santo nombre.

—Pero hay en mi alma tantas mezquindades e imperfecciones, tantos tropiezos y deslices... Es cierto, quisiera ser de Dios; es cierto que hay en mi buena volun-

tad..., pero, con todo, ¿cómo voy a dar yo esta vida a Dios, esta vida tan llena de miserias?

Hermano mío que así te quejas, fíjate en el ministro del Señor cuando en la Santa Misa pone en el cáliz el vino para que en el momento de la consagración sea transformado en la Sangre preciosísima de Jesucristo. ¿No te has fijado que, además del vino, pone siempre unas gotas de agua, a fin de que mezclado el vino puro y sabroso con el agua insípida, sean la materia apta que después se transforme en el Cuerpo y la Sangre de Cristo?

El vino puro... es tu buena voluntad; el agua que se le añade... son tus debilidades humanas; mezcla ambas cosas (¡que no abunde el agua!) y ofrécelo todo a la gloria de Dios. Si esto haces estás cumpliendo el mandato de San Pablo: *Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquiera cosa, hacedlo todo en el nombre de Señor* (I Carta a los Corintios 10, 31).

* * *

A un capitán se le cayó un botón del uniforme. Llamó a un soldado, llamado José Sastre, y le dijo que lo cosiera.

—Mi capitán, a mí me llaman "Sastre", pero nunca he practicado este oficio.

—Entonces no me sirves —contestó el capitán.

En el gran día del Juicio final, ¡cuántos oirán de Dios lo que este soldado tuvo que oír de labios de su capitán! ¡Qué espantoso será tener que oír a Dios en el día del Juicio: A ti te llamaban cristiano, pero no lo has sido..., no me sirves!

¿Qué valor puede tener el nombre cristiano sin vida cristiana? "Si alabáis a Dios —dice San Agustín—, alabadle del todo; con las palabras, con la vida, con las obras" (Enarrat. In ps. 148).

¿Qué vale el nombre cristiano sin vida cristiana? *La religión pura y sin mancha delante de Dios Padre es ésta: preservarse de la corrupción de este siglo* (Carta de Santiago 1, 27).

¿Qué vale el nombre cristiano sin vida cristiana? *Ahora, pues, hermanos* míos, *os ruego encarecidamente, por la misericordia de Dios, que le ofrezcáis vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable a sus ojos, que es el culto racional que debéis ofrecerle* (Carta a los Romanos 12, 1).

¿Qué enseñanza podremos deducir de este capítulo? Meditar con frecuencia la siguiente proposición: Procuremos santificar con nuestra vida el nombre de Dios *para que no sólo nos llamemos cristianos; sino que lo seamos de verdad.*

Capítulo 26

¡SANTIFICA EL NOMBRE DE DIOS CON TU ORACION!

San Lucas 11, 1-2

Alguien dijo que hay muchas cosas hermosas en este mundo, y que, con todo, no hay espectáculo más emocionante y más bello que el rostro de un hombre que ora.

Y es así. ¿Cuándo podría encontrarse un espiritualismo más sublime, una luz más brillante en el rostro del hombre que cuando, ajeno a las innumerables luchas de la vida terrena y olvidándose de los afanes mezquinos que forman la trama de su vida cotidiana, rinde homenaje a Dios con la cabeza inclinada y el alma humilde..., es decir, cuando reza?

Cuando así ora cumple en el más alto grado su deber para con Dios: "Santificado sea tu nombre."

La oración es la glorificación de Dios, la santificación del nombre del Señor. El que no reza no santifica el nombre de Dios y se hace deudor del culto que debe a Dios. El que no reza renuncia al auxilio, a la orientación, al consuelo, a la fuerza de la gracia divina. El que no reza no puede tener una vida cristiana. Paréceme que esto es ya motivo suficiente para fijar nuestra atención en el problema de la

oración. Consagraré, pues, los tres últimos capítulos del presente libro al estudio de tema tan trascendental.

En este capítulo propongo esta cuestión: *¿Por qué hemos de rezar?*

I

MEMOS DE REZAR, PORQUE DIOS NOS LO MANDA

Nuestro primero y más contundente argumento es, naturalmente, la voluntad de Dios.

Dios ha puesto a la criatura racional en este mundo para que *esta criatura racional, el hombre, santifique con un homenaje espontáneo, con su oración, el nombre soberano del Señor.*

El rezar, pues, o dejar de rezar no depende de nosotros, de nuestro humor, del capricho del momento, *sino que es un deber esencial para nosotros, y* es, al mismo tiempo, nuestro más hermoso privilegio.

Entre el hombre y el bruto animal hay muchos rasgos comunes. Ambos necesitan alimentarse y dormir. El animal sufre y se alegra, esta enfermo y goza de salud, lo mismo que nosotros. Mas hay un punto en que el animal no puede seguirnos: el hombre reza..., el animal no. Porque para rezar hay que conocer a Alguien que está por encima de nosotros, por encima de todo el universo: hay que conocer a Dios.

Nadie en el universo más que el hombre puede conocer esta verdad admirable: Dios existe... Nuestra razón y nuestro corazón descubrieron esta verdad, y el mismo Dios nos la manifestó de un modo inmediato por medio de la revelación.

¿Será lícito esconder bajo tierra este magnífico tesoro de la humanidad y no aprovecharlo? Si hay en nosotros —y de entre las creaturas terrenas solamente en nosotros— la capacidad de levantarnos en espíritu al Creador invisible del mundo, ¿será lícito no aprovechar este privilegio tan natural a nosotros, que es el principal de los privilegios?

Así se comprende la primera petición del Padrenuestro... ¡Cuán instructiva y, a la vez, qué provechosa advertencia es que Jesucristo haya colocado precisamente en primer lugar la santificación del nombre de Dios! *Si hubiera sido un mero hombre el autor del Padrenuestro, seguramente lo habría redactado de otra manera.* Seguramente después de la invocación habría pasado inmediatamente a las quejas y súplicas que deseamos exponer con prisas a nuestro Dios.

Jesucristo no prohíbe esta exposición de nuestras necesidades..., tan sólo que la coloca en su justo lugar: en la segunda parte de la oración. Allí podremos alegar

nuestras miserias, allí podremos ya pedir el pan nuestro de cada día; pero en segundo término; antes hemos de olvidarnos por completo de nosotros mismos, y poner en primer término la santificación del nombre del Señor.

Este orden de cosas nos enseña también el mejor modo de orar. Porque ¿qué significa orar? ¿Pedir algo a Dios? No. No es el rasgo característico de la oración. Orar significa primeramente alabar a Dios.

Escuchemos a los ángeles de Belén; ellos rezaban de esta manera: *Gloria a Dios en las alturas.* Oigamos a la Virgen Santísima; ella rezaba de esta manera: *Mi alma glorifica al Señor*. Y oigamos al mismo Jesucristo cuando nos enseña a orar: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad." ¡Siempre Dios; en todo y antes de todo la causa de Dios, y no la nuestra! En la oración no podemos ser egoístas.

Me parece que algún lector quiere interrumpirme.

—¿No hemos de ser egoístas al orar? Está bien. Pero *¿no es egoísta el Señor* al querer que le demos toda la gloria y que todo lo refiramos a El...?

—Podemos disipar por medio de una comparación esta objeción. Dios lo es todo, y yo nada soy. En parangón con Dios yo soy más pequeño que una gota de lluvia comparada con la inmensidad del océano. Soy más pequeño frente a Dios que el brillo de la luciérnaga comparado con el rayo de sol en pleno mediodía. Pero cuando nos referimos a la luz y al calor, es natural que pensemos en el sol y no en la luciérnaga; porque el sol es fuente de la luz. De modo análogo, si se trata de glorificar, de alabar, de rendir homenaje, es natural que todo lo refiramos a Dios, fuente eterna de todo Bien y Hermosura. Es, por eso, completamente natural que el Señor espere de nosotros que Le glorifiquemos, que Le alabemos, que Le adoremos.

Y si estos motivos no fuesen lo suficientemente poderosos para incitarnos a orar, meditemos *el ejemplo y el mandato de Nuestro Señor Jesucristo.*

Jesucristo como escribió San Pedro (Carta de San Pedro 2, 21) —*nos dio ejemplo para que sigamos sus huellas*. Y si nos dio ejemplo, fue principalmente en la oración. Toda su vida terrena, por decirlo así, no fue otra cosa que oración incesante. Antes de empezar su vida pública, se retira durante cuarenta días al desierto para ayunar y orar. Después de enseñar y predicar todo el día, llega cansado a la noche, y Él la pasa completamente sumido en oración Y cuando no reza de palabra, pronunciando un texto, reza con su vida, con lo que enseña y practica.

Él realmente no tenía necesidad de orar. Si a pesar de ello, oraba tanto, lo hacía para invitarnos a seguir su ejemplo.

No solamente nos dio ejemplo, sino también *mandato expreso de orar.*

Pedid, y se os dará (Mateo 7, 7) —dijo en cierta ocasión. Y otra vez propuso toda una parábola *para hacer ver que conviene orar siempre y no desfallecer* (Lucas 18, 1). Y en otra ocasión, cuando los discípulos le pedían: *Señor; enséñanos a orar* (Lucas 18, 1), Él les contestó: *Cuando recéis habéis de decir...* (Lucas 11, 2).

"¿Habéis de decir?" ¿De modo que en el sentir de Jesucristo, la parte más importante de la oración es lo que decimos, lo que pronunciamos? De ninguna manera. Lo más importante es el ánimo con que oramos y no las palabras u oraciones que recitamos. Puede valer más un breve suspiro que irrumpe del corazón que un musitar de palabras durante media hora sin que tome parte el alma.

A pesar de todo, quiso el Señor enseñarnos una determinada oración. ¿Por qué? Porque conocía a fondo la naturaleza humana. También en la lámpara lo importante es el aceite y no el armazón de hojalata..., y con todo si falta el armazón se pierde el aceite.

Con igual facilidad se escurre el aceite del ánimo y de la buena voluntad de orar sin los marcos del texto que lo contiene. Es cierto, la claridad está en el aceite, pero la mecha le ayuda y le hace valer; el valor está en la intención, mas la mecha del texto le ayuda a encontrar una expresión exacta.

Mas ¿no parece que el Señor nos pide un imposible? *¡Rezar siempre y no desfallecer!* ¿Cuándo vamos a trabajar, si no hacemos más que orar, es posible cumplir el mandato del Señor?

—Con la boca, no; más sí con la vida..., y esto es lo que Él quiere. No es posible que nuestros labios murmuren oraciones constantemente; no era esto lo que intentaba Jesús. Pero permanecer unidos a Dios en todos los momentos y actos de nuestra vida, esto ya es cosa factible, y aun es un deber fácil y causa de profunda alegría.

Expliquémoslo con un ejemplo. El niño y la madre viven unidos con amor íntimo en el seno de la familia. El niño no necesita buscar continuamente ocasiones para comunicarse con su madre. No; no lo necesita. Todas las veces que durante el día le dice *Mamá*, ya reconoce que la está amando. Si recibe algo de ella, le da las gracias y la besa. Si la madre le manda algo, salta enseguida: *Ya voy, mamá*. Si necesita algo, basta que diga: *Hazme el favor, mamaíta*. Si se ha portado mal: *Perdóname, mamá*. Todo esto no exige tiempo, ni se necesita aprenderlo de propósito y hacer grandes esfuerzos...; todo es natural.

Pues bien, el mandato de Cristo nos urge a estar cerca de Dios. Jesús quiere que oremos todo el día y no desfallezcamos, es decir, que pasemos todo el día y la vida toda unidos con Dios.

Quien aprende esto, logra compaginar de una manera armoniosa el espíritu de oración y el de trabajo, como lo consiguió el sabio Ampère, que escribió en cierta ocasión: “Trabaja con espíritu de oración. Estudia las cosas del mundo; es tu deber; pero no fijes en ellas más que un solo ojo, quede el otro clavado en la luz eterna. Escucha a los científicos; pero no más que con un solo oído; ten el otro siempre dispuesto para percibir la dulce voz de tu Amigo celestial. Escribe; pero únicamente con una sola mano; agárrate con la otra a Dios, como el niño al vestido de su padre”.

Es la primera contestación a nuestra pregunta: ¿Por qué rezamos? Rezamos porque tal es la voluntad de Dios.

Mas también rezamos por otros motivos.

II

HEMOS DE ORAR PORQUE ASÍ LO EXIGE NUESTRA MISMA NATURALEZA

Me exige que ore no tan sólo el mandamiento de Dios, sino también mi modo de ser, mi naturaleza humana, porque *sin oración no soy hombre completo.*

La vida en la que falta la oración sistemática es una vida mutilada; le falta una parte constitutiva del ser humano.

¿No es harto atrevida esta afirmación? ¿Es posible probarla?

Hay dos pensamientos de PASCAL que iluminan esta tesis con gran claridad. El primero es que Dios “está más cerca de nosotros que nosotros mismos”*;* el otro es que “solamente por medio de Cristo nos conocemos a nosotros mismos. Sin Jesucristo no sabemos qué es nuestra vida; qué es nuestra muerte; qué es Dios y qué somos nosotros mismos”*.*

Yo no puedo vivir una vida digna de un ser humano, si no estoy en contacto constante con el Creador de todo ser..., lo que con lenguaje más sencillo quiere decir: si no soy hombre de oración. Imposible que pueda enfrentar los problemas principales que tiene la vida, si no tengo relaciones vivas con la Fuente primera de toda vida..., esto es, si no hago oración.

Todos lo hemos experimentado: solamente el alma que ha conseguido esta unión intima con Dios, tiene el camino claro y despejado.

Nos lo dice Nuestro Señor Jesucristo. Y lo repiten los apóstoles. Y la vida de los Santos. Y... ¡el conductor del tranvía! Sí; ¡el conductor del tranvía!

En la avenida se paró repentinamente el tranvía. Se paró y no quiso continuar la marcha.

¿Qué pasa, conductor? ¿Por qué estamos parados? —preguntan impacientes los pasajeros.

—Se ha roto el trole y no hay contacto con el cable de arriba.

Un día se para también nuestra vida; no podemos más. Después de tantas amarguras, tantos desalientos, tantas tribulaciones, se para. No marcha y no marcha. ¿Por qué? Hemos perdido el contacto con la fuerza de arriba. Las manos humanas que se juntan para el rezo vienen a ser como el trole del tranvía que se yergue hacia arriba; si se caen las manos que transmiten la corriente... ¡el tranvía se para!

Hermanos míos, los que hace tiempo habéis perdido el contacto con el poder de arriba, probad a recibir nuevamente la corriente poniéndoos en oración; buscad la corriente, es decir, la fuerza, el consuelo, el aliento, la paz, y ya veréis con qué alegría y facilidad reanudará su marcha el tranvía de vuestra vida.

No solamente, pues, el mandamiento de Dios me exige orar; también me lo exige mi naturaleza humana.

Demos un paso más y sentemos otra afirmación. No necesitamos tan sólo rezar ciertas oraciones, sino *también adecuar nuestros gestos, nuestra postura, las manos juntas,* etc.

¿Por qué?

Porque somos hombres, compuestos de alma y cuerpo.

Observa, lector, a una persona cuando habla por teléfono con un personaje importante. Aunque esté solo en la cabina o en la habitación, hace, junto al teléfono, casi todos los gestos, sonrisas, inclinaciones que haría si su interlocutor estuviera presente, sentado delante de él.

¿Por qué? Porque no podemos ser corteses y respetuosos espiritualmente, sin que en ello tome parte nuestro cuerpo, y sin manifestaciones exteriores que nos hagan sentir con más vigor lo que estamos diciendo.

¿No se dice a veces que esta persona tiene siempre la sonrisa en sus labios? Es que el cuerpo contribuye a la labor del espíritu. En esto, precisamente, se funda el aprecio que tenemos de las palabras y gestos exteriores de la oración.

Naturalmente, en esto, como en todas las cosas, cabe la exageración; la oración puede degenerar en un musitar vacío de contenido; pero también sería error el renunciar a sus ventajas a causa de las posibles aberraciones.

Meditando a fondo estas verdades se puede ya comprender *lo que significa orar.*

La oración es una confesión y un reconocimiento. Reconocemos a Dios como el Señor, el principal de todos; y por esto Le honramos y Le rendimos homenaje. Reconocemos su grandeza y su bondad; la vemos en el mundo, en la naturaleza, en la vida humana, aun en las mismas tribulaciones que nos abruman.

Orar significa también reconocer que somos criaturas. Y así como la existencia y la hermosura de una obra maestra enaltecen al artista, así nosotros queremos servir de gloria a Dios mediante nuestra existencia y nuestra vida.

Orar significa también que reconocemos a Dios por Padre, y nos reconocemos a nosotros como hijos suyos. Nos refugiamos junto a Él, buscamos su mano, nos apretamos contra su corazón amantísimo.

En una palabra; orar significa que nosotros, criaturas débiles, frágiles, finitas, nos sumergimos en el amor infinito de Dios y salimos, como después de un baño, completamente renacidos, refrescados, robustecidos para el trabajo.

¡Ah!, ¡quién supiera orar de esta manera! —me objetarás acaso con desaliento, lector amigo.

Pues, ¡ánimo!, que todos pueden orar de esta manera. Todos los que reconocen el dualismo de su propio ser, el sentirse colocado entre dos infinitos.

Miro el universo, y me siento en este orbe terráqueo como puede sentirse un prisionero, desterrado en el islote más abandonado del Océano Atlántico. Siento casi escalofríos al pensar cuán pequeño soy, cuán pequeño es el hombre. Es una pequeñez casi infinita.

Veo también el sinnúmero de seres microscópicos, mucho más pequeños, más desvalidos, más débiles que yo, y me siento embargado por cierto orgullo: ¡cuán grande es el hombre! Si miro el universo..., nada soy; si miro los seres diminutos..., soy inmenso. Mezcla de esta nada y de este todo... es el hombre; ése es el dualismo físico de nuestro ser.

Añadamos a ello nuestra dualidad moral. ¿Quién no ha sentido la lucha de la razón contra los instintos, la del bien contra el mal, la de la luz contra las tinieblas?

Quien pondere todas estas cosas y las viva en su interior, se pondrá necesariamente a orar, porque *no podrá soportarlas* sin *oración.*

—¿Eres cristiano?

—De cuerpo entero.

—¿Sueles orar?

—No.

—Entonces, ¿qué clase de cristiano eres tú? La oración viene a ser en religión lo que el pensar en filosofía. *"Cogito, ergo sum",* "Pienso, por lo tanto, existo." *"Adoro ergo religiosus sum."* "Rezo, luego soy hombre religioso." Ser religioso significa orar; ser arreligioso significa no saber ni querer rezar. Vuelvo a preguntar:

—¿Eres cristiano?

—Sí, lo soy.

—Por tanto, ¿eres hijo de Dios?

—Lo soy.

—¿Sueles orar?

—No.

—Entonces, ¿qué, eres un desgraciado hijo mudo, que nunca hablas con tu Padre celestial?

Insisto en la pregunta:

—¿No sueles orar?

—No.

—Entonces, ¿qué harás durante la eternidad? Porque nuestro viaje llega a su término, el tren de nuestra vida llega al límite de su ruta y hemos de pasar la frontera para entrar en otro país. En un país nunca visto, en un país extraño, donde no se comprende nuestra lengua ni los otros idiomas extranjeros, que acaso conozcamos..., donde no hay más que una sola lengua oficial; el lenguaje de la oración. ¿Qué harás tú allí?

¡Cuidado, cuidado, cristiano si no rezas! Eres muy frágil. El hombre "religioso" que nunca reza, es un infiel que encubre su incredulidad. Porque el ejercicio específico del creyente es precisamente la oración.

* * *

¿No necesita nuestra alma el contacto con la principal fuente de energía, que es Dios? ¿Ha de causarnos maravilla, si el alma que deja la oración empieza a debilitarse, a perder su ímpetu y a morir?

Como final del capítulo quiero repetir lo que dije antes.

—¿Eres filósofo?

—Sí.

—¿Sueles pensar?

—No.

¡Filósofo extraño!

—¿Eres cristiano?

—Sí.

—¿Sueles orar?

—No.

¡Cristiano extraño !

No; nosotros no queremos ser *cristianos extraños*, *sino cristianos orantes*, que rinden homenaje al Padre celestial; y que así con su vida como con sus palabras cumplen la primera petición de la oración del Señor: *santificado sea tu nombre*.

Capítulo 27

EL ARTE DE ORAR

San Mateo, 11, 25-30

Anoto las siguientes frases de un escritor:

"Una gran oscuridad me envolvía —escribe— y un precipicio sin fondo se abría a mis pies. En torno mío todo era espantoso silencio. Me parecía sentir que en este silencio y en esta noche había llegado mi fin. Y entonces, a lo lejos..., muy lejos..., detrás de un velo impenetrable.... vi a Dios, a manera de una estrella. "¡Pobre alma mía! —exclamé—, ¡pobre alma mía! Para llegar a Dios a través de este precipicio y de esta noche necesitarías un puente con millones de arcos. ¿Quién va a construirlo? ¡Nadie! ¡Has de perecer aquí!..."

En este momento apareció ante mí una figura tan blanca como la nieve; su frente era como la frente de una virgen, su mano como la mano de un niño. Era como un lirio, que no tiene otra defensa que su pureza. Sus manos juntas irradiaban luz. Y dijo:

—Si lo quieres de veras, yo voy a construir ese puente.

—¡Ah!, pues ¿quién eres? —le pregunté esperanzado.

—Yo soy la oración —me contestó."

Difícilmente se podrá expresar de una manera más gráfica la fuerza de la oración; la oración es un puente entre Dios y el hombre.

Y la verdad; el saber construir puentes es una obra muy digna; no lo es menos el de rezar bien. Es posible contribuir al perfeccionamiento de esta obra por medio de reglas teóricas, como lo voy a demostrar en este capítulo; pero también hay que practicar incesantemente ese arte, aplicar los métodos recomendados, es decir, hay que vivir una vida metódica de oración... El hacerlo como es debido será ya incumbencia de los lectores.

A cualquier parte que nos lleve la vida, y en todas las circunstancias, hemos de aplicar fervorosamente las reglas, que ahora se van a exponer, relativas a estos dos puntos:

I.—*¿Cómo?*

II.—*¿Con qué intención hemos de orar?*

I

¿CÓMO HEMOS DE ORAR?

A esta primera pregunta, es decir, cómo se ha de orar bien, podemos contestar exponiendo detenidamente el modo que han de tener la oración matutina y la vespertina. Porque estas oraciones bien hechas dan un marco sagrado a los acontecimientos de todo el día, lo que en general asegura ya una vida espiritual bien ordenada.

Veamos primeramente la oración matutina. *¿Cómo ha de ser esta oración matutina?*

¿Eres niño? ¿Qué te traerá el nuevo día? Pocos pesares, muchas alegrías; tu padre y tu madre se cuidan de ti; tú no has de hacer más que rezar, para que el ángel esté a tu lado y tú seas siempre bueno con tus padres. Mira cuántos niños no tienen padre ni madre... Da gracias de tenerlos tú. ¡Cuántos niños minusválidos, ciegos, enfermos y hambrientos hay!... Da gracias por no ser uno de ellos. Y si también tú eres pobre y desamparado, reza, para que Dios siga siendo tu Padre; tu Padre bondadoso del cielo.

¿Eres joven? El nuevo día te va a traer algo que nadie puede evitar: la lucha. La lucha por tu pureza, por el cumplimiento de tus deberes, por vivir tu fe. Reza, pues para ser fuerte cuando Satanás quiera obstaculizar tu camino. Porque con toda certeza lo intentará. No pienses que su hablar será manifiesto, ni que se te representará claramente. Al contrario, se presentará astutamente, ya por medio de la adulación; ya incitándote a la rebeldía. Cuando la ardorosa sangre joven hierva en ti, dejará oír su voz siseante: "¿Cómo? ¿Qué temes? ¿Todavía te preocupas de Dios? Yo creía que ya habías dejado de ser niño."

¡Ah, no titubees, joven! Reza cada mañana, para que no te dejes deslumbrar, para que no se empañe tu vista, para que puedas dominar tus instintos, para que

puedas seguir siendo el orgullo de tu padre y no entristezcas a tu madre. ¡Reza, joven!

¿Y cómo habéis de orar vosotros, los adultos?

¿Eres hombre? Ha pasado el sueño de la noche. Piensa ahora en los deberes que te esperan durante el día; en las gentes con quienes tendrás que tratar; en el deber que has de cumplir; en las tentaciones que te podrán sobrevenir..., y todo esto enciérralo en una oración fervorosa de diez minutos; ofrécete a Dios; ofrécete a ti mismo, a los tuyos, tus planes, tus pensamientos, tus debilidades.

¿Eres mujer? ¿Eres madre? ¡Qué difícil deber te espera en medio de tus hijos; educarlos constantemente; reprenderlos, si se portan mal; poner paz entre ellos, si discuten y riñen. Has de procurar la tranquilidad de los demás, y tú nunca puedes descansar; has de soportar el dolor sin quejarte; has de trabajar continuamente sin esperar gratitud; has de guisar en la cocina, llena de vaho y olores; y has de llevar una vida heroica en medio de las mil dificultades de la vida diaria...

Reza, pues, por todo esto. Y reza por tu marido, que está en la oficina, o que está sudando en la fábrica. Reza por tus hijos, que andan por la calle, y allí, en la escuela, y en todas partes los cercan mil peligros.

Sí; todo esto se puede meter en la oración matutina. Hay que rezar el Padrenuestro, el Avemaría, El Credo..., pero, además, hay que sostener una conversación animada, íntima y fervorosa, con Dios. La fuerza que nos infunda esta oración matutina nos acompañará durante todo el día.

¡Qué diferente será de esta manera este día! ¡Qué alegría, empuje y energía para el trabajo habrá en él, si lo empezamos de esta manera, en vez de empezarlo con un baño caliente, o leyendo el periódico, o tomando café, o acaso ya con riñas y disputas!

Empezamos y terminamos el día con oración. *¿Cómo ha de ser la oración vespertina?*

Se acerca el término del día. Lentamente viene la noche, y la oscuridad lo envuelve todo, lo bueno y lo malo. Te preparas para acostarte. Consagra antes unos momentos a Dios.

¡Pero no en la cama! Sino ¡antes de acostarte! Antes de todo, dale gracias por lo que recibiste de Él. Por los bienes del cuerpo y del alma. Y también por las tribulaciones y los sufrimientos, porque mediante ellos el Señor quiso dar madurez a tu alma y aumentar tus méritos.

Después haz una pequeña cuenta. ¿Qué has hecho de bueno y de malo durante el día? Las personas con quienes tuviste que tratar —tus hijos, tus subordinados, tus amigos— ¿han sido mejores o peores por tu causa? ¿Cómo te has comportado fuera y dentro de casa? ¿Acaso has sido más grosero, rudo,

indisciplinado con los tuyos que con los extraños? ¿Has cumplido tu deber? ¿Qué has sido hoy? ¿Caín? ¿David? ¿Judas? ¿Pedro? ¿Pilatos? ¿Tomás?

Arrepiéntete si has sido malo; llora si has caído; y después inclina con toda tranquilidad tu cabeza cansada en las manos cariñosas de Dios.

¡Qué diferente será la vida cuyos días empiecen y terminen con Dios !

"¡Oh, si yo supiera rezar de esta manera!"—me dice un lector. Pues a propósito de esto, quiero llamar la atención de mis lectores *sobre un medio muy eficaz para aprender a rezar bien.*

La oración matutina y la vespertina, practicadas con orden, pertenecen —por decirlo así— a la salud del alma y a su equilibrio armónico. Por muy bueno que sea un auto, hay que cargarlo de combustible de vez en cuando, hacerle las revisiones apropiadas y ponerlo a punto...; esto viene a ser la oración cotidiana y metódica.

El que ama su alma única e inmortal no se contenta cada mañana y cada noche con alimentarla con la oración, sino que además la somete de vez en cuando a una reparación y a un repaso general. Con todo derecho podemos dar este nombre *a los ejercicios espirituales, en perfecto silencio,* en los que se ofrece la mejor ocasión para examinar las pasiones y los instintos, quitar el polvo de los rincones de nuestra alma..., y de esta manera aprender a rezar.

Gracias a Dios, hoy día son muchos los seglares que han experimentado las bendiciones que se obtienen haciendo *"ejercicios espirituales en silencio"*.

Quien haya probado una vez siquiera la eficacia de estos ejercicios espirituales, sentirá la nostalgia de aquel dulce paraíso de paz y armonía, donde tan cerca uno se siente de Dios, y donde tan fácil se hace rezar.

II

¿CON QUÉ INTENCIÓN HEMOS DE ORAR?

Estrechamente relacionada con la oración perfecta está otra cuestión referente a los motivos que nos impulsan a rezar. ¿Por qué hemos de rezar? ¿Con qué intención? Sólo sabe rezar bien quien sabe ese porqué de su oración. Examinemos, pues, los motivos que suelen movernos a rezar.

Hemos de reconocer con rubor que la mayor parte de nuestras oraciones consisten en pedir e implorar. Hay hombres que ni siquiera se acuerdan de rezar, a no ser cuando se encuentran en un aprieto y han de implorar la misericordia de Dios. No creo necesario insistir que esto no es el ideal, ni es lo más noble, pues semejante proceder delata lo egoísta que es la humana naturaleza.

Entonces, ¿no es lícito rezar en la desgracia? Claro que sí.

El mismo Señor lo dice por boca del salmista: *Invócame en el día de la tribulación:* Yo te libraré y tú me honrarás con tus alabanzas (Salmo 49,15). Y el apóstol Santiago dijo lo mismo de esta manera: *"¿Hay entre vosotros alguno que esté triste? Que ore"* (Carta de Santiago 5,13).

Si los polluelos, al sentir el peligro, corren instintivamente a cobijarse bajo las alas de la gallina, y si el niño busca refugio para todos sus males en el amparo seguro de su padre o de su madre, tiene que ser lícito para nosotros también que podamos refugiarnos en toda zozobra y adversidad bajo el amparo de Dios, nuestro Padre celestial. ¿No son acaso de Jesucristo las palabras?: Ve*nid a mí todos los que andáis cansados y agobiados, que Yo os aliviaré* (Mateo 11,28). Sí; es lícito y justo.

Mas no dejemos de rendir homenaje a nuestro Dios en los días prósperos dándole gracias. Podemos engarzar todos nuestros negocios con oraciones de súplica; es muy cristiana ciertamente esta clase de oración..., pero con esta condición, que es esencial: *dejar el fallo final a la Providencia divina.*

Padre mío, yo te pido esto y aquello..., que se cure mi hijo enfermo..., que encuentre colocación mi pobre marido..., aprobar el examen..., poderme casar... Todo esto lo podemos pedir. Mas al final hemos de añadir aquello con que Jesucristo terminó su oración, cuando sudaba sangre en la agonía del Monte de los Olivos: *"Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz; pero, no obstante, no se haga lo que yo quiero, sino tu voluntad"* (Mateo 26, 39).

Es lícito, pues, y es cosa buena que pidamos en nuestra oración. Pero no es éste el móvil más hermoso de la oración. ¿Cuál es el más hermoso? Esto: *no pedir nada, sino quedarnos como suspensos de la voluntad de Dios, con corazón sencillo, con el alma emocionada, y rendir homenaje al Dios soberano de todo.*

Tal es la oración de los ángeles al cantar incesantemente en los cielos: *"Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos"* (Isaías 6,3). Así reza la Iglesia, pues hace repetir todos los días en la santa Misa por boca de miles de sacerdotes el cántico de gloria, que entonaron los ángeles en Navidad: "Gloria a Dios en las alturas... Te alabamos, Te bendecimos... Te damos gracias por tu inmensa gloria... Porque Tú solo eres santo, Tú solo Señor, Tú solo Altísimo."

Así reza la Iglesia cuando por boca de sus ministros canta todos los días el homenaje magnífico del Prefacio: "En verdad, es digno y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor Santo, Dios Padre todopoderoso y eterno... "

Y con esa intención manda rezar la Iglesia diariamente a todos sus sacerdotes el Oficio Divino, que principia con esta sublime alabanza del Señor: *Venid,*

regocijémonos en el Señor, cantemos con júbilo las alabanzas del Dios, Salvador nuestro (Salmo 94).

Es una hora de cada día la que dedican los sacerdotes al rezo del Oficio Divino, alabando al Señor. Esta alabanza es cantada día y noche en las iglesias y en los silenciosos conventos de clausura. ¿Qué es esta oración incesante sino un *hosanna* que irrumpe desde lo profundo de las almas? ¿Qué es este perenne *Te Deum* sino el himno que entonan labios incansables para alabar la bondad, la santidad y la misericordia de Dios?

Sí, ésta es la manera más hermosa de rezar: no pedir nada, sino regocijarnos, cantar jubilosamente, sentirnos felices porque Dios existe, porque es grande y porque es nuestro bendito Padre celestial.

Esta es la oración más hermosa: alabar a Dios.

Tenemos numerosos textos de oración a cual más hermoso.

Desde que San Pablo escribió a los fieles de Efeso que se acordaba de ellos en sus oraciones (Carta a los Efesios 1, 16), ha llegado a ser una de las más hermosas costumbres cristianas el *rezar unos por otros.*

¡Rezar unos por otros! Si alguien me dice las intenciones por las que suele rezar, puedo ver en lo que dice, más o menos fielmente conseguido, su autorretrato. El hombre egoísta lo es también en su oración, solamente ora por sí mismo, por sus necesidades. Desde luego puede hacerlo y no está mal que lo haga, mas ¿por qué pararse en ese punto? Si echamos una piedra en el agua, ésta formará círculos de ondas; cuanto mayor sea la piedra, más amplios serán los círculos. Lo mismo sucede con la oración; cuanto más grande es el alma, tanto más amplio es el círculo de su interés.

Las almas pequeñas no atienden en su oración más que a los propios asuntos y necesidades. Hay otras que piensan ya en los intereses de sus familiares y amigos. Esto ya denota algo más. Porque rezar por nosotros mismos es algo que impone la necesidad, mientras que el rezar por los demás nos lo inspira el amor.

Las almas realmente grandes van mucho más allá. Sienten estrechos los pequeños círculos del parentesco e incluyen en su oración los intereses universales de la Iglesia y de la humanidad..., y ésta es una de las más hermosas manifestaciones del amor al prójimo según el espíritu de Cristo.

Rezar para que haya buenos sacerdotes y para que los pecadores se conviertan; rezar por aquellos que están siendo tentados y por los católicos perseguidos en las diferentes partes del mundo; rezar por el éxito de las misiones, por los enfermos, por nuestros enemigos, por aquellos a quienes hemos escandalizado, por las intenciones y pesares que tiene el Papa...

Si así rezamos, cumpliremos el consejo de Santiago*: Orad los unos por los otros* (Carta de Santiago 5, 16), *y* también la súplica encarecida de San Pablo: "Recomiendo ante todo que se hagan súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias por todos los hombres..., para que podamos vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad" (I Carta a Timoteo 2, 1-2).

Hasta qué punto aprecia la Iglesia esta oración recíproca lo demuestra su misma legislación, que obliga a los párrocos a ofrecer la Santa Misa todos los domingos y días festivos por todos sus feligreses, por todos los miembros de su parroquia. Y si el párroco se halla enfermo aquel día, debe aplicar la Misa por medio de otro, y si está ausente, allí donde se encuentre debe celebrar la Misa por su parroquia.

Una de las manifestaciones más tiernas de la oración recíproca es la de *rezar por aquellos que han de morir en ese día.* Hay países católicos en que ésta es una de las costumbres más gratas. En las puertas de todas las iglesias hay un anuncio que invita a los fieles a rezar por las personas que han muerto ese día y que se presentan ante el tribunal divino!

Muchos comparecen allí después de una vida honrada y bien preparados; pero hay muchísimos que se presentan después de una vida frívola, disipada, sin preparación, de repente, víctimas de una desgracia. Lectores, recemos también nosotros por aquellos que no conocemos, de quienes nunca hemos oído hablar, pero que no dejan de ser nuestros hermanos ante el Padre común que está en el cielo...

¡Qué hermoso pensamiento! ¿Verdad? Esta sí que es verdadera fraternidad, y no aquel lema de *"liberté, égalité, fraternité"* que se vocifera en las barricadas, en la embriaguez, en los charcos de sangre de las revoluciones.

Y hay todavía otro motivo que exige nuestra oración: la conversión de *aquellos que están sumidos en las tinieblas y siguen otra religión.*

Nosotros los católicos respetamos a los demás. Si de buena fe siguen otra religión, si tienen convicciones inconmovibles, si es firme su fe, los respetamos. Mas este respeto no impide que nos duela el ver la única religión de Cristo despedazada en diversas confesiones y que sean tantos los que viven lejos de la verdadera Iglesia, y no impide que nos lleguen al alma las palabras que en su discurso de despedida dirigió Jesucristo a su Eterno Padre: "... *que todos sean una misma cosa; y que como Tú, Padre,* estás *en Mí y Yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros"* (Juan 17, 21).

Esta unidad por la cual rezó Jesús se ha quebrantado, por desgracia, en el decurso de la historia. Seguramente no hay obra más grata a los ojos del Señor

que trabajar y orar cuanto podamos para que se restablezca la unidad del Cristianismo, y haya un *solo rebaño y un solo pastor* (Juan 10, 16).

* * *

Los antiguos griegos, al dar comienzo cualquier empresa de importancia, ofrecían a sus dioses algún sacrificio. Ellos comprendían bien que para cumplir sus obligaciones terrenas sólo tenían un reducido número de posibilidades, y sentían la necesidad de una mirada al mundo invisible —eso que nosotros llamamos oración— que garantizase el éxito más que la previsión solícita de los medios materiales y la energía constante de una voluntad firme.

Lo que es la respiración para la vida corporal, esto viene a ser la oración para la vida del alma. Si por cualquier motivo el hombre no puede respirar debidamente, inmediatamente se producen trastornos en el funcionamiento de su organismo, y si cesa definitivamente la respiración, llega la muerte. De modo parecido causa también serios trastornos en la vida espiritual el prescindir de este aliento vital de la oración. Y quien deje de rezar del todo, un día u otro habrá de padecer la muerte del alma.

No olvidemos, pues, la enseñanza del presente capítulo: Si somos cristianos, hemos de santificar por medio de la oración el nombre de Dios. Quien santifique con oración constante el nombre de Dios en este mundo podrá también glorificarle en el Reino de los cielos.

Porque tal como rezamos, así vivimos. Tal como hayamos vivido, así moriremos. Y tal como muramos permaneceremos por toda la eternidad.

Capítulo 28

LOS QUE NO SUELEN ORAR...

San Juan 15, 4-8

Un sabio oriental, de nombre Híllel, tenía un discípulo joven, muy amado por él y muy inteligente, llamado Maimón. El maestro cifraba en él sus complacencias; pero más tarde hubo de notar con tristeza que el joven empezaba a confiar demasiado en su propia sabiduría y se descuidaba cada vez más de la oración.

—¿Para qué rezar? —decía—. Dios lo sabe todo, ¿cómo puede necesitar de mis palabras para enterarse de cuanto necesito? Dios, por otra parte, es bueno; ¿no me concederá espontáneamente lo que me convenga? Además, Dios es también eterno; ¿podré yo cambiar los planes del Eterno con mis oraciones?

Así pensaba el joven discípulo, hasta que llegó a abandonar del todo la oración.

¿Qué hizo el maestro? Absorbido en sus pensamientos, estaba sentado a la sombra de una palmera.

—Maestro, ¿por qué estás tan triste? —le preguntó el joven discípulo.

—¿Por qué? Porque tengo un amigo que hasta ahora ha cultivado su tierra con esmero y ha podido vivir de su cosecha, y que ahora se empeña en deshacerse

del arado y de la guadaña..., y quiere dejar en barbecho la tierra, diciendo que bien podrá vivir de la misma aun sin trabajar.

—Pero ¿es que se ha vuelto loco?—pregunta el joven.

—No; todo lo contrario. Es un hombre muy sensato y que discurre bien en lo demás. Pero ahora dice: Dios es omnipotente; con facilidad puede darme el pan sin que yo tenga que arar e inclinar mi cabeza hacia el suelo. Y Dios es bueno; si es bueno, me pondrá la mesa, sin que yo trabaje.

—Pero, maestro, eso es tentar a Dios —exclamó el joven.

—Lo es, hijo mío. Y precisamente estoy hablando de ti. ¿No tientas también tú a Dios de esta manera? ¿Acaso la oración es menos importante que el trabajo? Por pereza no quiere aquél inclinar su cabeza hacia el suelo para recibir las cosas materiales, y tú, por orgullo no quieres levantar hacia el cielo tu cabeza para recibir las cosas del espíritu...

Hasta aquí la pequeña historia... Temo que puedan aplicársela muchos hombres modernos. Hombres que, por otra parte, son honrados y trabajadores, mas que no santifican el nombre de Dios, porque no suelen rezar.

¿Por qué no suelen rezar? Se pueden dar respuestas y explicaciones en abundancia. No mencionaré más que algunas de las más habituales.

I

NO TENGO TIEMPO

—Dime, ¿no sueles rezar?

—Por desgracia, no.

—Y ¿por qué no?

—No por cuestión de principios; únicamente porque... no tengo tiempo.

—¡Cuántas veces tenemos que escuchar esta respuesta! ¿Hemos de darle fe? ¿Puede ser verdad?

Puede serlo hasta cierto grado. No podemos cerrar los ojos al hecho evidente de que para el hombre moderno, de vida tan agitada, la oración se le hace cada vez más difícil.

Porque solamente manteniendo cierta concentración se puede orar. Y la actual manera de vivir, sumamente agitada, y el afán excesivo de ganarse la vida, impide el recogimiento espiritual.

¿Cuándo pueden orar los hombres hoy día? Por la mañana no pueden, tienen que vestirse deprisa. Más tarde, durante la mañana, tampoco: el trabajo les espolea. A mediodía no pueden, han de comer corriendo. Por la noche no pueden, tienen que divertirse.

Es un triste hecho, que no basta constatar, sino que exige remedio. Podemos remediarlo mediante la oración que hagamos con puntualidad, diariamente, en casa —aunque en las primeras semanas pueda parecernos una oración “impuesta por la violencia”—; pero podemos además utilizar otras formas de orar.

Porque no hemos de detenernos en la oración meramente particular y privada. También ésta es provechosa, la necesitamos, pero necesitamos, además, todas aquellas manifestaciones del culto público con que la Iglesia desea facilitar el diálogo con Dios. Quien medite la esencia íntima de estas ceremonias seculares notará con sorpresa qué fuente de energía sobrenatural hay en ellas y qué homenaje rinden a Dios.

¿Puedes decir con derecho que no tienes tiempo para orar? No quieres..., esto sí lo creo. No tienes humor para ello..., lo creo. No te gusta..., lo creo. Mas no creo que “no tengas tiempo". ¿Puede haber en el mundo algo más importante, por lo cual debamos diferir nuestra conversación con Dios?

¿Estás tan ocupado como Carlos V, Rey de España y Emperador del Sacro Imperio Romano? Si es verdad que en su imperio jamás se ponía el sol, puedes barruntar cuán ocupado le tendría el gobierno de tan inmensos dominios.

Una mañana, al hacer sus oraciones, llegó una embajada francesa y le pidió urgente audiencia para tratar de un asunto muy importante. Carlos V contestó: "Yo estoy ahora en audiencia; que esperen esos señores." Los embajadores esperaron.

Pero después de esperar largo rato mandaron recado nuevamente. Carlos V no había terminado todavía su rezo, y les contestó: "Vuestras señorías sirven con mucho celo a su Rey, y yo quiera servir con no menos celo a mi Dios y a mi alma. Esperen."

Realmente, la oración de este monarca puede hacer sonrojarse a muchos católicos de nuestros días.

Quien "no tiene tiempo" para rezar, guárdese de que no le suceda lo que al hombre del cuento. Tampoco éste tenía tiempo para orar, y cuando los domingos las campanas repicaban con estrépito convocando a los fieles, su esposa en vano le llamaba. "Ve tú, mujer, a la iglesia en mi nombre y reza también por mí” —le contestaba volviéndose hacia la pared para seguir durmiendo. La pobre mujer, por más que se esforzaba, no lograba que fuese a la iglesia su marido. Así, pues, tenía que ir ella sola y rezar por los dos.

¡Cuál fue su sorpresa cuando un domingo su esposo la acompañó sin que ella tuviera que llamarle siquiera, y al ver que desde entonces no omitió ninguna sola vez el precepto de cumplir con Dios, ni aun lo habría dejado por más que le hubiesen ofrecido todos los tesoros del mundo!

—¿Qué le habrá sucedido a mi marido; qué tendrá? —pensaba la buena mujer.

Hasta que un día le contó su esposo el sueño que había tenido cierta noche:

—Los dos fallecimos, y tocamos a la puerta del cielo —dijo él—. Sale San Pedro..., te mira, y con gran amabilidad te dice: "Puedes entrar, hija mía, puedes entrar; entra también en nombre de tu esposo..."

Desde entonces, aquel hombre tuvo siempre tiempo para rezar.

II

NO SOY UN PORDIOSERO

Hay excusas que son más estrambóticas.

—Hermano, ¿tú no sabes rezar?

—Ni mucho menos.

—¿Por qué no?

—Cierto que, siendo niño, me enseñó mi madre a rezar y que durante toda mi infancia repetí muchas veces aquellas oraciones sin comprenderlas. Pero más tarde descubrí algo que me dio vergüenza, y por eso no rezo, desde entonces. Al fin y al cabo, yo no soy un mendigo. Y la oración no es más que mendigar. Pedir y pedir siempre, suplicar, es el único pensamiento que llena todas las oraciones: un implorar y lloriquear continuo, nada más.

Mira, amigo mío, aunque en parte tengas razón, no creo que tengas derecho a escandalizarte de que muchos hombres recen únicamente cuando se encuentran en alguna necesidad, y sólo entonces. A fin de cuentas, somos seres limitados. Y ¿por qué avergonzarme de pedir, de mendigar a Dios, como tú dices, cuando arrecia la tempestad, cuando está enferma la esposa o el hijo, cuando nos amenaza un peligro grave...?

Tienes razón en suponer que no es la oración de súplica la más noble y hermosa. Fíjate que sólo en cuarto lugar coloca Nuestro Señor Jesucristo esta clase de peticiones. Las acepta, porque también es lícito pedir, pero les concede solamente el cuarto puesto, para enseñarnos cuánto más valiosa es la oración de alabanza y glorificación con que rendimos homenaje a Dios.

Antes nos hace decir Jesucristo, al dirigirnos al Padre: "Santificado, sea tu nombre"; después: "Venga a nosotros tu Reino", y todavía: “Hágase tu voluntad...", y, por fin llega el turno al pan cotidiano.

Y si no quieres ser "pordiosero" —aunque no hay nada humillante en ser mendigo ante Dios—, si no quieres ser pordiosero, sé por lo menos agradecido; y puesto que no quieres pedir, por lo menos, da gracias.

Porque tendrás motivos abundantes para dar gracias, ¿no es cierto?

¿Que no lo es ? ¿Que has tenido que sufrir mucho? ¿Que apenas puedes soportar la vida? No hables así, hermano; ¡no tientes a Dios! Es cierto que te escasea la comida, que tienes poco dinero, que abundan tus pesares. Mas tienes ojos. Y tienes oídos. Y tienes piernas. Y tienes manos. Y tienes salud. Mira a los ciegos, a los cojos, a los sordos, a los enfermos.

Y sobre los dones corporales has recibido también los espirituales; da gracias por la vida y la muerte de Jesucristo, por su cruz y sus Sacramentos, por todo aquel cúmulo de gracias de que ni siquiera tienes noticia pero que Dios ha derramado a manos llenas en tu alma.

Está bien, "no seas pordiosero".... pero ¡reza!

***

Al pensar un final para este libro, mi vista tropezó con el reloj que está en mi escritorio, y un pensamiento me conmovió: ¡Cuánto tiempo ha pasado mientras yo escribía!... Pasan los minutos de nuestra vida, y se llevan consigo a la eternidad todo lo bueno o lo malo que hayamos hecho.

¡Oh, si los momentos y los años fugaces supiesen hablar!... ¿Qué serían sus palabras, canto o elegía? ¿Hemos santificado con nuestras palabras y con nuestra vida,el nombre bendito del Padre celestial?

Si aun no rezas, lector amigo,. no lo difieras más. Y si ya lo has olvidado, apréndelo de nuevo. Acostúmbrate a empezar y terminar todos los días en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Eugenio de Saboya, el Príncipe Eugenio, “el noble caballero", el general invicto, tenía una oración predilecta, que rezaba diariamente. Su oración contiene todas las peticiones, todos los pensamientos que hemos de expresar ante Dios; cerremos también nosotros con esta oración el presente libro:

"Creo en Ti, Señor mío; robustece mi fe; espero en Ti, Señor, mas aumenta Tú mi esperanza; te amo, pero haz que te ame aún más ardorosamente; me arrepiento de mis culpas, pero ayúdame a tener una contrición más profunda de todas ellas.

"Eres mi Creador, te adoro. Eres mi fin último, te anhelo. Eres mi fortaleza, a Ti acudo.

"Condúceme con tu sabiduría, edúcame con tu justicia, consuélame con tu mansedumbre, defiéndeme con tu poder.

"A Ti consagro mis pensamientos para que queden prendados únicamente de Ti; te consagro mis palabras para que sólo hablen de Ti; te consagro mis actos para que se orienten hacia Ti; te consagro mis sufrimientos para poderlos soportar por Ti.

"Quiero lo que Tú quieres, porque Tú lo quieres, como Tú lo quieres, cuando Tú lo quieres.

Te ruego ilumines mi inteligencia, enciendas mi voluntad, purifiques mi cuerpo, santifiques mi alma.

"Concédeme, Dios bondadoso, amor hacia Ti, dominio de mí mismo, celo para con los prójimos y el recto desprecio a las cosas de este mundo.

"Dame voluntad firme y generosa para obedecer a los que tienen autoridad sobre mí, para ayudar a los que están bajo mi cargo, para dar buenos consejos a mis amigos, para perdonar a mis enemigos.

"Ayúdame a dominar mi sensualidad y mi afán de comodidades, para ser generoso y no esclavizarme por la avaricia, para ser pacífico y no iracundo, para servirte con ardor y no mediocremente. Hazme prudente en el consejo, valiente en el peligro, paciente en los obstáculos, humilde en la buena suerte.

"Concédeme ser fervoroso en la oración, sobrio en el comer, diligente en los deberes, perseverante en las decisiones tomadas.

"¡Ojalá fuese puro todo mi interior, ordenada toda mi vida! ¡Ojalá pudiese dominar continuamente mi naturaleza, observar tus mandamientos, cooperar a tu gracia y merecer la salvación! Enséñame la vanidad de este mundo, la sublimidad del cielo, la brevedad del tiempo y la duración de la eternidad. Concédeme el tener siempre fijo el pensamiento de la muerte y el acordarme seriamente de tu Juicio para librarme así de la condenación y llegar al cielo."